

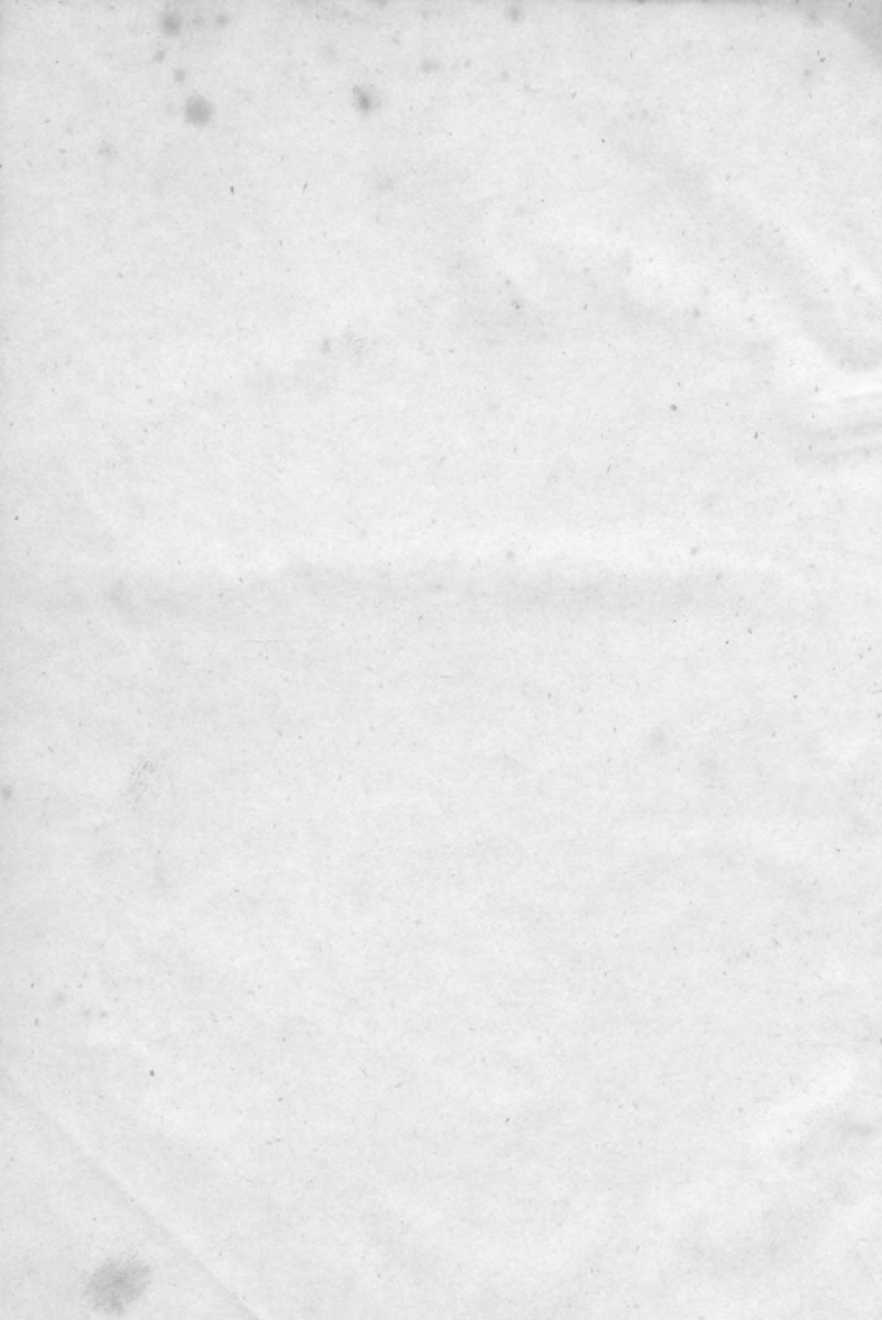


DG
A

+155938
C.1195922







SERMONES

predicados

POR EL LICENCIADO

DON LUIS GUTIERREZ,

CABALLERO DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN ESPAÑOLA DE
CARLOS III, DOMINIO DE PRIOR, CÁNOVICO PENITENCIARIO DE
LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE BURGOS, PREDICADOR
SUPERINTENDENTE DE S. M. Y RECTOR DEL SEMINARIO CONCILAR
DE DICHA CIUDAD.

TOMO SEGUNDO.

BURGOS:

IMPRESOR D. P. MENDOZA DE VILLANUEVA.

1848.



SERMONES

predicados

EL DIA DE LA VISITACION
POR EL LICENCIADO

ME SALVA.
DON LUIS GUTIERREZ,

CABALLERO DE LA REAL Y DISTINGUIDA ÓRDEN ESPAÑOLA DE
CARLOS III, DIGNIDAD DE PRIOR, CANÓNIGO PENITENCIARIO DE
LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE BURGOS, PREDICADOR
SUPERNUMERARIO DE S. M. Y RECTOR DEL SEMINARIO CONCILIAR
DE DICHA CIUDAD.

—•••—
TOMO SEGUNDO.

—•••—
BURGOS:

Imprenta de D. SERGIO DE VILLANUEVA.

1848.

SERMONES

predicados

POR EL LICENCIADO

DON LUIS GUTIERREZ

CABALLERO DE LA REAL Y DISTINGUIDA ÓRDEN ESPAÑOLA DE
CARLOS III. DICHA DIGNIDAD DE ERON. CANÓNICO PENITENCIARIO DE
LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE BURGOS. PREDICADOR
SUPERNUMERARIO DE S. M. Y RECTOR DEL SEMINARIO CONCILAR
DE DICHA CIUDAD.

—
TOMO SEGUNDO.
—

BURGOS:

Imprenta de D. SERGIO DE VILLANUEVA.

1848.





SERMON

PARA

EL DIA DE LA VISITACION,

Predicado en el Colegio de Educandas de esta Capital conocido por el nombre
DE SALDAÑA.

Exurgens autem Maria in diebus illis abiit in montana cum festinatione, in civitatem Juda.

Y en aquellos dias levantándose Maria, fué con priesa á la montaña á una ciudad de Judá.

Luc. cap. I.º v. 39.

NUNCA se vió en el mundo una visita tan tierna y magnífica, ni unos afectos tan sublimes y divinos, como los que se desplegaron en la que Maria Santísima hizo á su prima Sta. Isabel. ¡Bendita tu eres entre todas las mugeres, y bendito es el fruto de tu vientre! Tal fué la exclamacion de Sta. Isabel á la presencia de la que llevaba en su seno al Salvador de los hombres. Como si digera: ¿Qué gracia podrá faltar ¡oh Virgen inocente y pura! ¡oh Madre di-

*

chosa! á la que ha de dar á luz al Autor de todas las bendiciones? Mas «¿quién soy yo, y de dónde á mí este colmo de honra, que la Madre de mi Señor y mi Dios venga á visitarme, siendo yo su sierva? Apenas vuestras palabras llegaron á mis oídos, el infante que llevo en mis entrañas dió saltos de placer, hizo cuanto pudo para adorar al que llevais en las vuestras. ¡Dichosa otra y otra vez! vais á ver cumplirse en Vos los prodigios que el Señor ha hecho que se os anuncien, y que habeis creído con humildad.» El transporte santo paso del alma de Isabel al alma de Maria, y exclamó en el arrebatado de su amor y en el exceso de su reconocimiento: «Grande es el Señor y digno de nuestras admiraciones. Sus adorables perfecciones, son las que llenan de júbilo mi alma, y publica mi voz. El Todopoderoso, mi salud y mi fortaleza, me ha colmado de sus dones, y apenas puede mi corazón comprender toda su felicidad. Yo era la mas ignorada y pequeña de todas sus siervas, y se ha dignado poner sus ojos en mi humildad, y ved cómo vengo á ser el objeto de la admiración de todos los siglos y naciones. De edad en edad será mi nombre exaltado entre

los hombres, y entre ellos seré conocida por la mas dichosa de todas las mugeres. Sí, el dueño soberano, cuyo nombre es santo, y cuyo poder sin límites, ha obrado en mí cosas verdaderamente grandes. Es su misericordia infinita, y si los hombres no dejan de adorarle y temerle, verán su magnificencia pasar de padres á hijos, y estenderse de generacion en generacion. Desde el nacimiento de su pueblo de Israel, colmó de sus favores á nuestros padres, y dissipó como el viento los consejos que formaban contra él las naciones soberbias.»

— Eran los Faraones poderosos príncipes que ocupaban un trono lleno de esplendor; los hijos de Israel eran un pueblo sin armas y sin defensa: el Señor se declaró por ellos: el poder de los tiranos quedó confundido, y la flaqueza de Israel salió triunfante. Se disponian nuestros padres para dejar la tierra de su esclavitud, hallándose desnudos y sin remedio; y el dueño de todo soberano de todos los bienes despojó de sus riquezas á los que injustamente les oprimian, y los hijos de Israel, pobres y faltos de lo necesario, se hallaron enriquecidos con los tesoros de Egipto. Asi es como de edad en edad, acordán-

dose de sus misericordias antiguas, ha protegido á su pueblo de Israel con la ternura de un buen padre para con su hijo. Habia prometido su Magestad á nuestros padres Abraham, Isaac y Jacob que jamas abandonaria su prosperidad. Cumplió su divina palabra: los honró con sus beneficios, y el dia de hoy ha echado el colmo de todos ellos. Tal debia ser el exordio de la Madre de un Dios humanado en tan solemne ocasion, en tan extraordinaria visita: visita santa en su principio, y reconocida en su objeto. Hé aquí el asunto de que voy á hablar muy brevemente, pidiendo antes las luces de la gracia, por la intercesion de esta misma Señora:

AVE MARIA.

La virtud grande de Maria es la humildad; no una humildad ordinaria y vulgar, sino una humildad heróica y propia de la mas pura de las vírgenes, como dice san Ambrosio. Muy lejos de esperar que vengan á rendirla los homenajes debidos á la Madre de Dios, ella se dá prisa para adelantarse á su prima, y la saluda primero. Notadlo bien. Maria vá sin ser llamada á

la casa de Zacarías: *Venit.* ¿No es esto desentenderse de las leyes de la urbanidad, que quieren que los que necesitan de otros, les prevengan, ó á lo menos les rueguen que vayan á visitarlos? Pero esta es la conducta que observa Maria en su visita. No es bastante para ella ser la sierva del Señor, sino quiere serlo tambien, si puede, de todas las criaturas. ¿No sorprende este abatimiento de Maria? Su prima se abisma, y apenas la vé entrar por sus puertas, cuando con la mas profunda humildad exclamó: «*¿De dónde me viene á mí la dicha que la Madre de Dios me visite?* Pero ya comprendo el fondo de tu virtud. Tu humildad y la del hijo que traes en tus entrañas, te obliga á prevenir los obsequios que yo debia tributarte.» Entre tanto ¿de qué tratan estos grandes corazones, y cuál es la materia de su conversacion? Seria error figurarse á semejantes personas en continuos extasis y arrebatos; mirándolos de esta suerte, nos privaríamos de muchos buenos ejemplos. Debemos suponer que siempre y en todas sus acciones tenian presente á Dios, pero no dejaban de tener entre sí sus conversaciones piadosas, útiles y familiares. Se apartaban y huían del mundo

para vivir solo al cielo ; pero no por eso se negaban á sus familias, á quienes con su trato afable podian dar dulce consuelo, doctrina saludable y mucho buen ejemplo. La oracion era sin duda el alma y el fomento de su vida celestial ; pero no por eso perdía cosa alguna el trato ordinario, ni la libertad honesta de las familias. Eran sus acciones escelentes ; pero sus modales naturales, afables y compuestos. La Madre de Dios no juzgaba que por mirarse elevada infinitamente en el órden de la gracia, era propio de su grandeza y elevacion estrechar y causar encogimiento y cortedad á las personas que trataba. Se la guardaba toda atencion y respeto por toda la casa ; pero correspondia con tal aire de modesta satisfaccion y agrado, que fuese prenda de su agradecimiento. ¿Quién no conocerá en este porte el carácter de las grandes virtudes? Cuanto la elevacion es mas sublime, tanto mas tiene de atractivo y de sociable, cualidades que la hacen mas heróica y perfecta. De esta manera vivieron juntas por bastante tiempo estas dos incomparables mugeres, mirándose Sta. Isabel indigna de poseer el tesoro que gozaba, y Maria, con la incomparable ven-

taja de su mérito, se miraba verdaderamente obligada á corresponder con sus obsequios.

Aunque el evangelista san Lucas nó nos hubiera dicho cosa alguna del asunto principal de esta visita, jamas hubieramos inferido otra cosa sino que se habia empleado en sentimientos de humildad y reconocimiento á su comun bienhechor. Pero san Lucas nos dice que Isabel, ilustrada con las mas vivas luces de la gracia, prorumpió en sentimientos propios de una alma que se conoce á sí misma; que se humilla delante de Dios, y que advierte la mano que la favorece; y conforme á estos rasgos de verdadera humildad, se derramó en elogios de Maria, y hasta el cielo subieron los acentos de su agradecimiento. ¿Quién sino Isabel, poseida de un santo horror, se postró delante de Dios? Y aunque esta arca del nuevo testamento estaba cubierta con un velo; aunque Jesucristo estaba todavía encerrado en el seno de su madre, esta humilde muger no deja de adorarle y de esclamar con una voz misteriosa y esforzada: *¿De dónde me viene á mí la dicha que la Madre de mi Dios venga á visitarme; dicha que no puede soportar mi flaqueza? ¡Oh! ¡cuántas virtudes*

encierran estas palabras! ¡A mí, una muger agobiada con la edad, y casi trémula bajo el peso de la vejez en el órden de la naturaleza, y mucho mas miserable en el órden de la gracia! ¡Que la madre de mi Dios venga á visitarme! Hé aquí el reconocimiento de la misericordia de Dios y de la grandeza de Maria. Y aun añaden los santos Padres, que habló en un tono de voz nuevo y extraordinario, para espresar mejor el reconocimiento de su corazon.

—¿Y cómo la contestó la Virgen soberana? Lejos de envanecerse con el magnífico elogio que oye de su grandeza, cae en un abatimiento hijo de su corazon reconocido al dador de tantos beneficios. Entonces fué cuando su humildad, escitada por la caridad mas sublime, sacó de sus lábios aquel cántico lleno de altísimos sentimientos de los beneficios de Dios; aquel cántico que no habian oido los tiempos pasados, ni tuvieron espíritu para formarle ni Moisés, sumergido Faraon en las aguas; ni Ezequías, libre de la muerte; ni Debora en la derrota de Sicara: aquel cántico, que san Bernardo llama tan escelentemente el *éxtasis de su humildad*. «Tu alabas, dice Maria á Isabel, á la Madre de

Dios; pero mi alma engrandece, alaba y dá gracias al Señor. Tu dices que tu hijo ha dado saltos de alegría, cuando oiste mi voz; pero mi espíritu se regocijó antes en Dios mi Salvador. Tu me llamas bienaventurada porque he creído; pero esta fé que tu elogias, sólo viene del Padre de las luces, y del autor y consumidor de la fé; y si todos los siglos venideros hablan de mi dicha, considera que solo soy el débil instrumento de la omnipotencia de un Dios, que ha querido obrar tan grandes cosas en su humilde sierva.» ¡Oh! ¡qué hermosos son tus pasos, hija del príncipe! ¡Qué dulce es tu conversacion! Todo es obra de su humildad. Ella publica la grandeza del beneficio que ha recibido, y glorifica al Señor como ninguna criatura le ha glorificado, segun dice san Bernardo. «Él, continua Maria, es un Dios Salvador, es la fuente de la salud.» Pero ¿con qué ardor lo celebra Maria? El es el Dios fuerte, el Omnipotente: Maria engrandece esta soberana perfeccion de Dios: *Qui potens est*. Ha empeñado, dice ella, en mi favor toda la fuerza de su brazo, de aquel brazo terror y espanto de la tierra: *Fecit potentiam in brachio suo*. Él es un Dios, Señor absoluto

y árbitro supremo del mundo; todo está sujeto á su voluntad y depende de las leyes de su providencia. El es un Dios de misericordia; ¿y no es esto, dice Maria, lo que anuncian todos los siglos? Una generacion enseña á otra generacion la bondad con que mira á los hijos de los hombres.

Maria lo recuerda á los sábios de este mundo, y ellos han visto confundida por él su sabiduría: *Dispersit superbos mente cordis sui*. Los altivos poderosos lo saben: mas de una vez han sido derribados de su trono, y fué desecho su imperio al eco de su voz. Los afortunados lo saben tambien: ellos han sido hartas veces despojados de sus riquezas y reducidos á una estrema y vergonzosa desnudez: *et divites dimisit inanes*. Vengador del pecado, amenaza y truena; pero en el mayor ímpetu de su ira se acuerda de su misericordia: *Recordatus misericordiae suae*. El es un Dios santo y fiel que cumple lo que promete. A vista de estos admirables atributos, Maria se confunde y se considera como nada en presencia del Altísimo y soberano Señor. Asistir á su prima, servirla con solicitud, sosegar sus cuidados, consolarla en

sus penas, aliviarla en sus trabajos; esto es lo que solicita María en su visita. «Ella fué, dice san Buenaventura, la que levantó de la tierra al niño recién nacido, al Bautista; le lavó, le vistió y le fomentó en su seno, como si fuera una nodriza. Los Angeles tutelares saben los demas oficios corporales que practicó en la casa de Zacarías, y los bienes espirituales que su caridad bienhechora atrajo á aquella morada. No se puede señalar un modelo mas perfecto para santificar el trato y las relaciones de las gentes entre sí, que esta celestial visita: santa en su principio; humilde, devota y reconocida en su objeto.»

Es cierto que todas las naciones la llamarán *dichosa y bienaventurada*; pero esta dicha no la atribuye á sí misma, sino al Dios de la eternidad, que desde allá la miró con ojos de misericordia: *Quia respexit*; al Altísimo que la sacó del orden comun de la naturaleza, para hacerla del número de los escogidos entre los que le adoran y le temen; al Todopoderoso, que hizo resplandecer en ella su munificencia, porque se complace en ensalzar á los débiles; porque es magnífico con los humildes é indigentes,

Su alma no deja de alabar sus bondades, sus maravillas y su incomprensible poder. Y ahora ¿es este el modelo de las mugeres del día en sus tratos, visitas y reuniones? ¿No se forman estas por desquitarse de sus mutuas murmuraciones y envidiosas competencias? ¿No están llenas de simulacion, fingimientos, mentira, disfraz é hipocresía? Todo es anhelar por distinguirse y sobresalir en trages é invenciones, mas que perezcan las almas y se arruinen las fortunas. Se sacrifica el pudor y la honestidad á lo que se quiere llamar las exigencias del siglo: como si el mundo tuviera derecho para exigir algo contra el evangelio de Cristo. Los paganos, menos severos, se levantaron contra lo que se llama ahora despreocupacion, finura y luces del siglo. Y esto no es otra cosa que ocultar la corrupcion con un manto de escarlata. ¿Qué importa al apestado un magnífico lazareto? Yo tambien celebro los adelantos y hasta las luces del siglo; pero es antes el autor de todos los siglos, y el maestro de todas las luces. Hace mucho tiempo que á toda corrupcion se la llama *el siglo*, y sobre sí tiene la maldicion de Jesucristo. El siglo cubre sus pecados

con el nombre de civilizacion; yo veo el mundo devorado por la anarquía, y echo de menos otra civilizacion, y quisiera otra paz y otra felicidad: la civilizacion de las almas, la paz de las familias y su felicidad. Pero esto ¿es oponerse al movimiento del siglo, á las necesidades del siglo? No; y mil veces no. Es conservar las promesas del bautismo, sugetar los deseos y poner coto á las necesidades. Pero ¿es reprobar el trato y comunicacion de las gentes? Tampoco. Es sostener las costumbres propias de los cristianos; las que quisieran haber tenido cuando ya no haya mas siglo; que al fin sus usos no os han de salvar en el dia de la cuenta. Haced cuanto podais por su bienestar; pero sin que sea obstáculo para el bienestar eterno.

Si este método ó plan de vida os parece duro y encarecido, ahí está el que Salomon formó por inspiracion divina de una muger varonil. «Su precio, dice, es como el de lo que viene de lejos, y de las estremidades de la tierra. Siempre le hace bien y nunca mal; todos los dias le dá gusto, y jamas en su vida el menor disgusto. Sus haciendas son comprar lino y lana, y trabajarla con sus manos, siendo para su

casa como una nave que trae de países lejanos sus provisiones. Ceñida de fortaleza, y dejándose de melindres, fortifica sus brazos con el trabajo, y se dedica al devanador y á la rueca. Abre su mano al necesitado, y la estiende sobre el pobre. La fortaleza y el decoro son sus vestidos, y se reirá en su último dia, ó en los últimos años de su vida, en los cuales una muger rica de virtudes y de bienes temporales adquiridos con diligencia no tendrá que temer las amarguras, que á las mugeres menos virtuosas y diligentes aguardan en su vejez. Ella no es tosca ni grosera, sino tratable y bondadosa; pero no por eso gastará el tiempo en discursos ociosos y ridículos; y si abre su boca será para pronunciar palabras decorosas, y la ley de dulzura estará sobre su lengua. Observa en su casa hasta las huellas de los pasos, ocupándose principalmente del proceder de su familia, y no comiendo jamás el pan sin ocupaciones. Su marido se levanta y derrama en alabanzas: muchas hijas han juntado riquezas, tu las has sobrepujado á todas. Las gracias son engañosas; la hermosura vana. La muger que teme á Dios, será alabada.»

Hé aquí el epílogo de una gran matrona, formado por el Espíritu Santo; el ser muger de su casa, que nada haya en ella que se le oculte, nada bueno que no ordene, malo que no corrija, mediano que no adelante y perfeccione: El Espíritu Santo no nos la ha representado sobre las cátedras para enseñar, ni para disputar de materias estrañas, ni para competir en hermosura con las divinidades, no en el templo orando, aunque sea cosa asaz loable, sino en el recinto de su casa, como en el lugar de las virtudes propias de una matrona.

Y vosotras ¡jóvenes! renuevo de la vida, de cuya educacion se trata en esta casa; vosotras tambien tendreis obligaciones que cumplir, y obligaciones que son el fundamento de toda la vida; de vosotras vá á depender la felicidad ó la desgracia de un gran número de familias. ¿No son las mugeres las que arruinan ó sostienen las casas, las que arreglan los negocios domésticos, y deciden de todo lo que toca de mas cerca al buen gobierno? Pues de la educacion que se toma en la tierna edad, depende el plan arreglado y justo de las demas edades. ¿Y qué otra educacion que la del temor de Dios? El

amor respetuoso del Señor es la sabiduría verdaderamente digna de honra, siendo honrados los que la poseen ante Dios y ante los hombres. Y aquellos á quienes una vez llega á descubrirse, la aman, asi por el consuelo y ternura de que llena sus corazones, como por el resplandor con que brilla á sus ojos. De esta religiosidad de la educacion nace el buen uso de todas las habilidades, porque es la raiz y el principio del saber, el colmo y la corona del saber, el lleno y la plenitud del saber, segun dice Salomon. Y este es el mérito de la educacion de esta casa. Se empieza por el temor de Dios del cielo, y se acaba por la observancia de su ley santísima, juntamente con lo que puede servir á hacer el alma de una muger erudita en el sentido del Espíritu Santo, es decir, casera, cuerda y callada, y no como se entienden vulgarmente por este nombre las únicamente parleras hasta de lo que no entienden. Pues ahora: vosotras dais gracias á los doctores hábiles que saben preservaros de la peste de los cuerpos; ¿qué gracias no debeis á los que os preservan de la de los corazones y de los entendimientos, de estos negros vapores que se le-

vantan de todos los ángulos de la patria, como de los pozos del abismo? Pero ¡oh! ¡qué estraña desgracia! ¡qué culpable ingratitud, si estas semillas de devoción se convirtieran en obras de corrupción y de muerte! ¿Qué sirve que la primavera sea feliz, si en el otoño no corresponden los frutos?

Nada puede reemplazar á estos piadosos establecimientos; y aquí mis labios deben pronunciar el nombre inmortal del *caritativo prevenido Saldaña*, fundador de esta casa para la educación de las niñas huérfanas, las criaturas mas desamparadas del mundo. ¡Gloria inmortal en los cielos al que tanta caridad dejó en la tierra! «Dejad acercarse á mí los niños,» decía Jesucristo; y ningun otro lo dijo antes ni despues. ¡Magnífica palabra, que por sí sola pinta la divinidad del que la pronunció, y del Evangelio que la contiene! Solo Jesucristo ha tenido derecho de llamar los niños á su escuela, es decir, las criaturas mas débiles y vulgares; porque solo él ha sabido hacer sensibles las reglas de las costumbres, y proporcionarlas á todas las edades y á todos los estados; porque él solo ha reunido el precepto al ejemplo; porque solo sus

divinas enseñanzas pueden aprenderse sin esfuerzo, y dejan en el corazón hondas y durables impresiones. ¡Oh divina religión! tu lo enseñas todo, y lo sostienes todo. Tu eres la luz de nuestros entendimientos, y la llama de nuestros corazones. ¡Desgraciado el que te desconoce, y más el que te persigue! Vive sin fe y muere sin esperanza. ¡O religión celestial! tu haces elocuente y discreta la lengua de los niños; tu eres, como dice san Pablo, el fundamento de todas las cosas, y tienes esperanzas para la vida presente, no menos que para la vida futura. ¡Jóvenes! á vosotras se os enseña, y jamás debéis olvidar estas lecciones: que sabiendo y conociendo á Dios, y penetrándose de su amor, sabe cada uno más de sus obligaciones, se adelanta más en el arte de bien vivir, y se toma más gusto de la virtud que en todos esos libros, que, si no obscenos, nada tienen al menos que fortifique el corazón. Se os enseña la modestia, el pudor, el recogimiento, la decencia, el buen gobierno, y el amor del trabajo y las labores que os proporcionarán en el mundo una situación cómoda y honrosa. ¡Glo-

ria y amor á la religion! á quien debeis este asilo contra un mundo tan depravado, que se gloria de su propia depravacion. ¡Temor y respeto á la religion! que nos muestra á Dios con los ojos abiertos, observando nuestra conducta. ¡Obediencia y adoracion á la religion! que nos presenta el mundo como un destierro; y esta vida de un dia como una peregrinacion, á fin de que, estando criados para el cielo, no nos peguemos á la tierra. ¡Gloria á la religion! que despues de consolar nuestras penas, y sostenernos en medio de nuestras debilidades; despues de ser en el tiempo el apoyo de nuestra virtud y de nuestra felicidad, ella sola asegura nuestras esperanzas en la eternidad! AMEN.

¡Hé aquí!

Si alguna vez ha experimentado cuán doloroso es anunciar la divina palabra, ya sin duda en este momento  radiosa celebrad, en que  las mas firmes razones se reducen á los mas vivos y mas fuertes argumentos. ¡Hé aquí un espectáculo mas propio para elevar las almas ó interesar al cielo! ¡Unos nuevos ramos, féos é invariables.

ra y amor á la religión, á quien debéis estar así
 lo contra un mundo tan depravado, que se glo-
 ria de su propia depravación. ¡Temor y respeto
 to á la religión! que nos muestra á Dios con los
 ojos abiertos, observando nuestra conducta.
 ¡Obediencia y adoración á la religión! que nos
 presenta el mundo como un desierto, y esta
 vida de un día como una peregrinación, á fin
 de dar estado eterno para el cielo, no nos
 peguemos á la tierra. ¡Gloria á la religión! que
 después de consolar nuestras penas, y soste-
 nernos en medio de nuestras debilidades, nos
 pues de ser en el tiempo el apoyo de nuestra
 virtud y de nuestra felicidad, ella sola asegura
 nuestras esperanzas en la eternidad. ¡Amor
 dirigido sus ojos con una luz que nos
 y vivir todo el día en un estado de
 sobre un que para el de otro con una
 lo venís á ser el que se sup. corrali. con
 á un mundo tan depravado, que se glo-
 ria de su propia depravación. ¡Temor y respeto
 to á la religión! que nos muestra á Dios con los
 ojos abiertos, observando nuestra conducta.
 ¡Obediencia y adoración á la religión! que nos
 presenta el mundo como un desierto, y esta
 vida de un día como una peregrinación, á fin
 de dar estado eterno para el cielo, no nos
 peguemos á la tierra. ¡Gloria á la religión! que
 después de consolar nuestras penas, y soste-
 nernos en medio de nuestras debilidades, nos
 pues de ser en el tiempo el apoyo de nuestra
 virtud y de nuestra felicidad, ella sola asegura
 nuestras esperanzas en la eternidad. ¡Amor



SERMON

PARA

EL DIA DE SANTA CASILDA,

predicado

EN PRESENCIA DE SS. MM.



¿Mulier fortem quis inveniet?

¿Quién acertará á encontrar la muger fuerte?

Prov. cap. XXXI v. 10.

SEÑOR:

SI alguna vez he experimentado cuán dulce es anunciar la divina palabra, es sin duda en este momento augusto, en esta grandiosa celebridad, en que las mas nobles y las mas tiernas memorias se reunen á los mas vivos y mas tiernos sentimientos. ¿Hubo jamas un espectáculo mas propio para elevar las almas é interesar al cielo? ¡Unos huesos rotos, frios é inmables,

predicando desde esa urna de la muerte la vanidad de las grandezas de este mundo, y las grandezas postradas ante esos mismos huesos, pagarles el tributo de su reconocimiento y de su fé! ¡Esta ceremonia pomposa, en que el sentimiento de la piedad se anuncia por el del gozo, y el sentimiento del gozo por el de la piedad; todas estas consonancias armoniosas, estos santos cánticos de Sión, la santa magestad de este templo, honrado con la gloriosa presencia de los Reyes; este inmenso concurso de gentes de todas clases y de todas condiciones, rivalizando, á ejemplo de sus Monarcas, en piedad y en religion!.... ¡Qué momento y qué lugar, si fuera yo suficiente para pintar con la dignidad que se merece la singular devocion de nuestros Reyes á esta Virgen inmortal, y los títulos que tiene la Santa á nuestro reconocimiento! ¿Cuál es esta heroina incomparable, tan débil y tan poderosa, tan ilustre por su cuna, como oscura por su vida, que se hace la honra de su patria, y el objeto de la veneracion de los Reyes y los pueblos? ¿Qué alabanza bastará á su alabanza? ¿Cómo no adorar la profunda sabiduría de nuestro Dios, que se sirve de las

circunstancias mas estrañas para manifestar mas su poder, y el mérito de su gracia?

Al cabo de mas de ochocientos años, la devocion á esta Vírgen se hace cada dia mas viva, su memoria mas amada, su nombre mas venerado, y su culto mas brillante y mas magnífico. Pero hoy señaladamente recibe grandiosos homenajes y mas estensos obsequios, como si el Señor preparára por su medio algun grande acontecimiento, alguna novedad de importancia para la España, alguno de esos sucesos que hacen época en la historia de las naciones ; como si se dejase oir de esta multitud infinita de gentes, que han venido á juntar sus plegarias á las súplicas de los Reyes; como si quisiera, por fin, llenar las esperanzas de la nacion, y afirmar para siempre su ilustre trono. ¡Dios grande! ¡deliciosa perspectiva! Hé aquí manifestado el asunto : Casilda forma el objeto de nuestras esperanzas, y los Reyes el de nuestro sincero amor.

¡Oh Dios!... ¡Dios escelsó y Dios grande! bien veis la sinceridad y la importancia de nuestros votos, y cuán débil y flaco soy yo para llenar cumplidamente mi encargo : asistidme

con las luces de vuestro espíritu, y con la un-
cion de vuestra gracia, que os suplicamos en-
carecidamente por la intercesion de vuestra
Madre santísima, saludándola

AVE MARIA.

SEÑOR :

En los tiempos de lúgubre memoria, en que dominaba en España la ley absurda, torpe y sensual de Mahoma, en el siglo XI de la Iglesia, hubo en Toledo uno de aquellos Régulos, hombre cruel, á par que poderoso, y versado en el manejo de las armas, que en las guerras que movió á los desventurados Españoles, hizo un sin número de cautivos de entre ellos. De este fiero enemigo de la fé cristiana, de este tronco infeccionado, de este gangrenado acebuche quiso Dios producir un fruto singular que publicase las maravillas de su gracia, y sirviese para desengañar á aquellos hombres carnales. Tuvo por hija á Casilda, que desmintiendo el vicio de su origen con la belleza de su natural y sus piadosas inclinaciones, apareció como una flor de admirable candor, como una rosa entre espinas, como un lirio entre

zarzales. Desde niña se advirtió en ella una extraordinaria elevacion á Dios, una rara compasion, y una piedad singular para con los infelices cautivos de nuestros ascendientes, que gemian bajo la bárbara servidumbre de su duro padre, impresa en las entrañas la virtud de la misericordia, y con ella la sentencia de David: «Bienaventurado el que atiende al pobre y al necesitado, que el Señor le librará en el dia malo.» Dos terceras partes de su alimento distribuías todos los dias entre los angustiados cautivos; y en un lance, en que su padre la preguntaba: *qué llevaba*, para no ser descubierta, y evitar las asechanzas de aquel, dijo que *llevaba rosas, y en rosas se convirtió al punto el pan*. Padecia un rebelde y maligno flujo de sangre, y no hallando remedio para su curacion, en tan congojoso estado llegó á entender, bien por inspiracion, bien por relacion de los cautivos cristianos, que recobraría su salud, bañándose en el lago de san Vicente. Vino en ello su padre, disponiéndolo así el cielo para los fines de su eterna misericordia, y para cumplir los arcanos de su adorable providencia.

Casilda recobró la salud, y en esa soledad, por entonces inaccesible, consagró al Señor su virginidad, sus vigili-
as, sus ayunos y austeridades. En ella halló la voz de Dios, porque en la soledad se esplica el Todopoderoso. A ella condujo á Moisés, para darle la ley que habia de observar todo su pueblo. A la soledad llamó á Elías para inspirarle un celo infatigable. A ella llevó á Davíd, para ungirle por Rey; á Eliseo, para comunicarle el espíritu doblado, al Bau-
tista, para hacerle predicador de la penitencia; á los Discípulos, para mostrarles su gloria en el Tabor, para instruirles en Cades, para enseñarles á orar en Jetsemaní, y á sufrir en el calvario. Casilda es la muger adornada de las cualidades y prendas que deseaba Salomon en la muger; no una muger rodeada de brillantes escuadrones, como las Bomiris y Artemisas; no venciendo á sus enemigos aletargados con la embriaguez y el sueño, como las Judits y Zaeles, sino acometiendo sola, y desarmando á los mas terribles é irreconciliables enemigos: al mundo, con el desprecio de sus riquezas, sus dignidades y sus honores, sus encantos y sus maximas; sus pasiones, con la oracion y las vi-

galias; al demonio y á sus ángeles de tinieblas, con la fé y la fortaleza.

¡Qué espectáculo tan admirable y asombroso! ¡Una doncella jóven, delicada y llena de hermosura, abandona el lugar de su nacimiento y la casa de su padre; cambia los placeres, comodidades y regalos en abundancia que le ofrecia el palacio en que habia nacido, por los gemidos y sollozos, por la austeridad de una mezquina y triste habitacion en un lugar melancólico y solitario! Desde allí dirigió al cielo las ansias de su inocente y desolado corazon; allí se derrite en lágrimas y sollozos con la consideracion de las perfecciones de su amado; allí le ofrece el sacrificio de su pureza y limpísima virginidad, de esa virtud celestial, «á quien, como dice san Ambrosio, ninguna enfermedad altera, ninguna edad marchita, y ni la misma muerte puede arrebatarse;» allí en retiro y soledad de las criaturas oye la voz de su esposo, atiende á los divinos llamamientos, y se entrega á las inspiraciones del cielo y á las impresiones de la gracia.

Si un miserable como yo pudiera entrar en el secreto de sus tiernas emociones, en los co-

loquios que tendria con su Dios, en las comunicaciones con el cielo, revelaria cosas que os sorprenderian á todos; pero mi corazon no puede comprender estos misterios, ni la palabra del hombre alcanza á pronunciarlos. Casilda, trasladada á la tierra sin dolor, á la region de los consuelos y de delicias, vé y se interesa por este grande y edificante espectáculo. ¿Podrá no moverla la voz y los gemidos de estas personas ilustres? ¡Oh admirables y virtuosos personajes! vosotros sois de su proteccion, así como lo sois de nuestra veneracion y nuestro amor.

Desde su techo oscuro y solitario nos enseña que para dejar sobre la tierra preciosas memorias y un nombre venerado, no hay otro medio que unirse á aquel Dios que es todas cosas; que no hay otro mérito, otro bien y otra grandeza que aquella sobre que cada uno ha de ser juzgado, ni otra sabiduría que la que enseña á vivir bien y morir bien. ¡Magnífica moral que lo enseña todo en un dia! ¡Gloria inmortal al divino fundador que la ha creado, prometiendo la vida eterna al que todo lo deje por su amor! No, no está lejos el tiempo, en que el mundo

desencantado saldrá de su aturdimiento, y volverá al buen camino, por donde han pasado todos los siglos, ó perecerá en sus encantos, en sus errores y en sus pomposas mentiras. Una voz de confianza se siente en mi corazon y me hace gritar: «No, no sucederá tal con vosotros, mis oyentes. Casilda, trasladada á la tierra sin dolor, á la region de la paz y las delicias, vé este grande y edificante espectáculo, y se interesa. ¿Podrá no moverla la voz fervorosa de estos ilustres personajes? ¡Oh admirables y virtuosos Reyes! vosotros sereis el objeto de su proteccion, como lo sois de nuestro sincero amor.»

Sí, la España quiere á sus Reyes, y no puede menos de quererlos; porque siendo el reino su centro y su verdadero elemento, no puede hallar en otra parte su seguridad y su reposo. La España quiere á sus Reyes, porque son Reyes legítimos, y la legitimidad es el primer tesoro de un pueblo, tanto mas inapreciable, cuanto puede suplir todos los otros, y ninguno puede suplirle, porque es la garantía de todos los derechos y de todas las propiedades, y la primera salvaguardia de la religion y la moral;

sus Reyes legítimos, cuyos derechos los ponen á cubierto de todas las pretensiones; ¡Reyes legítimos! ¡Reyes legítimos! que no tienen competidor; ¡Reyes legítimos y no usurpadores! que no pueden tener otro interés que el de la justicia, y tan identificados con sus propios subditos, que no pueden trabajar para ellos sin trabajar para sí mismos, ni trabajar para sí mismos sin trabajar para ellos. La España quiere á su Rey que ha recibido todas las instrucciones, comenzando por las de la desgracia, y de quien no se puede temer nada, ni echar en cara nada, sino un exceso, si es que le hay en esta materia, de magnanimidad y de clemencia; á este Rey que nos ha salvado mas de una vez, y acaba de hacerlo de la seduccion de una provincia, cuyo incendio, si no se hubiera apagado, nos hubieramos abrasado sin remedio; á este Rey que lo vé todo, lo reconoce todo, lo examina todo, artes, establecimientos, ciencias y manufacturas, edificios sagrados y profanos, iglesias, talleres, conventos, catedrales, escuelas y universidades; á este Rey que ha resucitado las artes, fomentado y mejorado las ciencias, y está animando el comercio.

Quiere á sus Reyes, y no preténde querer otros, bien que no tiene este derecho funesto. La religion dá un Señor al que no le tiene; afirma su moral y domina sus pasiones; coloca los remordimientos á continuacion del crimen; muestra un juez entre los que mandan y los que obedecen; hace ver á los primeros un depósito, adonde vá á recogerse cada lágrima que corre y que ellos podrian impedir; cada gota de sangre que hayan derramado injustamente, cada suspiro del pobre que no han oído, y cada grito al que han sido insensibles. La religion los conduce de antemano á este tribunal en que muchos millones de hombres gritarán juntamente: ¡Oh Dios! ¡haznos justicia, nosotros hemos sido desgraciados! ¡Santa y sublime idea de Dios! ¡llena el alma de los que gobiernan! ¡y para dicha de la humanidad haz que sean religiosos, á fin de que sean justos! Si la justicia pudiera borrarse del corazon de los Reyes, los fundamentos de la tierra serian desquiciados, y el mundo se arrinuaría sin remedio. Por fortuna de la España no nos hallamos en este caso, y ella quiere á su Rey, porque su Rey ama, fomenta y promueve la religion con

todo el ardor posible. En su largo, penoso y dilatado viage, apenas habrá un templo que no haya visitado, ni iglesia en que no haya orado, ni santuario en que no haya entrado. Nuevo Josías que establece la piedad por todas partes, y el buen ejemplo en donde se deja ver. Quiere á sus Reyes, porque son justos, humanos, compasivos, dulces, benignos y afables; tienen la autoridad para hacerse obedecer, y no para hacerse aborrecibles.

La España quiere á sus Reyes, porque proceden de raza ilustre, y este es un título mas á su bondad y á su beneficencia. Salomon mismo es quien lo dice: «Dichoso el pueblo, cuyos Reyes son de un nacimiento ilustre:» *Beata terra cuius Rex nobilis est*; y nada, en efecto, es mas propio que esta ilustracion, para granjearse el respeto de los pueblos, y hacer de una parte la obediencia mas pronta y mas honrosa, y de la otra la autoridad mas dulce y mas paternal. Grandes y santos Fernandos son el tronco de nuestro Rey, y santas y gloriosas Isabeles lo son de nuestra Reina. No, no hay que temer que para hacer olvidar su origen, tengan necesidad del brillo de las victorias, y

en seguida para justificar sus victorias tengan necesidad de todos los crímenes.

La España quiere á sus Reyes por sí mismos, por sus virtudes, por sus dichosas cualidades, y por todos esos dones del espíritu y del corazón, de que los ha dotado el cielo. Conocen nuestra situación, y los quebrantos sin fin que hemos padecido todos; conocen nuestra lealtad y nuestro decidido amor; vienen á nosotros llenos de dulzura y cariñosa afabilidad, de deseos de hacer el bien y aliviar á sus preamados Castellanos. La España quiere a sus Reyes, porque así lo quiere Dios, y esto bastaba por sí solo para que ella lo quiera también. *Por mí reinan los Reyes*, dice el Señor. ¡Magnífica palabra que parece participar de la fecundidad de la creación! Sustituid á estos el principio de la soberanía de la nación. ¡Oh Reyes! vosotros lo sabeis que cuando el pueblo manda al Soberano que tenia para mandarle, casi siempre acaba por mandarle morir. Pero ¡eh! ¿de qué nos serviría querer á nuestros Reyes, si no cuidásemos de favorecerles en sus designios? ¿Cómo podrá reformar el Estado, si nosotros no nos reformamos? ¿Cómo, aunque

tuviera toda la sabiduría de Salomon, todo el valor de David, toda la piedad de Josías, podrá regir á una nacion descontenta de todo, y censurándolo todo? Si se ha dicho que seria necesario ser Dioses para gobernar á los hombres, ¿qué será necesario para conducir á esta nueva raza de hombres, con tantas opiniones como cabezas, y tantas locuras como opiniones? ¡Burgaleses! ¡mis amados Burgaleses! temed á Dios y honrad á vuestros Reyes. Temed á Dios: este es el principio de la sabiduría: honrad á los Reyes, que es el complemento de la política.

Y ahora ¡ilustre Casilda! interceded por nuestros Monarcas, que, aventajándose en piedad á sus ascendientes, como en constancia y sufrimiento, os dán una prueba tan brillante de su celo por vuestro culto. Pedid para ellos mas y mas este espíritu de fuerza, sin el cual no hay bondad; y este amor á la religion, sin el cual todo pereceria en sus manos. Libradlos por vuestras oraciones de nuevas calamidades, de nuevos oprobios é irrisiones. Interceded por esta Reina angelical, la honra de la diadema, para que el Señor la conceda un sucesor de sus virtudes, y un héredero de su ejemplarísima

piedad. Interceded por esta ilustre ciudad, cuna de la monarquía, su brazo derecho y su principal sostén, para que continúe mereciendo, como aquella otra de Judá, el título de *Ciudad de los Justos, Ciudad fiel: Civitas Justi, urbs fidelis*. ¡Interceded por todo el pueblo español, para que unido á sus Reyes, os vea un día en el reino de los escogidos, en la iglesia de los primogénitos, en la eterna posesion de Dios! AMEN.

Si en este día en que vosotros hacéis oraciones de vuestra devoción al santísimo Rosario, entrase por el templo alguno Heroge Ateo, y arrancado de vuestras manos ese mismo Rosario, el compendio de los misterios de nuestro Redentor y de la Virgen su Madre, le arrojase á la tierra, le pisase, le escupiese, le ultrajase.... ¡ah mi Dios! ¿vosotros todos esclamaríais dévotas con tan horrible profanacion: «¡Oh impiol ¡oh sacrilegol ¡oh traidor!» No se sacaría vuestra sedita con escorrarle en una cárcel profunda.



piedad. Interceded por esta lustre ciudad, con
 de la monarquía, su derecho y su priori-
 pas sostenidas que continúan en el estado de
 no apegada otra de las; el título de Ciudad de
 los Santos; Ciudad feliz; Justicia; nobleza;
 de la Interceded por todo el pueblo español,
 para dar vida a sus Reyes os vea un día en
 el reino de los escogidos; en la iglesia de los
 primogénitos; en la eterna posesión de Dios
 y honrad a vuestros Reyes. Temed a Dios: este
 es el principio de la sabiduría; honrad a los
 Reyes, que es el complemento de la política.
 Y ahora, ¡oh Castilla! Interceded por
 nuestros Monarcas, en esta jornada en pie-
 dad a sus asces, con constancia y
 sufrimiento, os vea un día en el brillante de
 su cetro por vuestro culto. Podrá para ellos más
 y más este espíritu de fuerza, sin el cual no hay
 bondad; y este amor a la religión, sin el cual
 todo perecería en sus manos. Levantad por
 vuestras oraciones de nuevas calidades, de
 nuevas oprobios e injurias. Intercedad por
 esta Reina angelical, la honra de la diadema,
 para que el Señor le conceda un socorro de sus
 virtudes, y un heredero de su ejemplo.

SERMON

PARA

EL DIA DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO.

Si en este dia en que vosotros haceis ostentacion de vuestra devocion al santísimo Rosario, entrase por las puertas de este templo algun Herege Albigense ó algun Luterano, y arrancando de vuestras manos ese mismo Rosario, el compendio de los misterios de nuestro Redentor y de la Virgen su Madre, le arrojase á la tierra, le pisase, le escupiese, le ultrajase.... ¡ah mi Dios! vosotros todos esclamariais atónitos con tan horrible profanacion: «¡Oh impío! ¡oh sacrílego! ¡oh traidor!» No se saciaría vuestra saña con encerrarle en una carcel profunda;

le cargariais de cadenas; le despedazariais vivo, arrojariais á un lugar inmundo aquellos huesos desgraciados. Sentimientos religiosos, horror justo y santo, celo cristiano y católico! cada uno de vosotros desearia ser su verdugo para vengar la atroz injuria de tan santa institucion, y el desprecio horrible de devocion tan augusta. Hé aquí lo que ha hecho cierta raza de hombres perversos poseidos del espíritu del demonio, y partos legítimos de la serpiente antigua. Su boca, llena del mortal veneno de aspíd, ha vomitado pestes contra este feliz parto de la gracia, y contra esta práctica de piedad con que hoy la honramos. ¡Infelices! han pensado triunfar, y han sido desechos con sus mismas armas, derribados al golpe de su propia espada. Escuchad como ha pasado este suceso memorable.

— El espíritu de heregía, que es inseparable del espíritu de rebelion, habiendo hecho tomar las armas á los Hereges Albigensés para sostener sus errores, no pudiendo defenderlos con la fuerza de la razon, ni con la autoridad de los libros santos, al poco tiempo se vió al Rey de Aragon, á los Condes de Tolosa y de Armagna-

ca, y á otros muchos soberanos y grandes Señores aumentar este partido, y componer un ejército formidable de cien mil hombres. El terror se estendió por toda la tierra, y la borrasca amenazó igualmente la religion y el estado : el suceso de un combate debe decidir del uno y del otro. ¿Quién se atreverá á oponerse á este torrente? Esta tempestad ¿quién la disipará? El Dios de los ejércitos, que envió en otro tiempo á Simeon para la salud de la Sinagoga y de los Judíos, vá á suscitar al Conde de Montfort, nuevo Macabeo de la Francia, para proteccion de la Iglesia y de los cristianos consternados ; y esta Virgen santísima, inspirando á Sto. Domingo la institucion del Rosario, le dijo estas palabras : «*Accipe filii mi gladium sanctum, in quo dejicies adversarios populi mei* : Recibe hijo mio esta espada, con ella triunfarás de los enemigos de mi pueblo.» No fué vana la promesa. El Rosario fué como la espada de Gedeon, que bajo la figura de un pan de cebada, hizo tanto estrago en el campo de los Madianitas. Se puede decir con verdad que si aquel ejército espantoso de Hereges fué destrozado y desecho, fué mas bien por la virtud del Rosario

que por la fuerza de las armas. El Conde de Montfort hizo con sus soldados lo que Judas Macabeo hizo con los suyos: *Singulos armavit, non clipeo, hasta, munitione; sed sermonibus optimis*: Armó á cada uno de ellos, no con puas, dardos ni broqueles; sino con un rosario y con una elocuente y piadosa exhortacion. *Invocato Deo per orationes, congressi sunt, manu quidem pugnantes, sed Dominum cordibus orantes*. Habiendo invocado el nombre del Señor, cayeron como leones sobre sus enemigos, y con las suplicas en la boca, la piedad y la confianza en el corazon, la espada en la mano, derribaron los escuadrones enemigos los unos sobre los otros. Pasaron sobre el vientre de aquellos abominables hereges, y consiguieron una célebre victoria en los fastos de la Iglesia. ¡Cuán agradable es á vuestros ojos, Virgen santa, la devocion del Rosario! Bien se puede asegurar que es la devocion principal entre todas las devociones con que honramos á la Hija del Altísimo. Ved los argumentos de esta primacia en las palabras del Eclesiástico: *Signum sanctitatis et opus virtutis*, las cuales forman toda la economía del discurso. Es una seña bajada del

cielo para dirigir nuestros pasos, y una obra de virtud que incluye todas nuestras obligaciones y nuestras necesidades. Es la primera por el honor distinguido que resulta á la Santísima Virgen: *Gloria honoris*; la primera por la utilidad estimable que nos viene á nosotros.

¡Virgen santa, hoy es el dia en que todas las criaturas deben publicar vuestras grandezas, y entonar vuestro divino Salterio! Cantadle vosotros, J cielos, cuerpos admirables que girais al rededor del mundo; aves que volais por los aires; peces que nadais por el mar; animales que andais arrastrando por la tierra; árboles y plantas que vegetais; dias y noches que nos dais alternativamente el espectáculo agradable de la luz y de las tinieblas, bendecid la Madre de vuestro Criador. Bendigámosla todos y saludémosla con las mismas palabras del Angel.

AVE MARIA.

El precio de la devocion debe medirse por la grandeza de las partes que la forman, y por la eficacia con que dirige al fin que debe mirar para ser sólida. En este sentido, ninguna esce-

de á la del Santísimo Rosario ; bien sea que se mire la materia de que se compone, ó el fin á que nos conduce.

El santísimo Rosario se compone en sus partes principales: de la Oracion Dominical ó del Padre nuestro, y de la Salutation del Angel. ¿Y que oracion es mas grande, mas misteriosa, mas del agrado de Dios? La Oracion Dominical no reconoce otro autor que el mismo Jesucristo, y teniendo á Dios por autor, no puede dejar de ser perfecta. Ella es, en efecto, el compendio de todo el evangelio, y el de las verdades de nuestra creencia. Es como la escala que vió Jacob, por la cual nuestras súplicas suben y penetran hasta el trono del Altísimo, y descienden á nosotros las misericordias del Eterno. Incluye todo aquello que Dios ha pensado por nosotros, y todo aquello que nosotros debemos hacer por él. Contiene todas nuestras obligaciones y todas nuestras necesidades de un modo eminente y sublime. Como el tremendo sacrificio de la nueva alianza, absorbió, por decirlo asi, todos los sacrificios de la ley antigua, y el gran precepto del amor de Dios y del prójimo, toda la muchedumbre pe-

nosa de los preceptos ceremoniales y legales de aquella misma ley, del mismo modo la ley de gracia había de abrazar y compendiar en una sola oracion la infinita variedad de preces y oraciones mandadas á los Judíos. Esta oracion debe regular todos nuestros pensamientos, toda nuestra vida y todos nuestros movimientos, porque es como un memorial en el cual presentamos al Eterno Padre las palabras de su divino Hijo, á fin de que aplique sus oidos á nuestras súplicas fervorosas.

Es tan grande la benignidad de Dios para con nosotros, desgraciados pecadores, que no se contenta su bondad amorosa con que le invoquemos Dios Omnipotente, Rey de absoluta dominacion, Criador que nos dió y conserva el ser; no se contenta con que le llamemos con estos títulos soberanos, sino que en esta grande y misteriosa oracion del Rosario ordena y manda que le hablemos con el amoroso nombre de Padre. El renombre con que mas se gloriaba el pueblo judáico, fué titularse hijos de Abraham. ¿Pero qué comparacion tiene esto con titularnos nosotros hijos adoptivos de Dios, y de ser obligados á llamarle en esta oracion con el nom-

bre de Padre que llena nuestro corazon de confianza, alegria y consolacion? Porque si es mi Padre, es necesario que cumpla los piadosos oficios que como á tal le corresponden. Es necesario que como Padre amoroso me ame, me asista, me enseñe, me honre, me corrija, me castigue, me humille, me libre de mis miserias, y al fin que yo le herede. Todos estos paternales afectos, todas estas tiernas consideraciones confesamos y reconocemos en la oracion del Rosario, cuando decimos en él: *Padre nuestro*. Los cielos son el trono de nuestra felicidad: no nos hemos de abatir ni envilecer buscando nuestra consolacion en las delicias y bienes de este mundo miserable; sino que ilustrado cada uno con las luces de la fé, y gozando de un ánimo generoso y un corazon magnánimo, ha de decirse á sí mismo: «Hijo de Dios soy, nacido para las delicias de los cielos; no es justo que yo me haga esclavo de mi carne: hijo de Dios soy, nacido para las riquezas de los cielos; no es justo que yo las pierda por un vil interés, ó por una pasion vergonzosa. Y aunque Dios está en todo lugar por su inmensidad, no es en la tierra, sino en los cielos, en donde me

ha de comunicar los torrentes de su infinita sabiduría, me ha de participar los pensamientos de la paz, y me ha de recibir en el inmenso mar de sus dulzuras» Todo esto nos recuerda la oracion del Rosario, al pronunciar estas palabras: *que estás en los cielos*. Nuestro único deseo, nuestro único pensamiento, nuestra única voluntad debe ser que el nombre santo del Señor sea conocido y honrado de todas las naciones; que renunciando todas ellas sus groseras supersticiones, no reconozcan ni adoren otro que al verdadero Dios, al Dios santo, al Dios omnipotente; que sea santificado con la pureza de costumbres de aquellos que le conocen, y con el reconocimiento de aquellos que le ignoran; que todas las naciones le bendigan, ninguna le blasfeme, y ninguna le deshonre. La gloria de Dios debe ser el primer objeto de todos nuestros deseos, como lo era del Profeta-Rey. «No á nosotros, Señor, decia el santo Rey David, no á nosotros, sino á tu nombre dá la gloria.» Y ved aquí lo que pedimos en el Rosario, cuando decimos: *santificado sea el tu nombre*. El reino de este mundo, el reino del pecado, el reino del amor propio, y el reino de las pasio-

nes nos tienen miserablemente esclavizados con sus encantos; tenemos una insaciable codicia de vivir, como si jamas hubieramos de morir, y este deseo, esta codicia la llama el Padre san Agustin, horrible y tremenda avaricia. Es necesario que un cristiano viva desembarazado del amor de la vida presente, en donde cuanto mas se vive, mas se carga con el peso de la culpa, y mas se arrastran las cadenas del pecado. El justo ha de poder decir con el Apostol: «Para mí el vivir es Jesucristo, y el morir es intereses.» Sí, Dios mio, nuestro único deseo es que venga á nuestros corazones el reino de vuestra gracia, que reineis en ellos Vos solo, que todo se os rinda, todo se os sujete; que venga, despues de esta vida, el reino de vuestra gloria, y que no nos priven de ella nuestras iniquidades. Esto es lo que pedimos, cuando os decimos en el Rosario: *venga á nos el tu reino.* Los enemigos nos cercan por todas partes: es necesario ó tener un salvo conducto, ó quedar cautivos: este salvo conducto, esta santa libertad nos ofrece el Rosario, cuando decimos: *hágase tu voluntad, asi en la tierra como en el cielo.* Pues, como enseña el pabre san Agus-

tin, la perfecta libertad consiste en seguir la divina voluntad, porque servir á Dios es reinar. ¡Qué estéril, qué miserable es este mundo! No es capaz de alimentar el espíritu, ni aun de sustentar el cuerpo, si Dios no dá el alimento. En el Rosario pedimos el sustento para el cuerpo y para el alma, cuando decimos: *el pan nuestro de cada dia dánosle hoy*. Somos deudores á Dios, y dignos de un infierno eterno; pero el Rosario nos reconcilia con Dios, pidiéndole *que nos perdone nuestras deudas*, porque el mismo Señor ha dicho: «Cuando clamen á mí, les oiré, y seré el Señor de ellos.» Y aun para obligar y empeñar mas la divina piedad, le ofrecemos en esta oracion el perdon de nuestros enemigos, pues en otro caso debemos esperar la espantosa reconvencion del Eclesiástico: «¿El hombre para con su semejante no tiene misericordia, y suplica el perdon de sus pecados? ¿El mismo, siendo la ira, reserva la carne, y pide propiciacion á Dios? ¿Quién orará por sus delitos? Acuérdate de los novísimos, y deja de enemistarte» «Guerra es, dice Job, la vida del hombre en la tierra, peleamos con mil enemigos, y hallamos mil escollos en los objetos

que nos cercan» «Todo lo que hay en el mundo, dice el Apostol san Juan, es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida.» Pero si vehementes nos acometen las tentaciones, es necesario que la victoria nos venga de lo alto. Hé aquí lo que pedimos á Dios, cuando le suplicamos: *no nos dejes caer en la tentacion.* ¡Qué de males nos rodean en la noche de esta mortalidad, no solo en la vida del cuerpo, sino tambien en la vida del alma! ¡Qué de tempestades, inundaciones, hambres, pestes, infamias, destierros, cárceles, prisiones, suplicios y todos cuantos males pueden hacernos infelices sobre la tierra! Pero bendito sea el Señor y Dios de toda consolacion, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones. Esta es la última peticion que hacemos á Dios en el Rosario. «El que nos dió la vida, dice el Padre S. Cipriano, nos enseñó á orar, para que, cuando enviamos nuestras súplicas al Padre celestial, conozca este las palabras de su Hijo, y aplique sus oidos con piadosa benignidad.» Súplicas contenidas en siete humildes peticiones, que son como las siete virtudes que reforman y santifican al hombre espiritual, co-

mo los siete dones del Espíritu Santo con que resplandece el alma y se trasforma en Dios ; como los siete dotes de la gloria : union, amor, fruicion, impassibilidad, agilidad, sutileza y claridad, de que ha de gozar el alma del justo bienaventurado ; como los siete sellos del libro que vió san Juan, cuya leccion nutre al alma y la llena de santos consuelos. En oracion tan misteriosa se emplea el devoto del santísimo Rosario ; la que pone sobre su corazon cuando medita sus misterios ; rodea con ella su cuello cuando la canta ; la lleva consigo en todos los caminos ; y esta misma es la que le custodia, y con la que conversa cuando duerme. El que suplica por esta oracion desentendiéndose de sus intereses, pide que sea santificado el nombre del Señor, que venga á nosotros su reino, que se cumpla en todo su voluntad. Debe ser la peticion como la de Judit, asaltada Betulia del brutal Nabuco. Se olvida esta piadosa muger del saqueo de la plaza, del despojo de los soldados, de la efusion de sangre, y solo pide á Dios que quebrante el poder de este enemigo, que ameñaza violar el Santuario, profanar el Tabernáculo, y derribar el Altar santo: *Qui*

promittunt se violare Sancta tua, et polluere Tabernaculum nominis tui. Si alguna vez pedimos algo para nosotros, es con tal medida, que pedimos el pan, pero solo para hoy; pedimos la absolucion del pecado, pero ofreciendo el sacrificio de nuestro corazon, perdonando á nuestros enemigos. Si pedimos que nos libre de la tentacion, es confesando nuestra miseria, y sacrificando nuestro amor propio. ¡Qué oracion tan grande, si se atiende á su Autor! ¡Qué oracion tan agradable á Dios por lo que le suplicamos en ella!

Pues no lo es menos la salutacion del Angel, que es otra parte de que se compone el Rosario. Esta reconoce tres autores, por los que se dignó Dios hablar. Estos son el Angel san Gabriel, cuando dijo á la Virgen: *Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mugeres.* Santa Isabel que añadió: *bendito es el fruto de tu vientre.* La Iglesia católica que concluyó esta oracion: *Santa Maria, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.* Añadid á esto cinco títulos que recomiendan á esta angélica salutacion. El primero

por parte del que envia, que es la augusta Trinidad. El Padre ostentó aquí su poder, dando á la Virgen una actividad celestial, para concebir de un modo sobrenatural, y encerrar en sus entrañas al que no pueden contener todos los cielos. El Hijo ostentó su sabiduría, conservando la virginidad de Maria al entrar y salir de su purísimo seno. El Espíritu Santo mostró los tesoros de su gracia, llenando de ella á esta Señora hasta el punto de participar todos de su plenitud. El segundo título de su grandeza se toma del Enviado: el Angel san Gabriel fué el que anunció al Hombre-Dios, acompañado, como quiere san Bernardo, de un numeroso ejército de espíritus bienaventurados. El tercer título de excelencia se encuentra en la persona á quien fué enviada esta legacia, que fué la Madre escogida de Dios. La causa de esta salutación es el cuarto título de su grandeza, y esta fué la ejecución del eterno decreto de redención, como pondera san Bernardo. El quinto se toma del modo extraordinario con que fué saludada la gran Reina. Los Caldeos saludaron al Rey Nabuco con estas palabras: «¡Oh Rey! vive para siempre.» Tobías dijo á su padre: «La

alegría sea siempre contigo.» Los de Betulia dijeron á Judit : «Dios te ha llenado de bendiciones.» ¿Y cómo habló el Arcangel S. Gabriel á Maria santísima? Como nadie habia saludado hasta entonces : «Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo.» Repetid, pues, devotos de Maria esta santa oracion, porque, como escribe el beato Alonso, se alegra el cielo al oirla, se asombra la tierra, huye Satanás, se estremece el infierno, y se derrite el corazon; ella es corta, pero contiene grandes misterios, y su fin es conducirnos al amor de nuestro Dios. No hay cosa que mas nos obligue á amar á nuestro Dios que la contemplacion de lo que obró su caridad para nuestra redencion. «Amemos á Dios, escribia san Juan, porque su amor ha prevenido nuestros cuidados. Antes que le amásemos, nos envió su Unigénito para librarnos de la muerte y darnos la vida» Y esta caridad de Dios ¿en dónde se nos muestra mas á fondo que en el santísimo Rosario?

Es este divino Salterio un compendio de la vida de Jesucristo y de los extremos de su amor. Es como el carro de Salomon, en cuyo techo está pintada la historia de su amor tierno para

con su esposa ; es como aquella piedra, en la cual mandó Dios á Ezequiel esculpir la ciudad de Jerusalem, sitiada de los Babilonios. Tal es la dicha del que reza el santísimo Rosario, poder recojer, como oficiosa abeja, las flores de la vida del Salvador, hasta estraer el jugo y la miel de la devocion del amor de Dios. Aquí encuentra el cristiano á primera vista el principio de aquellos viages del Verbo, llamados eternos en los libros santos : el consentimiento de Maria, la concepcion del Salvador en su vientre ; allí se trasportará el espíritu al pesebre y adorará al Salvador con los pastores ; le ofrecerá con los Magos mirra, incienso y oro ; le tomará entre sus brazos, como Simeon en el templo, y esclamará como él : «Habladme, Señor, de esta vida, porque he visto la saluz de Dios ;» libertará al niño perseguido de la espada de Herodes, como José ; le perderá tal vez y le hallará en el templo, como Maria ; será testigo de su gloria en el Tabor, como Pedro ; le verá en la casa del Fariseo y se arrojará á sus pies, como la humilde Magdalena ; irá el Salvador á visitarle á su casa, y le hospedará, como Marta.

106 Acerquémonos mas al incendio de la caridad.

de Jesueristo. «Señor, decia san Bernardo, nada me arrebatara mas en vuestro amor que el amargo cáliz de la pasion que bebisteis por mí.» ¿Y no se representa á lo vivo esta amargura en el santísimo Rosario? El que le reza verá á Jesucristo que forma un rio de sangre en el huerto; le verá en las calles de Jerusalem cayendo y levantando, oprimido del peso de la cruz; llorará sus trabajos con las santas mugeres, y le ayudará á llevar la cruz, como lo hizo el Cirineo; le bajará de la cruz, como José de Aritmatea; le rendirá los últimos obsequios, como las tres Marias. Internándonos mas en esta devocion, descubriremos que si es la primera en la señal de santidad que en sí contiene, tambien lo es por el honor distinguido que resulta á Maria. *Gloria honoris.*

Los hereges, legítimos partos de la serpiente antigua, han puesto asechanzas á la santísima Virgen, como lo habia profetizado Moisés; han vomitado blasfemias contra esta obra primorosa de la gracia, y contra las prácticas de devocion con que la honramos. Quién prohíbe que la llamemos Madre de Dios; quién no quiere que la saludemos con las palabras del

Angel, y alguno, en fin no puede sufrir que la llamemos Santa. Pero Dios ha opuesto partido á partido, santas palabras á espresiones ignominiosas, y piadosas sociedades á facciones irreligiosas, á fin de que volvamos por el honor de su Madre, tributándola el culto y los obsequios que merece, y esto es lo que practicamos en la devocion del Rosario. Porque, meditado bien, no hay en el Rosario espresion alguna que no sea una pública confesion de las sublimes perfecciones con que la santísima Virgen se eleva sobre los Angeles y los hombres. Cuando le rezamos, pronunciamos muchas veces esta palabra: *Ave*, y en ella nos alegramos con el Angel cuando la reveló que eran sus obras agradables á Dios, y que acababa de concebirse en su vientre el Hijo de Dios. La atribuimos igualmente nuestra felicidad y restauracion en la gracia que habiamos perdido en Eva, pues, como dice la Iglesia, no decimos Eva sino Ave, pues Eva, añade san Agustin, nos trajo lágrimas, y Maria gozo; Eva fué autora del pecado, y Maria del mérito; Eva nos perdió, Maria nos sanó. ¿Y qué cosa mas honrosa para esta Señora que confesar que ella es la autora de la

salud? Pero ¿qué es lo que no publican los devotos de Maria cuando la confiesan llena de gracia en esta piadosa devocion, y cuando, rezando el Rosario repiten tantas veces aquella espresion que solo á Maria conviene por excelencia: *El Señor es contigo?* Jacob fué prosperado en sus trabajos, porque el Señor estuvo con él: *ero custos tuus*. Josué abatió la soberbia de sus enemigos, porque el Señor fué con él: *Dominus erit tecum*. Moisés, Gedeon, David, Abraham, Judit fueron tan felices, porque el Señor estuvo con ellos. ¿Y con cuánta mayor perfeccion estuvo el Señor con Maria? El Padre fué con ella cuando la dió á su Hijo; el Hijo fué con ella cuando se hizo hombre en su vientre; el Espíritu santo fué con ella cuando la llenó de su divina gracia. El Señor fué con ella en el pesebre, en Egipto, en el templo, en el calvario, en el cenáculo, y en todos los lugares. Tal es la felicidad que publicais cuando la saludais en el Rosario: *bendita eres entre todas las mugeres, y bendito es el fruto de tu vientre*. En las primeras espresiones confesais que Maria se halló por una gracia especial perfectamente hermosa á los ojos del Altísimo en aquel primer

instante en que el resto de los hombres son objeto de maldicion y de ira. Las segundas expresiones: *bendito es el fruto de tu vientre*, son como la torre de David fortalecida con mil escudos, porque con ellas confesamos que Maria es la Madre del verdadero Salomon, á quien este ha dicho muchas veces: Pide, Madre mia, que no me es lícito rehusar tus peticiones. Pero los hereges se burlan del determinado número de oraciones de que se compone el Rosario, miran como vana supersticion y como un entusiasmo gentil, propagado por ciertos hombres fanáticos, el que una parte del Rosario conste de cinco Padre nuestros y cincuenta Ave Marias. ¿Y qué importa que lo digan? Los siervos de Maria les harán ver que el determinado número no es superticioso, que lo enseñan las Escrituras, reglas infalibles de la fé; que lo autorizan los Padres, organos por donde se comunica á nosotros la verdad infalible.

Les harán ver que si son quince los Padre nuestros de una parte del Rosario, tambien son quince aquellas partes que se han de ofrecer á Dios para librarnos del mal que ha de venir, segun la frase del Eclesiástico; que tambien

fueron quince los santos profetas del Viejo testamento. *Videte contemptores, et admiramini.*

Les harán ver que si son ciento y cincuenta las saluciones que hacemos á Maria en el Rosario, tambien fueron otros tantos los salmos de Davíd; otros tantos los dias en que comenzaron á disminuirse las aguas del Diluvio; otros tantos los saltos del Líbano, en los que, como quiere san Bernardo, se figuraron las escelen-
cias y grandezas de la Santísima Virgen. Ved, pues, los que despreciais y admirais. *Videte contemptores etc.*

¿No hay mas que decir de los defensores del Rosario? Los siervos de Maria, colocados en la santa silla y elevados á la eminencia del trono, publicarán sus grandezas, arrojando los unos sus tyaras, y los otros sus coronas á sus plantas en señal de servidumbre. ¿Y los ignorantes? ¿y el pueblo sencillo? ¿y la juventud bien criada? ¡Ah! aquí se cumple lo que decia Davíd: *ex ore infantum et lactentium perfecisti laudem propter inimicos tuos.* Apenas se toca á Rosario, cuando el pequeñuelo despierta y sacude el sueño, el artesano y el pobre jornalero cesa de sus negocios y se acerca al trono de su dulce

Madre, para exhalar en honor suyo lo mas tierno de su corazon; el templo es el lugar de su habitacion, como tambien de sus sacrificios; las bóvedas resuenan con los cánticos de su alabanza; y el fervor de sus écos dice el de su corazon, y la pompa santamente excesiva con que celebran á Maria pone en fuga vergonzosa á los enemigos del Rosario. *Videte etc.* De este modo esta devocion ha venido á ser, no solo la primera por el honor distinguido que resulta á Maria, sino tambien por la utilidad estimable que nos produce á nosotros.

¡Virgen santa! ¡todas las naciones os bendigan, todas ellas entonen vuestro divino salterio, y publiquen las grandezas de vuestro santísimo Rosario. Estos son los sentimientos que nos dicta una devocion tan tierna, y los votos que nos hará formar incesantemente. El infierno se estremecerá cuantas veces la recemos; ha temblado siempre. Para derribarla ha hecho todos sus esfuerzos; pero á despecho de todas las potencias infernales, todos los siglos os han bendecido, y todos los siglos y todas las naciones os bendecirán siempre. Si alguna vez mi lengua se atreviese

á pronunciarlo de otro modo, mi lengua se pegue al paladar, y se quede allí eternamente sin movimiento; si mi mano tuviere la osadía de escribirlo de otro modo en el papel, allí quede inmovil y seca. Bendita eres. ¿Hablaré yo solo en esta augusta asamblea? ¿Vosotros cristianos nada teneis que decir? ¡Ay! yo no puedo introducirme hasta lo íntimo de vuestras almas; pero no debo dudar que todo se reanime ahora, y todo se inflame en obsequio del Santísimo Rosario. Esta ha sido la devocion de nuestros padres, la de todo el pueblo cristiano, y será tambien la vuestra: subsiste y subsistira eternamente. ¡Plegue á Dios concedernos tan poderosa devocion, y despues de ella la vida eterna! AMEN.





SERMON

PARA

LA FIESTA DE LA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA.



Benedixisti, Domine, terram tuam, avertisti captivitatem Jacob.

Colmaste, Señor, de bendiciones tu tierra, y separaste de ella la cautividad de Jacob.

Salmo 81.

CONSIDERANDO yo conmigo mismo el inmenso piélago de penas que afligen al hombre desde el instante mismo de su infeliz concepcion; reparando la pesadumbre de males de que se vé hecho víctima tan pronto como ya existe; meditando la infausta cadena de desdichas infinitas que le ciñe, cuando todavía yace en el seno de su madre; revolviendo en mi lúgubre imaginacion la malaventurada herencia de los míseros

humanos, hé aquí como se ha explicado la violencia de mi dolor; las imprecaciones de Job contra la hora de su nacimiento y el momento de su concepcion se me han ofrecido al pensamiento, y no he podido represarlas. «Perezca, ha dicho, el dia en que naci y la noche en que se dijo: «ha sido concebido el hombre;» ójala se convirtiera en tinieblas este dia desgraciado; ni Dios se acordase de él desde el cielo, ni le iluminase con su luz; que lo cubran las tinieblas y la sombra de la muerte; que aquella noche sea envuelta en negro torbellino; que sea tan horrible como la de las soledades mas tristes, no se numere en los dias del año ni en sus meses; nadie se acuerde de esta noche desgraciada, ni se obre en ella cosa digna de memoria; que sea el objeto de las execraciones de los que maldicen el dia de sus desgracias, y de las maldiciones del navegante á vista del Leviatán soberbio que intenta derribarle; que se eclipsen las estrellas con sus velos caliginosos; que espere al sol, y que no vea ni aun el principio de la aurora que nace: ¡noche desdichada aquella en que yo empecé á ser! ¿Por qué no me quedé muerto en el seno de mi ma-

dre? ¿Por qué no dejé de vivir en el momento mismo en que vi la luz? ¿Por qué la que me dió el ser, la que me recibió al nacer me puso sobre sus rodillas? ¿Para qué?...»

¡Oh necios! ¡oh vanos mortales! ¡oh vosotros que os glorias en vuestra sangre corrompida y en vuestra cuna apestada! producid los títulos de vuestra tan celebrada magnificencia; subid hasta vuestra misma formacion: la iniquidad y el pecado os salen al encuentro; sus feas manchas marcan en aquel instante vuestras almas; cualquiera que tu seas ¡oh hombre! eres hijo de la muerte. ¿Dónde está tu resplandor, dónde tu lustre? Tu vienes al mundo marcado con la maldicion de Dios, y eres esclavo del demonio en el momento mismo en que eres hombre. ¡Dia fatal! ¡momento deplorable!

¿Pero vengo yo á hacer el cuadro lastimoso de nuestros dias, ó el misterio de hoy encierra en sí alguna mancha, ó presenta alguna idea de dolor? ¡Ah! todo lo contrario: es tan sublime y glorioso, tan elevado y tan santo, que aunque tuviera yo las lenguas de todas las criaturas, no seria suficiente á espresar la magnificencia que en sí encierra. No me admira que David, con-

templando en un profundo éxtasis las maravillas que el Altísimo obraría en favor de esta Reina incomparable, y teniendo á la vista el misterio de este dia, su santísima Concepcion, exclamó en medio de la admiracion, lleno de un júbilo extraordinario: *Benedixisti, Domine, terram tuam, avertisti captivitatem Jacob.* Señor, ahora conozco que has llenado de bendiciones tu tierra, y has separado de ella la cautividad de Jacob. Espresiones magníficas, palabras misteriosas con que el Salmista-Rey quiso significar una tierra vírgen, prevenida con anticipacion por la diestra del Omnipotente, y santificada con sus mas preciosos dones; una tierra de bendicion preservada por su brazo dominante del contagio de aquel lodo de que fué formado el primer hombre; una tierra exenta de toda mancha, que habia de abrir sus entrañas para brotar la salud de las naciones; una tierra venturosa que anunciaba ya el privilegio glorioso de Maria en el primer momento de su inmaculada Concepcion. ¡Oh momento venturoso! yo te bendeciré con toda la vehemencia de mi lengua, y con todo el entusiasmo de mi inflamado corazon repetiré todos los dias de mi vida:

«El Señor ha bendecido su tierra y ha apartado de ella el cautiverio de Jacob.» ; Momento venturoso! el Leviatán soberbio es ahuyentado, cede á la voz del Todopoderoso: Maria es aquella ciudad, adonde no entrará el enemigo ni alcanzarán sus saetas. El Omnipotente la ciñó de su virtud en el primer momento de su animacion, y detuvo los hálitos venenosos de la culpa que infeccionó toda la posteridad de Adan. *Benedixisti Domine terram tuam etc.*

Desátense nuestras lenguas para solemnizar tan fausto dia ; derramémonos en sus elogios ; no se borre jamás de nuestra memoria instante tan memorable ; huyan de él la tristeza y la negra melancolía ; ahuyéntense las sombras enemigas de la luz ; la amargura, la confusion y el llanto aléjense de él para siempre.

Digamos en alta voz, que apenas Maria fué concebida, cuando se sintió prevenida de las bendiciones del cielo ; apenas su alma se unió á su cuerpo, cuando fué hermoseedada con todos los dones de la gracia ; apenas la serpiente contagiosa intentó deslucirla, cuando ella quebrantó su cabeza ; todavía no respiraba en el vientre de su madre, y ya era el objeto de las com-

placencias del Altísimo. *Benedixisti etc.* Ved, pues, á lo que se reduce el misterio de hoy, y el objeto de mi discurso. Una Vírgen preservada desde el principio de su vida del contagio afrentoso del pecado, nos traerá á la memoria la infeccion que nosotros contraemos en nuestro origen. Una Vírgen prevenida desde el principio de la vida con las mas abundantes bendiciones de la gracia, nos conducirá á oponernos, con los auxilios que se nos han concedido, á las funestas impresiones que hace en nosotros el pecado.

¡Vírgen santa! Vos sois la única en cuyo favor ha manifestado toda su fuerza el brazo del Omnipotente; y cuando todos nosotros, al entrar en el mundo, somos víctimas infelices de la cólera de nuestro Dios, Vos sola sois prevenida de su amor, Vos sola entraís en este mundo como la obra primorosa de su gracia. Mientras yo veo á los infelices descendientes de Adán arrastrar las pesadas cadenas de la infame concupiscencia, yo os veo enriquecida con todas las virtudes y adornada con los dones del Espíritu divino. Asi lo publicaremos con toda la vehemencia de nuestros labios. ¡Vírgen santa!

alcanzadme los auxilios que necesito para hablar dignamente de vuestra immaculada Concepcion: esta es la gracia que solicito, y á este fin os saludamos con el Angel :

AVE MARIA.

El prodigio que apareció á los ojos de Moisés en el monte Sinaí, tenia con que admirar. Una zarza, á la que rodeaban las llamas por todas partes, y no la consumian. ¿Quién embaraza la actividad del fuego? ¿Por qué este elemento, que abrasa y destruye con su ardor todo lo que encuentra, parece que respeta á esta zarza maravillosa? ¿Quién no hubiera dicho, como Moisés: iré y veré esta maravilla? El prodigio que la Iglesia ofrece á la piedad de los fieles, es mucho mas asombroso. Es una pura criatura, una hija de Adan, una porcion de la masa corrompida del género humano, que á despecho del tronco infeccionado del que trae su origen, apesar de la depravacion del siglo, en medio del que habita, no obstante el aire apeestado que respira, conserva toda la pureza de su alma santa, y permanece incorruptible en medio de

la mayor corrupcion. ¡O Dios! Vos sois el Dios que obráis maravillas. ¿Cuál mas asombrosa que esta? El fuego del pecado rodea á Maria por todas partes ; pero no llega á ella su ardor delinciente. ¡Qué gloria! ¡qué privilegio singular, concedido solamente á Maria! *Benedixisti Domine etc.*

Maria es aquella Arca de la alianza fabricada de una madera incorruptible ; es aquella florida vara de José, en la que no se halló nudo ni corteza alguna. El Sábio la retrató en aquel profético éxtasis, en que, arrebatado de una santa admiracion, esclamó: «¿Quién es esta hija amada del cielo, que viene del desierto, y se levanta del Líbano, acompañada de sus virtudes, y amorosamente apoyada en su bien amado? ¿Quién es esta que marcha como la aurora, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como los ejércitos de Dios en orden de batalla?» El mismo Salomon la representa en aquella esposa de los cantares, bajo cuya cabeza puso el esposo su mano izquierda, y la abrazó con la derecha, para impedir su caída. Verdaderamente el Señor ha bendecido su tierra, y apartado de ella el cautiverio de Jacob.

El instante afrentoso para todos nosotros, es un momento de gloria para Maria. Maria, preservada desde el primer instante de la mancha hereditaria. ¡Ay! este es uno de los milagros mas asombrosos, en los que hizo Dios, en esta bienaventurada criatura, brillar su admirable providencia, y la predilección que siempre la ha manifestado, como ella misma lo espresa: «El Omnipotente ha obrado en mí cosas muy grandes.» Detengámonos aquí, y procuremos desenvolver este glorioso privilegio, grande en sí mismo, grande en las circunstancias, grande en la singularidad, y grande por sí mismo.

Privilegio grande en sí mismo: cuanto es mas vergonzoso gemir bajo el yugo del demonio, es mucho mas glorioso ser absolutamente preservado; cuanto es mas triste verse uno infectado por el veneno mortal, tanto es mas agradable pisar la serpiente infernal y quebrantarle la cabeza; cuanto es mas doloroso, afflictivo y deplorable estar un solo instante en odio de Dios, tanto es mas consolador y ventajoso haber sido siempre amado, y haberle siempre amado.

Privilegio grande en las circunstancias:

si Dios hubiera hecho nacer por un camino extraordinario á Maria, si él mismo hubiera formado un cuerpo, como formó el de Adan, seria menos maravilloso que una criatura que salia inmediatamente de las manos del Criador, saliera mas pura que el sol. Pero ¡qué gloria para Maria haber nacido de padres delincuentes, sin haber sido ella ^{por su nacimiento en ella} jamas criminal! ¡Qué prodigio salir un arroyo puro y cristalino de un manantial cenagoso y corrompido, y que una raiz envenenada lleve un fruto saludable! Este es el prodigio que admiramos: de un vástago podrido y de una raza delincuente, sale Maria inocente, y sin privilegio grande por ser gracioso. No por los méritos futuros de Maria la distinguió Dios: en vista de la divina maternidad con que intenta honrarla algun dia, la preserva, y esta es una gracia puramente gratuita. Su fiel correspondencia, su piedad, su humildad y su pureza pudieran en lo sucesivo empeñar á Dios, siempre magnífico en sus promesas, á llenar este vaso de eleccion con sus celestiales dones. Pero ahora, Señor, yo no hallo otro motivo de vuestras gracias, sino vuestras solas bondades; y si Maria es distinguida, no lo es sino por un

puro efecto de vuestras misericordias; Vos la habeis prevenido; Vos la habeis amado antes que ella pudiera amaros; Vos la habeis colmado de bienes, antes que ella pudiera conocer la mano liberal que se los daba.

Privilegio grande; porque es único. Es una gloria de la que ninguno es partícipe con Maria; es un bien particular suyo. Se sabe que fueron santificados en el vientre de su madre Juan Bautista y Jeremías, que no gimieron mucho tiempo bajo el yugo del pecado; pero, al fin, arrastraron sus cadenas. ¡Dichosa, pues, y mil veces bienaventurada esta ilustre Vírgen, á quien el Omnipotente alargó la mano para librarla del diluvio universal, de la comun corrupcion! ¡Bendito sea para siempre el venturoso instante, en que Maria consiguió sobre el pecado una victoria tan singular, y tan gloriosa victoria, que la libertó de toda concupiscencia! Elegida singularmente, anduvo siempre como por sí misma por el camino de los divinos mandamientos; toda su vida no fué sino un encadenamiento de rumbos inspirados; mil veces mudó de lugar, de estado, de situacion y de pais, sin mudar de virtud. De este modo, ilustrada é

inteligente desde el instante de su nacimiento, como lo fué el primer hombre en el instante de su creacion, no ignoró asimismo en aquella edad tierna, en que la razon está ofuscada con las tinieblas de la infancia, la obligacion de consagrarse á Dios; sabia, sin haberlo experimentado jamás, que nuestro enemigo el más peligroso es la carne, que los lazos más temibles son los que arma el mundo con sus engañosas apariencias del regocijo y del placer. Subordinada y sometida á Dios por inclinacion, conservó siempre su espíritu sobre su cuerpo un dichoso predominio, un imperio soberano; no sintió aquella contrariedad de voluntad, de la que se lamentan los más justos, ni tuvo que sufrir guerras domésticas. Su espíritu siempre estuvo iluminado de una luz divina. La fé se alió allí desde luego con el juicio, y el fruto de esta dichosa union era discernir en todo la verdad y seguirla. Yo no quiero otra prueba, sino el voto de virginidad que hizo todavía niña, y en un tiempo en que la esterilidad era entonces un oprobio. Toda su tribu ignoraba el valor de esta virtud angélica: ella sola la comprendió y conoció toda su escelencia. ¿Dónde están en

Maria aquellas preocupaciones del nacimiento, las primeras impresiones de la educacion que esparcen odiosos colores á la virtud, y que al vicio se los prestan agradables? Es, pues, claro que Maria no tenia estos primeros principios, y que, libre de los celages y del tormento de las pasiones, penetraba las miras, y entendia la voz de Dios. Su cuerpo estuvo siempre subordinado al espíritu, y su espíritu á Dios. Jamas en ella se opusieron las inclinaciones de la naturaleza á las inspiraciones de la gracia. ¿Fué preciso llevar su hijo a Egipto, ofrecerle en el templo y aun inmolarse en el calvario? En todo corresponde la firmeza de su procedimiento á la generosidad de su corazon, hasta el pie de la misma cruz. ¿Dónde están, pues, las oposiciones del apetito sensible á la razon, de las que se han lamentado aun los mayores santos? Es indudable que Maria fué exenta de ella, y que, segun el pensamiento del Profeta-Rey, el lugar natal del Salvador fué siempre un lugar de calma y de paz. *Factus est in pace locus ejus.*

Opongamos ahora la depravacion de los hijos de Adan en el seno de sus madres á la inocencia con que Maria ha sido favorecida desde

el primer instante de su Concepcion. ¡Ah! cuanto nos recuerda la santidad de su origen, otro tanto nos representa la infelicidad del nuestro. ¿Quién no reconoce, confiesa con lágrimas y publica con sollozos que todos hemos sido concebidos en pecado? Ilustrados con las luces de la fé, y amaestrados en la escuela de la experiencia, confesamos con el Apostol que en el instante de nuestra concepcion todos somos hijos de cólera; no hay ninguno que no esté dispuesto á decir hoy con David: «Bien veis, Señor, que yo he sido formado en la iniquidad, y que la madre que me ha parido me concibió en pecado.» Asi hablamos cuando, tocados del espíritu de la penitencia, entramos en los sentimientos del santo Rey. Sabemos que el pecado que traemos al nacer, nos ha causado un diluvio de males, y que con las dos llagas que nos ha abierto, la ignorancia y la concupiscencia, ha derramado el veneno de su malignidad en todas las potencias de nuestra alma; y que esta es la causa de no haber nada santo en nosotros; que nuestro espíritu es susceptible de los errores mas groseros; que nuestra voluntad está como entregada á las mas vergonzosas pasiones;

que nuestra imaginacion es el sitio y el origen de la ilusion; que nuestros sentidos son las puertas y los órganos de la incontinencia; y que nacemos llenos de flaqueza, juguetes de la inconstancia y de la vanidad de nuestros pensamientos.

¡Espantable condicion! ¡estado lamentable! pero por espantable y lastimoso que sea, no es menos cierto. Atiende, hombre, á esto, y detente, considera las miserias de tu origen. Considera la piedra de que has sido cortado, y la cepa de que has sido estraido. Mira el padre que te ha engendrado, y la madre que te ha parido. «Tu casta, dice Dios por Ezequiel, y tu descendencia es de la tierra de Canaan: tu padre fué Amorreo, y tu madre fué Ectea. En el dia de tu nacimiento, no te cortaron ni ataron la vena del sustento, no lavaron con agua de salud tu cuerpo ensangrentado, ni le estregaron con sal, ni le envolvieron en pañales, ni hubo quien se compadeciese de tí para darte algun refrigerio; antes fuiste arrojado en tierra con desprecio y peligro de tu vida, hasta que pasando yo por donde estabas, y viéndote revolcar en tu propia sangre, te dije: vive, y otra vez digo que te

dije: vive.» De estos padres Adan y Eva naciste hijo de ira, manchado con la sangre de pecados y miserias, sin que haya en toda la naturaleza agua que por su virtud sea capaz de lavar tus culpas, ni sal de sabiduría para remediar tu ignorancia, ni vestidura de virtudes para cubrir tu desnudez y malicia. No hay quien ate las venas rotas de tus apetitos, para que no broten sangre de torpes codicias, ni quien aliente tu flaqueza para que huyas de tanta miseria; porque todas las criaturas te dejan prostrado en la tierra, pegado el corazón á las cosas terrenas, sin fuerzas para despegarte de ellas. Tu eres aquel desgraciado, que, bajando de Jerusalem, cayó en manos de ladrones que lo despojaron de todo, le hirieron por todas partes, vertiendo sangre por todas las heridas, con tal desmayo, que hubiera muerto sin remedio, si el piadoso Samaritano que pasó por allí, no le hubiera curado y remediado. Tu eres, vuelvo á decir, aquel hombre malhadado, que, cuando pecaste en Adan, caíste en manos de los ladrones infernales que te despojaron de la justicia y santidad, y llagaron tus potencias con la ignorancia, malicia, flaqueza y concupiscencia.

— ¡Oh loco! ¿á qué te ensoberbeces como tu madre Eva? ¡Soberbio! ¿para que buscas fama y honra, como tu padre Adan? ¡Miserable! ¿cómo no te humillas, viendo tales plagas, tales peligros y el poco remedio de ellos? ¡Deplorables mortales! ¡qué pesados son los grillos que arrastrais! pero ¡y qué espantable el pecado en que nacimos! ¿Quién no sabe que del pecado y de nuestro primer pecado nos vienen la dificultad de hacer el bien, la propension al mal, la repugnancia á nuestros deberes, la disposicion á sacudir el yugo de nuestras mas legítimas obligaciones, el odio de la verdad que nos corrige y nos ilustra, el aborrecimiento de los que nos aventajan, el amor á la lisonja que nos engaña y nos corrompe, el disgusto de la virtud, el hechizo envenenado del vicio, y el que tantos de todas clases abandonen los empeños de su profesion por empeños estrangeros? De aquí aquella guerra intestina que sentimos en nosotros mismos, los combates de la carne contra la razon, y las rebeldias secretas de la razon misma contra Dios, la extravagante obstinacion en querer siempre lo que la ley nos prohíbe, solo porque lo prohíbe, y no querer lo que nos man-

da, solo porque lo manda, rechazando injustamente y con teson lo que debe ser amado. «Trastorno monstruoso, dice el Padre san Agustín, y que por la misma razón que es monstruoso, se hace palpable que traemos al nacer, y al que el debe su origen.» No así María, no así: no solo fué libre en su Concepción del yugo del pecado original, sino que también fué preservada de las consecuencias del pecado. El Señor hizo en su favor más prodigios que los que hizo en otro tiempo para librar á toda una nación: la libertó de una servidumbre más cruel que la de los Israelitas bajo el dominio de Faraon; quebrantó las prisiones más vergonzosas que las de Sanson; la previno, la purificó y la santificó en el centro mismo de la maldición. *Benedixisti Domine terram tuam etc.*

Pero ¿dónde estamos, cristianos, que no consideramos las inmensas misericordias de nuestro Dios, que, mirando nuestros peligros y miserias, dijo á cada uno de nosotros: *vive, vive?* El nos restituyó á la vida de la gracia, y nos dió socorros infinitos para sanar las reliquias de nuestras culpas. Nos lavó con agua de salud en el bautismo, limpiándonos del pecado

original ; nos infundió la sal de la sabiduria con la lumbre de la fé contra nuestra ignorancia ; nos cubrió con la vestidura de la caridad contra nuestra malicia ; nos comunicó las virtudes sobrenaturales, para atar las venas rotas de nuestras codicias, y para alentar la debilidad de nuestras fuerzas. Aun hace mas este piadoso Samaritano : no solo ata nuestras llagas, sino que las cura con el vino y óleo de los sacramentos, ingiriéndonos en la sociedad de la Iglesia. Pero ¿dónde estamos nosotros, si descendiendo á lo íntimo de nosotros mismos, no consideramos los estragos que nos produce la concupiscencia, consecuencia infeliz del pecado en que somos concebidos? El corazon que no le formaron las manos de Dios sino para amarle ¿no se ha hecho víctima de la codicia y presa de todas las pasiones? Irritado con el furor de la venganza, con las enagenaciones de la cólera, con la inundacion del deleite, con las infamias de la impureza ; atormentado sin cesar por el temor y la esperanza, por la debilidad que le hace caer en el lazo, y por los remordimientos que le roen despues de haberse precipitado en él ; turbado por los bienes que

se le escapan, como por los que posee, todo le atrae, y nada le fija, todo le agrada y nada le contenta; no conserva de su primera grandeza sino el deseo de ser dichoso, y el dolor de conocer que jamás llegará á serlo con la posesion de los objetos terrestres, por los que se muestra siempre ansioso; siempre en guerra con nosotros mismos, llevamos en nuestro seno nuestro mas terrible enemigo, y no nos refrenamos, sino cuando descendemos al triste y melancólico silencio del sepulcro.

Sí, Dios mio, este es el castigo que habeis impuesto á todos los hijos de Adan; grandes y pequeños, todos le padecen. El pobre y el Monarca son igualmente envueltos en la desgracia del Señor. Pluguiera al cielo que todo esto no fuera mas que una pintura imaginaria, y que no sintieseis mucho mejor que lo espreso yo, el peso enorme de la concupiscencia, que hacia suspirar á san Pablo por el instante de su dissolution. Pero ved el cúmulo de nuestra miseria, mejor diria la desolacion, la abominacion de nuestra desdicha, y es que no contentos con nacer pecadores involuntariamente, lo somos tambien por eleccion. No obstante el peso de

tantas miserias, vivimos ciegos, soberbios é insensibles.

Maria, sin embargo de hallarse libre del peligroso estímulo de la concupiscencia, imploraba los auxilios de lo alto como si tuviera que vencerle; siempre se condujo como si tuviera que temer; criada en el templo desde su infancia, fortalecida con el ejercicio de las virtudes más eminentes, apartada del mundo, y viviendo en el silencio y en el retiro, se separó de todo lo que la vanidad y el lujo ostentan á nuestros ojos para seducirlos y corromperlos, y con el cuidado que tuvo de poner en custodia el precioso bien de la gracia, dejó á todos los hombres un ejemplo que condena la loca temeridad con que proceden, esponiendo á los mas evidentes peligros el bien mas difícil de conservar. Pero ¿y no es cierto que la gracia, este don precioso que recibimos por los santos sacramentos del bautismo y de la penitencia, le llevamos en vasos quebradizos de tierra; que se adultera, se desvanece, se debilita, se disipa y se pierde al mas leve soplo de la tentacion; á menos que no se vele continuamente y con la mayor atencion sobre el corazón, para cuidar

de ella preciosamente, y para no arriesgarla con temeridad? ¿Y no lo es tambien que en vez de preservar nuestra flaqueza y defender nuestra debilidad, nos empeñamos en cortejar nuestros mismos riesgos, en regalar y fortalecer á nuestros propios enemigos, y aun en acariciar los ídolos que estamos obligados á destruir? ¡Ay! ¡qué motivo de asombro! Maria, concebida en gracia, pasó sus dias en la penitencia mas austera. Toda de Dios, solo vivió para Dios, no pensó sino en Dios y no respiró sino por Dios; nosotros, concebidos en pecado y rodeados de peligros, nada menos pensamos que en librarnos del pecado, ó cuidamos de añadir nuevos pecados.

¡Dichosa una y mil veces, oh Virgen soberana, que no habeis sido manchada con el borron de la culpa! ¡infelices nosotros que arrastramos sus pesadas cadenas! ¡Feliz Maria, que, no obstante su exencion del pecado, buscó á Dios con la plenitud de su amor! ¡infelices de nosotros, que por último desorden, suscitamos cada dia nuevos pecados, mucho peores que el primero, y de consecuencias mas perniciosas para nosotros! ¡Ah! aquí podria yo, mezclando el gozo

que concibo por las glorias de Maria con el dolor que debe causarnos nuestra corrupcion, esclamar con el Profeta David: «Tened misericordia de mí, Señor, porque soy flaco; curadme, porque mis huesos están turbados.» ¡Oh Madre de misericordia, inspiradnos compasion y lástima de nuestras miserias, y por vuestra immaculada pureza y abundancia de gracias, obtened para nosotros fuerza y fortaleza en tantos riesgos. De este modo os imitaremos en la vida, y os acompañaremos en la gloria.

AMEN.

Sin duda me prevenís vosotros cristianos en la aplicacion de esta gloria á la madre de Agnain. ¿Que justifiqó mejor la verdad de esto? ¿Hay otras madres tan dichosas, tan gloriosas como ella, hubo alguna á quien esta gloria, esta felicidad costasen tan caro?

S. Pablo otorgaba á su discipulo Timotheo que honrase muy particularmente á los viudas cristianas. No pueden darse honores mas jus-

que concibo por las glorias de Maria con el do-
 lor que debe causarnos nuestra corrupcion, es
 el mayor con el Froydo David y Tened miseri-
 cordia de mi Señor, porque soy daco y curado
 me, porque mis huesos estan turbados. O
 Madre de misericordia, inspirodora de compasion
 y destina de nuestras miserias, y por estas
 lágrimas, por el y abundancia de gracias,
 obtened para nosotros, Señor, y fortaleza, en
 tantos riesgos, de este modo os imitamos en
 la vida, y os acompañamos en la gloria.
 Así, Señor, en Dios, no os desampare
 Dios, nosotros, concebidos de pecado y rode-
 dos de peligros, nada tenemos que
 librarnos del pecado, si cuidamos de añadir nue-
 vos pecados.

Dichosa una y mil veces, oh Virgen sobera-
 na, que no habéis con el honor
 de la culpa, infeliz que arrastramos
 sus pesadas cadenas. Oh Maria, que
 tanto os detiene del pecado, Dios, con
 la plenitud de su amor, como us de
 sus brazos, y de sus brazos, como us de
 nuevos pecados, mucho peor que el primero,
 y de consecuencias mas perniciosas para noso-
 tros. Ahí, aquí podria yo, mezclando el gozo



SERMON

DE SANTA MÓNICA.

Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo, consolationes tuas latificaverunt animam meam.

A proporeion de la vivacidad de los dolores de mi corazon, han sido los consuelos de mi alma

Salmo XCIII v. 19

SIN duda me prevenis vosotros cristianos en la aplicacion de este oráculo á la madre de Agustin. ¿Qué muger, en efecto, justificó mejor la verdad de él? Si hubo pocas madres tan dichosas, tan gloriosas como ella, ¿hubo alguna á quien esta gloria, esta felicidad costasen tan caro?

S. Pablo ordenaba á su discípulo Timoteo que honrase muy particularmente á los viudas cristianas. No pueden darse honores mas jus-

tos que los que nosotros tributamos hoy á esta. ¿Qué digo yo? ¿Son homenajes ordinarios los que nosotros la debemos? ¿La son debidos por solo títulos generales nuestro respeto y nuestros elogios? ¿No tenemos, pues, que alabar en ella mas que retratos comunes de virtud? No lo penseis, cristianos. La madre de Agustin, la idea que esta sola palabra despierta al instante en vosotros, sobrepuja lo que nosotros podriamos decir. Esta palabra sola ocupa inmediatamente todo el espíritu, é interesa todavía mas el corazon. Os lo confieso: no me atreveria á hacer el elogio de una tal madre, si no le hubiera hecho antes el gran S. Agustin. Yo no haré, pues, sino recoger en las obras de este admirable doctor los retratos esparcidos acá y allá sobre las acciones y virtudes de su Sta. Madre. Por todas partes parece buscar y recoger con complacencia todas las ocasiones de hablar de ella; pero no prevengamos nada. Tratemos de presentar la idea que el dá. Sus pruebas, sus consuelos dividen naturalmente toda su vida. ¿Hubo jamás un corazon mas sensible que el suyo? Vosotros lo juzgareis por la primera parte de este discurso. Pero tambien

vereis en la segunda cuán abundantemente fué consolado. Pidamos, para continuar, los auxilios de la divina gracia, por la intercesion de nuestra Señora, saludándola:

AVE MARIA.

Comenzando S. Agustin el elogio de su madre, se esplicaba en estos términos: «No omitiré nada, decia él, de lo que mi corazon me inspira y me dicta sobre vuestra digna sierva. ¡Oh mi Dios! me ha parido para la vida presente y para la vida futura, doble parto, y yo no sé cuál fué el mas doloroso. Yo la debo mucho mas que la luz del día, pues que la soy dendor de la pura y santa luz que ilumina á mi alma. ¿Puedo yo manifestarla bastante mi reconocimiento? Pero Vos sois ¡oh mi Dios! á quien yo dirijo el primer homenage. No son sus propios méritos, son vuestros dones los que yo pretendo hacer admirar en ella. Una misericordia especial tomó el cuidado de adornar su alma con gérmen de todas las virtudes, y para hacerlas brotar, la proporcionó la mas santa educacion. Tuvo la ventaja de nacer en el seno de una familia ver-

daderamente cristiana, tan distinguida por su adhesion á la fé católica, como recomendable en la Iglesia por la pureza de sus costumbres. En esta mansion fiel ¿qué educacion podia recibir sino una educacion la mas conforme á las máximas de la religion, la mas propia para formar en un corazon todas las virtudes del evangelio? Sometida á sus padres mas por obligacion que por temor, mas por impresion de la gracia que de la naturaleza, estaba igualmente sometida á Dios, no por preocupacion, sino por atractivo ; menos por el efecto natural de una educacion santa, que por un efecto de una inspiracion divina, de que habia sido prevenida al nacer, y que no la dejó jamás, sino en la muerte.»

Que nuestro siglo escuche con qué complacencia recuerda S. Agustin los honores que ella daba, el respeto que profesaba á todos los ministros de la Iglesia. «Ella se hacia, no solamente un deber, mas tambien una gloria de ser verdaderamente la sierva de todos aquellos que os sirven ¡oh mi Dios!» ¿Qué pensareis de esta jóven, en quien comenzaba, desde la edad mas tierna, á desenvolverse el gérmen precioso de

tantas virtudes? ¿No la creerias destinada á adornar el Santuario en compañía de las castas esposas del Cordero, mas bien que á correr los riesgos del mundo? Pero ¡oh providencia de mi Dios! Vos teniais otras miras que el suceso ha justificado bien. La humilde sumision de esta jóven Virgen le hace dar la mano á un esposo idólatra. Idólatra es decir muy poco. Acordaos de todas las virtudes que acabamos de admirar en Mónica; ellas os conducirán naturalmente á formaros, por el contraste mas perfecto, la idea mas justa del carácter de Patricio. Este, tan encaprichado de las locuras del paganismo, como Mónica era celosa de la fé de la Iglesia; aquel tan molesto y tan violento, como esta era dulce y bienhechora; aquel tan corrompido en el corazon, tan desarreglado en las costumbres, como esta era irrepreensible y pura. Dos caracteres tan opuestos ¿eran hechos para ser unidos juntos? Sí, cristianos; para la instruccion del mundo, Mónica habia aprendido en S. Pablo sus obligaciones. Aprendamos de su ejemplo cuán sábias son las lecciones del grande Apostol.

— La oposicion de sentimientos, de costum-

bres, de conducta y de creencia, no rompe ni debilita los nudos verdaderamente cristianos de dos esposos. La ley de gracia los ha hecho mas indisolubles, haciéndolos mas augustos y mas santos. La obligación de una muger fiel es santificar á su esposo infiel. Mónica, tan celosa como discreta, tan modesta como virtuosa, emprende convertir y hacer cristiano á su esposo. Para conseguirlo, no trata de otra cosa que de hacerle amar el cristianismo, y para hacersele amar, todo su arte es hacerse ella misma mas y mas amable á sus ojos. Le predica la religion, no por razonamientos, sino por ejemplos. Para hacérselos gustar mejor, soporta los desórdenes de su libertinage, sin atreverse á quejar. El ultraje hecho á Dios la consterna, y no el que ella tenia que sufrir. Hacer avergonzarse á su esposo dentro de sí mismo, casi sin que el lo eche de ver, de sus débiles furores, de sus injusticias, de sus criminales placeres, este secreto inefable de hacer reinar constantemente la paz en su familia, le enseñaba á sus amigas con un candor ingenioso. Ella no conoció otro, ni opuso otro al humor difícil de su esposo idólatra. En medio de estas primeras pruebas, lo-

gró poseer al inmortal Agustín, á este hijo que con toda propiedad debe llamarse el hijo del dolor y de las lágrimas, por los cuidados y suspiros que costó á su madre.

Era Agustino de poca edad cuando murió su padre, y viéndose viuda nuestra Mónica, su primer dolor fue verle precipitar en el error de los Maniqueos, porque favorecía sus pasiones; pero no por eso desistió ni desconfió de su enmienda; antes, doblando las oraciones, los ayunos, las lágrimas, las limosnas y todo género de buenas obras para conseguir de Dios la salvación de su hijo, no cesaba de advertirle, de reprehenderle, de exhortarle á que se apartase del camino de la perdición. Pero Agustín no daba oídos más que á sus pasiones; enternecíanle las lágrimas de tan buena madre; mas no apagaban el fuego de aquel corazón, inflamado con el ardor de una juventud desordenada. Derramábala Mónica noche y día en la presencia del Señor para mover su misericordia, y acompañaba las oraciones con grandes penitencias: cuando compadecido el mismo Señor, quiso alentar su esperanza con algun consuelo. Tuvo un sueño, en que se la dió á entender que al cabo se con-

vertiria su hijo, y se reduciria al gremio de la Iglesia; pero antes ¡cuántas lágrimas, cuántos gemidos y sollozos! Las otras madres no lloran tan amargamente á sus hijos los mas queridos, cuando los ven llevar al sepulcro. Todos los lugares á que ella iba á orar, templos, oratorios, sepulcros de los santos mártires, todo estaba bañado de sus lágrimas. Se arrojaba á los pies de los Stos. Obispos, suplicándoles que viesen á su hijo, que entrasen en conferencia con él, y le desengañasen. Ellos la consolaban siempre y la lisongeaban con las mas dulces esperanzas. «No cesaba de llorar, dice el mismo S. Agustin, esta viuda admirable, casta, sóbria, templada, mientras que yo, siempre sepultado en este abismo de lodo, permanecia en las tinieblas del error; hacia, á la verdad, de tiempo en tiempo algunos esfuerzos para salir de él; pero esfuerzos muy débiles, que no servian sino para hundirme mas.» Pero, quanto mas se hunde, mas redobla Mónica sus esfuerzos para sacarle. En fin, no quiere abandonar á este desgraciado hijo. Habia ido á hallarle en Cartago: quiere ir á buscarle á Roma. No es su reputacion la que la atrae, es el temor y la inquietud los que la unen

á sus pasos ; y estos de cada dia se hacen mas crueles, porque Agustín cada vez se fortifica mas en los delitos. El bautismo, este remedio saludable que él habia solicitado con tanto apresuramiento en su infancia, bien lejos de desearle en aquellos momentos en que es acometido de una peligrosa enfermedad, le despreprecia y escarnece. «¡Oh si entonces hubiera tenido la desgracia de morir, dice el mismo Agustín, como yo merecia tan justamente! ¿qué se hubiera hecho de mi madre? Porque no es posible espresar cuánto sobrepujaban los dolores que la causaba el deseo de procurarme un nacimiento espiritual, á los que habia experimentado en mi nacimiento al mundo.» En efecto, Mónica tembló ; pero no desanimó, sabiendo el peligro en que habia estado su hijo de perder con la vida juntamente el alma. Se apresura por reunirse á su hijo querido, mas querido que nunca despues de este riesgo tremendo ; vuela á Milan, adonde sus ideas de gloria y de fortuna le habian conducido. Allí es donde vuestras promesas ¡oh mi Dios! debian cumplirse, y señalarse vuestra misericordia por uno de los mas magníficos prodigios de vuestra gracia en favor

del hijo y de la madre; y ved aquí que al paso de la vivacidad de sus dolores, ha sido la abundancia de sus consuelos, que es el asunto de la segunda parte.

Vosotros os acordareis todavía del retrato que yo he hecho de Patricio. ¿De qué pagano se debió esperar menos la conversion, si las operaciones de la gracia dependiesen de las disposiciones de nuestro corazon? Sin embargo ¿de qué pagano se ha contado una conversion tan entera? El don de la fé fué en él el don de todas las virtudes. Virtuosa Mónica ¡que preciosas se os hicieron entonces tantas lágrimas, cuando recibisteis en precio de ellas las complacencias y respetos de una ternura cristiana!

Yo he dicho que Mónica habia venido á Milan á juntarse con su hijo. El Señor acababa de asegurarla en una vision que sus súplicas habian sido oidas. Contenta con la promesa de un Dios, que sabia ser magnífico en los efectos de su misericordia, habia despreciado todos los peligros del mar. Su confianza inquebrantable habia derramado en su alma una serenidad que no podia turbar ninguna tempestad. Halló á Agustin en un estado el mas fatal, desesperan-

do de hallar la verdad, no sabiendo que creer, y dudando de todo. Tal le esperaba hallar, en una especie de crisis, que debia obrar una dichosa revolucion. La esperaba firme y tranquilamente; la esperanza habia yá desterrado de su corazon la tristeza, y la preparaba el mas dulce gozo. Se acercaba el momento dichoso de la conversion de Agustin. Los discursos de Ambrosio habian hecho su impresion sobre él. Sus conversaciones le habian perfeccionado poco á poco. La perseverancia de su madre alcanzó al fin su triunfo. El mismo Agustin se apresura á darle la noticia. Alipio, su hermano, convertido al mismo tiempo y tan perfectamente como él, es el testigo, viene á ser el garante de esta victoria. Él mismo hace parte de ella. ¡Oh dichosa muger! ¡qué conquistas hicisteis en este dia para siempre memorable! ¡Ah cristianos! nosotros somos los que Mónica convida al presente á aplaudir su triunfo. Toda la corte celestial le ha aplaudido: la Iglesia hace resplandecer su gozo. ¿Rehusaremos nosotros tomar parte en él? Quanto es mas desesperada la salud de un pecador, mas regocija y consuela su conversion; la grandeza del peligro de que se

escapa, hace siempre la del gozo que le sucede. Porque ¿qué pecador hubo mas desesperado que Agustin? La reputacion, los talentos, del que se convierte redoblan el júbilo que causa su conversion. ¿Y qué talentos igualaron jamás los de Agustin? ¿Qué reputacion era igual á la suya? En fin, es la integridad de la conversion la que regula sobre todo el gozo que inspira. ¿Y qué conversion fué tan perfecta como la conversion de Agustin? «Lo que la gracia acababa de obrar, dice él, yo mismo no me hubiera atrevido á esperar.»

Sigámos al hijo y la madre en la iglesia de Milan, á los pies del grande Ambrosio, sobre los bordes de la Piscina santa, adonde Mónica, en fin, conduce y presenta á Agustin. ¡Dia hermoso, el verdadero dia de triunfo para una tal madre! Vosotros habeis oido hablar del transporte estático, en el cual el Espíritu divino hizo entrar de repente á estos dos grandes hombres, Ambrosio y Agustin. Se animan el uno al otro; se excitan á porfía á dar gracias, á bendecir y á celebrar las misericordias del Señor. Sus espresiones fueron despues, son al presente consagradas por la Iglesia en sus cánticos de

alegría y de acciones de gracia. ¿No son como un monumento eterno de la gloria y del triunfo de Mónica?

Sigámosles todavía en el santuario de sus profundos estudios: vosotros hallareis siempre á Mónica en estas sábias conversaciones, que Agustin tenia todos los dias, y que él mismo nos ha conservado. ¡Qué preciosas y qué encantadoras palabras! Agustin las ha recogido todas, y quiere se transmitan á la mas remota posteridad. Mónica, sin embargo, no habia mudado nada, ni en sus primeras ocupaciones, ni en su antigua conducta. En este dulce retiro el Señor la concede ver mas de lo que pide, viéndo por fin á su hijo en el camino de la perfeccion del Evangelio.

Sigámosles aun hasta en este mismo retiro, que recibió á Agustin enteramente desengañado del mundo y de sus encantos, sólidamente establecido, como él se explica, en esta regla de fé, en la que el Espíritu Santo habia prometido que ella le veria un dia. Algunos amigos escogidos le acompañan. Alipio, el hermano de su corazon, el querido Alipio vá á su frente; pero su madre sobre todo

hacia el primer personage en esta piadosa y santa compañía. ¡Qué noble ministerio ejercia entonces cerca de este hijo querido! Le enseñaba lo que él dice que ignoraba todavía. ¿Y qué? El arte de amaros ¡oh mi Dios! ¡Oh qué discípulo Agustin! Concedid vosotros, si podeis, cuál es la gloria de la que instruyó á amar á Dios al mas elevado, al mas generoso, al mas tierno de todos los corazones.

Estaban ya en Ostia, dispuestos para embarcarse; pero Mónica no suspira mas que por el cielo. Confundiéndose los pensamientos de su espíritu con los de su hijo querido en una de sus mas tiernas y últimas conversaciones, un transporte divino ocupó á entrambos, y les hizo gustar anticipadamente las delicias de los Santos. Asi acabais ¡oh mi Dios! de purificar estos dos corazones admirables, para poseerlos Vos solo por entero.

En otro tiempo habia hecho construir un sepulcro al lado del de su esposo. Que se la pregunte ahora si siente algun trabajo en morir tan lejos de su patria: «Mi patria, responde ella, es el cielo. Todos los lugares de la tierra son igualmente cercanos é igualmente distan-

tes.» Ahora es, sin embargo, cuando vá á entrar en la ciudad santa y en sus gloriosos tabernáculos. Nueve dias de enfermedad acaban de separarla de los vínculos de su cuerpo. ¡Ah! ¡tierno Agustín! no constriñais vuestras lágrimas, no temais que la posteridad os las eche en cara jamás. Ellas fueron muy justas, fueron muy cristianas para no merecer nuestros respetos. A nosotros toca mezclar nuestras lágrimas con las vuestras, no por vuestros pecados, sino por los nuestros.

Esta es la historia compendiada de la madre de Agustín, historia para siempre memorable. ¡Oh mi Dios! ¡que dias tan felices los suyos!

¡Oh vosotras, castas esposas de Jesucristo, celebrad á esta heroína, aplaudid las glorias verdaderamente brillantes que consiguió á tanta costa! Sus pruebas son vuestro ejemplo; sus tribulaciones vuestros placeres; sus amarguras vuestros consuelos; su cruz vuestra divisa; sus conquistas vuestro timbre, y su felicidad vuestro apoyo. Cantad eternas alabanzas al Dios de las misericordias, que tantas ha usado con vuestros Padres. En medio de vuestras aflicciones,

en lo mas recio de vuestros combates, contad una por una las lágrimas de vuestra Madre. ¡Oh buen Dios! este es el bálsamo, que, penetrándolo todo, derrama la alegría en medio de un mar de dolor. ¿Y los consuelos que recibió esta muger admirable? ¡Ah! ¡dichosas las lágrimas que se recompensan con tan inefables delicias! No temais las angustias con que Dios quiere probaros. Con la misma mano con que hierre, aplica la medicina, y en medio de la borrasca envia la serenidad. Vuestros suspiros suben hasta el trono de Dios, y exhalados por su amor, serán premiados con las dulzuras inefables de la gloria. **AMEM.**





SERMON

DE SAN AGUSTIN.



Qui fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno colorum.

Aquel que hubiere practicado y juntamente enseñado, será llamado grande en el reino de los cielos.

Mat. cap. V. v. 19.

PRACTICAR la virtud, y juntamente enseñarla, constituye la grandeza y la perfeccion de los Santos. Por este doble espíritu se estableció la religion y el cristianismo. Las naciones no han podido resistir las penetrantes palabras de aquellos que juntaban los preceptos á los ejemplos, y mostraban, haciendo conocer la verdad, que se podia practicar y juntamente seguir.

Es cierto que la verdad no depende de las obras ni de la conducta de aquellos que la anuncian. Cualquiera que sea el canal por donde corre, retiene y conserva siempre su pureza; y yá sea pecador, yá sea santo, el que la anuncia debe ser igualmente respetado de aquellos que la escuchan. Pero cuando á la cualidad de la instruccion se añade la autoridad del ejemplo, y cuando obrando los designios, y siguiendo los caminos de la sabiduría y de la justicia eterna, se enseña á los hombres á conocer á Dios y á servirle, siendo este el mas noble ministerio del reino de Jesucristo, le prepara Dios en el cielo una corona mucho mas ilustre.

¿Y quién hubo jamás que mejor haya merecido, ni que mas acreedor haya sido á esta corona, que el grande Agustin, que no menos edificó la Iglesia con su santidad, que la ilustró con su doctrina, y que con sus virtudes y sus obras tan gloriosamente ha concurrido á conservar la fé y arreglar las costumbres de los fieles? Porque éste Santo fué el doctor de la verdad y el modelo de la piedad cristiana, y animado de este espíritu, enseñó la verdad, y la siguió; enseñó la caridad, y fué penetrado de ella. Ved

aquí todo el elogio de nuestro Santo. ¡Dichoso yo, si puedo daros alguna idea, aunque ligera, de las virtudes que voy á predicaros, inspirándoos al mismo tiempo el deseo de imitarlas! Pidamos todos esta gracia al Espíritu Santo por la intercesion de la Virgen.

AVE MARIA.

Dos cosas hacian la perfeccion del hombre en su inocencia: la justicia y la verdad. La verdad ilustraba su entendimiento y su espíritu, y la justicia dirigia sus acciones. La justicia le prestaba una dichosa y feliz inclinacion, que le hacia gustoso el cumplimiento de ellas. La verdad le daba un conocimiento de sus obligaciones. De este modo el error no oscurecia su razon, ni la concupiscencia se oponia á su voluntad; y hallándose firme y asegurado en el conocimiento y en el amor del verdadero bien, no podia dejar de seguir con placer lo que conocia con certidumbre. Este es el modelo sobre que el hombre nuevo, segun el Apostol, fué criado en la justicia y en la santidad de la verdad. Pero si es cierto que la perfeccion del cristiano

consiste en conocer la verdad, que es la verdadera sabiduría, y en amarla consiste la verdadera justicia, veamos estas dos prendas y cualidades en el P. S. Agustin, á pesar de todos sus desvaríos y de todos sus errores.

Dios le habia dotado de un entendimiento claro, y de un espíritu ilustrado, penetrante y vivo. No hay cosa tan sublime y elevada en las ciencias, adonde él no pudiese alcanzar y adonde no se elevase con la fuerza de su ingenio. Ninguna cosa tan oscura que no penetrase con la vivacidad de su razon y de sus luces; ninguna cosa tan enredada y confusa, que no desenredase y allanára por un justo discernimiento y una profunda penetracion. Maestro y discípulo á un mismo tiempo, llegó á comprender con sola su meditacion, y por una simple lectura de lo mas util que los filósofos habian imaginado, mas para fatigar los entendimientos de los hombres, que para instruirlos. Su curiosidad no tuvo necesidad ni de tiempo, ni de trabajo, para saciarse y satisfacerse. Antes faltaban las ciencias á su comprension, que esta á las ciencias. Segun la facilidad con que las comprendia, se hubiera podido decir que el las inventaba. Asi lo

queriais Vos, Dios mio ; Vos que teneis en vuestra mano la suerte de los hombres, y que por caminos desconocidos los llevais al punto que vuestra Providencia les ha señalado. Vos queriais que Agustin aprendiese los conocimientos del siglo de que tanto se habia de valer, y de que tan santamente habia de usar. Vos ordenasteis que tomase de agenos jardines flores diversas, con que algun dia habia de coronaros, y que recogiese los despojos de los Egipcios para consagrarlos á Vos algun dia, y adorar vuestro Tabernáculo.

Pero fué conveniente que este vaso precioso fuese primero un metal duro é informe, y que este Héroe de la virtud fuese antes, por decirlo asi, el Héroe del vicio, porque en los grandes hombres, tanto sus vicios como sus virtudes instruyen. Sus vicios hacen ver al mundo cuánto debemos temer de nosotros mismos, sucediendo muchas veces que el que es mayor, tiene mayores flaquezas. Sus virtudes nos enseñan, que si el hombre se entrega á pensamientos soberbios, á las pasiones de ignominia, y muchas veces á los delitos mas criminales; tambien es propio del hombre grande comba-

tirlos, vencerlos y repararlos. La prueba mas patente de esta verdad será nuestro Agustin.

Codicioso de una gloria mundana y engañosa, manifestaba en ella sola su ambicion. El pomposo título de sábio bastaba para lisonjearle y seducirle. Para lograrle, todo lo queria saber, y lo erraba todo. Él mismo se pinta semejante á una frágil navecilla, que navega vacilante sobre un mar tempestuoso, y no encuentra por todas partes sino escollos donde estrellarse. Pasaba de sentimiento en sentimiento para buscar la verdad; pero nada le hacia detener, ni en nada se fijaba. Como si fuera un discípulo de Pirron, se deleitaba siempre con nuevas dudas; pero, á la verdad, no tardaban mucho en importunarle é inquietarle. Como discípulo de Manes, se ofuscaba en el sistemático absurdo de dos principios, que siempre chocan y jamás se destruyen; pero no tardaba en percibir la debilidad é inconstancia de este sistema. Como discípulo de Epicuro, erigia altares al deleite y á la liviandad; pero no tardaba en llenarse de crueles remordimientos. Tal era Agustin cuando vivia entregado á sí mismo. Cuando la falsa idea de libertad é independen-

cia favorecia sus costumbres, y agrababa la pesadez de sus grillos; cuando en el seno de la indolencia gustaba de los placeres que una delicadeza ingeniosa sabia sazonar, renovar y hacer siempre mas interesantes y apetecibles, demostró al mundo que el mas grande corazon se detiene muchas veces en los mas pequeños objetos. ¡Oh mundo profano! esta es la debilidad del hombre á quien imitas. Mas, cuando le veas triunfar de tantos objetos seductores, y cuando le veas mandar y sujetar sus pasiones, sin duda aplaudirás su valor, aunque tal vez no le imites.

Yá se acercaba el feliz momento en que habia decretado el cielo la mudanza de su vida. No estaba yá suspensa la victoria por mas tiempo, sino porque fuese mas brillante. Sin embargo, aun en este caso vacilaba nuestro Santo. Querria, y luego dejaba de querer; formaba una idea, y al punto la destruia; proyectaba y retardaba la ejecucion del proyecto; prometia, é inmediatamente se retractaba; siempre estaba incierto, vario y mudable. El espíritu se le oponia al corazon, y el corazon al espíritu. En una palabra, Agustin chocaba contra Agustin; y al disiparse una duda renacia otra. El amor y el

odio, la resolución é irresolución, la verdad y la mentira, la virtud y la pasión entregaban, decía él, su alma agitada á las inquietas transportaciones de mil sentimientos contrarios.

Suspiraba Agustin, gemia Mónica, exhortaba Ponciano, y representaba Alipio. Del mismo modo que el rayo penetra un árbol, penetraba á nuestro Santo la relacion de las virtudes de Antonio. Se le figuraba que oia una voz que le decía: «Toma y lee.» Me parece que le veo abrir, temblándole la mano, aquel terrible volúmen en que debia hallar su juicio. Se me representa en esta ocasion leyendo en las epístolas de S. Pablo la obligacion de vestirse de Jesucristo, y de renunciar todos los deseos y concupiscencias de la carne. ¡Oh cielos! ¡qué impresion tan viva hizo en él la eterna doctrina del Apostol! Apaciguanse al punto sus inquietudes; sus tinieblas se disipan; se ilustra y purifica su razon; sus dudas se desvanecen; su fé se afirma y asegura; ahógase su intrepidez y su celo; y por las palabras de un divino Maestro, llega á ser discípulo fiel de la verdad.

Yá no os acordeis mas, Señores, de aquel Agustin pecador, de quien acabo de hablaros.

Este yá es otro hombre nuevo, pero tan elevado por sus virtudes, como se habia abatido por sus desórdenes; semejante á aquellas aguas, que, despues de haber caido desde la mayor altura de su origen por canales subterráneos hasta lo mas profundo de los valles, salen á borbotones de su prision, y levantándose con ímpetu hácia el cielo, tanto mas se remontan, quanto mas habian bajado hácia la tierra. Representaos desde este instante un hombre que, con continuos y perpetuos aumentos de ciencia y de caridad, se adelantaba en los caminos de Dios y recibia las mas puras impresiones de aquella sabiduría eterna que hace al alma que conozca lo que debe obrar, y que la hace obrar lo que la ha hecho entender. Representaos un hombre el mas ardiente y fervoroso defensor de la pureza de la fé, y de la santidad de las costumbres, el terror y espanto de todas las heregías. Yo quisiera que me dijerais si habeis encontrado unos talentos mas á propósito para combatir á los enemigos de la religion cristiana. ¿Son estos de un espíritu rebelde que se desdeña de sujetarse á otro? Pero él los humillará. ¿Son espíritus alucinados? Él los desengañará. ¿Sábios

preciados de su sabiduría? Él los confundirá. ¿Hombres célebres por su reputacion? Pero él borrará su fama. ¿Hombres sepultados en las tinieblas del paganismo? Él los iluminará. En fin, ¿son hombres que oponen sus dudas á la verdad? Pero él hará que se aseguren de ella. Las opiniones y sistémas, el error, el cisma y la irreligion, todos igualmente encontrarán en él un adversario invencible, que los derribará, no teniendo necesidad de otras armas para conseguirlo, que las suyas propias.

Él fué quien descubrió los vicios y defectos de las costumbres y de la doctrina de los Maniqueos, como si no hubiese sido engañado por ellos, sino para desengañarlos á ellos mismos; y como si no hubiera hincado la rodilla delante de este ídolo, sino para derribale poco tiempo despues de haberle adorado; no fué tanta la seduccion de sus artificios, como las armas que ellos le prestaron para destruirlos y vencerlos. La apariencia de la verdad le pudo sorprender alguna vez; pero jamás fijarle ni hacerle conceder; siendo Agustin tanto mas á propósito para destruir las perniciosas opiniones de aquellos filósofos orgullosos, quanto conocia mas bien la

debilidad de sus fuerzas, les puso en claro el hilo de sus secretas sofisterías. Humilló á Fortunato, desarmó á Fausto y convirtió á Felix. Celoso defensor de la libertad del hombre, le sacó del peligro en que se hallaba de ser esclavizado por los discípulos de Manes.

En medio de su ruina subsistia aun la impiedad Arriana. Los anatemas de la Iglesia la habian lastimado bastante; pero sostenida por los potentados, siempre combatida y jamas destruida, pensaba insultar atrevidamente la fé de Nicea, y fiera y triunfante hasta en el tiempo mismo en que se veia humillada, no dejaba nunca de hacerse temer, y se disponia, favorecida de los Wándalos, para emprender repentinamente una irrupcion en Africa. ¿En Africa? ¡Oh Dios justo! allí está el sepulcro que Vos teniais destinado para su audacia. El Africa misma debia dar á la divinidad del Verbo un defensor como Agustin. Agustin mismo vá á dar los últimos golpes al Arrianismo rebelde. Desde la cátedra de la verdad resuena y resplandece; con su persuasiva elocuencia despiertan los pueblos adormecidos, y detiene los progresos de la heregía, arrebatando sus pri-

meras conquistas. Parece que, como Pablo, elevado hasta el tercer cielo, penetró los secretos que á los demas mortales les eran desconocidos. En sus célebres conferencias, siempre desarmaba y confundia á sus enemigos.

En vano afectaba aquella columna del error, Maximino, confesar la fé de Rimini. No pudo ocultársele á Agustin su errado modo de pensar, ni encubrir su afrenta el Obispo Arriano, ya que no queria confesar su vencimiento. Pasencio, que por sí mismo habia solicitado el combate, reconoció bien presto en él un rival mucho mas fuerte que lo que se habia ideado. Él fué quien con sus escritos y con el peligro de su vida detuvo el curso de aquel cisma y heregía que tanto tiempo antes sembraba discordias y dividia la Iglesia de Africa, el furor de los Donatistas.

Yo no os hablaré de la conducta llena de dulzura que opuso á la crueldad odiosa de los bárbaros Circunceliones, cuyos monstruos se alimentaban muchas veces con la carne y la sangre de las víctimas que sacrificaban á su propio furor. Representaré á vuestra consideracion aquellos dias para siempre memorables en los anales

de la Iglesia, en los que no parecia haber juntado el error todas sus fuerzas, sino para acarrear un triunfo mas resplandeciente á nuestra santa Religion. En vano emprendió la defensa de su partido el traidor Petiliano, sostenido de trescientos Obispos cismáticos; en vano intentaba escaparse de la tempestad que yá le amenazaba, por medio de las sutilezas de un estudio artificioso. Habla Agustin, y trescientos Obispos católicos encomendaron á él solo la causa de la verdad. No fué necesario mas para que todos los pareceres se conformasen al suyo. Hasta sus enemigos aplaudian sus sucesos con el silencio que guardaban. Confundidos y desesperados, se valieron, como de único recurso de la calumnia, recurso débil y presagio demasiado cierto de su ruina. ¿De cuántos medios se valió Pelagio para seducirle? Para justificarse este herege, abusó de la autoridad de Agustin contra el mismo Agustin. Llegando á ser su discípulo el Obispo de Hypona, se prometia Pelagio la ruina de la Iglesia. Pero Pelagio fué combatido de un modo victorioso y confundido por el mismo á quien creia seducir. Agustin trastornó con su doctrina su sistema,

y deshizo sus errores con una fuerza triunfante y vencedora.

Pero ¿quién podrá explicar los brillantes rasgos que esparce sobre la doctrina evangélica? Él explica sucesivamente la sabiduría de sus preceptos, la sublimidad de sus máximas y la perfeccion de sus consejos. ¿Qué diré yo de la meditada explicacion de las Sagradas Escrituras? Los concilios de Cartago y Numidia ván á responder por mí. Uno y otro le encargaron el penoso cuidado de interpretar las santas oscuridades que se encuentran en estos libros divinos. Los mas célebres mitrados acudian é él para que les aclarase las dificultades que les ocurrían, y que para ellos eran insuperables. Él solo supo penetrar todos los secretos, descubrir todas las preciosidades, y formar una colleccion de verdades con tanto arte, que de su encadenacion resultaba el armonioso plan de la religion cristiana.

Un Pontífice como este era preciso que fuese el oráculo del mundo. El era el apoyo de los concilios y el maestro á quien consultaban los defensores de la Religion. Y aunque siempre estaba atento á las necesidades de su Iglesia no

por eso dejaba de velar sobre los intereses de la Iglesia universal: predicaba la Religion tanto con sus ejemplos como con sus discursos. Era sábio en su gobierno, irreprensible en sus costumbres, firme en sus resoluciones, inagotable en su caridad, poderoso en obras y en palabras: pastor vigilante, padre tierno, solitario por gusto y Apostol por obligacion, armado siempre contra el vicio, el error y la incredulidad, y siempre animado de la noble ambicion de santificar el mundo, y de santificarse á sí mismo. ¡Que no tuviera yo la sublime elocuencia para trazar el plan razonado de la mas perfecta de sus obras! de aquella cuyo título es *de la Ciudad de Dios*, donde con la victoriosa fuerza de sus demostraciones descubre la injusticia de los paganos, y les hace ver que si ellos se libraron de las desgracias de Roma, fué por causa de esta misma Religion á quien con tanto furor combatian, encontrando al abrigo de un Dios crucificado la salud y el consuelo que en vano esperaban de sus impotentes simulacros! ¡Qué descripcion tan viva y tan arrogante hace de las desgracias que padeció el imperio Romano antes del nacimiento del cristianismo! ¡Cuán bien

hace conocer á los paganos que los crímenes dispuestos y aun autorizados con el ejemplo de sus mismos Dioses son la primera y única causa de sus desgracias! Todo cuanto concierne á la Religion, lo trata en este libro, como maestro y vencedor. Lo trata con aquella superioridad de ingenio propia para confundir á los idólatras obstinados en su falsa creencia, y para confirmar á los cristianos en los invariables principios de su fé. No ha producido la antigüedad sobre la Religion obra tan sabia; pero todas se distinguen con este sello, todas son dignas de semejante autor. ¡Cuántos aplausos mereció desde el principio aquella obra tan sólida como brillante, en que pinta los caracteres esenciales de la verdadera Religion! Allí se manifiestan los trabajos de los Apóstoles y sus sucesos, los tormentos de los mártires y su constancia.

Pero ¿quién podrá contar los sucesos generales, rápidos y constantes que con aquellas obras diferentes se aseguran á la fe? Apenas se dieron á conocer, cuando las recibió la Iglesia con aprecio y las leía el Paganismo con extraña admiracion. Desde que vivió Agustin hasta nuestros días no se ha cesado de recoger su

fruto. Puede decirse con verdad que á sus escritos debe su ruina la idolatria, la Iglesia su gloria y la Religion sus triunfos.

Acabemos con decir que si Agustin es el oráculo de la Religion contra los que atacan á su doctrina, enseñando todas cuantas verdades en sí encierra, es tambien su defensor contra los que la atacan en sus costumbres, practicando y haciendo practicar las santas virtudes que esta misma Religion nos ha inspirado.

No es menos necesario mantener á la Iglesia en sus costumbres que en su doctrina, por lo mismo se dirigian á uno y otro el objeto y los trabajos del ministerio de Agustin. Como tan enemigo del vicio, se presentaba y hablaba en todas partes contra él: su modestia admiraba: su caridad atraia: su elocuencia arrebatada: su erudicion persuadia, y con su dulzura triunfaba. Los pueblos enmudecian, se llenaban de emocion, y al fin se convertian: el pecado se habia hecho ya odioso, y la virtud amable. Los escándalos habian cesado, y la Iglesia de Hypona tomado otro semblante. En una palabra, conseguia otros tantos triunfos, cuantas eran las empresas que tomaba á su cargo.

Yo observo que en una parte disminuía y aun estinguía las ceremonias profanas que parecía autorizaban las reliquias del paganismo. En otra que á las murmuraciones de un pueblo sedicioso oponía las victoriosas armas de su persuasión, confundiendo así á la rebelion audaz, y haciendo que renaciese dichosamente la paz en el seno mismo de la discordia. Yo observo que entre todas sus virtudes, la que forma su carácter principal, es el amor de Dios.

Léanse sus obras, ábranse sus libros y se verán allí aquellos grandes principios; es á saber, que todas las obligaciones de los cristianos se reducen al amor de Dios como centro misterioso donde se juntan y reunen todas las líneas de nuestra Religion, y que para observarla y cumplirla no se necesita mas que amar: que siendo Dios el soberano bien, cuya sola posesion nos puede hacer dichosos, él debe ser la regla de todos nuestros deseos, y el fin de todas nuestras acciones, y que toda la ocupacion de una alma fiel no debe ser, ni se debe reducir á otra cosa, sino á disminuir el peso de la concupiscencia para reforzar y alentar la cari-

dad, porque no se hace sino desagrar á Dios con la una y servirle con la otra.

Repárese la vida de Agustín desde el tiempo de su conversión, y se verá que aquel corazón, naturalmente grande y elevado, no podía tener otros términos, ni límites que el mismo Dios, y cualquiera otro amor era incapaz de saciarle. Aunque todas las criaturas fuesen buenas: no obstante, creía Agustín que para él no lo eran, mientras podían serle impedimento y obstáculo para el amor divino. Si se aficionaba á ellas, hubiera querido volver al principio de su vida, y anudar de nuevo el hilo de sus días para distinguir y sellar todos los momentos de ella con algún impulso y movimiento del amor de Dios. ¡Qué dolor y sentimiento tuvo de haberle amado tan tarde y de no haberle amado tanto como merece ser amado! Le parecía que todas las criaturas, en su lenguaje mudo, pero claro é inteligible, le animaban á amar al criador de ellas. El mismo las exhortaba á unirse todas con él para alabar las grandezas del Señor, que las crió, y las conserva y mantiene por su amor y omnipotencia.

De todos estos impulsos y movimientos de

su corazón le nacia aquella confianza con que decia á Dios: «Bien sé, Señor, cuán difícil es al hombre sondear la profundidad de su corazón: y vuestra escritura nos enseña, que no se puede juzgar, si el hombre es vaso de honor, ó vaso de contumelia; si es digno de vuestro amor, ó de vuestro aborrecimiento. Pero despues de haber examinado mi corazón, yo conozco que os amo, y no puedo dudar de ello; mis temores no son serviles, mis esperanzas no son interesadas: bien podeis apagar el fuego del infierno, que yo no le temo, porque os amo. ¡Dios mio! destruid vuestro paraíso, que mi gloria, mi alegría, mi esperanza y mi felicidad consisten en amaros.»

La prueba mas evidente de este amor es el trabajo. Ninguna cosa da á entender tanto que no se ama á Dios, como aquellas irresoluciones en que viven la mayor parte de los hombres, cuando se trata de obrar bien. La ley les parece una rigurosa esclavitud y servidumbre, y no estimulados, ni impelidos por algun movimiento de Religión que los anime, viven en una peligrosa ociosidad: porque de sus precisas obligaciones se figuran una cruz, un tormento y

una vida miserable: este fué el infeliz estado en que por mucho tiempo se halló Agustín; pero luego que conoció la dulzura de la caridad, ninguna cosa le pareció difícil. La continencia que antes le parecía una violencia insoportable, se le hizo familiar, y llegó á ser en él como una virtud natural: dispóse casi por sí misma aquella imágen grosera de los placeres del mundo: las cadenas que tenían presa y ligada su voluntad, se cayeron sin esfuerzo; el yugo de la ley, bajo el cual antes gemía amargamente, se le vino á hacer suave y ligero, y su celo fué infatigable. Se le vió tartamudear y hacerse balbuciente con los niños, discurrir y razonar con los doctos: sembrar algunas veces, aun sin esperanza de coger: valerse y fiarse de los ingratos: persuadir á los obstinados: suavizar á los bárbaros y perder por amor de Dios y de su Iglesia aquella quietud y reposo que tanto había deseado.

Fue preciso que el defensor de la verdad fuese el mártir de ella. Este es el último ejemplo que debia dar nuestro Santo á su pueblo. Encerrado en Hypona que estaba ya casi reducida á polvo, no se contentaba aun, como víc-

tima de la caridad, con gemir bajo la afliccion de sus habitantes: volvió á encender el amortiguado fuego de su juventud, y con intrepidez vigorosa, visitó, exhortó y consoló á cuantos pudo, ofreciéndose al fin en sacrificio para aplacar la cólera del irritado Dios de las venganzas. El último suspiro fué un esfuerzo de su celo. Murió al fin en medio de los trabajos de su Apostolado, y de las lágrimas de los penitentes, haciéndose mas grande con triunfar así de sí mismo, que cuando triunfaba de todos los enemigos de la Religion cristiana.

¡Cristianos! aquí teneis una sucinta idea de los combates que Agustín ha presentado y de las victorias que ha conseguido sobre los hombres mas célebres que ha producido el cisma, y la heregia. ¡Hombres desgraciados! ¿qué es de los maniqueos? ¡Donatistas! ¿en qué ha venido á parar vuestra fama? ¡Pelagianos! ¿qué se ha hecho de vuestro astuto corifeo? Vuestro nombre ha sido cubierto de oprobio, vuestra fama de ignominia. He aquí el heroe que ha confundido vuestros absurdos sistemas, el que ha desecho vuestras sutiles combinaciones. Tributémosle respetos, démosle adoraciones, mag-

nifiquemos al Dios de sus talentos. Ya que no seamos Panegiristas de la Religion, como lo ha sido este santo Doctor, seamos cristianos como él lo ha sido, alimentémonos de su doctrina, imitemos sus virtudes, y trabajemos para adquirir la gloria que él goza en el seno de la eternidad, que yo os deseo. AMEN.



ou cur h' t' s'ôm'nt' auz' ob' sailli' le coucoupin
 ol' omos, noig'nti' al' ob' estair'gnod' kouuz
 sonns'nt's' edim'nd' totsoe' iolun'at'ed' ob'ia' ad
 —ob' us' ob' sonoms'nt's'gnit' q'ob'ia' ad' el' h' omos
 r'iq' sonng'nt'it' y' sebn'nt' en' sonng'nt'it', q'uit
 el' ob' onde' lo' it' h'ox' h' e'up' r'iolg' al' q'uit'p'is
 h' q'it'imo' sus' h'aw' A' o'ob' ed' o'z' e'up', bab'it'is'is
 h'aw' el' sin' en' n'rd'io' de' los' t'abajos' de' su
 Apostolado' y' de' las' s'egim'as' de' los' penitenc'os;
 h'ac'it'ose' n'us' grande' con' t'riun'ar' así' de' sí
 mismo' ; que' cuando' t'riun'aba' de' todos' los' ene-
 migos' de' la' Relig'ion' crist'iana'.

¡Crist'iano! a'quel' j'eu'is' n'os' s'uc'it'e' idea' de
 las' victorias' q'ue' se' gan' el' aplado' y' de
 los' cu'eros' q'ue' se' h'acen' a' las' hom-
 bras' con' el'lebr' de' la' p'rocl'ama'cion' y
 la' h'arag'ia'. ¡M'nd'os' q'ue' se' p'rob'os'! ¿J'ud' es
 de' los' t'up'n'gueros'? ¿Pontific'ael' q'ue' q'ue' ha' ve-
 nido' a' pagar' v'uestra' t'ina'! ¿P'lag' n'os' q'ue' q'
 se' ha' hecho' de' v'ostro' est'ado' c'ont'ra' v'ostro'
 p'opulo' h'q' n'ido' cubierto' de' op'rob'io' ; v'uestra'
 p'op' de' ignom'ia' . He' aquí' el' heros' q'ue' h'q'
 co'm'p'adido' v'uestros' af'uydos' de' v'os' ; y' que'
 ha' des'echa' y' v'uestra' s'at'is' c'onde'mnacion' . Tr'i-
 but'ad'os' r'espectos' y' dem'os' adoracion' ; mag-

SERMON

PARA EL DIA

DE S. AGUSTIN.

Manus ejus contra omnes.

Las manos de él contra todos.

Genes. cap. XVI v. 42.

CADA Santo así como tiene su nombre particular que le distingue de todos los demás, así tiene su carácter propio que nos le hace conocer tal cual es á los ojos de la religión. S. Pablo es conocido por el doctor de las naciones, S. Atanasio por el terror del arrianismo, S. Crisóstomo por el oráculo de los predicadores, S. Gregorio Nacianceno por el águila de la teología, S. Antonino por el ángel del desierto, S. Ambrosio por el maestro de los Pontífices y S.

Bernardo por la vida y alma de los Concilios. Con sola una imagen se acaba el retrato de cada uno de estos Heroes; pero para formar el elegio de S. Agustin es menester juntar todos estos lineamentos tan diversos. S. Agustin ¡oh que nombre tan precioso! ¡Cuántos hombres se admiran en él solo! Rayo esterminador de la incredulidad, terror y espanto de las heregias, panegirista de la Religion, doctor de la gracia, luz de los Concilios, modelo de los Pontífes, prodigio de penitencia, orador sublime, filósofo sutil, teólogo profundo, controversista incomparable, y en una palabra ¿qué no es S. Agustin, ó qué es lo que no ha hecho? Obras brillantes, trabajos infinitos, sucesos admirables, y en fin, un dichoso conjunto y dechado de todas las virtudes. El fué la admiracion de su siglo, el apoyo de la Iglesia, el defensor de la fe, el oráculo del mundo, y despues de tantos siglos, lejos de haberse oscurecido su reputacion, se ha sellado mas bien con una memoria eterna. ¿Pero adonde me dirigiré yo, ó qué partido tomaré para componer su elogio? ¡Ah! bien conozeo que si me he de proponer una idea correspondiente á este Santo, y á la que tienen

de él los sábios que le consultan como á maestro, la Iglesia que consagra su doctrina, los Concilios que se arréglan á sus decisiones, era menester representárosle al mismo tiempo que como un Apóstol, como un Doctor, un Pontífice y un Santo á quien la Iglesia ha mirado como bastante para confundir á todos sus enemigos. Así es, Agustin solo es capaz de contrarrestar á todos los enemigos de nuestra santa Religion. Agustin solo triunfa de todos los enemigos de nuestros augustos misterios.

¡ Señor y Dios eterno que adornasteis á á vuestro siervo Agustin con los dones de vuestro divino espíritu; concededme por sus méritos que yo hable dignamente de sus virtudes, y conceded tambien á mis oyentes que le tomen por modelo de su vida! Esta gracia os pedimos por la intercesion de vuestra madre á quien devotamente saludamos.

AVE MARIA.

La Religion está establecida sobre unos fundamentos inmutables. Sus enemigos podrán atacarla, pero jamás destruirla. En vano se es-

fuerza el infierno para derribarla con sus redoblados golpes, estos recargan y se vuelven contra el infierno mismo. ¿Cuál era, pues, la situación lamentable de la Iglesia en tiempo de nuestro Santo? Preguntémoslo á la idolatria, cuyas cenizas renacian á cada paso. No se observaba otra cosa que la heregía sostenida por la espada, y acreditado el vicio por el contagio del ejemplo. Así gemia la Religion en aquel tiempo, y pedia como de justicia un poderoso socorro. Oyó el cielo sus súplicas, y la embió este ástro luminoso, el grande Agustin. ¡Qué ingenio! como que parece que las Santas escrituras nos han bosquejado su retrato. Ingenio maduro y sazonado. *Spiritus intelligentiæ*. Nacido con aquella superioridad de talentos que á paso lento se descubren en los demas, apenas entró en la carrera de las ciencias, cuando por la estension de sus luces, por su acertado discernimiento y por la facilidad de su penetracion, se puede decir de él que sin aprender nada, lo supo todo. Ingenio que reunia cuantas partes forman separadamente y de por sí solas un orador perfecto. *Spiritus disertus*. La naturaleza le habia formado tan elocuente, que has-

ta los maestros mas consumados en el arte de hablar recibian de él los preceptos. Hasta las ciudades mas sábias del mundo veian que los árbitros de la elocuencia sacaban de sus obras el arte de pintar los objetos, de animar las imágenes, de expresar los sentimientos y de ennoblecir las ideas. En los aplaudidos panegíricos de Máximo y de Bauton, habia juntado yá nuestro Santo los estudiados adornos de la elocuencia profana. Aquel retórico era un grande hombre, sin duda; pero mayor sin comparacion se vá á dejar ver nuestro Apostol.

Fué destinado Agustin al ministerio evangélico, cuando Valerio, Obispo de Hypona, se hallaba yá en una edad avanzada, y pensaba en un digno sucesor de su silla. Exacto apreciador del mérito, le media con sumo acierto, y desde luego advertia en él todo cuanto podia desearse. Nuestro Santo se estremecia al entrar en el Santuario, cuya instruccion confió aquel Obispo á su cuidado. Cede al fin, y se presenta sobre la cátedra de la verdad en Hypona con el mismo brillo y magestad con que se habia dejado ver en Constantinopla S. Juan Crisóstomo. Destinado por el cielo para defen-

der los derechos de la religion, la anunciaba con aquella dignidad que siempre deben respetar sus ministros. Sus discursos eran sublimes, pero sin pompa ni vanidad; naturales, pero sin bajeza; y nerviosos, sin valerse del arte; atacando el vicio con fuerza, y pintando la virtud con cuantos colores la pudiesen hacer amable, propios para estremecer á los pecadores y confundirlos sin espantarlos.

En este grande hombre no se sabia ni se puede decidir cual sobresalia mas, si la filosofía ó la oratoria. Su espíritu siempre fué filosófico. ¿Quién mejor que él conoció el artificio de un razonamiento justo y victorioso? ¿Quién supo unir mas bien los principios mas abstractos, y descubrirlos con aquella precision metafísica, que esparciendo una fecundidad inesperada sobre las materias mas estériles, las presenta con tan viva claridad, que por todas partes lleva consigo la evidencia y conviccion? De los principios que establecia nacia las consecuencias que todos abrazaban. Tal era su exactitud. *Spiritus subtilis.*

Siendo teólogo tan profundo como sutil filósofo, no es estraño que proporcionase á la reli-

gion dichas hasta entonces desconocidas. Nada habia en el dogma ni en la moral, por abstracto que fuese, que no lo desmenuzase; nada misterioso que no sondease, ni nada dificil que no allanase. La ley del evangelio, Jesucristo y su gracia, su iglesia, el pecado, sus consecuencias y su castigo, la fé y sus objetos, la caridad y sus leyes, la penitencia y sus caractéres, la misericordia y sus prodigios, todo, todo era el objeto de sus discusiones. Y sino, descubridme el punto de religion que no haya explicado, y os indicaré entonces todos los que él abrazaba, descubria y profundizaba. *Omnia prospiciens*. ¿Acaso no es él un controversista ilustrado, fuerte y temible? *Spiritus acutus*. Los sistemas mas bien imaginados, los que mas ingeniosamente se anunciaban, los mas tristemente combinados, y los que con mayor cuidado se descubrian, nada tenian que sorprendiese su razon, que escediese su inteligencia, ni que ofuscase sus luces.

Parece que no tenian límites sus talentos. Lo que los mas sábios ignoraban, lo sabia él. Hasta sus mayores enemigos se veian obligados á confesar que juntaba él solo las luces de to-

dos los hombres y de todos los tiempos. Del centro mismo del paganismo salió aquel elogio tan glorioso para nuestro Santo, de que era el padre de los padres, el doctor de los doctores, y la imágen de la divinidad sobre la tierra. En efecto, todos los que la habitan se afanan por leer sus obras: admira su multiplicidad y encanta su hermosura. Ellas son brillantes, sólidas, concisas y consecuentes, por cuyas circunstancias serán en todos tiempos un seguro testimonio con que se acredite que jamás hubo hombre que poseyese talentos mas sublimes, mas variados ni mas universales. Si apenas hay quien pueda leer unas obras tan estensas ¿cómo es que pudo Agustín, entre tantas ocupaciones que á cada paso se le renovaban, formar el plan de todas ellas y llevar á cabo su ejecucion? ¿Cómo ha podido darlas aquel punto de perfeccion que las imprime el sello de la inmortalidad? Aun cuando no nos quedase de él otra cosa que sus cartas, me faltarian espresiones para pintar el fuego de su ingenio, los rasgos de erudicion, y los hermosos sentimientos de que están llenas. Apenas se podrá decidir cual es mas digno

de admiracion, si su corazon, ó su entendimiento.

Yo quisiera que me digérais, si habeis encontrado unos talentos mas á propósito para combatir á los enemigos de la Religion cristiana. ¿Son estos de un espíritu rebelde que se desdenea de sugetarse á otro? Pero él los humillará. ¿Son espíritus alucinados? El los desengañará. ¿Sábios preciados de su sabiduría? Pero él los confundirá. ¿Hombres célebres por su reputacion? Pero él borrará su fama. ¿Hombres sepultados en las tinieblas del paganismo? Él los iluminará. En fin, ¿son hombres que oponen sus dudas á la verdad? Pues él hará que se aseguren de ella. Las opiniones y sistémas, el error, el cisma y la irreligion, todos igualmente encontrarán en él un adversario invencible, que los derribará, no teniendo necesidad de otras armas para conseguirlo, que las suyas propias. ¿De cuántos medios se valió Pelagio para seducirle? Para justificarse este herege, abusó de la autoridad de Agustin contra Agustin mismo. Llegando á ser su discípulo el Obispo de Hypona, se prometia Pelagio la ruina de la Iglesia; pero Pelagio fue combatido de un modo victo-

rioso, y confundido por el mismo á quien creia seducir. Agustin trastornó con su doctrina su sistema, y deshizo sus errores con una fuerza triunfante y vencedora. Y qué ¿habrá quien dude ya de que Agustin es capaz de contrarrestar por sí solo á todos los enemigos de la Religion? Tampoco debe dudarse que él solo es suficiente para pelear y triunfar de todos. *Manus ejus contra omnes.*

La heregía es una hidra de cien cabezas, que aunque se la corte una, inmediatamente renace otra. Cuidadosa siempre de juntar el artificio con la fuerza, se reproduce á cada instante; desde el punto mismo en que advierte que no la temen, procura manifestarse con destreza. Muy débil para acometer, y demasiado orgullosa para ceder, intenta perpetuarse y sobrevivir á su derrota. Es una de aquellas imágenes tristísimas con que se caracteriza el monstruo cuya cabeza debe quebrantar Agustin. Pero ¿qué digo yo? Todas las heregías de su tiempo debian experimentar el ardor de su celo. ¡Ah! ¿qué siglo hubo nunca mas fecundo en heregías que el suyo? En medio de su ruina subsistia aun la impiedad arriana. Los anate-

mas de la Iglesia la habian lastimado bastante ; pero sostenida por los potentados, siempre combatida, y jamás destruida, pensaba insultar atrevidamente la fé de Nicea, y fiera y triunfante hasta en el tiempo mismo en que se veia humillada, no dejaba nunca de hacerse temer, y se disponia, favorecida de los Wándalos, para emprender repentinamente una irrupcion en Africa. ¿En Africa? ¡Oh Dios justo! allí está el sepulcro que Vos teniais destinado para su audacia. El Africa misma debia dar á la divinidad del Verbo un defensor como Agustin. Agustin mismo vá á dar los últimos golpes al Arrianismo rebelde. Desde la cátedra de la verdad resuena y resplandece. Con su persuasiva elocuencia despierta á los pueblos adormecidos y detiene los progresos de la heregía, arrebatándola sus primeras conquistas. En sus libros de la Trinidad prueba con tanta solidez como ciencia la eterna generacion del Verbo y su consustancialidad. Parece que como otro Pablo, elevado hasta el tercer cielo, penetró los secretos que á los demas mortales les eran desconocidos. En sus célebres conferencias siempre desarmaba y confundia á sus enemigos. En vano afectaba

aquella columna del error, Maximino, confesar la fé de Remini. No podia ocultarse á Agustin su errado modo de pensar, ni encubrir su afrenta el Obispo Arriano, si bien no queria confesar su vencimiento. Pasencio, que por sí mismo habia solicitado el combate, reconoció bien presto en él un rival mucho mas fuerte que lo que se habia persuadido. Los Maniqueos ¿experimentaron acaso suerte mas favorable? No ciertamente : su derrota habia precedido á la de los mismos Arrianos. Siendo Agustin tanto mas á propósito para destruir las perniciosas opiniones de aquellos filósofos orgullosos, cuanto conocia mas bien la debilidad de sus fuerzas, les puso en claro el hilo de sus secretas sofisterias; humilló á Fortunato, desarmó á Fausto, y convirtió á Felix. Celoso defensor de la libertad del hombre, le sacó del peligro en que se hallaba de ser esclavizado de los discípulos de Manes. Pero si era el defensor de la libertad contra los furiosos Maniqueos, tambien era el escudo impenetrable de la Iglesia contra el cisma de Donato. Yo no os hablaré de la conducta llena de dulzara que opuso á la crueldad odiosa de los bárbaros Circunceliones, cuyos monstruos se

alimentaban muchas veces con la sangre y la carne de las víctimas que sacrificaban á su propio furor. Representaré á vuestra consideracion aquellos dias para siempre memorables en los anales de la Iglesia, en los que no parecia haber juntado el error todas sus fuerzas, sino para acarrear un triunfo mas resplandeciente á la Religion.

En vano emprendió la defensa de su partido el traidor Petiliano, sostenido de trescientos obispos cismáticos. En vano intentaba escaparse de la tempestad que le amenazaba, por medio de las sutilezas de un estudio artificioso: habla Agustin, y trescientos Obispos católicos, le encomendaron á él solo la causa de la verdad. No fué necesario mas para que todos los pareceres se uniformasen al suyo. Hasta sus enemigos aplaudian sus sucesos con el silencio que guardaban. Confundidos y desesperados yá, se valieron, como de único recurso, de la calumnia, de la atroz calumnia, recurso débil, y presagio demasiado cierto de su ruina. Acabemos yá, diciendo, que siendo Agustin el oráculo de la Religion contra los que combaten su doctrina, es tambien su defensor, y si me es permitido ha-

blar así, una viva imagen contra los que la combaten con sus costumbres.

No es menos necesario mantener á la Iglesia en sus costumbres que en su doctrina. A uno y otro se dirigian el objeto y los trabajos de Agustin. Como tan enemigo del vicio, se presentaba y hablaba en todas partes contra él: su modestia admiraba, su caridad atraia, su elocuencia arrebatava, su erudicion persuadia, y con su dulzura triunfaba. El vicio se hizo odioso, y la virtud amable. Los escándalos cesaron, y la iglesia de Hypona tomó otro semblante. En una palabra, conseguia otros tantos triunfos, cuantas eran las empresas que tomaba á su cargo. Yo observo que en una parte disminuia y aun quitaba las ceremonias profanas que autorizaban las reliquias del paganismo, que habian quedado, habiendo abolido la supersticiosa costumbre de celebrar el triunfo de los santos con los mayores y mas indignos escesos. En otra observo, que á las murmuraciones de un pueblo sedicioso, oponia las victoriosas armas de la persuasion, confundiendo así á la rebelion audaz, y haciendo que renaciese dichosamente la paz en el seno mismo de la discordia.

Como restaurador de la exacta disciplina, formaba por medio de sus cuidados y ejemplos Levitas virtuosos, Ministros irrepreensibles y Pastores perfectos. Y por medio de su regla dió una nueva brillantez á la vida monástica. ¡Oh regla admirable! ¡oh escuela de todas las virtudes! en tí han florecido siempre los talentos sin orgullo, el celo sin interés y la obediencia sin reserva. Tu eres la que trasmitirás su espíritu á los siglos mas remotos, y le renovarás en todas las generaciones.

Pero si le miramos como el modelo de una perfecta penitencia, veremos que siendo el mas sábio de los hombres, era el mas humilde de ellos. Como rígido censor de sus obras, lejos de disimularse sus defectos, se los descubria y los condenaba él mismo. Sin dejarse ofuscar de la gloria que le merecieron sus talentos, supo, sin duda, escederse á ella por medio de sus virtudes. En fin, si le consideramos como un modelo de la invencible constancia, advertiremos que no puso otros límites á sus trabajos que los de su vida. ¿Qué ejemplo de celo mas heróico que el que nos presentan los tristes dias que antecedieron á su muerte? En Africa se vió le-

vantar una terrible tempestad, que con sus rayos esparcía una pavorosa luz por toda la faz de la tierra. Un monarca terrible por su valor, famoso por sus conquistas, el apoyo del Arrianismo, Gensérico, salió de España, y como si fuera una precipitada corriente, inundó el Africa con sus batallones formidables. Todo se rendía á sus victoriosas armas. Cirtha tiembla, Cartago se estremece, Hypona se vé afligida. El furor de aquellos bárbaros á ninguna ley respecta; ninguna cosa hay sagrada para ellos. El nombre de Agustin, tan celebrado en todo el universo, parecia que daba un nuevo impulso y actividad á su saña. Se hacia preciso que el defensor de la verdad fuese yá su mártir. Este es el último ejemplo que debia dar nuestro Santo.

Encerrado en Hypona, que estaba yá casi reducida á polvo, no se contentaba, como víctima de la caridad, con gemir bajo la afliccion de su pueblo. Volvió á encender el amortiguado fuego de su juventud, y con una intrepidez que asombra, visitó, exhortó y consoló á cuantos pudo, ofreciéndose por último en sacrificio para aplacar la cólera del irritado Dios de las ven-

ganzas. El último suspiro fué un esfuerzo de su celo. Murió, al fin, en medio de los trabajos de su apostolado y de las lágrimas de su pueblo, siendo en este lance mas grande con triunfar asi de sí mismo, que cuando triunfaba de todos los enemigos de la Religion cristiana.

Aquí teneis, oyentes, una sucinta idea de los combates que Agustin ha presentado, y de las victorias que ha conseguido. Procurad imitar su penitencia, venerar sus talentos y respetar su autoridad. El que no pueda ser el panegirista y el oráculo del cristianismo, como este santo doctor, debe á lo menos esforzarse como él para adquirir la perfeccion cristiana. Nosotros somos cristianos como él, con que debemos ser perfectos y santos como él. Oigamos como él y escuchemos la voz del cielo que nos llama. Alimentémonos de su doctrina; imitemos sus virtudes, y trabajemos para merecer la gloria que él goza en el seno de la eternidad que yo os deseo. AMEN.



ganax. El último suspiro fué un estertor de su
 celo. Al fin, en medio de los vapores de
 su apostolado y de las lágrimas de su pueblo,
 siendo en esta tarde tan grande con temer
 así de sí mismo que cuando triada de todos
 los enemigos de la Religión cristiana, en un arroyo
 Aquí taces, oxates, una sencilla idea de
 los combates que gustaba presenciar, y de
 las victorias que se conseguían. Procurad imi-
 tar su penitencia, tened esas talentes y respo-
 tar su autoridad. El que no pueda ser el pane-
 gísta y el oráculo del cristianismo, como este
 santo doctor, debe á la buena fortuna como
 él para adquirir la perfección cristiana. Nosos-
 tros somos cristianos como él, con que debemos
 ser perfectos y santos como él. Oigamos como
 él y escuchemos la voz del cielo que nos llama.
 Aliméntanos de su doctrina; imitemos sus
 virtudes; y trabajemos para merecer la gloria
 que él goza en el seno de la eternidad que yo
 os deseo. Amen.



SERMON

PARA

EL DIA DE LA ASUNCION.



¿Quæ es ista quæ ascendit de deserto, deliciis affluens, et inixa super dilectum suum?

¿Quién es la que se eleva del desierto, colmada de delicias y apoyada en su bien amado?

Cant., cap. VIII v. 5.

¿**Q**UIÉN es esta hija amada del cielo, que viene del desierto y se levanta del Líbano acompañada de sus virtudes y amorosamente apoyada en su bien amado? ¿Quién es esta Virgen que lleva en un cuerpo mortal un espíritu más puro que las inteligencias, y un corazón más grande que todo el universo? ¿Quién es esta Madre privilegiada, que desde el más alto grado de la gracia y de la santidad, se eleva repentinamente al más alto grado de grandeza y de gloria? ¿Esta que se adelanta á todos con un

brillo y esplendor inmortal? ¿Quién es esta que marcha como la aurora, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como los ejércitos de Dios en órden de batalla? ¿Quién es esta que colmada de ricos trofeos, y adornada de las virtudes mas heróicas y gracias mas abundantes, se sostiene sobre los brazos de su querido Hijo? ¿Quién es esta resplandeciente antorcha del universo, que se levanta sobre la tierra y gira velozmente por todos los cielos? ¿Quién es esta que elevada sobre una brillante nube, rompe los aires, y los Angeles hacen resonar el cielo con sus alabanzas, los Santos se apresuran á celebrar su triunfo, Jesucristo mismo se ofrece á su vista, la recibe, la corona y la coloca sobre los espíritus bienaventurados? A este esplendor y á esta gloria ¿no reconocéis la que triunfa en este dia? Es la Reina de los Angeles, es la medianera de los hombres, es la Esposa del Espíritu Santo, es la Madre del Salvador, es Maria. ¡Ay! yo me admiraria si su triunfo fuese menos glorioso. Un hijo tan poderoso como Jesucristo ¿podia hacer menos por una madre santa como Maria?

Mientras yo estoy hablando, entra Maria

en el cielo, y pasando por espacios infinitos, superiores á todas las inteligencias, «llega, dice S. Agustin, hasta el trono del Altísimo.» «Era muy justo, prosigue el Sto. Doctor, que el Hijo pusiese á su Madre en el mismo honroso lugar donde colocó lo que habia tomado de su Madre, esto es, su santa humanidad. El Padre eterno hizo asentar á su Hijo á su diestra, y el Hijo hizo sentar á su Madre á la suya el dia de su gloriosa Asuncion. ¡Oh Dios! ¡cuán elevado es el trono de Maria! ¡Angeles del Señor, almas bienaventuradas, Santos que gozais de Dios en el cielo, vosotros ciertamente sois tan brillantes como el sol; pero con todo eso vosotros no sois sino ministros y siervos de Dios! Y aunque en la casa del padre de familias hay muchas estancias, jamás ocupareis la mas honrosa, porque está reservada para la Madre de vuestro Redentor, al cual habia de servir ella misma de trono: *Ponam in te tronum meum*. «Admirables palabras, dice un Padre, porque es, como si Jesucristo hubiera dicho á Maria: «No es bastante que vuestro trono esté cerca del mio; es preciso que seais Vos misma mi morada y mi trono.»

Hoy, pues, es el día en que esta gloriosa Virgen corona la mas santa de todas las vidas con la mas santa de todas las muertes; y cuando todos los mortales vén en el último término desvanecerse la felicidad; cuando ellos no vén el sepulcro sino como centro de humillacion y el escollo funesto donde se despedazan todas las grandezas y todas las esperanzas, en él halla Maria la semilla de una inmortalidad dichosa, y de una soberana felicidad que gozará en toda la plenitud de los siglos. Apenas se rompieron sus lazos, la veo elevarse de la tierra, brillante como la aurora, rodeada de delicias y apoyada sobre su bien amado. Veo la Ciudad santa, la nueva Jerusalem, que, impaciente de poseer á la Madre de su Rey, desciende con toda su pompa y con toda su grandeza para acompañar á su triunfo. Este feliz y dichoso triunfo ha de ser la materia de mi discurso y de vuestra atencion. Yo os haré ver en él que lo que llamamos Asuncion de Maria, es por escelencia el misterio de su gloria, é igualmente el misterio de nuestra esperanza. Lo primero, fruto de su precioso origen y admirable vida, y lo segundo, efecto de su alta proteccion para nosotros.

¡Virgen Santa! dignaos aceptar y proteger el celo que me anima, y de oír la súplica que os hago, saludándoos con el Angel:

AVE MARIA.

Qua est ista etc.

Es imposible explicar bien á qué grado de gloria fué ensalzada Maria en el cielo: la razon que dá Arnaldo de Chartres, es que la gloria de Maria no es como la de las demas criaturas; forma un órden particular; tiene un grado incomparablemente mas elevado que el de los mismos Angeles, y para juzgar de esta gloria rectamente, debemos decir que la gloria que Maria posee, no es simplemente una gloria que sea semejante á la del Verbo encarnado: es en algun modo la misma. ¡Oh Rey de la gloria! bien se deja ver que la magnificencia y las grandezas son el esplendor de vuestra santa casa: Vos habeis dado pruebas muy notorias el dia de la Asuncion de Maria. Esta Señora era un santuario de gracia, y Vos la habeis hecho un trono de gloria. De tal modo la habeis

ensalzado, que ya no vé quien la supere sino Vos mismo; la habeis coronado Reina del universo, y nadie sino el Rey del universo la antecede; es tan gloriosa que podria decirse que es la gloria misma de Dios, ó que Vos la habeis comunicado toda vuestra gloria.

Porque no es Dios como los demas hombres, cuyas obras defectibles por naturaleza regularmente vienen acompañadas de la imperfeccion, yá en su origen corrompido, yá en sus medios desarreglados, y yá en sus fines torcidos. Por el contrario, las obras de Dios siempre fueron perfectas, correspondiendo los medios á los fines, y estos á su origen, que es la perfeccion misma y la misma bondad. Abrid esos libros santos, depósito de las voluntades del Eterno, y hallareis testimonios irrecusables de esta verdad; hallareis, digo, que la sabiduría de Dios proporcionó siempre los medios á los fines. Cuando se propone, por ejemplo, librar á su pueblo de la dura esclavitud de los Egipcios, elige á un Moisés, para que dotado de su poder, castigue con horribles plagas la obstinacion de un Monarca rebelde é inflexible á sus preceptos; cuando determina poner á su

pueblo en posesion de la tierra de promision, elige despues de Moisés á Josué que pelee sus batallas, y que con la fuerza invencible de su brazo destruya á los Amorrheos, Geauseos, Geteos, Fereceos y demas enemigos de su nombre; cuando quiere hacer temblar á los Monarcas sobre el trono, elige á un Elías, que, aunque vestido de pieles, como el Bautista, anuncie los pavorosos juicios de Dios, y dome la orgullosa altivez de los grandes de la tierra; cuando quiere estender su culto y su religion hasta los confines mas remotos del mundo, elige doce hombres, que, aunque pobres, groseros, ignorantes y bárbaros, como los nombra el Crisóstomo, destruyen los ídolos, hacen enmudecer los oráculos, establecen el nombre del Crucificado por toda la tierra, y exaltan el adorable instrumento de la Cruz sobre la frente de los mas grandes Reyes; cuando se propone, en fin, acreditar las máximas de su evangelio contra las del mundo réprobo, elige á los Pablos, Hilariones, Antonios, Macarios, Romualdos, Benitos, Domingos y Franciscos, que con pecho apostólico, abandonando sus amigos, sus heredades, su patria, su carne y sangre, llenos del

espíritu de Dios, no tuvieron otro objeto que dilatar su santo nombre y promover su culto y su doctrina. Todo correspondía en ellos á los fines que Dios se proponía.

Segun estos mismos principios, debemos discurrir nosotros en orden á Maria. Dios, que la habia destinado por Madre en sus consejos eternos, la preparó, por consiguiente, con aquellos dones singulares, que, conforme á la doctrina del P. S. Bernardo, debian hacerla digna de tan alto ministerio, para que correspondiese á sus designios. ¡Qué de figuras, qué de oráculos no nos presentan las Santas Escrituras para darnos una idea de su exaltacion en vida como preludio del triunfo de su muerte! Aquí, como una tierra vírgen, pero maravillosamente fecunda; allí, como una torre elevada, de donde penden mil trofeos; aquí, como una misteriosa zarza que resplandece y arde sin quemarse; allí, como una sublime montaña, montaña de Dios, montaña santa, donde habita el Señor con complacencia; aquí, como una arca singular, que se eleva sobre las aguas del diluvio universal del pecado, y que descansa, al fin, sobre los montes de los Santos; allí, como un

huerto cerrado y sellado con el sello de la Trinidad beatísima; aquí, como una Reina, sentada á la diestra del Excelso, adornada con las mas preciosas joyas de justicia y santidad; allí..... Mas ¿para qué me canso y os molesto? ¿No es esta de quien el Esposo habla tantas veces, llamándola, su única, su escogida, su muy amada, gloria de su honor, y obra de su fortaleza? ¿No es la puerta oriental por donde ha entrado el Príncipe de los Reyes de la tierra, Padre del siglo futuro, Jefe de la paz y Señor de los que dominan? ¿No es aquel templo augusto que tanto celebra David en sus salmos; templo cuya belleza interior corresponde á su exterior magnificencia, y que hace decir á los que le miran: «Hé aquí el tabernáculo de Dios con los hombres; hé aquí la obra que se preparó en su magnificencia; hé aquí la esposa preparada y brillante, y que ha celebrado ya sus desposorios con el Rey de la gloria; hé aquí donde quiere ser honrado, porque sola ella es digna de Dios entre todas las criaturas.» Si, señores, tal es la exaltacion de Maria, que sola, sin ejemplar, es digna de Dios, y le com-

place, porque en ella sola se encuentra la plenitud de sus virtudes.

Cosas gloriosas se han dicho de Vos ¡oh Ciudad de Dios animada! pero todas ellas no son capaces de manifestar un solo rasgo de vuestra exaltacion delante del Señor. Baste decir que, con respecto á ella, os preservó el Omnipotente de la comun desgracia en que incurrimos los miserables descendientes de Adan, y que bajo el mismo plan de providencia, os libró de toda culpa actual, segun la fé del Concilio Tridentino; pues cualquiera defecto en Vos seria inmediatamente contra la dignidad de Jesucristo, segun el principio de Sto. Tomas. ¡Horrible monstruo del pecado, terrible iniquidad, tu no hubiste parte en Maria, que destinada en calidad de Madre á ser exaltada en cuerpo y alma á la diestra del Excelso, estuvo á cubierto de tus iras, debiendo ser agradable á Dios aun en la region de los muertos! Dios, que, segun sus mismas promesas, debia santificar su tabernáculo, como tierno objeto de sus complacencias, no podia permitir la mas ligera mancha en la formacion y vida de esta Reina. En ella, pues, desde el primer instante de su ser hasta

la consumacion de sus dias, todo fué suavidad, todo dulzura, todo gracia, todo amor, todo caridad, todo elevacion, todo grandeza, conforme á las miras del Omnipotente.

Mas ¿á qué fin, me direis, esta inocencia é inmunidad de Maria, traída de tan alto origen, en elogio de su Asuncion gloriosa? Para que entendais con evidencia que su exaltacion en cuerpo y alma al cielo fué una consecuencia legítima de su origen y preciosa vida. ¿No es de fé, como dice S. Pablo, que la muerte fué estipendio del pecado, y que por este entró ella en el mundo? Luego es indudable que la muerte y la corrupcion no ejercieron imperio alguno sobre Maria: de suerte que puede decirse con verdad, que estuvo en su mano el morir ó no morir, á imitacion de Jesucristo. Eligió la muerte, no por necesidad como nosotros, sino para conformarse en todo con el Salvador, cabeza y ejemplar de todos los predestinados. Habia este voluntariamente muerto por nuestros pecados, para conquistar la gloria de Redentor, en que consiste su mayor exaltacion en cuanto hombre. Convenia, pues, que Maria, heredera de su espíritu, le imitase hasta la muerte, para

adquirir en algun modo el augusto título de Corredentora del linage humano.

Reflexionad las obras de Maria, y las vereis todas, de concierto con las de Jesucristo, dirigidas al ministerio de nuestra salvacion. Porque, si el Unigénito de Dios, para obrar nuestra redencion, tomó carne semejante á la nuestra, ¿no fué Maria quien le proveyó la substancia de esta carne? Si el Unigénito de Dios determinó sujetarse á la ley penal de la circuncision, ¿no se halló Maria presente á este doloroso sacrificio? Si el Unigénito de Dios, como preciosa víctima, fué presentado á su Padre celestial en el templo, Maria, superior á los pontífices, de quienes traia su origen, ¿no prestó el ministerio y sus manos para ofrecer esta immaculada hostia, en que fundaba la antigua ley sus esperanzas, y que ha sido, es y será consolacion de la nueva? Si el Unigénito de Dios, para castigar la inobediencia de nuestros primeros padres, quiso voluntariamente sujetarse á las leyes de una obediencia exacta, ¿no fué el imperio de Maria el que reconoció despues del de Dios sobre la tierra? En fin, si el Unigénito de Dios, hecho hombre, cargó sobre

sí, por redimirnos, todos nuestros pecados, siendo sus pies y manos sacrosantas penetradas con unos duros clavos, el alma de Maria ¿no fué por la misma causa traspasada con aquella aguda espada de dolor que la habia anunciado Simeon? De tan altos fundamentos ¿no podré yo concluir que todas las obras de Maria se dirigieron siempre al ministerio de nuestra salud?

Pero si el sepulcro de Jesucristo debia ser glorioso por medio de su triunfante resurreccion, el tránsito de Maria debia ser feliz, para ser colocada en cuerpo y alma á la diestra de su Esposo. Qué ¿seria presa de gusanos aquella carne sacrosanta que habia suministrado la del mismo Jesucristo incorruptible? ¿La carne de Maria, siendo una con la del Salvador, como S. Agustin se esplica, estaria por largo tiempo sujeta á los horrores del sepulcro? Dios, que la preservó de toda mancha, que la hizo madre virgen, que la libró de todos los dolores del parto, ¿no quiso, al fin, exaltarla con brazo omnipotente? ¿No ha colocado Dios á su diestra á la Reina del Cielo, como lo habia prometido? Lejos de aquí ideas insensatas. Maria, por su inocencia, por la integridad de su vida,

y carácter de su ministerio debia ser coronada en cuerpo y alma á la diestra del Rey de la gloria.

¿Quién no vé ya, señores, elevarse á la naturaleza sobre sí misma para seguir leyes nuevas, renunciando las comunes? ¿Quién no vé á este animado promontorio de resplandor y de luz penetrar y dilatarse sobre las mas altas esferas? ¿Quién no vé á Maria en cuerpo y alma penetrar los cielos elevada sobre las alas de los vientos? Abrid las puertas, Príncipes de la gloria, entrará vuestra Reina: entonad dulces cánticos é hymnos de alegría para celebrar este triunfo. Regocijaos, milicia celestial, á presencia de tan nuevo suceso; y temblad vosotros, Príncipes de tinieblas; estremeceos, gigantes del abismo, pues ya se eleva á poseer su trono aquella muger verdaderamente fuerte, que debe quebrantar vuestra cabeza. Vosotros, sublimes inteligencias, dad gloria á Dios en las alturas, y confesad abiertamente que á él solo se debe el honor, la gloria, la virtud y la acción de gracias por el solemne triunfo y exaltacion de vuestra Reina á la diestra del Excelso.

Pero ¿qué haceis, carro de Israel, como

esclamaba en otro tiempo Eliseo por la ausencia de su padre Elías? ¿Qué haceis, vuelvo á decir, dulce Madre nuestra y nuestra abogada? ¿Vos ausente de la tierra? ¿Y vuestros hijos? Justa es vuestra elevacion y exaltacion al cielo. Pero ¿y los hijos de vuestro dolor que paristeis sobre el calvario y que tanto os recomendó Jesucristo en la persona de su amado discípulo? ¡Ah! ¡hijos miserables de Adan! ¿qué será de vosotros, si os falta este consuelo? ¡Qué densas tinieblas en ausencia de esta aurora! Mientras vivia sobre la tierra, la Iglesia tenia director y maestro, consuelo los Apóstoles, y todos universalmente remedio. Mas ahora ¿quién nos iluminará, quién nos consolará en tanta pérdida?

Pero ¡oh cristianos! avivad vuestra fé, y no os dejeis sorprender por una ausencia que tanto mas nos asegura la alta proteccion de Maria, cuanto es mayor su exaltacion al trono. Seguidme con atencion en tan importante materia.

«Tenemos, dice S. Pablo, un abogado permanente para con el Padre, Jesucristo, que intercede sin cesar por nosotros, y que siempre

es oído por la reverencia que se le debe.» Pero esto no impide la poderosa protección de Maria, tanto mas eficaz, cuanto mas próxima á Dios. Como nuestros ojos endebles no pueden por su flaqueza resistir los rayos del sol sin que haya un cuerpo interpuesto que los mitigue, del mismo modo, enferma la vista de nuestro entendimiento por el pecado, y no atreviéndonos á mirar de hito en hito al sol de justicia, Cristo, nos dirigimos á Maria, para que su mediación nos mitigue los rigores de esta luz inaccesible que no puede mirar nuestra flaqueza sin deslumbrarse y confundirse. ¿Quién es el que no se vale de un intercesor para que calme la ira del jefe á quien ha injuriado? O ¿quién es el reo de grandes delitos, que, sin mediar persona de respeto, se dirige al juez inmediatamente para que le perdone? Jesucristo es abogado, mas sin dejar de ser juez, y es el Dios ofendido por nuestros delitos. Maria, por un efecto de su exaltación, es nuestra abogada, pero de distinto modo que lo es Jesucristo. Jesucristo es abogado de propiciación, porque es la hostia pacífica é inmaculada que satisfizo por nuestros pecados; Maria, abogada de interce-

sion que atrae sobre nosotros innumerables beneficios, no sacados de su propio fondo, sino alcanzados del infinito é inagotable mérito de la pasión y muerte de Jesucristo, origen y principio de todo bien. ¡Qué materia de tanta consolación, cristianos! Maria elevada á la diestra del Rey de la gloria, y constituida desde tan alto solio nuestra medianera. ¿Qué no podrá obtener para sus hijos una Madre tan poderosa?

Todo poder se la ha dado en el cielo y sobre la tierra, se la ha establecido intercesora para con el único medianero nuestro; siempre es atendida á causa de la dignidad de su persona. ¿Qué os acobarda para llegaros á una Madre tan buena, tan amorosa, tan compasiva, que conoce nuestra fragilidad y el barro de que somos formados? Nada hay, al llegaros á esta Señora, que sea austero ni enojoso; al contrario, todo respira dulzura, benignidad y amor. ¿Sois pecadores? Invocad á Maria, y os será favorable y propicia para obrar vuestra justificación. ¿Sois justos? Invocad á Maria, y os ofrecerá los medios para perseverar en la justicia.

No diré yo que tiene autoridad para salvar

las almas que por un justo é irrevocable juicio ha condenado el Unigénito de Dios. Esto seria una atroz injuria contra Jesucristo y contra Maria misma. Pero sí diré con un sábio orador de nuestro siglo, que puede conseguir de Dios lo que Abrahan no pudo: el perdon de una ciudad infame; sí diré, que puede mejor que Moisés contener las venganzas del Señor contra un pueblo idólatra; diré que su poderosa intercesion debe inspirarnos mas confianza que las oraciones de Onías, Jeremías y Judas Macabeo; diré, en fin, con toda la Iglesia, que Jesucristo en el seno de su gloria no deja de reconocer por su Madre á Maria, y que, inclinado á las súplicas de esta augusta medianera, le dice, como Salomon á Bersabé: «Pide, Madre mia, que no me es permitido rehusar tus peticiones; yo arrojaré donde os agrade mis ojos de misericordia; á vuestras oraciones suspenderé mi cólera; desarmaré á la muerte, cerraré los abismos, pondré al demonio entre cadenas.» ¿Qué no debemos esperar de semejante protectora, cuyo carácter es la misericordia y la beneficencia?

Mas ¿qué digo? Aun cuando yo con un si-

lencio infiel quisiera ocultar sus continuos beneficios al género humano, ¿no bastaria para asegurarnos de esta verdad la idea de su exaltacion en cuerpo y alma al trono de la gloria, y la de su divina maternidad que nos produjo aquella hostia inmaculada, que quita los pecados del mundo y nos purifica con su propia sangre? Por otra parte ¿no es cierto que los templos consagrados á Dios en honor de esta gran Reina son como el arca del testamento en casa de Obededon, una fuente inagotable de bienes espirituales y temporales para todos los que la invocan? Recorred los anales y los fastos de las diferentes naciones que se glorian de su proteccion. ¡Que no pueda yo detenerme á mostraros los preciosos monumentos erigidos por todo el orbe cristiano en señal de gratitud y de reconocimiento á sus innumerables beneficios! ¡Que no pueda leeros esos mismos beneficios grabados en mil lugares sobre el bronce y sobre el mármol! ¡Que no pueda presentaros todos los ilustres monumentos de la beneficencia de Maria! ¿Quién ha estimulado á los Reyes para que pongan bajo de su proteccion el trono y sus estados? El carácter benéfico de Maria.

¿Quién estimula al guerrero para que la invoque en los combates, al navegante en la borrasca, al pobre en la miseria, al moribundo en las angustias de la muerte? El carácter benéfico de Maria. ¿Quién estimula al pecador á implorar su augusto nombre, y á acogerse al sagrado de su refugio? ¿Quién estimula al justo á buscar su proteccion para conseguir de Dios el don de la perseverancia? ¿De dónde, en fin, dimanan como de asilo de intercesion todas las gracias concedidas al pueblo cristiano? Los Justinianos, los Heraclios, los Valerios, los Comnenos, los Montfortes, los Estanislao ¿no tuvieron en este augusto nombre la victoria de sus enemigos y la seguridad de sus estados? Pero no mendiguemos ejemplos estraños. España misma, que con tan justa razon se gloria de la proteccion de esta ensalzada Reina ¿no podrá deponer sobre su singular beneficencia? Aquí Pelayo, Príncipe de Asturias, encerrado en una cueva y cubierto de piedras, dardos y saetas por una gran multitud de bárbaros, invoca su proteccion, y vé perecer en un momento mas de ochenta mil de ellos, unos penetrados con sus mismas saetas, y otros sepultados por los

montes ; allí Alfonso VIII, Rey de Castilla, bajo de la misma proteccion, triunfa de toda la morisma, dejando doscientos mil en el campo de batalla ; aquí Alfonso IX, Rey de España, deshace un ejército innumerable de Sarracenos, quedando, por una visible proteccion de Maria, cubierto el campo de cadáveres ; allí Jacobo primero, Rey de Aragon, llamado el Victorioso, despues de haber librado tres grandes reinos del poder de los Mahometanos, y de haber edificado varios templos en honor de Maria Santísima, consiguió por su intercesion aquella memorable victoria del reino de Valencia, en que aparecieron muertos un sin número de enemigos sin estar heridos. ¿Qué reino, qué provincia, qué cuerpo, yá civil, yá militar, yá literario, yá eclesiástico, yá secular, no ha experimentado grandes beneficios bajo de esta angusta tutelar? Vosotros mismos, sin salir de mi auditorio, ¿cuántas veces no habreis sido favorecidos por Maria en vuestras aflicciones espirituales y temporales? ¿Cuántas veces hubiera peligrado vuestra vida, y quizá vuestra suerte eterna sin el socorro de Maria? ¿Cuántas nos ha prevenido con bendiciones de suavidad

y dulzura para que no caigamos en el abismo de las culpas? ¿Quién hay, en fin, que no haya experimentado el calor de su misericordia? Por esta causa dicen los Padres de la Iglesia hablando de Maria, que es la puerta del cielo y el canal por donde corren hácia nosotros todos los beneficios del Altísimo; y de este mismo principio no dudó concluir S. Bernardino, que, atendida su clemencia y singular crédito delante de Dios, es imposible perezca un verdadero devoto de Maria: entendiendo por tal el que desea de veras su salud, apartándose de la ocasion, despreciando todo lo terreno, y buscando á Dios con todo su corazon por medio de la intercesion de Maria, cuyo glorioso triunfo en las miras de Dios fué una consecuencia legítima de su origen y admirable vida, como su incomparable beneficencia por nosotros, un precioso efecto de su exaltacion. Solo resta que nosotros queramos y sepamos acojernos bajo una sombra tan benéfica. Porque en vano, cristianos, en vano nos gloriaremos de tan alta proteccion, si no sabemos aprovecharnos de ella. Atendamos á la Madre que intercede por nosotros en el cielo. Si somos hijos de Abraham, que sean

de Abrahan nuestras obras; quiero decir, que si nos lisongeamos de la poderosa proteccion de Maria, no pongamos impedimento á su influjo con el desarreglo de nuestra vida.

¡Virgen santa! el cielo es desde hoy vuestra morada: yá no volverá á veros la tierra; pero nosotros no os perderemos jamás de vista. De lo alto de vuestra gloria, tampoco Vos nos olvidareis jamás, y del trono de vuestra grandeza, en que estais sentada, no os desdeñareis de poner vuestras tiernas y amorosas miradas sobre esta tierra de miserias y sobre este valle de lágrimas. Dejemos á los hombres vanos, á los falsos grandes del mundo, que se atolondren con su grandeza, y que se obstinen insensibles á los reiterados clamores de una infinidad de infelices. Vos nos reconocereis siempre por vuestros siervos é hijos. Vos recibireis agradable nuestros obsequios, y prestareis vuestra atencion á nuestros votos, y cuanto estais mas cerca del origen y del autor mismo de la gracia, tanto mas os interesareis en hacerla descender sobre nosotros. En esta confianza nos postramos á vuestros pies, y os ofrecemos los mas humildes respetos, y nuestras súplicas las mas fervorosas.

Os saludamos como á Reina superior á todo lo que no es Dios; pero al mismo tiempo os invocamos como Madre de misericordia: *Mater misericordiæ*; como refugio de pecadores: *Refugium peccatorum*; y como salud y apoyo de los que están afligidos: *Salus infirmorum*. Lejos de que vuestra grandeza nos desvie de Vos, y nos intimide, esto es lo que mas nos llama, atrae y asegura. Socorrednos, pues, ahora y en la hora crítica que ha de determinar nuestra eterna felicidad! AMEN.



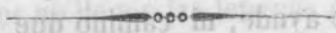


siendo de la muerte, y ninguna cosa de ellas ha-
llaron en sus manos, como dice David, antes
bien la pobreza, como por todas partes
como agua, y de noche los oprimen la tempe-
rad, sacerdeses ha como al que en el campo

SERMON

PARA

EL DIA DE LA ASUNCION.



sona que lo ayudo, en camino que le guie, in-
dical que lo acobije, al suelo cierto donde aña-
me su paso, y el trueno le espanta, y la lluvia
lo traspasa, y la avenida le trahua y anega.
No así acaba el justo, no así, sino, como dice

Maria optimam partem elegit.

Maria ha escogido la mejor parte.

Luc. cap. X v. 42.

No hay término que no llegue en las cosas que son medidas por el tiempo. El pecador no tiene por que alegrarse en sus placeres y regalos, porque luego, muy luego vendrá un dia por su casa, en que le quiten de la boca sus mentirosos alhagos. Por mas que haga para disfrazarse; por mas que cubra sus maldades con la capa del disimulo y la máscara de la hipocresía, no podrá evitar la merecida pena de sus peca-

dos. «Los varones de las riquezas durmieron el sueño de la muerte, y ninguna cosa de ellas hallaron en sus manos, como dice David, antes bien la pobreza los cercará por todas partes como agua, y de noche los oprimirá la tempestad; sucederles ha como al que en el campo y de noche arrebatada el turbión, que ni vé persona que le ayude, ni camino que le guie, ni árbol que le acobije, ni suelo cierto donde afirmase su paso, y el trueno le espanta, y la lluvia lo traspasa, y la avenida le trabuca y anega.» No así acaba el justo, no así, sino, como dice Job, «á la hora de la tarde le saldrá el resplandor del medio dia, y cuando le pareciere que está consumido, resplandecerá como el lucero.» Cuando el pecador fenece y se apaga para nunca mas lucir; cuando empiezan las ansias de su alma, el horror y las angustias de su corazón, el justo amanecerá puro y luciente, y empezarán para él los dias de gozo y alegría, de honor y gloria verdadera.

— Así es como se verifica en el magnífico misterio que la Iglesia celebra en este dia. ¡Muerte santa, resurrección gloriosa, ascension triunfante! Jamás se vió triunfo tan magnífico, tan

brillante, ni tan augusto. ¡Qué respetos y que homenajes no presentaron los Angeles y los Santos á los pies de su augusta Soberana! ¡Por qué aclamaciones, con qué elogios no espesaron su admiracion hácia ella! ¿Y quién puede dudar que en el dia aniversario de su gloriosa coronacion estos mismos elogios, estas mismas aclamaciones no llenen las lenguas de los bienaventurados? Tristes habitantes de este valle de lágrimas ¿querreis vosotros solos guardar silencio? ¿Temereis mezclar vuestras voces en tan hermoso concierto? No; la tierra hoy sea el éco del cielo, puesto que el triunfo de Maria es la fiesta del universo, es el misterio de su gloria, y es igualmente el misterio de nuestra esperanza. Esto es lo que intento haceros ver, pidiendo antes las luces del Espíritu Santo por la intercesion de esta Virgen soberana.

AVE MARIA.

Considerar en la Asuncion de Maria una Virgen triunfante, una Reina coronada, una criatura elevada sobre todos los órdenes de espíritus bienaventurados, y colocada en el grado

de gloria mas eminente; contemplar una Madre de Dios beatificada por el mismo Dios, es una cosa tan superior, que escede toda comprension humana; pero el espíritu de la fé debe pasar adelante, y descubrir muchos otros motivos de piedad y devocion. ¿Y qué motivos son estos? Una Madre de Dios glorificada, no precisamente porque fué Madre de Dios, sino porque fué humilde en su presencia, y porque en virtud de su obediencia y humildad fué singularmente y por excelencia sierva de Dios. Asi se explica el Salvador en el Evangelio, y la declaracion espresa que de ella nos hizo es una prueba sin réplica.

Os acordareis de la disposicion en que estaba aquella muger de quien habla S. Lucas, cuando un dia, inspirada para felicitar á Jesucristo, exclamó asi: «Bienaventurado el seno que te llevó y los pechos que te alimentaron.» Creia aquella muger que la bienaventuranza de Maria consistia en ser Madre de Dios encarnado. «No, la dijo Jesucristo, tu lo has entendido mal, y no es como tu piensas. La bienaventuranza de Maria, mi Madre, procede únicamente de que fué fiel á Dios y obediente á sus pa-

labras.» *Quinimō etc.* Haber oído y practicado inviolablemente todo lo que era para ella palabra, orden ó insinuacion de Dios, haber correspondido exactamente á todas las inspiraciones, haber cumplido con la mayor fidelidad todos los designios que Dios formó de ella, nunca haber salido de los caminos de esta Providencia superior que la gobernaba; haberse formado una ley de las voluntades mas perfectas de Dios; haberle dedicado sin escepcion los sacrificios mas dolorosos que habia de sufrir, y fueron las pruebas de su virtud, todo esto fué, dice S. Agustín, lo que Dios coronó y glorificó en Maria. Maria misma, llena del espíritu de Dios, dá de sí misma este auténtico testimonio: *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ etc.* «Seré llamada bienaventurada, y lo seré en efecto, porque el Señor puso los ojos en mi bajeza: *quia respexit.* Porque el Señor se movió de su sierva, por eso especialmente seré bienaventurada; por eso el Todopoderoso hará brillar en mí toda su magnificencia; y el que quebranta el orgullo de los soberbios, tendrá complacencia en exaltarme; yo lo quiero publicar para que lo entiendan todos, y sepan que solo la humildad puede ensal-

zar á la verdadera gloria.» En suma, el desapego de sí misma sobre que se alzó todo el edificio de su santidad, la renuncia soberana de todas las vanidades del siglo, que hizo desde sus mas tiernos años ; la vida oculta á que supo ceñirse ; la disposicion en que estuvo de buscar en todas las cosas su propio abatimiento ; querer parecer pecadora, siendo la mas santa de todas las criaturas ; vivir en los rigores de la penitencia, aunque nunca perdió su inocencia ; sujetarse á la ley, siendo superior á ella ; en fin, la plenitud de gracia, de méritos y honores, esto fué lo que la levantó á un grado tan eminente, á los palacios magníficos de la gloria. Subió sobre los coros de los Angeles, llegó al empíreo, y al acercarse á aquella ciudad eterna con toda su comitiva, un gozo inmenso llenó el fondo de su alma. Vió la celestial Jerusalem resplandeciendo con la claridad de Dios ; vió unos muros de diamante, unas puertas de preciosas margaritas, unas calles y plazas de oro bruñido, mas terso y resplandeciente que el cristal. Vió una multitud de Angeles y bienaventurados unidos, concordes, amantes, pacíficos, sábios, robustos y hermosos, y todos saldrian á recibir á su

Reina, todos la ofrecerian sus palmas y sus coronas, y una sola voz de bendicion se oiria en las alturas de los cielos: «Vén, amigamia, inmaculadamia, á habitar en el trono del Eterno, y sentada á la diestra de tu Hijo, no le dejarás por los siglos de los siglos.»

Cosas gloriosas se han dicho de tí, ¡oh Ciudad de Dios animada! pero todas ellas no son capaces de manifestar un solo rasgo de vuestra exaltacion delante del Señor. ¿Qué extraño es que, atónitos los espíritus bienaventurados de ver la gloria que rodeaba á Maria en su triunfo, y embelesados con la novedad de tan extraordinario espectáculo, esclamasen, como los compañeros de la esposa: *¿Quæ es ista quæ ascendit de deserto, deliciis affluens, etc?* ¿Quién es esta Hija amada del cielo que viene del desierto y se levanta del Líbano acompañada de sus virtudes y amorosamente apoyada en su bienamado? ¿Quién es esta Madre privilegiada que desde el mas alto grado de gracia y de santidad se eleva repentinamente alde grandeza y de gloria? *¿Quæ es ista?* ¿Quién es esta que sube del desierto del mundo victoriosa? ¿Quien es esta

que sube con tanta fuerza, que deja postrados y rendidos al mundo, al demonio y al pecado?

— Pero ¿qué es lo que haceis, dulce Madre nuestra y nuestra abogada? ¿Vos ausente de la tierra? ¿y vuestros hijos en lúgubre horfandad? No, hermanos míos, no os dejeis sorprender, porque el triunfo de Maria, tanto como es glorioso para ella, es provechoso para nosotros, y nos asegura la alta proteccion de Maria, tanto mas cuanto es mayor su elevacion en la gloria. Tenemos un abogado permanente para con el Padre, Jesucristo, que intercede sin cesar por nosotros, y que siempre es oido por la reverencia que se le debe; pero esto no impide los socorros de Maria. Como nuestros ojos endebles no pueden mirar por su flaqueza ni resistir los rayos del sol, sin que haya un cuerpo intermedio que los mitigue, del mismo modo enferma la vista de nuestro entendimiento por el pecado, y no atreviéndose á mirar de hito en hito al sol de justicia, Jesucristo, nos dirigimos á Maria para que su mediacion nos mitigue los rigores de esta luz inaccesible que no puede mirar nuestra flaqueza sin deslumbrarse y confundirse. ¿Quién es el reo de grandes delitos,

que, sin mediar persona de respeto, se dirige al juez inmediatamente para que se los perdone?

Jesucristo es abogado nuestro, mas sin dejar de ser juez; es ademas el Dios ofendido por nuestros pecados. Maria, por un efecto de su exaltacion, es tambien nuestra abogada, pero de distinto modo que lo es Jesucristo. Jesucristo es abogado de propiciacion, Maria de intercesion que atrae sobre nosotros innumerables beneficios, alcanzados del infinito é inagotable mérito de la pasion y muerte del Redentor. No diré yo que puede salvar las almas que por un justo é irrevocable decreto se hallan en poder de Satanás; pero si diré que puede mejor que Moisés contener las venganzas del Señor contra un pueblo idólatra; diré con toda la Iglesia que Jesucristo, inclinado á las súplicas de su augusta Madre, le dice, como Salomon á Bersabé: «Pide, Madre mia, que no me es permitido rehusar tus peticiones; á vuestras oraciones suspenderé mi cólera, desarmaré la muerte, cerraré los abismos y pondré al demonio entre cadenas.»

¿Qué no debemos esperar de semejante pro-

tectora, cuyo caracter es hacer bien á los hombres? ¡Triunfo, victoria y honor al Todopoderoso y á la que ha colocado en su trono! La voz poderosa del Eterno hizo oír en la morada de corrupcion estas palabras de vida : «Levántate, sal del sepulcro, vén á gozar de tu bien amado, vén á gozar de su gloria y á ser adorno de su triunfo: tiempo es yá de que entres en el jardin celestial; yá pasaron los dias de invierno y de inclemencia, y una eterna primavera reina en este sitio ameno y delicioso; millares de tier-
nas flores cubren esta deliciosa tierra. La vid despide de sí los mas gratos olores, y la higuera está cargada de fruta.» Al oír esta voz, la Es-
posa que estaba sepultada en la noche del se-
pulcro, abre los ojos á la luz con la misma faci-
lidad que si despertase de un dulce sueño: ca-
mina al trono de Dios con un semblante benigno y magestuoso, y mas brillante que la auro-
ra, cuando abre las puertas del oriente y disi-
pa con su resplandor todas las lobregueces de
la noche, se muestra en medio de los espíritus
celestiales, como el sol entre los ástros á los
cuales comunica su luz.

¡Dia fausto y para siempre memorable! ¡Maria

es hoy coronada ; nosotros lo seremos algun dia!
¡Inefable consuelo! ¡confianza sublime! Cuando me pongo á considerar que esta Reina sube al cielo por un camino que está abierto para mí; cuando reflexiono que los medios que la llevaron á la felicidad soberana, son los mismos que Dios ha señalado para que suba yo ; cuando me digo á mí mismo que todos los derechos que tubo Maria á esta gloria, pueden y deben á proporcion convenirme á mí, si quiero aprovecharme de su ejemplo, ¡ah cristianos! entonces siento que mi corazon se levanta sobre todas las cosas de la tierra y empieza á descubrir de un modo evidente la vanidad de las glorias de este mundo. Descubriendo asi mi ceguedad, yo mismo me enseño, me exhorto, me animo y me reprendo mis flaquezas, lloro mis debilidades, gimo mis extravíos y trato de quebrantar mis pasiones, de resignarme á ser la víctima de las pasiones de mis prójimos, de orar por los que me persiguen, á fin de que corregidos en sus lenguas y reformados en sus cuerpos y en sus almas, cesen de ser la piedra de escándalo y de malignas conversaciones, dejen vivir en paz á los que hacen lo que pueden, lo que ellos no

quieren ó no saben hacer. Todo esto experimento á impulsos de una esperanza cristiana, que me inspira la solemnidad de este día. Animado de esta confianza, gusto de los bienes eternos, los deseo, y suspiro por aquella ciudad de donde están desterrados los ruines resentimientos, donde no habita la negra envidia, ni tiene entrada la odiosa emulacion.

Cuando la calumnia emplee contra mí sus artificios y sus intrigas; cuando la baja envidia apoye sordamente sus proyectos inicuos para perderme, y la amistad misma, haciendo traicion á sus sagrados derechos, coopere á ello con positivas infidelidades, entonces miraré el triunfo de Maria como el término de estas victorias, y redoblaré mis esfuerzos para merecer una parte de este triunfo que está reservado á estos ligeros combates; y lo mismo que yo, puede y debe confiar el mas humilde y desconocido mortal, porque no hay nadie á quien no alcance la benéfica proteccion de Maria.

El artesano en su humilde taller, el labrador en el afanoso cultivo de sus campos, el juez en la pesada espedicion de sus causas, el sacerdote en las altas ocupaciones de su santo

ministerio, el religioso en la observancia de sus votos, el niño, el anciano, todos cuantos invocan el amparo de esta Reina, le hallan pronto en su socorro. ¿Hay alguno que dude ó niegue esta consolante verdad? Sí; pues ahí está el oráculo de la Iglesia que nos representa á Maria colocada entre su Hijo y nosotros, ora deteniendo sus rayos, ora solicitando sus favores, presentándole de continuo el seno que le ha alimentado, para lograr sus beneficios y suspender sus venganzas. ¿Quereis saber lo que han pensado los Padres de la Iglesia y sus mas respetables Doctores sobre este interesante punto de la piedad cristiana? Sí; pues ellos nos representan á Maria como la mediadora del género humano, y nos la hacen mirar cerca de Jesucristo, como la dispensadora general de sus dones, como el canal ordinario de sus gracias, y en algun modo como el ministro benéfico de su pacífico imperio. ¡Pueblos y Reyes! ¿no son la prueba de su vasta liberalidad y de vuestra perpetua confianza tantos piadosos establecimientos formados en honor y gloria de Maria, y tantos augustos santuarios levantados en su obsequio? ¡Ah! luego, muy luego se abandonan

los altares, donde los favores recibidos no indemnizan los sacrificios que se ofrecen.

¿Qué pensar, hermanos míos, de estos hombres, de que tanto abunda nuestro siglo, conjurados contra la gloria de Maria, obstinados en negarle sus privilegios, en destruir sus elogios, en arruinar sus altares? Hemos llegado á tiempos en que el infierno parece haber tomado posesion de este mundo y establecido en él las leyes de su inmensa apostasía y de sus infinitas blasfemias. Hemos llegado á una época fatalísima, época nueva en la historia del género humano, en que todos los misterios y todos los preceptos han sido destruidos; en que el vicio solo tiene derecho de perdonar, y la virtud sola tiene necesidad de excusa; en que todas las obligaciones se han mirado como problemas, y todas las virtudes como preocupaciones; en que la justicia se llama venganza, y la defensa de la verdad un espíritu de partido; en que la indiferencia se dice imparcial y el menosprecio de todo se llama tolerancia; en que la moderacion es recomendada siempre para las obligaciones, y jamás para los deseos y las pasiones; en que no hay otros delitos que los que pueden

dañar. ¡Horrible confusión, de que habla el Profeta Ezequiel, que no pone diferencia entre lo sagrado y la profano, lo justo y lo injusto, lo permitido y lo prohibido, entre la religion de Jesucristo y la religion de Mahoma!

Obligados á reducirnos de lejos y como de los extremos de la impiedad al camino de la verdad, que lo es de la devocion, se debe reconocer que despues de Jesucristo no hay mas medio que Maria. O volvemos al culto de Maria, ó perecemos sin remedio; basta esperar, y el porvenir responderá de lo que digo. Este movimiento prodigioso que agita al mundo; estas tinieblas que se espesan y estienden sobre la razon humana; esta impiedad profunda y casi universal; este terrible ascendiente del error; este espantoso menosprecio de Dios y sus santísimas leyes ¿le permite Dios sin designio, y no debe resultar ninguna instruccion nueva sobre la tierra? No, no; yo no lo espero; alguna cosa grande se prepara; del seno de esta extrema depravacion saldrá la virtud mas purá; los hijos de la luz la saludarán como la aurora de su libertad; y los hijos de las tinieblas la maldecirán como el anuncio de su ruina. Entonces la

última y eterna manifestacion de Dios restablecerá el órden turbado por el orgullo, y afirmará para siempre el reino de la verdad, sometiendo todos los entendimientos al entendimiento de Dios. Hasta este momento habrá dos reinos en cada reino, y dos sociedades en cada sociedad ; la sociedad del error, del vicio, del desórden y las tinieblas, y la sociedad de la verdad, del órden y de la luz. En estas dos sociedades, en estos dos reinos siempre en guerra el uno contra el otro, como el bien y el mal, como la luz y las tinieblas, los buenos, los que pertenecen á Jesucristo, deben velar de continuo para no ser sorprendidos por los que pertenecen al reino de Satanás, hasta que llegue el triunfo eterno de los unos sobre los otros.

Entre tanto que llega este dia escondido en los profundos juicios del Eterno, sean anatematizados, cortados y separados estos encarnizados enemigos de la Santísima Virgen. ¿Y de qué? De la sociedad de los católicos, y pues que el espíritu y los decretos de la Iglesia se dirigen á establecer entre sus hijos el amor de Maria, los rebeldes vayan á confundirse entre esas naciones cismáticas, que tienen indiferencia

á Maria, porque tienen horror á su Hijo. Sean anatematizados, cortados y separados, ¿y de qué? Del cuerpo mismo de los cristianos, pues que los principios de la religion cristiana encierran el amor que deben tener á Maria. ¿Los profanos? Que vayan á habitar esas regiones infelices, donde el nombre de Maria no es amado, porque el nombre de Jesus no es conocido; que vayan á confundirse en los desiertos salvajes con las bestias feroces, menos insensibles que ellos. Pero mas antes, hermanos míos, moderemos estos trasportes, y deseemos que todo el mundo sea colmado de bendiciones, y que de todo lo que respira suban votos apresurados á Maria; los ricos la amen en su opulencia, los pobres en su miseria, los padres y madres mas que á su familia, y los hijos mas que á sus padres. Que se le manifieste este tierno afecto por los pensamientos, por las acciones y por las palabras, por la imitacion de sus mas heroicas virtudes, y por la práctica de su culto, y que nada parezca difícil cuando se trata de agradarla. Por lo que á mí toca, Virgen santa, no sé si un sueño lisongero me engaña en este momento; pero me parece que preferiria la

felicidad de encender una centella de este hermoso fuego en un solo corazon, á todo lo que el mundo tiene de mas brillante; me parece que, cuando yo hablo de Vos, mi corazon suscribe á todo lo que mi lengua pronuncia, y que mi lengua espresa muy imperfectamente los sentimientos de mi corazon; á lo menos si no puedo asegurar que vuestro amor habita verdaderamente en él, estoy seguro de aplaudir estas almas escogidas, en medio de las cuales reina con soberano imperio.

Quiera Dios que todos cuantos podemos contribuir á prevenir la decadencia demasiado sensible de su culto; hacer admirar por todas partes, y por todas partes hacer amar á la Madre de las virtudes y de las misericordias, y llegar sobre sus huellas y bajo su proteccion á la mansion de la vida eterna. AMEN.



SERMON

DE

SAN ISIDRO LABRADOR.

Eecce homo agricola iste fuit, quoniam Adam exemplum ejus adolescentia sua ad serviendum Deo viventi.

Hé aquí este hombre de oficio labrador de quien fué ejemplar Adam desde los años de su juventud para conformarse con él en el servicio de Dios vivo.

La Iglesia en el oficio de este día.

Es una cosa bien estraña, que, habiendo sido David el intérprete del Espíritu Santo, quien le inspiró las palabras para explicar los mas profundos misterios de nuestra Religion santa, no haya hablado de los Santos, ni aplaudido sus virtudes, sino con una especie de admiracion, de espanto y de silencio. *Mirabilis Deus in Sanctis suis.* No parece sino que quiso dar á

entender que los Santos son la obra mas admirable del Todopoderoso, los vasallos mas dignos de su imperio, y que solo aquel que los colma de recompensas, es capaz de manifestar sus méritos. Sí, ¡gran Dios! Vos solo sois el digno orador de vuestros siervos, y el que solo podeis hacer el elogio de vuestros Santos. Es verdad que Vos sois admirable en la fábrica de este universo; admirable en la inmensa grandeza de los cielos; admirable en la pasmosa muchedumbre de las estrellas, en el rápido movimiento del sol y de la luna; admirable en los inmensos depósitos de aguas de que formasteis los mares, en la espantable elevacion de sus olas, en sus perennes flujos y reflujos; admirable en la fuerza incontrastable de los vientos; admirable en la actividad esterminadora del fuego, y en una palabra, Vos, Dios mio, sois grande y admirable en la creacion de los cielos y la tierra, y de todos los elementos. Pero aunque esta sea una verdad patente á los ojos de todo el mundo, aparece sin duda incomparablemente mas admirable el Señor en la eleccion eterna de algunas criaturas, á quienes entresaca y segrega de la masa comun de los mor-

tales, para que sean agradables á sus ojos y consigan, llenas de méritos y virtudes, un trono muy señalado en la bienaventuranza.

¿Qué cosa, á la verdad, mas admirable que ver á los Fernandos, Luises y Casimiros sobre el trono, tan humildes, tan dóciles, tan piadosos y caritativos? ¿Qué cosa mas admirable que ver á los Danieles, Josees y Samueles en las cortes de los mayores Príncipes, circundados de una inmensidad de negocios, conservar un espíritu de tranquilidad y retiro interior que podrían envidiar los Arsenios, Pablos y Pacomios? ¿Qué cosa mas admirable, en fin, que ver á un hombre sin literatura practicar la ciencia de los Santos, y llenar de confusion á los sábios del siglo? ¿Un hombre que no contaba entre sus ascendientes héroes famosos, célebres capitanes ni otros personajes ilustres por las armas y las letras; pero que supo vencer los poderosos enemigos de su alma, y conquistar el reino de los cielos? ¿Qué cosa mas admirable que ver á un pobre labrador, que la falta de instruccion sobre el cuidado de mantener su familia con el sudor de su rostro, tiene que tratar muchas veces con hombres semi-salvages, lidiar con las

bestias, mudar de labores, sitios y aperos; aguantar las nieves, aguaceros y tempestades, sufrir los soles, los frios y los vientos; en una palabra, un labrador que tiene que luchar con los cuatro elementos, y llevar todo el dia la mano fija en la esteva y los ojos en la tierra para que ni se desmanden los bueyes ni tuerzan el surco? Verdaderamente que, aunque Dios sea admirable en sus Santos, es incomprendible en S. Isidro, llamado por él á los penosos ejercicios de labrar los campos, y hecho una viva copia de Adán, sometido y obediente á los preceptos del Altísimo.

Celebrad vuestra dicha, ilustre Congregacion y pueblo devoto, en tener á vuestra vista un Santo cuyas virtudes podeis imitar; una vida en que no hallareis las espantosas penitencias de los Anacoretas, los terribles tormentos de los Mártires, ni los sudores y afanes literarios de los santos Doctores. No tendreis ya excusa para no ser santos ni en la falta de vuestros talentos, ni en la debilidad de vuestra salud, ni en que no os hallais con fuerzas para entregar vuestro cuerpo á manos de los verdugos. Isidro os enseña que podeis ser santos co-

mo él, siendo casados, siendo labradores, siendo pobres, cuidando de vuestras casas, cultivando vuestras haciendas; pero siendo devotos, afables, benignos, modestos, misericordiosos y mortificados. Isidro poseyó todas estas virtudes en grado sobresaliente. Él fué pequeño, ó por mejor decir, la misma nada, mirado con los ojos del mundo; pero fué grande, mirado con los ojos de la fé. Este sera el asunto de mi discurso y de vuestra atencion. ¡Señor y Dios eterno, que adornasteis á vuestro siervo Isidro con los dones de vuestro espíritu, concededme por sus méritos que yo hable dignamente de sus virtudes, y conceded tambien á mis oyentes que le tomen por modelo de su vida! Esta gracia os pedimos por la intercesion de vuestra Madre, á quien devotamente saludamos:

AVE MARIA.

Todas las cosas que acá en el mundo nos parecen envidiables; todos los encantos que nos hacen perder de vista los bienes eternos; todos los objetos que seducen el entendimien-

to, que usurpan los respetos del corazon humano, y constituyen el todo de la felicidad mundana, son el resplandor del nacimiento, la estimacion que nos adquieren las ciencias y los talentos; el regalo que se sigue á los deleites, y finalmente la opulencia que acompaña á las grandezas y dignidades. Estos son los ocultos resortes que hacen mover y obrar á los hijos de Adan; á esto aspiran sus proyectos, sus movimientos, sus deseos y sus esperauzas. Un hombre adornado de estas aparentes prendas, es el todo á los ojos del mundo; un hombre que carece de ellas, es nada á la vista de las gentes; y ved aquí yá á S. Isidro para nada á los ojos del mundo. El fué un hombre á quien no condecoraba lo ilustre del nacimiento, á quien no adornaban las ciencias, de quien estaban muy distantes los placeres, y que jamás se vió en la altura de los grandes empleos y dignidades. Asi lo vereis si me escuchais con atencion.

La nobleza de la sangre y la vanidad de las genealogías es el error mas universalmente arraigado entre los hombres: todos saben que es un tronco mismo el origen de todas las familias, y un tronco inficionado, manchado y cor-

cedor de todos los enemigos que nos cercan, y que debe sernos precioso por la unción que derrama sobre nuestros trabajos y amarguras, cuando pensamos que tienen por testigos los ojos infinitamente perspicaces de un Remunerador magnífico. El Dios que distribuye las coronas de justicia, no ha confiado á nadie el cuidado de darle cuenta de mis trabajosos servicios, ni de recoger mis virtuosos suspiros; Él mismo está encargado de este empleo tan lisongero para mis esperanzas; y en esta atención me sigue paso á paso con la luz en la mano, y los ojos invariablemente fijados sobre mí. ¿No es para empeñaros ¡ó mi Dios! lo que el hombre hace ó padece, para agradaros? ¿Hay necesidad que esclame: «Ved mi aflicción y mi trabajo?» Independientemente de sus ruegos, vuestra atención, determinada por la necesidad de vuestra naturaleza misma, ha considerado yá uno y otro. Vos, Señor, habeis visto esta espada de dolor atravesar su alma, sin alterar su paciencia; esta negra calumnia que ha emponzoñado su inocencia, sin irritar su resentimiento; este revés imprevisto que ha trastornado su fortuna, sin desquiciar su confianza. Vos habeis visto este

combate secreto, de que su corazón ha sido el teatro, y en donde su más recia pasión ha cedido bajo de sus esfuerzos ayudados de vuestra gracia omnipotente. Si los enfados, si los temores, si los penosos trabajos, derraman una cruel amargura sobre todos nuestros instantes, es porque no atendemos á que Dios es testigo de ellos; porque no consideramos que estamos en su presencia. Por esta misma negligencia, nos esponemos á perder, si continuamos en ella, la felicidad del término, ó de la gloria, á la cual estamos destinados.

— En esta tierra de aflicción y de pecado, los peligros que amenazan nuestra salud, son más frecuentes, que los obstáculos que se oponen á nuestra felicidad. Pero el pensamiento de un Dios presente disipa las tinieblas, que nos impiden ver el pecado, reprime la pasión que nos arrastra al pecado, y previene el hábito que nos endurecería en el pecado. La atención á la presencia de Dios es la luz que nos hace percibir el pecado bajo las falsas apariencias, que le ocultan á nuestros ojos. Ved la prueba de esta verdad en la diferente conducta que tienen dos hombres, de los cuales el uno ha perdido, digá-

moslo así, á su Dios de vista, y el otro vuelve frecuentemente sus miradas hácia Él. El primero, ocupado todo de las cosas de la tierra, apenas distingue lo que la ley eterna prohíbe, de lo que prescribe, ó autoriza. Dá oídos á todos los rumores; deja correr sus ojos sobre todos los objetos; ofrece indiferentemente su corazón á todas las impresiones; y en esta veloz sucesión de cuidados y de negocios, de diversiones y placeres, es difícil que nada alarme su religion, su probidad y su conciencia. Guiado por la costumbre y por el ejemplo, todo lo que no lleva sobre la frente la señal evidente del crimen, todo lo que no se anuncia como un delito odioso, sin mas examen, le parece legítimo. No percibe nada en su conducta contrario á las maximas comunes recibidas en el mundo, y no viendo nada que choque al comun de los hombres, no le ocurre que Dios pueda ser ofendido. Nó; no es así del hombre atento á la presencia de Dios: sus resoluciones son menos precipitadas, su conducta mucho mas circunspecta. Como trae á la memoria frecuentemente á un Dios, testigo perspicaz y censor severo de todos los pensamientos de su corazón; un Dios que observa

todos sus pasos, pesa todas sus acciones y cuenta todas sus palabras; antes de dar un paso, antes de dejar escapar una sola palabra, examina si habrá en todo esto algo que pueda herir la delicadeza de este Dios celoso. Se detiene para estudiar su voluntad, para leer su deber, y la respuesta no tarda mucho tiempo. Al punto un rayo de luz, salido de la cara augusta del Omnipotente, le enseña el camino que debe seguir. Camina por allá, vuelve, detiéndose, evita este escollo, reconoce esta tentación; es la voz clara y distinta que oye en medio de sí mismo, y por la cual Dios desvía sus pasos de los senderos del vicio, y los aleja del camino de la perdición. «Nó; le dice interiormente este Dios de inocencia y de pureza, no es permitido arriesgar mi gracia en este espectáculo profano, en que la seducción se insinúa por los ojos y los oídos; no es permitido ver sin necesidad esta persona, cerca de la cual te llama una inclinación secreta, y que oculta una verdadera corrupción; no puedes leer este libro peligroso, en donde la impiedad se ostenta con los derechos de la virtud. Nó; dice este Dios de paz y de caridad, no te es permitido entablar

esta relacion imprudente, que, aunque sea dictada por la amistad, puede hacerse un origen de ódio y de discordia, ni aventurar una burla que pueda causar una herida profunda en un corazon sensible, ni revelar una circunstancia odiosa que podrá causar un golpe irreparable á una reputacion vacilante. Nó; le dice este Dios, protector de la justicia y de la equidad, no es permitido celebrar este contrato, en que la usura, aunque habilmente paliada, no deja de percibir, descubrir las ingeniosas invenciones de la codicia; no es permitido interesarse en este comercio, en ese camino de la fortuna, en donde no se encuentra casi jamás el de la rectitud y la justicia. *Instruam te in via hac qua gradieris.*»

Así es como la atencion á la presencia de Dios nos precave del pecado, y tambien reprime la pasion que nos arrastra al pecado. Un hombre penetrado de la fé, y ocupado del pensamiento de un Dios testigo y vengador de todos los delitos, por vehemente que sea la tentacion que le incite, aunque fuese necesario, para vencerla, esponer su honor, su fortuna y su vida, dirá con la virtuosa Susana: «*Es mejor experimen-*

tar la rabia de todas las criaturas, que pecar en la presencia de su Dios y el mio.» ¡Qué! el crimen no se atreveria á mostrarse á un rey justo sentado sobre su trono, y bastaria un pensamiento suyo para disipar todos los pensamientos criminales; y la vista del mas absoluto de todos los señores, del mas temible de todos los monarcas ¿no contendrá la mas violenta pasion, y los mas impetuosos deseos? Nó otra vez; el hombre no es capaz de semejante temeridad, ni lo es, ni lo ha sido nunca. Hé aquí por que la mayor parte de los pueblos idólatras, segun nota san Agustin, ponian Dioses por todas partes, en el cielo y sobre la tierra, en el aire y en el fondo de los mares, en los rios y en las fuentes, en los montes y en los bosques; pero se guardaban bien de colocar ninguno en el corazon del hombre. ¡Dichoso, y mil veces dichoso el cristiano, que no aparta nunca de su corazon el pensamiento de Dios vivo! Que las pasiones mas terribles le asalten y le cerquen; que se halle contra su voluntad en ocasiones peligrosas; todos los lugares del mundo se mudan á sus ojos en otros tantos templos respetables, en santuarios augustos que le imprimen un

santo horror y un religioso enternecimiento. ¡Qué terrible es este lugar, se dice á sí mismo! Dios habita en él con toda su santidad y su gloria; le penetra con sus divinas miradas; está todo entero en cada uno de los puntos del espacio que él encierra. ¡Eh! yo no hacia atención; habia perdido de vista esta importante verdad, y mi débil virtud se hallaba sin defensa. Mas ahora que por la misericordia de Dios el velo ha caido de mis ojos; ahora que la nube se ha disipado, me guardaré bien de mezclar mi voz con la de los impíos que ultrajan la presencia de Dios. Nó; no séguiré sus sentimientos, ni me conformaré á sus ejemplos. De este modo, la atencion habitual á la divina presencia nos sostiene en los pasos mas peligrosos; y cuando por nuestra fragilidad hubiéremos dado alguna caida, nos ofrece un refugio seguro para salir del precipicio, y prevenir el hábito del pecado.

Recordad la caida del príncipe de los Apóstoles y su arrepentimiento inmediato. Víctima de su presuncion y su imprudencia, deshonra á su Maestro por una débil traicion. ¿Está todo perdido para Pedro? ¿Vá á seguir á Judas en su

impenitencia? ¡Ay! no. Si se ha precavido mal contra el crimen, se ha asegurado un recurso contra el endurecimiento por el hábito de volver frecuentemente sus miradas á Jesus. Le busca con sus ojos, le descubre en la multitud; las miradas del Maestro y del discípulo se encuentran. ¡Miradas de Jesus! ¡qué elocuentes fueron ellas! ¡qué penetrantes! Esto es hecho; la victoria es completa; Pedro no es dueño de su dolor; se manifiesta por los gemidos, por los suspiros, por los llantos; sale fuera para dar un libre esfuerzo á sus lágrimas ¡lágrimas amargas que no cesarán de correr, mientras él no cese de vivir! Y el otro Apostol, ocultándose á estas miradas de Jesus, que hubieran podido triunfar de la dureza de su corazon, vá á buscar á lo lejos una espantosa soledad, en que pueda consumir su desesperacion, su crimen y su reprobacion. Así es como el pecador se precipita cada vez mas en la corrupcion y en el abandono, por una consecuencia de su obstinacion y de su perseverancia en alejar de su espíritu la memoria de su Dios; mientras que por un principio contrario, este pensamiento divino cierra en algun modo, bajo los pasos de un hombre

que se ocupa de él, todos los precipicios, ó á lo menos no permite que perezca; y el Espíritu Santo añade que este camino de la vida se hace para el hombre fiel *un camino de salud y perfeccion. Ambula coram me, et esto perfectus.* Esta práctica piadosa le conduce á lo que hay de mas sublime en la religion; á una dependencia entera de la gracia, á una conformidad de sentimientos y de afectos con el Criador, y á una union íntima con Jesucristo. Creo haberos dicho bastante, si quereis ser dichosos en este mundo y en el otro, para empeñaros á pensar en Dios un poco mas de lo que se hace comunmente.

¡Ay! ¡hermanos míos! si en los dias de nuestro destierro sobre la tierra no pensamos en Dios ¿en qué pensaremos? ¿En proyectos ambiciosos, en planes de engrandecimiento, en ideas de elevacion y de ruido entre los hombres? Pero todo pasa con los hombres. ¿Y de qué nos servirá en el último dia la mayor celebridad y la mas gloriosa fama, si hemos tratado á Dios, que estaba entre nosotros, como á un Dios desconocido? ¿Hemos sido criados para servir al mundo y sus concupiscencias, para gozar de

sus encantos, y para pasar con el mundo? ¡Estraña locura! ni aun siquiera puede imaginarse tan estraño desconcierto. No hay objeto digno de ocupar nuestra alma, sino el Dios infinito que la ha criado, y que la ha prometido sus eternas é inefables hermosuras. ¿Por qué no comenzamos con el tiempo lo que será para nosotros el ejercicio de la eternidad? ó mas bien ¿debemos esperar ser admitidos á contemplar la divina esencia, despues de haber hecho acá bajo un estudio de escluirla de nuestra memoria; despues de haber pasado la mayor parte de nuestra vida en huir, como Jonás, la cara del Señor? ¡Ay! no se acordará en el cielo, sino de los que no le hayan olvidado sobre la tierra, y sus justos desdenes castigarán á los ingratos y olvidadizos. Todo nos habla de Dios, todo nos recuerda á Dios, todo nos obliga á pensar en Él: ¿y no pensamos, y no pensaremos nunca? ¿Qué son todas las criaturas, sino imágenes variadas de sus adorables perfecciones, caracteres que le designan, y voces que le anuncian? ¡O Dios eterno! ¡siempre te acuerdas de quien siempre de tí se olvida! ¿Cómo tienes perpetua memoria del que tiene perpetuo olvido? ¡O Dios

mio! ¡qué bien me cuadra el nombre de olvidadizo! pues me olvido del Dios que está conmigo, de los beneficios que me hace, de los preceptos que me pone, de los premios que me promete, de los castigos con que me amenaza, y del juicio que hará, para darme mi merecido. ¡O Padre misericordiosísimo! quitadme olvido tan pernicioso, para que me acuerde siempre de tí, te ame siempre, y te goce en los siglos de los siglos. AMEN.

El Evangelio de San Mateo.

Y es tratado con el Evangelio de San Mateo.

Mat. Cap. VIII. p. 1.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR



LA alianza del misterio que cuenta el evangelio, es tal, que para que se abra a los ojos de un pueblo todavía en la oscuridad de tener que, despues de haber oido hablar de una gloria tan admirable, este mismo pueblo se escandalizara mas y mas de la muerte que el Salvador debia padecer sobre la cruz. Por esta razon dice san Gerónimo, Jesucristo prohibe a sus Apóstoles



SERMON

PARA LA DOMINICA SEGUNDA

DE CUARESMA.



Et transfiguratus est ante eos.

Y se transfiguró delante de ellos.

Mat., Cap. XVII, v. 2.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

LA alteza del misterio que cuenta el evangelio, es tal, que podia hacerle increíble á los ojos de un pueblo todavía carnal. Era de temer que, despues de haber oido hablar de una gloria tan admirable, este mismo pueblo se escandalizara mas y mas de la muerte que el Salvador debia padecer sobre la cruz. «Por esta razon, dice san Gerónimo, Jesucristo prohíbe á sus Apósto-

les decir lo que han visto sobre la montaña, antes de su resurreccion.» Esta prohibicion fué religiosamente observada por los tres discípulos hasta el tiempo señalado: «*Guardaron, dice san Lucas, silencio, y no dijeron á nadie las cosas que babian visto; pero tanto como las conservaron secretas hasta la muerte del Salvador, tanto las publicaron despues de su resurreccion.*» San Juan dice que *vió la gloria del Verbo eterno, como del Hijo único de Dios*; san Pedro se sirve de esta vision para probar la verdad de la religion cristiana. «*Nó; dice este Apostol, no es siguiendo las doctas é ingeniosas fábulas, como hemos hecho conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo, sino por haber sido nosotros mismos espectadores de su magestad; porque recibió de Dios su Padre un testimonio de honor y gloria, cuando de la nube, en que la gloria del Señor se mostraba con tanto resplandor, se oyó esta voz: Hé aquí mi hijo bien amado, en quien he puesto todo mi afecto.*» En fin, los tres evangelistas, san Matéo, san Marcos y san Lucas han referido este hecho puntualmente. ¿Y á qué es esta atencion tan escrupulosa de los escritores sa-

grados? ¡Ah! conocian estos varones inspirados por Dios, cuán apegado está el hombre á sí mismo y á todos los objetos que le rodean sobre la tierra; reconocian cuán difícil es arrancarle á la vida de los sentidos; cuán débiles y flacos son todos los esfuerzos humanos, para levantarle sobre las criaturas, si la gracia de Dios no le ayuda. Sabian estos santos lo poderoso que es el pensamiento del cielo, para desasirnos de la tierra y ocuparnos de nuestra eternidad. Este pensamiento los sostenia en las borrascas de la vida, y estaban persuadidos que haria sobre nosotros la misma impresion. Con esta idea han tomado un cuidado particular de comunicarnos la historia de la transfiguracion, y con este fin debemos hoy estudiarla. Meditémosla atentamente, y consideremos quiénes son los que merecen subir sobre el *Tabor*; cuáles son los lugares en que el Señor gusta hacerse conocer; en qué consiste el misterio de la transfiguracion, para imitarle cuanto nos sea posible; de qué sentimientos fueron animados los Apóstoles, á fin de penetrarnos de ellos. Para esto ¡hermanos míos! estamos, vivimos viajeros en este mundo; no tenemos acá ciu-

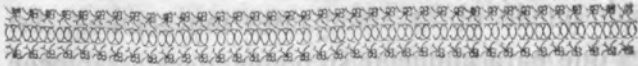
dad permanente, sino que la buscamos en el cielo, de la que Dios es el arquitecto y el fundador. Todo en esta tierra de lágrimas nos debe parecer extranjero; debemos decir á cada objeto que se presente: «No es para tí para quien yo he sido hecho: es extraño en cuanto á mí, y yo soy extraño en cuanto á esto; mi cuerpo solo debe estar sobre la tierra; mi alma, mi corazón, toda mi conversacion debe estar en el cielo; su memoria debe fortificarme en mis penas, en mis angustias, en todos los pasos de mi vida, y en todas las prácticas de virtud, á la cual mis pecados me condenan.» ¡Quiera Dios que este sea el fruto de este discurso! Este es su plan. El misterio de la transfiguracion nos separa de la tierra: primera proposicion; el misterio de la transfiguracion nos eleva y une al cielo: segunda proposicion. Para demostrarlas ambas, pidamos los auxilios de la divina gracia, por la intercesion de nuestra Reina soberana, saludándola:

AVE MARIA.

neis que Isidro, en el mismo mundo vivis, un cuerpo y una alma de la misma especie lograis. Pues si Isidro llegó á ser un todo de virtud á los ojos de la fé, la misma fé nos enseña que todos lo podemos en el Dios que nos conforta, y que ni la tribulacion, ni la angustia, ni la hambre, ni los peligros, ni la muerte, ni la terrible muerte podrán separarnos, si no queremos, de la caridad de Jesucristo. Solo resta el que nosotros eficazmente queramos salvarnos, como lo quisieron los Santos. Y pues vos, ¡oh gran Isidro! lograis en la bienaventuranza eterna la dicha de ver á Dios y gozarle, pedidle, ¡oh dichoso Santo! que aparte nuestro corazon del amor desordenado de todo lo temporal, que fortifique nuestra voluntad en el bien, y nos conceda una preciosa muerte en su presencia. Especialmente suplicad á Dios por los que os ofrecen estos sagrados cultos, que aumente su fé, fortalezca su esperanza, multiplique su caridad, y los colme de bienes en la tierra y despues les dé la gloria. AMEN.

me de bienes en la tierra y después los de la
gloria. Aumentar su caridad y los col-
santos cultos que aumentan su fe fortalezcan
te suplica a Dios por los que os ofrecen estos
preciosos bienes en su presencia. Especialmen-
nuestra voluntad en el bien y nos conceda una
ordenado de todo lo temporal que fortifique
to, que aparte nuestro corazón del amor des-
ver a Dios y cozarle pedillo. En dichoso San-
lotes en la bienaventurada eternidad de
sion los santos. Y pues vos, oh gran Señor,
eficazmente queramos salvarnos, como lo qui-
ridad de Jesucristo. Solo resta el que nosotros
podan separarnos, si no queremos de la ca-
los peligros, ni la muerte, ni la terrible muerte
ni la tribulación, ni la angustia ni la hambre ni
lo podemos en el Dios que nos consuela y que
ojos de la fe, la misma fe nos enseña que todos
Pues si Señor luego a ser un todo de vivir a los
cuerpo y una alma de la misma especie los tra-
ners que Señor, en el mismo mundo vivir, un

AVE MARIA EVA



SERMON

PARA

EL DIA DE SAN PEDRO.



Hæc mutatio dexteræ Excelsi.

Esta mudanza es obra del Escelso.

Ps. LXXVI v. 2.

EL Padre del Altísimo brilla, sin duda, en la armonía y hermosura que hace reinar en el universo; pero se hace todavía mas admirable si se considera que lo ha sacado todo de la nada: sus criaturas las mas escelentes no pueden ni igualarle ni imitarle. Este poder no es menos maravilloso cuando en un momento muda las cosas ya hechas, y prueba á todos los mortales que él solo las ha hecho, pues que él

solo puede obrar semejantes mutaciones. Asi es que para anunciar su poder, para establecer su soberanía, para autorizar su palabra, para publicar sus mandamientos y demostrar su proteccion, Dios ha escogido ordinariamente sujetos viles, débiles y despreciables, sin crédito, sin talentos y sin medios, y ha hecho de ellos hombres extraordinarios para humillar á los grandes y abatir á los poderosos.

¿Quiere el Señor libertar á su pueblo de la esclavitud de Faraon? Escoge á Moisés, salvado de las aguas por milagro, y hecho un simple pastor. ¿Quiere hacer entender á Judá sus amenazas? Le envia á Jeremías, jóven y aun tartamudo. ¿Quiere dar á Israel un Rey que reemplace á Saul? Hace consagrar á Davíd, nacido en los bosques y ocupado en apacentar rebaños. ¿Quiere establecer sobre la tierra una cabeza visible, fundamento inalterable de su Iglesia? Llama y señala para este empleo á Pedro, un pescador, sin estudios, sin conocimientos, sin talentos, que no es notable sino por su timidez y su pusilanimidad. La virtud del Omnipotente se manifiesta sobre lo físico y moral de Pedro; escoge á un plebeyo, y lo hace noble;

escoge á un ignorante, y le hace sábio; escoge á un hombre tímido, y le hace valeroso. *Hæc mutatio dexteræ Excelsi.*

Sí; esta mutacion imprevista é inimitable de Pedro, esta mutacion superior á todas las fuerzas de la naturaleza criada, es una obra del Ser supremo, no se puede negar; es una prueba convincente de la dignidad extraordinaria á la cual S. Pedro ha sido elevado, y de la dignidad de nuestra fé, porque ningun otro que Dios puede obrar una mutacion tan prodigiosa por medios tan inconcebibles, y Dios no puede obrar tales maravillas para estender y establecer la falsedad. En una palabra, la mutacion de Pedro es un prodigio, y este prodigio es una prueba evidente de que su autoridad es sobrenatural, y de la divinidad de la Iglesia católica. Para hacerlo ver, pidamos los ausilios de la gracia por la intercesion de la Reina de los Angeles, saludándola:

AVE MARIA.

La mutacion que Dios ha obrado en la persona de Pedro, transformándole de hombre oscuro en grande y sublime, es un prodigio de la

omnipotencia divina. Yo no hablo aquí de esta grandeza humana tan comun al mérito como al demérito, á la virtud como al vicio. Yo hablo de una grandeza enteramente nueva, á la cual Dios solo podia elevar á este pobre pescador. Para comprenderlo bien, acordaos cuál era el nacimiento y la profesion de Pedro. Nacido en Bethsaida, pequeña aldea de Galilea, hijo de Juan, de un nacimiento bajo y oscuro, era tan pobre, que para vivir, estaba obligado á entregarse al penoso oficio de pescador. Pues á este hombre tan pobre y tan desconocido confia Jesucristo el principado y el mando espiritual de toda la Iglesia, autoridad sublime á la que ninguna otra sobre la tierra puede ser comparada. Porque ¿cuál es la autoridad de mando confiada por Jesucristo á S. Pedro? Es el imperio absoluto sobre el espíritu de los hombres, sobre el espíritu de los mas groseros y de los mas ilustrados.

Jesucristo escoge á Pedro para ser la piedra fundamental de la Iglesia, y le confia el depósito de la fé de todos los siglos. Todos los fieles deben, por consiguiente, someter su ciencia, sus talentos, su razon á la doctrina que Pe-

dro enseña. Asi es que se ven sometérsele no solamente los pobres y los ignorantes, sino los grandes, los monarcas, los mas ilustres filósofos, los hombres mas sábios, los Justinos, los Atnagoras, los Lactancios, los Ciprianos, los Gerónimos y los Agustinos. Todos los subditos de la Iglesia, del un extremo de la tierra al otro, pueblos innumerables. desconocidos, en los cuales las armas de los Césares y Alejandro no habian penetrado, adoptan la enseñanza de Pedro. Los fieles de los diez y ocho siglos que han pasado, no han adquirido el título de fieles sino sometiéndose á la fé predicada por S. Pedro. Es el padre de los pueblos y de las naciones, de los ricos y de los pobres, de los súbditos y de los príncipes. Sublimidad de mando que sobrepuja sin comparacion toda grandeza humana; pero al mismo tiempo autoridad que Pedro no se hubiera atrevido á querer, si no la hubiera recibido de Dios.

¡Príncipes y conquistadores de todas las edades, doblad la cabeza y la rodilla delante de la grandeza de Pedro! Vosotros habeis visto á naciones enteras inclinar la frente bajo vuestro céetro, y rendirse á vuestras armas; pero voso-

tros no habeis podido haceros dueños de sus corazones y de sus voluntades. ¡Sábios y filósofos del mundo, dad tambien testimonio de la grandeza de este Apostol! Vosotros habeis adquirido á vuestros sistemas partidarios que juraron ciegamente fé á vuestros principios. Nuevos filósofos os sucederán, arrancarán el cétro de vuestras manos, y establecerán sus tronos sobre los escombros de vuestras cátedras. Pero este pescador es el solo que haya ejercido un imperio tan vasto, tan estenso, tan universal y tan durable sobre el espíritu y el corazon de los hombres civilizados y de los bárbaros, de los ignorantes y de los sábios, y esto durante el curso de diez y ocho siglos, sin que todo el poder y la sabiduría del universo haya podido detener y apagar el soplo de su sabiduría.

011 Sin embargo, sus leyes eran muy austeras, contrarias á las pasiones é inclinaciones de sus súbditos, y su doctrina contenía muchas veces objetos superiores á la inteligencia humana. ¿Cómo un hombre de una condicion tan oscura hubiera podido establecer, estender y conservar semejante autoridad, si la mano de Dios no le hubiera elevado á esta grandeza? Sí; Dios so-

lo ha podido por su providencia y por una gracia sobrenatural sujetar el espíritu y el corazón de los hombres al gobierno de Pedro, al cétro de un pescador; y todos los pensamientos humanos eran insuficientes para ensalzarle á este punto de elevacion.

Todavía considero yo en la persona de Pedro otra cualidad eminente y que llamo grandeza de sucesion. Diez y ocho siglos se han pasado desde que reina sobre el trono de la Iglesia en la persona de sus sucesores, y su autoridad es respetada y perpetuada en su gloriosa sucesion. ¿No veis á ese peregrino que desde la Judea se encamina y llega á Roma con los pies desnudos, cubierto de polvo, y despliega en su recinto pensamientos que asombran y arrebatan? ¿Sabeis quién es y cuál es el objeto de su mision? Es un pescador que viene á la capital del mundo, al centro del universo, á establecer un gobierno que acabará en el último de los dias. Le vereis atado y espirando sobre un infame cadalso, y sin embargo será el gefe de esta numerosa sucesion de Pontífices que estenderán su cétro y su gloria mucho mas lejos que no lo hicieron sus ejércitos formidables y sus orgullo-

tos Césares. Se acabará la raza de los Nerones, por quien Pedro fué condenado á muerte; se eclipsará la gloria de los otros Emperadores; todo será derribado y sepultado en los abismos; Pedro solo verá pasar delante de su trono las mas antiguas y mas poderosas monarquías. No, no; las puertas del infierno no prevalecerán contra esta Cátedra apoyada sobre el poder de Jesucristo.

Añadid todavía la grandeza temporal de Pedro. Este Apostol debia estender su doctrina, su fé, su jurisdiccion, de Roma á todas las naciones del universo. Era preciso que todos los pueblos, que todos los reinos fuesen aliados del imperio romano; era preciso que Roma fuese la capital del mundo, á fin que la predicacion y la autoridad de Pedro pudiera estenderse por toda la tierra. De este modo todas las conquistas del imperio temporal de Roma eran dirigidas por Dios para preparar las conquistas espirituales de S. Pedro, y estos son los prodigios obrados por la Providencia para elevarle á la cima de la gloria.

¡Cabeza venerable y augusta de la Iglesia! yo honro humildemente vuestra memoria, yo me postro en vuestra presencia con los Reyes

de la tierra. ¿No es esta poderosa Roma, esta Señora soberbia, en donde triunfaron las bárbaras falanges del Septentrion, adonde todos los enemigos de la grandeza romana se precipitaron para enriquecerse con sus despojos, en donde las armas de los conquistadores feroces de la Italia insultaron tantas veces las memorias mas antiguas y las mas respetadas? ¿Dónde están los arcos, las columnas, los templos, los mausoleos, los teatros que se elevaron con tanta magnificencia? Todos han sido destruidos, y no ha quedado de ellos sino ruinas. Vos solo, Apostol bienaventurado, habeis escapado milagrosamente á los insultos de tantos siglos, de tantos bárbaros y de tantos enemigos. Los Príncipes han dejado sus tronos, los Reyes del universo han ido á honraros, y su dicha ha sido poder besar vuestra urna.

No ciertamente; las reliquias de Pedro no hubieran podido obtener y conservar una gloria tan ilustre, si Dios no le hubiera escogido para hacer brillar en él su propia gloria, para dejar al mundo una prueba sensible de la dignidad que le habia confiado, y un testimonio perpétuo de la divinidad de su Iglesia. Pero el po-

der y la sabiduría divina brillan aun en la persona de S. Pedro por la mutacion prodigiosa, extraordinaria y portentosa que obró en este hombre de una fé débil, imperfecta y pusilánime, convirtiéndole en un hombre de una fé firme é intrépida.

Si esta mutacion ha podido hacerse por medios humanos, mostradme otro hombre en quien se haya obrado por estos medios. Los Césares, los Scipiones, los Alejandro recibieron de la naturaleza una alma fuerte, y se puede decir que el valor, la intrepidez y el desprecio de los peligros nacieron con ellos. Pero un hombre como Pedro, que se espone á todas las ignominias, á las prisiones, á los destierros, á una muerte vergonzosa y cruel, durante el curso de treinta y cuatro años, despues de haber mostrado tanta aversion á las cruces, tanta timidez en los peligros, tanta debilidad en la sola vista de los trabajos de otro, un hombre semejante no se halla ni entre los filósofos, ni entre los conquistadores, ni entre los héroes del paganismo. Solo Jesucristo, que era hijo de Dios, pudo obrar mutaciones tan inauditas en la naturaleza del hombre.

Se conoce evidentemente donde S. Pedro ha tomado esta fé viva, generosa é intrépida: ha visto á Jesucristo resucitado; ha hablado y tratado con él despues de su resurreccion; ha sido testigo de su gloriosa ascension; ha recibido el Espíritu Santo que Jesucristo habia prometido enviarle; ha sentido de repente su corazon inundado y su espíritu ilustrado por un don extraordinario y milagroso; no le ha quedado ninguna duda de la verdad de las promesas y predicaciones de su divino Maestro, y comprendió que las ignominias y persecuciones eran los estandartes del nuevo reino. El escándalo de la cruz cesó en él, y fué reemplazado por el deseo de los sufrimientos y de la muerte.

No es menester mas para probar que ningun otro que Dios podia obrar en Pedro una mutacion tan brillante, tan extraordinaria y tan durable, y por otra parte Dios no podia por su gracia invisible, por una influencia tan prodigiosa autorizar su dignidad, su predicacion y su fé, si hubiesen sido una impostura, una usurpacion y un error, y no los dones de Dios por prueba de su mision extraordinaria y de la fé católica que anunciaba.

¡Oh religion cristiana! ¡qué gloriosa sois á los ojos de un hombre racional! ¡Oh fé divina! ¡qué pruebas nos presentais de vuestra inmutable verdad! ¡Oh Iglesia católica! ¡qué nueva seguridad hallais en la grandeza, el valor y la ciencia de Pedro! Este hombre tan prodigioso es el primero de vuestros Pontífices, y todos vuestros Pontífices son sus sucesores.

¡Oh espectáculo maravilloso digno del que nos le ha preparado y propio para los que saben contemplarle! En este momento solemne en que todo anuncia en el mundo una revolucion memorable, me consuela y anima la prediccion divina hecha á la Iglesia: *Et portæ inferi non prevalebunt adversus eam*. Los tronos de la tierra se conmoverán y quizá rodarán en los abismos; el céntro de Roma, cuyas raices están en el cielo, no tiene que temer ser envuelto en la ruina general.

Yo veo á un Gregorio XVI subir sobre su cátedra para perpetuar su doctrina y continuar su sucesion. Yo veo el cumplimiento de la prediccion hecha por Jesucristo al pescador de Galilea. Yo le veo reinar despues de diez y ocho siglos contra todas las astucias y todas las fuer-

zas del abismo, contra toda la prevision del entendimiento humano. ¡Ah! si con todo lo que veo, yo me engaño creyendo que Jesucristo es Dios, que su fé y la Iglesia romana que ha fundado sobre Pedro, son divinas, permitid, Señor, que yo os lo diga: Vos me habeis engañado, porque Jesucristo, la Iglesia romana, la cátedra de S. Pedro ofrecen caracteres distintivos que no pueden ser sino la obra de vuestras manos.

¿Quién será el insensato que pida aun milagros en prueba de la Religion católica, si la promesa de que las puertas del infierno no prevalecerian contra esta piedra es un milagro siempre subsistente? Si nosotros hubieramos estado presentes cuando Jesucristo, este hombre en apariencia vil y despreciable, aseguraba á un pescador que le haria la piedra fundamental de una Iglesia invencible hasta la consumacion de los siglos, ¿qué hubiéramos pensado? ¿No le hubiéramos tenido por un visionario, un fanático y un impostor? Sobre todo, ¿lo hubiéramos creído, viendo á este Profeta y este Pescador, ambos elevados sobre una cruz; á sus Discípulos perseguidos, dispersados en el Uni-

verso, arrastrados en las prisiones, estendidos sobre los potros, quemados, bañados en plomo derretido, espuestos á las bestias feroces, espirando de mil muertes violentas?

Cuando no hubiera otras pruebas de la divinidad de Jesucristo que la mutacion de Pedro de hombre oscuro en hombre brillante, de ignorante en elocuente, de pescador en Apóstol, me bastarian estas para no poder dudar de la autoridad sobrenatural de Pedro, y de la divinidad de la Religion que se fundó sobre él.

¡Oh santa Iglesia romana, mientras que conserve la palabra, la emplearé para celebrarte! ¡Yo te saludo, Madre inmortal de la ciencia y de la santidad! ¡*Salve magna Parens!* ¡Tu eres quien derramas la luz hasta las estremidades de la tierra por todas partes donde las ciegas pasiones no detienen tu influencia, y muchas veces á despecho de ellas! ¡Tu la que hicistes cesar los sacrificios humanos, los usos bárbaros é infames, las preocupaciones funestas, y la noche lúgubre de la ignorancia, y adonde tus enviados no han podido penetrar, falta alguna cosa á la civilizacion del hombre y la sociedad! ¡Los grandes hombres te pertenecen como hi-

jos legítimos : *Magna virus!* ¡Tus doctrinas purifican la ciencia de este veneno de orgullo é independencia que la hace siempre peligrosa y siempre funesta! ¡En medio de todos los trastornos imaginables, Dios ha velado constantemente sobre tí, oh Ciudad eterna!

Leo las páginas mas sangrientas de las calamidades lúgubres de la Iglesia, y al fin de ellas veo la proteccion divina sobre las siete colinas de Roma ; desde la persecucion de Atila, Rey de los Hunnos, hasta la que hace pocos dias ha espirado á los muros de esta ciudad eterna. Este es el misterio de los cielos y la obra del Altísimo. El que no vé la mano de Dios sobre el Sucesor de S. Pedro, es un ciego que no vé la luz en medio del dia.

¡Hermanos míos! permaneced unidos como hasta aquí á esta Cátedra de la verdad por el fondo de vuestras entrañas ; sed de Roma por la doctrina y las costumbres, por el sacrificio de vuestra razon, por el de vuestros sentidos, por el de todas las concupiscencias del mundo. En nombre del cielo, haced estos sacrificios, y contad de seguro con la gloria de Dios en los siglos de los siglos. AMEN.

los legítimos: Mas yo quisiera que los doctores que
 rifican la ciencia de este veneno de orgullo é in-
 gobernancia que la hace siempre peligrosa y
 siempre funesta. En medio de todas las dis-
 tancias imaginables, Dios ha estado constante.

En estas páginas más sangrientas de las ca-
 lamidades, lágrimas de la Iglesia, y al fin de
 ellas con la protección divina sobre las siglas de
 fines de Roma; desde la persecución de Attila el
 Rey de los Hunos) hasta la que ha de pocos días
 ha aspirado á los muros de esta ciudad eterna.

Esto es el misterio de los siglos y la obra de
 Altísimo. El que no ve la mano de Dios sobre
 el sucesor de S. Pedro, es un ciego que no ve
 la luz en medio del día, y el mundo no ve
 los hermanos míos permaneciendo como

hasta aquí á esta Cátedra de la verdad, por
 fondo de vuestras entrañas; sed de Roma por
 la doctrina y las costumbres; por el sacrificio
 de vuestra razón, por el de vuestras escrituras,
 por el de todas las concepciones del mundo.
 En nombre del cielo, haced estos sacrificios, y
 contad de seguro con la gloria de Dios en los
 siglos de los siglos. Amen.

SERMON

predicado en Palencia,

en la traslacion de las reliquias

DE SU GLORIOSO PATRONO SAN ANTOLIN.

*Si quis mihi ministraverit, honorificabit eum Pater meus.
Si alguno me sirviere, le honrará mi Padre.
Joan. cap. XII v. 26.*

GRANDES son las recompensas de la virtud ; y aquel Dios premiador de toda santidad se ha valido en todos tiempos de innumerables medios para atraernos á ella : aquellos consuelos inesplicables de que gustan los justos aun cuando viven en este valle de lágrimas y habitacion de destierro ; aquella paz inalterable del corazon ; aquella tranquilidad imperturbable del espíritu ;

la abundancia de alegrías y consolaciones interiores que el mismo Jesucristo protesta tener reservadas á sus verdaderos siervos, y que llegan estos á experimentar en ocasiones con tal exceso, si me es lícito explicar así, que les obliga á quejarse amorosamente de un cariño tan estremado de su Dios para con ellos, no hacen sino una pequeña parte de su premio. Ha prometido además coronarles de honor y de gloria, vestirles de inmortalidad, eternizar su memoria, llenarles de bendiciones, hacerles brillar á la luz del universo como antorchas resplandecientes, juzgar las naciones, dominar los pueblos, y todo este conjunto de favores le derrama sobre ellos con profusa liberalidad. Por esto decía David que es preciosa á los ojos del Señor la muerte de los Santos : preciosa, no solo porque pone fin á sus trabajos, y los traslada á una felicidad colmada, pura y eterna, sino porque les aumenta su favor, hace mas perfecta su dicha, su mérito mas brillante, su culto mas célebre, haciendo respetar hasta sus huesos, hasta sus podridas cenizas. No lo dudeis ¡amados míos! no lo dudeis : es privilegio de la virtud, y de la virtud sola, inmortalizar sus héroes, y hacer su

memoria respetable á todas las edades. ¡Grandes del mundo, Reyes y Emperadores del universo, Potentados ilustres, Conquistadores afamados, Capitanes aguerridos! si por vuestra desgracia á estos timbres no habeis juntado el mejor, el mas sublime de la virtud, permitidme que os pregunte: ¿Qué es ahora de vuestra gloria y esplendor? ¿Qué es ahora de aquellas adoraciones y rendimientos que exigiais de todo el mundo, y que os tributaban los unos tal vez por temor y los otros por lisonja? Acercaos á esos palacios suntuosos que su ambicion se hizo fabricar de firmes rocas; registrad con cuidado aquellos escudos de mármol ó de bronce, en que nos cifraron su ilustre nacimiento, sus empresas y gloriosas hazañas para pasarlas á las generaciones venideras en los siglos mas remotos, y todo ello no nos merecerá un recuerdo digno de aprecio. Llegaos mas bien á aquellos sepulcros donde se depositaron los despojos de la muerte, y aquellas podridas cenizas, aquellos huesos secos y descarnados os responderán con su silencio: «Todo ha fenecido; todo ha sido sepultado en un eterno olvido; todo ha venido á parar á este puñado de estiercol.....»

Pero vosotros ¡hombres humildes y virtuosos! vosotros muertos al mundo para vivir con solo y para solo Dios; vosotros que antepusisteis la pobreza y abatimiento á las riquezas y opulencia, el desprecio y olvido de todo á la fama y estimacion comun; vosotros que aprendisteis en otra escuela que la del mundo á ser humildes y mansos de corazon, compasivos y misericordiosos para con todos, y solo rigurosos para con vosotros mismos; vosotros que tubisteis hambre y sed de la justicia y padecisteis persecucion por ella; que os desprendisteis con generosidad de todo cuanto poseiais; que aborrecisteis al padre, á la madre, á los hijos, á los hermanos, á todo... para haceros discípulos de Jesucristo; vosotros que perdisteis en esta vida vuestra alma para asegurarla para la eterna, ¿habeis experimentado una igual suerte? La muerte que hizo disipar como una escarcha y desaparecer como sombra la gloria vana de aquellos ¿ha oscurecido la vuestra? ¡Ah héroes de la Religion! vosotros solos sois los que no moris; vosotros sobrevivis con toda verdad á vosotros mismos.

«Se sepultaron en paz los cuerpos de los San-

tos, dice el Eclesiástico, y sus nombres vivirán en todas las generaciones:» elogio que, aunque sea común á muchos, segun que sus nombres están escritos en el libro de la vida, perpetuando en la gloria su memoria, se vé cumplido á la letra respecto de otros muchos en esta vida mortal, manifestándonos asi el Señor, que si siempre es admirable en sus Santos cuando viven, no deja de serlo cuando han muerto; que si aquellos cuando vivos nos alentaron en la virtud, reprendiendo nuestra cobardía, confundiendo nuestra tibieza con el resplandor de sus obras; cuando muertos no nos escitan menos á la santidad, viendo tan veneradas sus reliquias, y tan honrados sus huesos: digno premio de la virtud, declarado por el mismo Jesucristo: *El que me sirviere será honrado de mi Padre.*

A la vista tenemos ¡amados míos! á la vista tenemos uno de los mas célebres testimonios de esta verdad. Aquellos huesos que registran vuestros ojos; aquellas preciosas reliquias del invicto Mártir de Apamia S. Antolin, nuestro glorioso patrono; tesoro inestimable con que el Señor nos ha enriquecido; don precioso de cuya posesion se gloria tan justamente esta ciu-

dad, á quien debe su reedificación, como este templo su magnificencia; aquellos huesos que son hoy el objeto de esta solemnidad, y de estos cultos que le tributa la devoción, se vén sublimados al honor de anunciar por sí mismos las maravillas de Dios y sus infinitas perfecciones. ¡Profeta santo! no preguntéis yá que si habrá alguno que desde el sepulcro publique las misericordias de Dios; que haga conocer sus maravillas en el lugar de las tinieblas, y su justicia en el reino del olvido! Venid, venid conmigo á esta cueva en que se ocultaron algún tiempo las reliquias de un justo, de cuya oscuridad han salido los mayores rayos de luz con que han brillado la virtud y gloria de Dios; yo señalaré unos huesos venerables, que, aunque al parecer áridos y secos, les considero llenos de una semilla de vida capaz de animarnos á la virtud y atraernos las misericordias de Dios que les engrandece, publicando así su gloria y su poder; en ellos veo cumplido aquel oráculo de Isaías: *Mis huesos dirán ¡Señor! ¿quién hay como tu?*

Me persuado que os he descubierto yá la idea de este discurso, y que conoceis muy bien

que voy á hablaros de lo admirable que se ha manifestado el Señor con los huesos ó reliquias de Antolin, para premiar anticipadamente en ellas su virtud heróica, y presentar á nuestros ojos un testimonio bien sensible, que nos exhorte y aliente á practicarla; admirable, para procurarlas un dilatado culto; y admirable en el modo de procurarle. ¡Pluguiera al cielo que aquellos huesos, por cuyo medio se han obrado tantos prodigios, animáran en este dia, que puedo llamar de su triunfo, la debilidad de mis palabras, y las llenáran de una uncion santa! Yo me lisongo en veros alabar y engrandecer al Autor de toda santidad, dándole el honor y la gloria que se le debe por la liberalidad en premiar las virtudes de Antolin aun en sus reliquias. Valgámonos, para conseguirlo, de la poderosa intercesion de Maria, Señora nuestra, á quien saludamos con devocion:

AVE MARIA.

Son muy débiles las fuerzas de los hombres cuando se oponen á las ideas de Dios; y aquellas diligencias de que se valen frecuentemente

para frustrar sus designios, sirven no pocas veces para hacerlas mas eficaces, contribuyendo asi á la manifestacion de su gloria y de su poder. Dios es fidelísimo en sus promesas; y aunque sea á costa de invertir todo el órden de la naturaleza, suspender todos sus efectos, mudar todas sus leyes, ha de cumplirlas con toda exactitud, mayormente cuando se ordenan á la recompensa de la virtud y premio de los servicios que se le hacen. Notad, si quereis, aunque de paso, esta providencia de Dios desde el principio del mundo, porque no encontrareis otra cosa que se dé mas bien á conocer. Tratan los hermanos de José de venderle á unos estrangeros, envidiosos del tierno y preferente amor que su padre Jacob le profesaba; es tenido y calumniado al lado de Pharaon como criminal, siendo inocente; pero esto sirve para su mayor gloria, haciéndole pasar de la carcel al trono, y tributarle iguales honores que á su Rey. Persiguen los Egipcios al pueblo de Dios, que sale del cautiverio para la tierra de promision; se lisongean de su total destruccion, viéndoles estrechados por una parte de un ejército feroz y numeroso que les dá alcance, y por otra de un

mar inmenso que les imposibilita sus marchas, se alegran considerándoles víctimas inevitables de su furor; se glorian yá de sus despojos; pero el mar, que, dividiéndose en dos enormes masas, abre paso seguro á los Israelitas, sirve de horroroso sepulcro á Pharaon y á sus soldados. Se intenta hacer perecer á Daniel al rigor del hambre y de las fieras; mas Dios, para manifestar su inocencia y premiar su virtud, le provee maravillosamente de alimento, y amansa con no menor prodigio la fiereza de los leones. Pero ¿para qué me canso en buscar ejemplos de tan lejos? Es perseguida la virtud de Antolin por Galacio su consanguíneo; una cárcel inmunda y tenebrosa está destinada para su anticipado sepulcro, acelerándole allí la muerte la falta de todo alimento; pero en ella es de Dios visitado, consolado y sostenido, y despues de haber hecho á su tio testigo de esta maravilla, le hace tambien de la de su libertad. ¿Y pensais acaso que estos prodigiosos rasgos de la Providencia de Dios para con sus siervos se finalizan con su muerte? No, amados míos, no; se continuan despues de ella, se aumentan, se hacen mas visibles, mas portentosos con

sus reliquias, con sus huesos, con los andrajos de sus vestidos. Sí ¡Dios mio! sí, así lo haceis. ¡Bendito sea mil veces vuestro poder maravilloso! ¡Bendita vuestra bondad para siempre! Al estado de los justos después de la muerte tenéis por más á propósito para honrarles ; ya no pueden los honores que se le rinden, producir una ambición y gloria vana ; alentáis y reanimáis sus despojos con una nueva vida, con que perpetuáis su memoria entre los hombres. Bien puede la crueldad hacer pedazos sus cuerpos, ocultarles á los ojos del mundo, llevarles á los campos y despoblados para que sacien el hambre de las fieras y de las aves ; reducirles á ceniza que lleve el viento ; arrojarles en las aguas para que su torrente impetuoso les sumerja, y sean eternamente ignorados ; que Dios, que ha prometido vivirán perpetuamente, honrándoles así por los servicios que le hicieron, cuidará de avivar la diligencia de otros siervos que recogerán las más menudas piezas de sus cuerpos, buscándolas á todo riesgo ; las guardarán con cuidado para renovar y fortalecer á su presencia su fé y aumentar su caridad ; y se tendrán por dichosos de haber hallado el más despreciable

pedazo de sus vestidos. Dios mandará que las mismas fieras, á cuya voracidad habian de servir de pasto, se hagan sus vigilantes guardias. Hará que sus cenizas aparezcan en globos de luz, y que columnas de resplandor les manifiesten donde se hallen sumergidos, estrayéndoles de allí á fuerza de maravillas.

¿Quién no diria ¡amados míos! quién no diria, si hubiera de hablar segun la prudencia de la carne, que aquel fatal y fiero golpe que separa con la cabeza de Antolin el hombro y brazo derecho de lo restante del cuerpo; golpe con que se consumó su martirio, dando á Jesucristo el mas claro testimonio de su viva fé, de su caridad fervorosa, firmado y sellado con su sangre; quién no diria que le habia de haber sepultado en un eterno olvido, borrándole para siempre de la memoria de los hombres? ¿Quién no tendria ya de ello una total seguridad, cuando se vén los pedazos de su cuerpo flotar sobre las aguas del Aregia, adonde les arrojó la crueldad, esperando se precipitasen tras de sus corrientes, como buscando un lugar desconocido y de nadie imaginado? Pero ¿conseguiste tus intentos ¡infeliz astucia! realizaste tus esperan-

zas? ¡Ah! ¡tu contribuiste de un modo no pensado á su triunfo; tu dilataste su gloria; tu hiciste que se empezasen á publicar sus maravillosos hechos, y que se tributasen á unos huesos exánimes religiosos cultos, procurando todos á porfía la dicha de poseerles y venerarles...!

No es la primera vez que Dios habia ocupado sus Angeles en el cuidado de sus siervos; pero á la virtud de Antolin parecia convenirle este obsequio inestimable. Sí; estos espíritus celestiales que asisten ante el trono de Dios, prontos ejecutores de sus mandatos, le libran de las corrientes, y ponen en salvo sus preciosas reliquias, prueba nada equívoca del respeto que se merecen y del honor que Dios quiere se les tribute para su mayor gloria. Yo pudiera aquí, á vista de este solo hecho, llamar á esos espíritus de irreligion, padres del error, patronos de la mentira, favorecedores de la impiedad, títulos que les convienen mucho mejor que el de reformadores del culto, que tienen el atrevimiento de arrogarse sacrílega y temerariamente; yo les llamaria, si pudiera hacerles comparecer á mi presencia, y lleno de un celo por la gloria de Dios que tanto resplandece en

la veneracion de sus Santos y de sus reliquias, les diria: «¡Insensatos! ¿no cesais ya de calumniar á los cristianos? ¿No enmudecereis? ¿Os atrevereis aun á llamar sacrílego el culto con que les honramos, impuros los honores que les rendimos, y que llenan de impureza los labios con que se les tributamos.....? Sus huesos, aquellos huesos que merecen el cuidado y la atencion de Dios ¿no merecerán nuestro respeto? El cuerpo de Antolin ya sin alma; una parte suya merece el obsequio de los Angeles, ¿y no merecerá nuestros rendimientos? Dios nos hace conocer en él su poder y su adorable Providencia, ¿y nosotros no alabaremos en él su gloria? Mas yo les deixo ¡amados míos! porque esos monstruos de impiedad no merecen sino nuestros desprecios; ya queda bastantemente confundida su arrogancia, como fortalecida nuestra piedad, con los documentos que nos han dado, y de que se han valido para rebatirles los Ambrosios, los Gregorios, los Basilio, los Agustinos, los Damascenos y Crisóstomos, y aun antes y mas que todos S. Gerónimo, á quien sobre esta materia podemos llamar el Padre de nuestros dias, quien les refuta á todos en nom-

bre de Vigiliacio, llamándoles *desdichados*, *dignos solo de las lágrimas de los cristianos*.

O Vosotros ¡amados míos! sois mucho mas sábios que ellos; vosotros haceis un obsequio á Dios, dais honor á la religion y á la virtud misma, cuando os postrais ante las reliquias de los Santos; yo os oigo con la mayor complacencia llamaros dichosos, y que no podeis contener las demostraciones de júbilo, cuando os considerais tan favorecidos del Señor con la posesion de los huesos de Antolin. ¡Oh! ¡y qué justamente! Sabed que por ello sois envidiados de los demas pueblos. ¡Qué no hubieran dado otras iglesias por tener una parte aunque pequeña, de estos huesos! Díganlo los monumentos que conserva esta, y en que consta haberlo importunamente solicitado, y que no habiéndolo conseguido, se han contentado con honrarse solo con la invocacion gloriosa de su nombre. Mas parece que me olvido de mi principal intento; yo debo continuar haciéndoos notar las maravillas de Dios hechas en premio de las virtudes insignes de Antolin, y promoviendo el culto de sus reliquias.

Y para ello ponderen en hora buena otros

paises los prodigios obrados por la Omnipotencia de Dios y por la intercesion de su siervo ; hagan mérito con razon del feliz descubrimiento de su cuerpo ya sepultado ; no omitan las revelaciones y apariciones que precedieron y movieron á los cristianos para hacer de él las traslaciones mas solemnes ; refieran llenos de gozo los milagros que en ellas sucedieron en tantos enfermos de diversas enfermedades que volvieron sanos ; en tantos poseidos del demonio que quedaban libres ; en tantos ciegos que recibian la vista ; y en tantos miserables que eran socorridos : nosotros podemos añadir mas ilustres testimonios. ¡Palencia! ciudad dichosa, mas ilustre con los huesos de Antolin, que con toda la gloria que te han adquirido los talentos, nobleza y valor de tus habitantes ; ¡Palencia! tan favorecida del cielo con las reliquias de Antolin, por cuyos singulares méritos has experimentado tantas veces las misericordias del Señor ; ¡Palencia! que publicas llena de un alborozado gozo deber á aquellos huesos tu existencia ; ¡Palencia! sí ; tu puedes gloriarte hoy de llamarte y ser con toda verdad la ciudad de Antolin, destinada por Dios para obrar por él sus

maravillas ; lugar elegido para su culto ; el pueblo, el único pueblo donde tienen sus reliquias, á mayor honra y gloria de Dios, su altar, su templo y sus adoradores. ¡Oh! ¡y quién pudiera, Dios mio, alabarte tan dignamente como mereces! ¡Quién pudiera adorarte segun tu grandeza, y segun las bondades que nos comunicas con los huesos de tu siervo!

Gloríese felizmente Apamia de que dió el ser á Antolin ; Palencia se gloriará altamente que de Antolin le ha recibido. Honre Apamia á Antolin como su hijo ; Palencia le mirará y venerará siempre como Padre. Muestre Apamia el lugar de su martirio y la tierra regada con su sangre ; Palencia mostrará todavía pedazos de su cuerpo, de aquel cuerpo en que Cristo fué engrandecido y glorificado. Diga Apamia que pertenece á Antolin por derecho de la sangre ; Palencia dirá ser suya por eleccion, y conquista de sus méritos. Publique, finalmente, Apamia para su gloria el estupendo prodigio de que fué testigo en las corrientes del Aregia, prodigio con que Dios manifestó cuán dignas eran de veneracion las reliquias de su Mártir ; Palencia publicará otros muchos obra-

dos en esa cueva, con que Dios ha reparado, continuado y aun extendido su culto. ¡Oh! si las circunstancias fatales de los tiempos..... si la Providencia de Dios no nos hubiera ocultado... Pero ¿dónde voy? ¿Quién soy yo para entrar en los designios de Dios? Su providencia siempre adorable se ha manifestado en la traslacion de los huesos de Antolin á esta santa iglesia tanto mas admirable, quanto mas misteriosa; pero en ella se nos presentan los testimonios mas irrefragables del honor que ha dado á su siervo, y del que quiere que le tributemos para su mayor gloria, favoreciéndonos entre todos, eligiendo á este pueblo para darle adoracion. Un dedo solo de este invicto Mártir llega á Sariñena en la colonia de Aragon, y se manifiesta entre prodigios. ¿Quién sabe los medios maravillosos de que la eterna sabiduria se valdria para que el hombro y brazo derecho fuesen aquí venerados? ¿Qué importa, pues, que se nos haya ocultado el modo de su traslacion, si nos ha hecho ciertos de su existencia? Dejemos que los historiadores, celosos unos de publicar las glorias de esta ciudad; otros de aumentar la veneracion de su glorioso patrono; y otros de apurar

demasiado la verdad, sacando luz de entre las tinieblas, fiados de conjeturas, ajusten los tiempos, refieran las circunstancias, designen el modo de haber sido enriquecidos con tan precioso tesoro; mientras que nosotros agradecidos alabamos la providencia de Dios, y apoyados en la posesion en que estamos, en la antiqúisima tradicion de esta iglesia, en la aprobacion de todos los Obispos de ella, en el consentimiento de los demas, en la confesion de los Reyes, en la relacion del martirologio romano, en la autoridad de la Santa Sede, que ha establecido la fiesta de la traslacion de estas reliquias de Antolin, aprobando para estender mas y mas su culto, y concediendo gracias á esta cofradia que se le tributa, nos gloriamos con tan sobrada razon de tener la dicha de verlas y venerarlas. Y si algun crítico escrupuloso ó envidioso de nuestras glorias no se aquieta aun, podemos añadir testimonios nada sospechosos, los que omitiria gustosamente sino contribyeseñ tanto al honor de nuestro Mártir. Di tu, Pedro, santo Obispo de Osma, decláranos, si lo permite tu admiracion, decláranos lo que te sucedió en esa cueva aquella noche en que

apartado de los negocios seculares, te encerraste en ese subterráneo para dedicarla enteramente á tu Dios: creeremos tus palabras por mas que otros las interpreten, porque no dudamos que el Señor quiso por tí asegurarnos de que poseíamos las reliquias de Antolin, mártir de Apamia. ¿No es verdad que deseando saber y que no se dudase nunca con razonable fundamento si ahí se ocultaban y veneraban, te lo dió Dios á conocer con señales nada equívocas, como se lo habias humildemente suplicado? No es verdad que aquella lámpara que ahí habia, y que viste apagar poco antes, vuelve de repente á lucir, sin que nadie la encendiese? ¿Qué prueba mas clara quereis de esta verdad? ¿Qué testimonio mas firme para asegurar nuestra creencia? Pues aun hay mas para gloria de Antolin, para admiracion de todos y para monumento eterno que acredite la liberalidad de Dios en recompensar las virtudes de su siervo, y que manifieste cuanta sea la gloria de su alma, reinando en los cielos, cuando es tanta la que dá Dios á sus cenizas en la tierra.

— Tiempos hubo ¡desgraciados tiempos! en que la irrupcion de los Arabes, que, como un

torrente, inundaron nuestra provincia, asoló nuestros pueblos, y la antigua Palencia quedó tambien sepultada bajo de sus funestas ruinas. Los huesos de Antolin, que, segun razonables conjeturas, habian sido trasladados á ella poco antes, y se veneraban con devocion, se quedan sin adoradores, oscurecidos y casi olvidados en esa gruta, bien sea vestigio de la antigua iglesia, bien capilla contigua á ella. Todas las circunstancias parecen á propósito para que perezca su memoria, se desminuya su culto, y por último se acabe. Pero Dios ha hecho á la veneracion de los Santos superior á las revoluciones de los tiempos y alteracion de los estados; es premio de su virtud, y no se ha de quedar sin recompensa; ninguna cosa se resiste á su poder, y se manifiesta mas si se le oponen mas fuerzas; conserva, pues, las reliquias de Antolin por tanto tiempo; y repite nuevas maravillas para hacer su culto mas célebre y mas ilustre. Todos sabeis el suceso del Rey D. Sancho el Mayor y primero de Castilla; suceso á quien esa cueva, este templo, la ciudad toda publicarán perpetuamente. Suscitó Dios la religiosa piedad de este príncipe, quien á las demas glorias

que eternizarán su nombre en la historia, añadió la de inmortalizar la de Antolin, reedificándole el templo, este templo, que es la admiración de todos por su magnificencia, y con él esta ciudad para darle adoradores. Pero ¿y de qué medios se valió Dios para esta empresa? Oídlo y no lo olvideis jamás: le conduce á esta cueva para manifestarle sus designios, sin que lo pensase. Su afición á la caza y el deseo de hacer morir á una fiera que seguía, le hacen penetrar en lo interior de ella; quiere ejecutar el golpe; pero ¡oh Dios! sin saber como, queda el brazo sin movimiento. Una lámpara que lucía, ó mas bien una ilustración del cielo hace que, fijando los ojos en la imagen de Antolin, reconozca el atentado de haber querido profanar aquel lugar dedicado á su honor.; se prostra, se humilla, pide á Dios por la intercesión del Santo su curación; le dice, puesto en el suelo como otro Saulo: «¿Qué quereis que haga, Señor? Yo os prometo reedificar este templo con que manifestaré mi agradecimiento, si lo teneis á bien.» Y la sanidad perfecta é instantáneamente recuperada le confirma que esta es su voluntad, y que le es muy agradable la

oferta. Con efecto, se reedifican el templo y la ciudad; y desde esta época ¿quién podrá explicar bastante cuánto se ha aumentado la veneracion de Antolin? Aquellas preciosas reliquias ponen en movimiento á los pueblos circunvecinos, que se tienen por dichosos de haberlas visto con sus ojos, besado con sus labios, y adorado con su corazon; y que llenos de un gozo que conciben dentro de sí mismos, y que no aciertan á explicar, exclaman: «¡Ya hemos visto, ya hemos adorado las reliquias de Antolin.....!» Desde entonces su culto jamás se ha interrumpido, antes se ha dilatado desde la una hasta la otra estremidad del orbe cristiano. Se han edificado muchos templos bajo la invocacion de su nombre; se han erigido altares para respetar su memoria por toda la España y sus Indias, por Francia, por Italia, y en todas partes es implorada, como poderosa, la intercesion de Antolin.

¶ Pero ¿qué mucho, si hemos observado la especial providencia de Dios en cuidar de sus huesos, premiando admirablemente hasta en ellos su virtud? Continua aun obrando por ellos las mayores maravillas; con ellos se vén aquí

renovados los prodigios de los huesos de Eliseo, los de la sombra y prisiones del Príncipe de los Apóstoles, de las reliquias de Estevan y de otros mártires. En presencia de las reliquias de Antolin la muerte huye forzada de aquel cuerpo, á quien habia hecho su triste víctima en un concurso numeroso que celebraba sus glorias; con la invocacion sola de su nombre, se apagan las llamas que reducen luego á cenizas los edificios mas firmes: con el favor de su intercesion, las enfermedades mas contagiosas desaparecen; todo género de necesidades se remedia. Sí ¡Antolin glorioso! tu nos fuiste dado graciosamente por Dios para que, como otro Moisés, nos librases de fuerza de prodigios de todos los peligros que nos rodean, de todos los males que nos cercan en el desierto de este mundo; para que tuviesemos en tí un asilo seguro en todas nuestras desgracias. No lo podemos dudar, pues tan claramente nos ha puesto bajo vuestro patrocinio, declarándonos el poder y valimiento de tus ruegos. ¡Ojala que mirase yo en este tu pueblo aquella sinceridad y buena fé, aquel candor y simplicidad que les distinguia y caracterizaba otras veces! ¡Ojala viese

yo ante tus reliquias aquellos verdaderamente devotos, que, desecho su corazon en lágrimas, arrepentidos de sus delitos, á quienes se atribuyen las calamidades que se padecen, pedian humildemente el remedio, prometiendo de su parte la reforma de sus costumbres! ¡Ojala que todos aquellos que se presentan y que vienen á admirar el resplandor de tus virtudes, estuviesen convencidos de que su admiracion será vana, y su culto para ellos inutil, si no procuran imitarlas! ¿Y no lo creemos asi? ¡Oh Dios verdaderamente paciente! ¿cómo toleras tanta profanacion? ¿Cómo nos persuadiremos que es verdadera la devocion de aquella muger que parece busca en este lugar mas su propia gloria que la vuestra; que os viene á quitar las adoraciones, á profanar el Santuario, colocándose en medio de él como un ídolo que intenta se le doble la rodilla y se le rinda el corazon? ¿Cómo diremos es verdadera la devocion de aquella, que en vez de huir de las lisonjas del mundo, de despreciar sus vanidades, de aborrecer sus malditos usos y dañosas costumbres, como que tienen una total oposicion á la virtud, y se nos mandan renunciar antes de admitirnos al cris-

tianismo, tiene tan unido y pegado á él su corazón, que no respira mas que mundo, no habla mas que de mundo, no piensa mas que en el mundo, que pasa los términos de la honestidad y llega á la raya de la desenvoltura, y que no manifiesta en su exterior, sino concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida? Cómo diremos que son verdaderos devotos de Antolin los que dividen su corazón entre Dios y el mundo, entre los oficios de piedad y los horrores del vicio, los que, acordándose alguna vez de que el Señor nos ha dado en Antolin un protector glorioso, dedican algun tiempo en merecer su valimiento, pero consumen lo restante en los infames y torpes deleites de una pasión vergonzosa, en los excesos de la gula, de la incontinencia, y en todo lo demas á que les arrastran las inclinaciones mas viciadas? ¿Cómo sera buena la devoción de aquellos que se llegan á alabaros y bendeciros por la gloria de que haceis partícipe á vuestro siervo y esclarecido mártir, si aquella lengua con que dicen vuestras alabanzas ¡oh Dios mio! está tan impura y abominable con tanta blasfemia que han vomitado contra vuestro sacrosanto

nombre, con tantas maldiciones execrables, y murmuraciones ofensivas á la fama de su prójimo; con tantas palabras oscenas y escandalosas que á cada paso pronuncian? ¡Oh Dios! ¿y no es asi una no pequeña parte de los que se llaman devotos? ¿Qué alcanzarán estos por los ruegos de Antolin? Pero ¿cómo Antolin ha de presentar los ruegos de estos? No ¡amados míos! no; estos no esperen la proteccion de Antolin; no esperen que sus males se acaben; teman, sí, se cumplan en ellos aquellas terribles amenazas que Dios fulmina contra los malvados en la vida presente y en la advenidera; que perezca su memoria para siempre; que si alguno se acuerda de ellos, sea para bendecir al Señor que los ha quitado del mundo; que su familia no disfrute prosperidad alguna; que su luz se apague; que sus esperanzas queden frustradas; que el báculo de su cruel dominacion se haga pedazos, y que sus nombres queden sepultados con sus infames cadáveres en un eterno olvido. Este es el castigo de la maldad, contrario en un todo al premio y recompensa que habeis oido promete Dios á la virtud, y que verifica en su siervo: *El que me sirviere, será honrado de mi Padre.*

Nosotros ¡amados míos! nosotros, que nos felicitamos de ser el pueblo de Antolin, honrémosle, y en él á Dios, corriendo siempre tras de el buen olor de sus virtudes. Tomemos por regla para merecer su intercesion, aquella oracion que hacia el Crisóstomo, cuando oraba sobre el sepulcro de los Mártires, con cuyas palabras concluyo: «Cuando hago oracion, dice, delante del sepulcro de algun Santo, me parece que le tengo presente, y que me enseña el camino que siguió para ir al cielo; me parece que sale de sus sagradas reliquias una fragancia de vida que me deja embalsamado. Sus virtudes, sus sufrimientos, sus mortificaciones, los deleites que aborrecia, y las penalidades que amaba, se ponen al frente de mi vista. Aunque está difunto, creo que le veo y oigo decir: «¿No puedes tu hacer lo que yo he hecho? ¿No puedes por los mismos caminos llegar al mismo término? Yo he llorado; tu tienes ojos: yo he hecho penitencia en una carne delicada; tu tienes un cuerpo mas robusto. Yo he querido mejor privarme de los placeres, que abandonar á Dios; perdonar á mis enemigos que tomar venganza de ellos, luchar contra mis pasiones, que ren-

dirlas obediencia ; separarme de las malas compañías, que participar de sus desórdenes ; disgustar á las criaturas, que adquirir la indignacion del Criador ; corresponder fielmente á las gracias que recibo, que portarme con indigna ingratitud. Todo esto ¿es superior á tus fuerzas? Pues en ello consiste tu salvacion, si lo cumples ; ó tu condenacion, si no lo hicieses.» Hasta aquí el Crisóstomo. No olvideis tan importante leccion.

Entremos en el número de los verdaderos devotos de Antolin, y acreditemos la verdad de nuestra devocion con la imitacion de sus virtudes. De su cargo queda presentar al Señor nuestras súplicas y fervorosos votos ; asi como creemos piadosamente ha presentado los suspiros, los clamores y las lágrimas con que hemos regado este su templo en la presente calamidad, librándonos misericordiosamente de tantos males y miserias que han padecido á nuestra vista millares de nuestros hermanos. ¡Continuad, glorioso Patrono, vuestra intercesion, perpetuándola hasta ser introducidos y participantes de los eternos gozos que os hacen dichoso sin fin en la bienaventuranza de los justos! AMEN.



PANEGÍRICO DE LA VIRGEN.

Quinimms beati, qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud
Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan.
Luc. cap. XI v. 28.

DEBE maravillarnos el que los Evangelistas, que son otros tantos órganos del Espíritu Santo, no se hayan estendido mucho sobre las gracias y prerrogativas de Maria. Pero ¿qué mas podian decir? ¿Qué título mas augusto, que cualidad mas eminente podian darla? ¿Y que les quedaba que añadir despues de haber dicho, que es aquella de quien nació Jesus, el Hombredios, el Salvador de todos los hombres? ¿Pue-

de darse una dignidad mas eminente que esta? ¿Qué criatura, pues, merece mas veneracion? Esposa de aquel espíritu de caridad que obró en su seno el grande prodigio del amor divino ¿qué corazon puede ser mas tierno y mas lleno de bondad que el de Maria? ¿Quién merece mejor fijar nuestra confianza? Añadamos que Maria fué el digno objeto de la complacencia de un Dios, que derramó sobre ella las mas dulces expresiones; que la prodigó las gracias mas abundantes; gracias que Maria hizo fructificar sin dilacion, cooperando la mas pronta, la mas fiel y la mas constante. ¡ Con qué virtudes fué adornada! ¿Y qué objeto mas digno de proponerse á nuestra imitacion? Pero no es esto todo. Esto es conocer lo que hizo Dios por ella; pero no es saber lo que ella hizo por Dios. Todos están informados de sus glorias y de sus prerrogativas; casi ninguno tiene noticia de las prendas y virtudes de su alma. ¿Y no podriamos decir que nada se ignora tanto en Maria como Maria misma? Ni la razon, ni la fé, ni el mundo, ni el Evangelio nos ofrecen cosa tan sublime como una alma de tanta constancia y de tanta intrepidez, que ni se desvanece con la prospere-

ridad, ni tampoco desfallece en la fuerza del infortunio. El último esfuerzo de la virtud heroica, es aquella virtud que ni se rinde al peso de las honras, ni al peso de las calamidades. El saber ser feliz es el espectáculo maravilloso que hoy nos ofrece Maria. Nunca se vió tal cúmulo de honras, ni tal tropel de desgracias; pero en entrambos estados de Maria admiraremos una virtud superior á sus glorias, y un valor y una constancia superior á sus desgracias. En una palabra: admiraremos una alma superior á la mas sublime grandeza, y un alma superior á los mas deplorables infortunios.

— ¡Espíritu divino! infundidme pensamientos y espresiones dignas de vuestra Esposa: su gloria lo es vuestra; sus virtudes son dones vuestros; haced, pues, que este discurso llene y penetre á mis oyentes del profundo respeto, de la ardiente devocion, del religioso culto que deben á la Madre del Dios humanado, Salvador y Redentor suyo; y para alcanzar esta gracia, acudamos á la misma Señora, saludándola con el Angel:

AVE MARIA.

Deber las propias honras y la propia gloria á su propia virtud; anteponer sus honras y su gloria á su virtud; valerse de sus honras y de su gloria para aumento y perfeccion de su virtud ¿quién por estas señas no reconocerá una alma superior á su propia grandeza? ¿Y quién no reconocerá á Maria? Este carácter la conviene tan peculiarmente y con tal propiedad, que es imposible engañarse en esto. Avivemos la atencion para entenderle y esplicarle.

Primer rasgo que caracteriza á Maria: deber las propias honras y la propia gloria á su propia virtud. No nos engañemos: la maternidad divina no es como aquellas dignidades seculares, con que la razon y la equidad piden que sean premiados los servicios de los hombres, ó que sirven para que luzcan ó sean útiles los talentos humanos; ó que la negociacion, el fraude, la astucia, la calumnia, la ambicion atrevida y el vil interés usurpan todos los dias á la virtud, haciéndolas el aliciente y muchas veces la recompensa del vicio. No es como aquellas dignidades que no se consiguen ordinariamente sino por aquellos mismos medios con que el hombre debia estar mas distante de

alcanzarlas; cuyo logro le impiden las grandes prendas; que tan pocas veces las vemos conseguidas por sujetos capaces de desempeñarlas; que siempre dejan lugar de preguntar, si el que las obtiene es digno de ellas, y lugar de temer que no lo sea. No es tampoco la maternidad divina ninguno de aquellos juegos de la Providencia, que, para confundir la prudencia de los hijos del siglo, manda salir de repente al teatro del mundo unos personajes que nada menos esperaban ellos mismos, que representar el mas ínfimo papel, y á los cuales vemos en un momento subidos á la cumbre de la fortuna, y puestas al fin de la carrera, sin acertar á discernir las huellas que estamparon en ella. No es tampoco ninguna de aquellas distinciones y honores que, dispensados por una mano sugeta á errar, no suponen otras prendas en quienes los reciben, sino la sagacidad de saberse conciliar la aprobacion de un mundo que tiene por costumbre juzgar, no segun la razon, sino segun los afectos del corazon. El mismo Dios no quiso que esta maternidad divina fuese alguno de aquellos comunes dones celestiales que deben admirarse en el alma que los recibe,

y de que solo puede ser alabado el Altísimo que los concede. Es, pues, un don, una gracia, con que solo Dios quiso honrar á Maria; porque elevó á Maria á un grado de virtud tan eminente, que ella misma se la estaba pidiendo á su favor.

«En efecto, dice S. Gregorio: trata el Verbo divino de elegir madre de quien nacer, ¿y qué pensais hace para esto? Escoge entre todas las hijas de Sion aquella cuyas virtudes tienen mas íntima proporcion con la sublime dignidad para que la tiene destinada; aquella que sea mas digna de merecer la honrosa prerrogativa de la maternidad divina, y aquella que en cierto sentido sea mas á propósito para honrarle; aquella (disimuladme esta espresion) á quien Dios puede confesar con mas decencia por Madre suya, y que sea menos indigna de llamar Hijo suyo al mismo Dios.» «Sabido este principio, continua este Santo Padre, no nos fatiguemos por inventar otra prueba ni argumento de su mérito. Ninguna cosa se iguala con Maria, porque no hay cosa que se parezca ni sea semejante á Maria: la santidad y pureza de los mismos Angeles, como estos al fin no son mas

que unos instrumentos de Dios, de quien ella es Madre, sombra, sombra son solamente de su pureza y santidad: *Ut conceptionem Verbi pertingeret, meritorum verticem supra omnes Angelorum chorus evexit.*» Por eso los Evangelistas ciñeron al parecer todo su elogio á sola la dignidad de Madre de Dios. Para comprender cuál era el cúmulo de sus virtudes, bastaba saber adonde llegaba el de su grandeza y de su gloria, supuesto que nunca hubiera llegado á ser Madre de Dios, si el mismo Dios no la hubiera hecho digna de serlo. ¿Cómo, pues se hizo digna de serlo, y que es lo que vió Dios en Maria que le movió á honrarla con la preferencia de una eleccion tan gloriosa? ¡Ah católicos! ¿qué es lo que no veía, os diré yo antes? Veía lo que tanto arrebató la estimacion y amor de aquel Dios de pureza y santidad; veía una inocencia que no conoció pecado, y le teme; veía una humildad digna de las mayores honras, y sedienta de los mayores abatimientos; una virtud que tiene asombrado al cielo, y que huye de los aplausos de la tierra; un amor á la soledad, que vive acompañado de Dios solo, sin otro deseo de compañía que la de solo Dios; un valor á quien solo faltan

ocasiones de manifestarse con los mas heróicos sacrificios; una sumision perfecta á las disposiciones de la mas severa Providencia; un corazon de tanta nobleza y capacidad que se desdeña de abatirse y envilecerse con el amor de las grandezas mundanas, y de capacidad, por otra parte, muy limitada para contener la inmensidad, los ardores y los éxtasis del amor divino. ¡Que sé yo lo que digo, cristianos! Yo alabo á Maria, como se acostumbra alabar á los Santos, que vivieron en este valle de lágrimas y miserias. Pero cuando hubiera dicho cuanto ellos fueron, apenas habria empezado á decir lo que fué Maria.

¿Qué veia, pues, Dios en Maria? Veia en ella la imágen mas sublime de la santidad de su Hijo; santidad, cuya perfección solo podia hallarse en un Hombre-Dios; pero cuya mas parecida semejanza solo se hallaba en la Madre del Hombre-Dios; santidad, que, aunque no es la de Dios, es superior á la de los Angeles y de los hombres. Bien sé que los ejemplos de virtudes que os han dejado los Santos, os arrebatan la admiracion, y no penséis que por ensalzar á Maria, solicite yo de-

bilitarlos. Pero, sin embargo, si hemos de dar crédito á la triste confesion que nos han dejado de sí mismos ¿qué viene á ser nuestra mas pura y fervorosa virtud? Es la virtud de los justos una virtud penosa y laboriosa, y por lo tanto virtud siempre imperfecta; porque corrompidos con la infeccion de nuestro origen, abrigamos dentro de nosotros mismos unos deseos rebeldes é indóciles, que si bien podemos reprimir y cauterizar, no podemos extinguir ni desarmar. Como estamos continuamente en viva guerra, y nunca disfrutamos de paz, la fatiga del combate aumenta el mérito del triunfo, y la necesidad de combatir disminuye la integridad y la plenitud de la victoria. Aunque dejemos el pecado, el pecado no nos deja á nosotros: suele desterrarse el amor del mal; pero la inclinacion no queda destruida. Dedicase el hombre á adquirir y conservar la gracia; pero ¡ay! ¿cuántas veces (echemos á lo menos una ojeada sobre nosotros mismos) cuántas veces no interrumpen y turban los sacrificios los suspiros y gemidos de la víctima? Aunque nada rehusemos, no lo concedemos todo: el mismo San Pablo, aunque no sentia en su conciencia

cosa que le remordiese, advertia en su corazon motivos para humillarse. Es la virtud de los justos una virtud flaca y débil, una virtud vacilante y mudable; es una virtud muy escasa y limitada. Carece nuestro corazon de aquella capacidad que baste á contener toda la estension de todas las virtudes, y el alma mas fervorosa ha de sentir necesariamente la falta de muchas de ellas. La razon es muy clara; porque el hombre solo es santo, como hombre; pero Maria es santa, como Madre de Dios: su santidad es una santidad pura, absoluta é íntegra. Todo es gracia en ella: no hay en ella el menor residuo de concupiscencia; solo siente en sí un aliciente, un peso, una inclinacion que la dirige hácia Dios; sus deseos no sufren division alguna; y sin experimentar la resistencia de nuestros combates, logra todo el mérito de nuestras victorias, porque sin sentir las flaquezas de nuestro corazon, se sujeta á las precauciones de nuestra vigilancia; la santidad de Maria es una santidad constante é invariable. «Maria es aquella muger, dice S. Bernardo, simbolizada y anunciada por el Espíritu Santo en la pintura que hace de la esposa cuyo amor jamás experi-

mentó las distracciones del sueño, ni las negligencias de la distraccion.» La santidad de Maria es una santidad que se estiende á todas las virtudes, y á la perfeccion de todas ellas. Retiro del mundo hasta la mas inaccesible soledad; desasimiento interior, hasta llegar á olvidarse totalmente de sí misma; resignacion en la Providencia, hasta sentir complacencia en las mayores tribulaciones. «Seguid, dice S. Bernardo, seguid en el Evangelio las huellas de sus pisadas, y observareis que descubre á cada instante aquellas virtudes que piden las circunstancias en que se halla. Observareis á Maria sin pompa, sin inquietud, sin aceleracion, no manifestando sino aquella parte de su virtud que no puede menos de descubrir, y ocultando la mas sublime santidad bajo el exterior de una virtud comun.»

Por estos medios iba acercándose Maria, sin pretenderlo, á la Maternidad divina. Porque en vano hubiera adquirido la herencia de la piedad de sus progenitores; en vano hubiera poseido juntas todas las virtudes, que, separadas, enriquecieron é ilustraron á tantos y tan grandes hombres. Pues con todo no hubiera tenido

toda aquella santidad que requería la dignidad de su Hijo, porque las virtudes de los justos del antiguo testamento no eran suficientes para la Madre de aquel Dios que venía á intimar y á establecer el Evangelio. Aquella sangre que había corrido por las venas de los Patriarcas, de los Pontífices, de los Profetas, era necesario para que fuese digna de correr por las venas de un Hombre-Dios, que, pasando por las venas de Maria, se acendrase y acrisolase con la llama del amor divino, en que ardía su corazón, de toda la escoria que había contraído de la naturaleza corrompida. Así que Maria debe su propia gloria y sus honores á su virtud. Añado ahora que Maria estimó en más la virtud, que su gloria y sus honores.

No aspirar á la grandeza sino por el camino del mérito; no solicitarla sino con servicios; no disputarla sino con virtudes; introducirse en la grandeza con las calidades que pide, y comunicar al puesto que se ocupa mayor lucimiento que el que se recibe de él; mirar la grandeza con penosa y serena indiferencia; esperarla sin solicitarla; llegar con la magnanimidad á despreciar la grandeza, cuyo logro solo costaría una

bajeza ; apreciar mas el ser grande por sí misma que por sus títulos, y anteponer una oscuridad virtuosa á maldades de éxito feliz : ved ahí los héroes del Evangelio. Pero una grandeza toda celestial, toda divina ; una grandeza, cuyo subido valor, cuya santidad manifiesta la misma mano que la comunica ; temblar, estremecerse con la idea de esta misma grandeza , porque le parece que se trasluce en ella una sombra de oposicion á la perfeccion de la virtud mas sublime ; ved ahí lo que excede á los mismos héroes que nos presenta el Evangelio ; ved ahí á Maria. «No temas, la dice el Angel: parirás un Hijo, y ese Hijo será el Redentor de su pueblo.» Este será aquel Mesías vaticinado por tantos Profetas, y á quien las profecias pronostican tanta grandeza ; aquel Mesías cuyo patrimonio será la misma tierra y las naciones que la habitan, y cuyo imperio, triunfando de la caducidad de los tiempos, sobrevivirá á la ruina y á los últimos residuos del mundo.

No espereis que me introduzca yo á sondear este piélago inmenso de gloria : Maria misma se rinde al peso de tanto cúmulo de honras : y admirada y casi estremecida al considerar su

propia grandeza, se busca, y no se halla, ni se reconoce á si misma. En vano intenta explicar la madre del Precursor las maravillas que obró en ella la gracia: la mayor declaración que acertó á hacer de los dones celestiales, se redujo á confesar que el Todopoderoso obró en ella cosas grandes. ¿Cómo será posible que declare yo lo que explicó Maria con su silencio? Yo solo diré con el Padre S. Gerónimo, que hubo en la Madre de Jesus una grandeza mayor, si me es lícito explicar así, que la grandeza de la Maternidad divina; aquella grandeza, quiero decir, tan pura, tan libre, tan desasida de todo interés personal, que, al oír la voz y las promesas del Angel, no vaciló un instante en la observancia mas fiel, mas rígida y mas escrupulosa de las severas leyes que su fervor le habia impuesto.

Y si dudais de su propósito, ved qué celosa, qué apresurada corre al templo el día de la purificación, para purificarse y confundirse con el comun de las mugeres: ceremonia que parece corre un velo á la virginidad de la Madre y á la divinidad del Hijo, que no se ha de descorrer hasta el tiempo en que Jesus se manifieste al

mundo. Dios la pide en un momento que le entregue todos los beneficios que la habia hecho ; y tímida en otro tiempo Maria, y como remisa en aceptarlos, pronta ahora y animosa en resignarlos, siente menos dificultad en desasirse de ellos, que la que sintió en admitirlos. Cuando el Angel se los ofrecia, halló dificultades que vencer ; cuando Dios se los pide, no halla resistencia ; y sobreponiéndose su virtud á su grandeza, manifiesta ser Maria algo mas que Madre de Dios ; porque se manifiesta digna, si es posible serlo, porque prefiere la virtud á la brillantez de la gloria y de los honores ; y mas digna todavía, porque no se vale de su gloria y preeminencia, sino para el aumento y perfeccion de su virtud : tercero y último carácter de una alma superior á su propia grandeza.

Pocos llegan á la grandeza con las cualidades que pide ; y menos son los que no se dejan inficionar con el veneno de las pasiones que inspira. El contagio de la prosperidad es tal, por lo comun, que mas es la grandeza de que priva, que la que comunica ; y enemiga irreconciliable de la virtud, cuando no huye de ella, solo la busca para destruirla mas á su salvo. Hay hom-

bres que, cuando no suponen nada, parece que son dignos de todo, y cuando logran ser algo, se muestran indignos de serlo. Pero en la conducta de Maria no advertireis ni la menor sombra, ni el menor contagio de la humana prosperidad; porque ejerciendo un pleno dominio sobre su gloria y su corazón, de tal modo sujeta y cautiva su grandeza, que con los ausilios de la gracia llega á poseer las virtudes mas difíciles de adquirir y conservar en la grandeza. Dos alegaré solamente: la vigilancia mas recatada con la plenitud de las gracias mas eficaces, y la humildad mas profunda en la cumbre de la mas sublime elevacion. Bien sabeis que Maria, hija de Adán, pero no heredera de su pecado, solo recibió de sus padres el nacer. ¿Sabeis lo que nosotros somos? Preocupaciones que nos dominan, ilusiones que nos burlan, errores que nos engañan, devaneos que nos seducen, inclinaciones que nos arrastran, apetitos que nos perturban, desabrimientos que nos pudren, obstáculos que nos arredran, inconstancias que nos fatigan y disgustan, incentivos de la sensualidad que irritan, deleites que enagenan, pasiones que tiranizan; y diciendo lo que somos,

queda dicho lo que no fué Maria; si conoceis vuestra miseria, conoceis la felicidad de Maria. En ella los sentidos y pasiones enmudecen; la virtud se mostraba alhagueña y agradable; los caminos se le allanaban; para hallar peligros necesitaba buscarlos. No obstante, aprended vosotros, ¡oh hombres temerarios é imprudentes! Este cédro del Líbano fundado en tierra maciza teme la tempestad; este cédro, incontrastable á la violencia del uracan, teme la condicion de la caña quebradiza, que se dobla y quiebra al menor viento. «Nada tiene que temer Maria, dice S. Ambrosio, y con todo eso todo lo teme Maria; todavía no conoce al mundo, y no se atreve ni á conocerle, ni á ser conocida de él. Desde su mas tierna edad busca en el templo un asilo para defender su virtud del contagio de los objetos peligrosos, y custodiar bajo la sombra y amparo del tabernáculo el inestimable depósito de su inocencia; vuelve á entrar en el mundo, y no se interna en él; ella no le conoce, ni él á ella.» ¿Y por qué motivo, por qué razon usa de tantas precauciones? ¡Ah católicos! sabed que un fino amor de Dios siempre es un amor tímido y recatado, y que cuan-

to mas santo es el hombre, mas teme el pecado. Pero Maria no caerá en él, porque con la vigilancia mas recatada, junta la humildad mas profunda en la cumbre de la mas sublime elevacion.

La vida de Maria fué una vida oculta y muerta en Dios; desconocida del mundo, y no conociendo ella misma los tesoros de gracias que tiene depositados en su alma, vive olvidada de que es hija de David, y á nada menos aspira que á ser hija de Jesus; tan ignorados tiene los misterios de su corazon, como los de la Providencia divina. La llama el Angel *llena de gracia*, y se juzga indigna de este elogio; las glorias que la anuncian, no le causan menos novedad y estrañeza, que las virtudes que la atribuyen; su modestia no se sobresalta menos que su virginidad, y solamente responde á las alabanzas que escucha, con los sustos que la perturbaban. «¡Ah hermanos míos! esclamaba S. Bernardo, la modestia y humildad de Maria no es mera modestia y humildad, sino el prodigio de la humildad y de la modestia; *miraculum miraculorum*.» Y hé aquí como Maria ofrece al cielo un espectáculo de una alma superior á la mas

sublime grandeza. Pero no fué menos superior á las mayores calamidades. Este será el asunto de la segunda parte.

El alma de Maria, pregunto, ¿fué tan superior á las ignominias y calamidades, como á las glorias y honores? Hagamos juicio por el modo con que supo tolerar los tormentos á que la espuso el amor que tuvo á su hijo, y por el modo con que supo sufrir los dolores á que la espuso el amor que el hijo la tuvo á ella. Antes de ser Madre esta Vírgen purísima, libre y apartada de los cuidadosos afanes que agitan el corazón del hombre profano, tranquila en su amado retiro, sola con Dios solo, disfrutaba en sosiego inalterable de los puros y castos deleites que son inseparables compañeros de la virtud. Pero apenas pronunció aquellas decisivas palabras. *Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra*, cuando ya no amanecen para ella dias serenos y sosegados. En cada hora, en cada momento brotan para ella nuevos motivos de lágrimas y sentimientos. Llega Maria á tener un hijo ¡y qué hijo! un hijo cuyo nacimiento precedió al nacimiento y principio de los siglos; un hijo engendrado antes de la aurora entre los

resplandores de los Santos ; un hijo que tiene á Dios por padre, y que no se desdenea de tener por madre á Maria ; un hijo, que, al mismo tiempo que es hijo suyo, es su Dios. Maria, pues ama á este hijo ; pero ¡con qué amor! «El amor mas tierno y mas fino de cuantos amores se conocen, dice el Espíritu Santo, es el amor que una madre tiene á un hijo único.» Pero su amor no es un amor como el de las demas madres, restringido por otros mil amores, por el de su libertad y su quietud, por el de sus pasatiempos, por el de su gloria y opinion, por el de su fortuna é interés ; sino que es un amor que reúne todos los afectos, que congrega todas las inclinaciones, que confunde todos los objetos en un solo objeto, que liga el entendimiento, que inunda todo el corazon. En una palabra, un amor compuesto de todos los amores. Pero ¡oh gran Dios! ¡qué suerte, qué tratamiento reserváis para un amor tan tierno y tan fino! Es verdad que es cosa dulce para el alma padecer por el Dios á quien ama. «Si veis, dice San Agustín, si veis que los Mártires corren apresurados por entre los aceros y las hogueras tras el golpe fatal que ha de consumir su holocausto ;

si veis que se impacientan contra la tardanza del sacrificio, que suspiran por tormentos mas crueles, que se revuelcan, por esplicarme asi, en su propia sangre, no os admireis, continua este santo Doctor, porque están como embriagados del amor que los enagena.» Pero ¡ay! que Maria se halla en circunstancias bien diferentes! Aquel amor que fortalece á los Mártires, solamente sirve para hacer mas acerbas las penas de Maria, sus llagas mas profundas, sus dolores mas intolerables. Ella vé nacer al mundo aquel Dios á quien ama, y aquel Hijo á quien adora. Pero ¡en qué estado! Un niño que al abrir los ojos para ver la luz de este mundo, no vé en él otro patrimonio que el llanto en que prorrumpe, y las lágrimas que vierte. Una cueva tosca, una gruta yerma y un pesebre, estas son todas las reliquias que le quedan de la opulencia de sus abuelos, y esta la única grada y escalon que le muestra su Madre por donde haya de subir al trono de sus primogenitores. «Dadme una alma, podré yo esclamar con San Agustin, dadme un corazon que ame verdaderamente á Jesus, y él conocerá, él sentirá el sumo desconsuelo que este paso causó en el corazon

de Maria.» Cosa que en vano intentaria yo explicar: *Et sentit quod dico*. Porque solo recibió aquel hijo tan amado para oprimirle con el peso ignominioso de sus desgracias: ella considera que su nombre es un oprobio y un vituperio para Jesus; que marchita la celestial lozanía de sus discursos, el lustre de sus virtudes y la multitud de sus milagros; ella vé que los soberbios Fariseos, envidiosos de la gloria de Jesus, se consuelan y piensan que se vengan plenamente de él con el desprecio y desden con que zahieren al Hijo con el nombre de la Madre. *¿Nonne Mater ejus dicitur Maria?*

Yá otros sobresaltos mas crueles consternaron antes su corazon; yá con las lágrimas del divino Infante vió correr á la violencia del cuchillo de la circuncision las primeras gotas de aquella sangre destinada para bañar el calvario; yá oyó á un Profeta, que, inspirado por el Espíritu Santo, le vaticinó la espada de dolor que habia de penetrar el alma de la Madre, y señaló los tormentos con que habia de fenecer la vida del Hijo. Vuelve este á sus brazos, y no es yá Jesus el que aquel venerable anciano Simeon le restituye, sino una victima herida yá y

toda ensangrentada, encargando que la reserve y crie para el fatal sacrificio en que ha de ser inmolada. Contemplad aquel cuerpo todo llagado, exhausto de fuerzas y desfigurado con los tormentos; aquellos ojos desfallecidos y agravados con el sueño de la muerte; aquella sangre que de las llagas profundas sale á borbotones, y riega el monte santo. Escuchad aquella injuriosa gritería, aquellos clamores sanguinarios, aquellas sacrílegas blasfemias de un pueblo amotinado, instigado de las furias infernales; y en medio de una oscuridad densa, de unas tinieblas horribles, pavorosas, en medio de un espantoso silencio, aplicad el oído á las dolorosas quejas, á los ayes débiles de su moribunda voz, á los postreros suspiros de aquel Dios y Hombre verdadero, que acaba entre tormentos una vida dolorosa y colmada de oprobios. ¡Ah católicos! despues de Jesus en la cruz ¿qué cosa mas digna de asombro que Maria al pié de la cruz? Colocadas están ambas víctimas al pie del altar, un mismo golpe las hiere, un mismo fuego las consume, una misma constancia las sostiene. «En la fortaleza de la Madre, dice S. Ambrosio, se echa de ver la divinidad del hijo: *Sta-*

bat Mater non degeneri spectaculo.» Si era propio de un Hombre-Dios morir como muere Jesus, solo era propio de la Madre de un Hombre-Dios asistir con una constancia tan heroica al terrible espectáculo de su Hijo moribundo: *Stabat Mater non degeneri spectaculo.* Pero supuesto que nosotros somos unos miserables pecadores, y Maria era Madre de un Dios, callemos y llenémonos de asombro. Admiraremos una alma superior á los tormentos á que la espuso el amor que tenia á su Hijo; una alma superior á los tormentos á que la espuso el amor que su Hijo la tenia.

Ama Jesus á Maria ¿y cómo podia dejar de amarla? Porque si ama todas las obras de sus manos ¿no es Maria la obra primordial y mas milagrosa suya? Si ama la delincuente generacion del hombre pecador, en quien nada vé digno de su amor, sino sus propios beneficios ¿cómo no amaré á Maria, de quien nació? Si ama á aquellos en quienes habita y reposa su espíritu ¿cómo no amaré á Maria que es templo suyo augustísimo, y esposa purísima del Espíritu Santo? Si ama á los que oyen con docilidad su palabra ¿cómo no amaré á Maria que

siempre le oyó con mas atencion y docilidad que todos sus discípulos? Si ama á los justos ¿cómo no amará á Maria, que, despues de Dios, es el mas perfecto ejemplar de santidad? ¡Conque Jesus ama á Maria, y á ninguna otra criatura amó tanto, como ama á Maria! ¿Por qué razon, pues, usó con ella de tanto rigor y tormento? La razon es porque vió en ella una alma tan grande y tan noble, y unas virtudes tan héroicas, que no tenian necesidad de aquellos consuelos, de aquellos apoyos en que se sustenta la humana fragilidad; porque solamente la Madre de un Dios podia no dudar, ni flaquear en caminos tan ásperos, y seguir con paso igual las vehementes inspiraciones de aquella gracia divina que funda su imperio sobre las ruinas de la humana naturaleza; porque era propio de la Madre de aquel Dios discurrir anchamente por el camino de todas las virtudes evangélicas; manifestar toda la preferencia de la nueva ley sobre la ley antigua; abrir al pueblo cristiano recién nacido el camino del Calvario, y alentar con grandes ejemplos á las almas que Dios llama á grandes sacrificios; porque una virtud gustosa y alhagueña ni es tan rara, ni es tan escelente. Pero

la virtud de la Madre de Dios es una virtud de fé pura, de caridad la mas ardiente ; una virtud que tiene continuamente el corazon en estado de víctima y de inmolucion. Ved pues, cristianos, en compendio la vida de Maria; vida de penitencia y de inocencia; vida de ilustracion y de sencillez, de celo y de mansedumbre, de accion y de oracion, de actividad y de retiro; virtudes á las cuales debió sus honores y su gloria; la gloria de ser Madre de Dios, de la cual usó para el aumento y perfeccion de sus virtudes; y no menos solícita Maria de ocultarlas que de acrisolarlas, ofrece al cielo un espectáculo tanto mas digno de sus ojos, quanto mas se esmera en encubrirlas á los del mundo. Espectáculo, en fin, de una alma superior á la mas sublime grandeza y á las mas grandes calamidades. En dos palabras : Maria ni se desvaneció con la prosperidad, ni desfalleció en la fuerza del infortunio; ni se rindió al peso de las honras, ni al peso de las adversidades.

¡Cristianos! reconozcamos en Maria el ejemplar de fortaleza con que debemos tolerar las tribulaciones y amarguras á que nos reduzca nuestro amor para con Dios, y el amor de Dios

para con nosotros. Hagamos con gusto los sacrificios que exija de nosotros. Sacrificio de la soberbia y vanidad, para andar por los caminos de la humildad, y sufrir en silencio los desprecios, los desaires y las afrentas del mundo. Sacrificio del fausto y del regalo, del juego y de los pasatiempos profanos, dedicando nuestras riquezas al alivio de las miserias del pobre, y enjugándole las lágrimas. Sacrificio de nuestros respetos humanos, para no avergonzarnos de hacer pública profesion de fé. Sacrificio de la indolencia y letargo en que vivimos, de las timideces y cobardias de nuestro amor propio, para pasar de la puntual observancia de los preceptos á la práctica de los consejos. Sacrificio de nosotros y de cuanto hay en nosotros, para morir á las viciosas inclinaciones, y vivir solo de la vida de la gracia. Reconoced, finalmente, en ella el ejemplar de fortaleza con que debemos tolerar las aflicciones á que nos reduzca el amor de Dios para con nosotros, las cuales, cuando consisten en aquellas sequedades, en aquellos desconsuelos, en aquellos trabajos interiores, en aquellas perplejidades que humillan, excitan y purifican las almas á quienes di-

rige el Espíritu Santo por los caminos de la vida interior, debemos adorar en silencio la mano que así nos prueba.

¡Virgen santa! alcanzad de vuestro Hijo que las importantes y provechosas virtudes aprendidas en la escuela de vuestra vida, sean siempre la regla de nuestras ideas, de nuestros sentidos y de nuestra conducta. Alcanzad también que todos nuestros deseos salgan animados del verdadero espíritu de caridad, sean contenidos dentro de los límites de la obediencia al Príncipe, á los Magistrados, á las Autoridades, y dentro de la esfera en que á cada uno constituya su situación. De este modo, amándonos y respetándonos los unos á los otros, llegaremos á la felicidad que el Señor tiene preparada á los que le invocan en espíritu y en verdad. ASI SEA.



SERMON

SOBRE

EL SACRAMENTO DE LA EUCARISTIA.

Non est alia natio tan grandis, quæ habeat Deos apropinquantes sibi; sicut Deus noster adest nobis.

No hay en el mundo una nacion tan grande como la nuestra, que tiene un Dios que reside en medio de nosotros.

Deut. cap. XIV v. 7.

ESTE era el privilegio glorioso que distinguia á los hijos de Abraham de todos los otros pueblos de la tierra. Un Dios que los hacia depositarios de sus oráculos, y fijaba sobre ellos sus miradas de predileccion; un Dios que era su Rey, su legislador y su guia, y se complacia en despertar su ley por prodigios, y su amor por beneficios: esta es la ilustre prerrogativa de que

se honraba el pueblo circunciso, y juntamente miraba como el mas seguro garante de su felicidad, y el mas firme apoyo de su gloria. ¡Qué idea no hubiera concebido de sí mismo y de sus prerrogativas, si hubiera gozado de todos los privilegios de las naciones cristianas! No son yá nubes brillantes las que descienden del cielo para cubrir el Santuario: es Dios mismo el que le cubre con su gloria; no es tampoco el Angel del Señor el que del fondo del propiciatorio anuncia los oráculos celestiales: es el Señor en persona quien nos anuncia sus voluntades; es el firmamento que desciende sobre la tierra, segun la espresion de un Profeta; Dios y el hombre confunden su ser y su sustancia; Dios mismo se hace nuestra esperanza y nuestra posesion; no solo nuestro médico, sino nuestro remedio, nuestro alimento y nuestra bebida. Testigos de tantas maravillas, favorecidos con tan grande alianza, á nosotros mucho mas que á los Israelitas pertenece esclamar de gozo y de ternura; «Verdaderamente, no hay nacion tan favorecida que tenga sus Dioses que se le acerquen tanto, como nuestro Dios se acerca á nosotros!» *Ecce hic est Chris-*

tus. ¿Y es verdad esto? ¿Aquel Dios que ha colocado su trono sobre las nubes, que habita una inmensa luz, que no cabe en los anchos espacios del cielo, se oculta bajo los símbolos eucarísticos, y se franquea con familiaridad á los mortales? Si; y el que quiere y es digno, se une á Jesucristo, se incorpora y mezcla con Jesucristo. No me admira que, queriendo S. Pablo hablar á los Hebreos de este misterio inefable, se detuviese asombrado, y se contentase con decir : *De quo grandis sermo, et interpretabilis ad dicendum.* Tenemos grandes cosas que deciros de este Pontífice eterno, pero el entendimiento se abisma, y temo escandalizar vuestra fé débil todavía. *Grandis sermo.* Misterio digno de Dios y el triunfo de la religion.

¡Oh Señor! todo me abisma y anodada, mi indignidad, mi ignorancia, vuestra incomprendible grandeza, y los respetos debidos á este lugar; pero Vos confortais á los débiles, y haceis elocuente la lengua de los párvulos. Poned en la mia palabras dignas de Vos y de mi empeño. Asi os lo suplico por la intercesion de la Reina vuestra Madre :

AVE MARIA.

Cansado el Señor de la esterilidad del culto que recibía de los miserables mortales, á vista de los vapores groseros que la tierra envía al cielo, se quejaba por el Profeta David: *¿Nunquid manducabo carnes taurorum, aut sanguinem hircorum potabo?* Se acercaba el tiempo en que el objeto figurado por aquellos sacrificios impuros se presentase en fin al universo que le esperaba; aparece, en efecto, despues de una larga série de siglos; héle aquí: es el hijo único de Dios que todos los dias de su vida, y sobre todo el dia de su muerte vá á procurar á su Padre una gloria inmortal. Jesucristo se sustituye en algun modo á sí mismo en su adorable sacramento, y bajo las especies eucarísticas siempre adorando y siempre inmoldándose á si mismo, continua dando, y la Iglesia por él, con él y en él, dá todavía y dará hasta el fin de los siglos á Dios Padre Omnipotente como ella misma se esplica, no alguna gloria y algun honor, sino todo honor y toda gloria. Desde este punto ¡qué magnífico y augusto es el templo del cristianismo! El Dios del universo, el Redentor del género humano, el Salvador de los hombres reside real y verdaderamente en sus tabernácu-

los ; continua el sacrificio de su salvacion ; sustituye la víctima de amor á las víctimas sangrientas que mancharon tanto tiempo el culto de los pueblos ; se hace su alimento, el pan de los fuertes y la vida del justo. ¡Quién no vé que todo se hace verdaderamente santo, verdaderamente augusto en la religion católica! ¡que los templos en que reside la Eucaristia, los vasos que la contienen, los velos que la cubren, los sacerdotes que la distribuyen, y los fieles que la reciben, participan de esta misma santidad! ¡que todo, en fin, en nuestra admirable religion, y en ella sola, lleva un carácter manifestamente celestial, que todo respira la divinidad, y que todo está lleno de Dios! El gran designio de la soberana sabiduría en la economía de la Religion, si lo consideramos bien, es hacer al hombre participante de toda la grandeza y perfecciones infinitas, de que es capaz su miseria ; establecer entre Jesucristo y los que se incorporan á él por medio de la gracia eucarística que su dignidad y méritos vienen á ser la propiedad de cada hijo de la adopcion santa. Desde este punto somos á los ojos de su Padre otros tantos Cristos de Dios vivo. El Eterno re-

conoce en nosotros las imágenes de su gloria, y como las reproducciones de su Hijo sacramentado. Aun mas. Nos anuncia en los términos más claros y positivos, que, en virtud de la union inefable que contraemos con él por medio de la Eucaristía, recibimos la prenda de la gloriosa é inmortal sociedad que existia en lo interior de la gloria de Dios antes de la creacion del universo; la prenda de la vida bienaventurada: *Qui manducat hunc panem vivet in æternum*. Somos la carne de su carne, y el hueso de su hueso, y de él recibimos el alimento íntimamente y sin cesar, como las ramas reciben su jugo, su calor, su fecundidad y su vigor del tronco vivo á quien están unidas.

¡Prodigiosa y adorable union! Todo amor limitado es indigno de Dios. Es preciso que nosotros nos amemos en él, como él se ama en nosotros; que no amemos nada sino por él, y que amemos á Dios como Dios se ama á sí mismo. ¡Profundo misterio! porque ¿en dónde el hombre, tan débil y tan pobre, hallará el amor infinito que debe á Dios? ¿Cómo desempeñará esta deuda inmensa? La naturaleza desfallecida no siente mas que su impotencia. Sin embargo,

hombre, toma aliento ; lo que te es imposible es fácil á Dios. ¿No estabas en igual imposibilidad de conocerle por tus fuerzas naturales? Te ha enviado á su Hijo, y le reconoces por la fé. Pasa adelante, y vé á este mismo Hijo que te rescató con su sangre, que te alimenta de su cuerpo, de su verdad, de su amor, de su divinidad toda entera, asociarte á su mismo culto, y á sus eternas adoraciones, por la reproduccion que de él se hace sobre el altar. ¡Qué, Señor, hemos de comer vuestra carne! ¿Es cierto esto? *Si hic est Christus.* ¡Vos que sois una misma sustancia con el Padre y con el Espíritu Santo, os haceis una misma sustancia con el hombre! ¿Es cierto esto? *Si hic est Christus.* ¡El Verbo divino, la sabiduría increada, el Rey de la gloria, la dicha de los Angeles, el placer ianortal de los bienaventurados viene á esconderse y á visitar el corazon humilde del que le llama é invoca! ¿Es cierto esto? *Si hic est Christus.* ¡El cristiano se alimenta con la verdad soberana que ilumina á todos los espíritus, y es el sol de todas las inteligencias! ¿Es cierto esto? *Si hic est Christus.* ¿Qué manjar es este? ¿qué convite es este? ¿qué piedad es esta? ¿qué amor es este?

¿Quién ha visto ni oído que la madre mas amorosa haya alimentado al hijo que perecia de hambre con su propia carne? ¿Quién ha visto que se cortase un brazo para darle de comer? ¡Y nuestro Dios se nos dá en mantenimiento y en remedio! ¿Qué es esto? ¿Quién podrá agradecer tal beneficio? ¿Quién tiene corazon y no siente esto? Infelices los que no se conmueven con tal prodigio, sino que, como los Judíos, llaman duro el language de Jesuristo. ¡Allá en los dias de tinieblas se oyó esta voz funesta, que parecia salir de los sepulcros, y quebrantarse entre huesos: era la voz de la muerte!..... Los pueblos la oyeron, y aplicaron el oido á este sonido lúgubre: sordas blasfemias llegaron hasta ellos, y al punto esclamaron: *¡es el grito del impío!* y todos huyeron de horror. ¡Hombres perversos! huid de una religion en que todo es misterio, amor y caridad, y buscad la religion del orgullo, vuestro padre. *No podemos comprender.* ¡Inteligencias desgraciadas! ¿es esa vuestra escusa? Negaos á vosotros mismos, porque tampoco os comprendeis. No comprendeis el Sacramento eucarístico, menos comprendereis el sacrificio;

esto? ¿qué piedad es esta? ¿qué amor es este?

pero por eso no es menos digno de Dios y de nuestras adoraciones.

Del sacrificio de nuestros altares hablaba el Profeta, que muchos siglos antes de Jesucristo anunciaba al mundo la inmolacion de una víctima pura, que se ofrecería al Señor en las diversas regiones de la tierra. La prediccion se ha cumplido: esta es la víctima de todos los países, de todas las naciones, de todas las edades, que en cada día del año, en cada hora del día y en cada instante indivisible une á todos los cristianos existentes en el mundo por los mismos votos y por la misma comunión; que no hace de todos los pensamientos, de todos los sentimientos de los católicos, sino un mismo pensamiento inmortal en Jesucristo. «¡Qué delicioso es, decía un varon apostólico á otro de sus hermanos, considerar que iluminando el mundo el sol los dos emisferios, y sucediéndose unas á otras las horas del día, no hay de la mañana á la tarde un solo instante en que se interrumpa el sacrificio de los cristianos; en que la misma víctima deje de ser ofrecida, y en que los votos de paz, de inocencia y de bendición cesen de ser ofrecidos á Dios en nuestros altares católicos.

Asi, mientras que el sueño repara vuestras fuerzas para renovaros al trabajo y al servicio de nuestro Dios, nosotros que habitamos al oriente del Asia, ofrecemos la misma víctima sin mancha. ¿Hemos llegado á la tarde? podemos unirnos á los sacrificios que vosotros ofreceis en Europa. En fin, la América, y sobre todo Méjico y el Perú ofrecen esta augusta oblacion durante el tiempo de nuestro reposo. ¡Qué dulce es pensar que el culto eucarístico es un culto continuo, y que no hay un solo momento en el dia en que este oráculo del Profeta no se cumpla á la letra: *Desde el un extremo del mundo al otro es grande mi nombre entre las gentes, y se me ofrece en todos los lugares una oblacion pura, santa é inmaculada!*»

Comprended ¡oh cristianos! en la Eucaristía el precio de nuestra divina religion, la estension de relaciones entre Dios y nosotros, que todas las otras religiones han ignorado. ¿Dudais que un amor verdadero, un amor infinito y soberanamente perfecto pueda producir inconcebibles sacrificios? ¡Qué! ¿no puede hacer que Dios abata su grandeza hasta mas abajo de nuestros pensamientos, y forme en favor de los

que él ama designios que causan la admiracion, la turbacion misma en nuestras imaginaciones mortales? ¡Hombre! abate tu orgullo; no creas en tí; cree en Jesucristo que te ha criado para sí, para asociarte desde esta vida á su existencia inmortal, uniéndose á tu misma alma por medio del Sacramento, lo que no hubiera podido imaginar ninguna inteligencia criada. El orgullo, un orgullo desmesurado, á quien ningun esceso espanta, este es el crimen del impío y del sectario. Se declaran mas grandes, mas perfectos que Dios, erigiéndose en jueces de su palabra: ¡verdadera idolatría de la razon humana! Daria lástima, si no causase horror este delito. Abrid lo que las liturgias llaman el canon de la misa. No puede darse una pintura mas tierna ni mas interesante. El Padre comun de los hombres es invocado como clemente y compasivo, y el cristiano que ora con todas las iglesias y por todas las iglesias, ora por la paz católica, por la paz de todo el mundo bajo la salvaguardia de la Providencia y la direccion del cielo. «Verdaderamente es justo y digno, equitativo y saludable dar gracias á Dios en todo tiempo y en todo lugar por Jesucristo nuestro

Señor, en quien nos ha concedido la esperanza de la dichosa resurreccion y la promesa de una gloria infinita.» Palabras verdaderamente instructivas, y que contienen la sustancia de esa adorable Eucaristía.

Tal es el culto cristiano, culto inmortal, culto universal que no se diferencia en su esencia del culto que los espíritus angélicos dán al Omnipotente en los cielos. Nuestras oraciones, unidas á las del soberano Pontífice, adquieren por esta union un precio infinito. Nos unimos. Cuando le consideramos por la fé actualmente presente sobre la santa mesa con estas señales de muerte, nos unimos á él en este estado, le presentamos á Dios como nuestra única víctima y nuestro único propiciador por su sangre, protestando que no tenemos nada que ofrecer á Dios sino á Jesucristo y el mérito infinito de su sangre.

Si dirigiéndome ahora á todos los católicos estendidos en todas las partes del mundo, les pregunto: ¿por qué hace mas de mil y ochocientos años que no ofreceis víctimas de animales como otros muchos pueblos? Todos me responderán de concierto: «Porque este es el

cuerpo de Jesucristo, que vale mas que todas las víctimas de animales.» Si hago la misma pregunta á todos los Obispos y á todos los Sacerdotes: ¿por qué no ofreceis víctimas de animales como otros Sacerdotes? Me mostrarán el cuerpo de Jesucristo, y me dirán: «Esta es la víctima de toda la tierra; víctima santa, digna de la pureza de Dios, de la santidad de la religion y del destino del hombre.» Presente en medio de nosotros, en cada uno de nosotros, diviniza nuestro culto, dá á nuestra obediencia alguna cosa infinita: su sacrificio es nuestro sacrificio, y sus méritos son nuestros méritos. Huid, huid de esta tierra y para siempre á la region de las tinieblas ¡ídolos de la gloria humana, de la naturaleza, de los bellos espíritus, de la opinion y de la novedad; divinidades fantásticas que adoran los hijos del siglo, que se han forjado á fuerza de luces; ídolos enteramente muertos, que tienen ojos y no quieren ver, oídos y no quieren oír para hacer el bien; ídolos nacidos en el seno de nuestras desgracias y de nuestros crímenes! Se nos prometia la edad de oro, y nos vino la edad de hierro; llamóse la luz, y respondió el caos. Todo se hun-

dió menos la religion que quedó en pié, aunque muy maltratada. ¡Memoria al Rey ilustre que la ha restablecido con tanta gloria, levantándola del oprobio á que la habian reducido desbordadas y funestas pasiones, al lugar que debe ocupar como primera ley de los Reyes y de los pueblos!

Arrodillados al pie del altar, adoremos á nuestro Libertador, nuestro Pontífice y nuestro Dios; y en los trasportes de nuestro amor repetamos sobre la tierra este grito con que los Angeles llenan el cielo: *El Cordero que ha sido inmolido es digno de recibir la virtud, la divinidad, la fuerza y el honor, y la gloria y la bendicion.* ¡Amor y adoracion al Dios que ha criado el universo! ¡Adoracion y amor al que lo ha salvado! ¡Gloria y honor al que reina en la sociedad eterna de los justos! AMEN.



SERMON

SOBRE

LAS COMUNIONES SACRILEGAS.

Quanto magis putatis deteriora mereri supplicia qui Filium Dei convulcaverit, et sanguinem testamenti pollutum duxerit, in quo sanctifusus est?

¿Pues de cuantos mayores tormentos creis que es digno el que hollare al Hijo de Dios, y tuviere por vil y profanare la sangre del testamento en que fué santificado?

S. Pab. á los Hebreos, cap. X v. 29.

Si en este dia en que el Salvador de Israel se nos presenta en este adorable sacramento, entrase por las puertas de este templo un hugenote, y tomando del Tabernáculo el precioso Cuerpo y Sangre de Jesucristo, le arrojase á la tierra, le pisase, le escupiese, le ultrajase..... ¡ah mi Dios! vosotros todos esclamariais atónitos con tan horrible profanacion: ¡oh impío!

¡oh traidor! ¡oh sacrílego! No estarias satisfechos con encerrarle en una carcel profunda; le cargariais de cadenas, le despedazariais vivo, y arrojariais á un lugar inmundo aquellos huesos desgraciados. ¡Sentimientos nobles y religiosos! ¡horror justo y santo! ¡celo cristiano y católico! Ese impío era acreedor á que cada uno de vosotros fuese su verdugo para poder vengar la injuria hecha á Jesucristo, y el desprecio á su adorable persona. Vosotros no concebis delito mas enorme. Pero hé aquí otro infinitamente mas espantoso: comer y beber indignamente el cuerpo y la sangre de Jesucristo. ¿Y es posible este atentado? Y si lo es ¿se encuentra entre los cristianos? ¡Ah católicos! la ley no señaló castigo á este delito; parece que el sábio legislador juzgó que no se cometeria jamás. Pero todo es posible al hombre corrompido, y esto, que seria como imposible aun á los Gentiles, es muy común entre los cristianos.

Poned ¡Gran Dios! en mis labios aquellas palabras de trueno que hacen temblar á vuestros enemigos. Angeles santos, preparad carbones encendidos para devorar á estos insultadores. Sagrados Levitas, el Crisóstomo os aconseja

seja que no permitais llegar al vestíbulo del templo á los incircuncisos cuando se trata esta triste materia. ¿Qué honor seria para la Iglesia el que sus enemigos llegasen á entender que los cristianos mezclan la carne de Dios con las abominaciones de Babilonia? Digamos de una vez que las comuniones sacrílegas es el espectáculo más terrible que ofrece la Religion, y hé aquí el por qué es el pecado que ultraja mas á Dios, porque no hay pecado que Dios castigue mas. Quiera Dios que yo pueda hacer comprender esta proposicion quanto es facil probarla, y lo que no debo esperar de mí, lo debo esperar del Espíritu Santo por la mediacion de Maria Santísima, saludándola con el Angel.

AVE MARIA.

Los cristianos confesamos en este Sacramento la presencia real de Jesucristo bajo el velo de los accidentes del pan y del vino. No obstante, se le ultraja, se le insulta, se le trata como al mas vil de los hombres, y se le arroja al lugar mas inundo, qual es el de una conciencia corrompida, y á esto se llama comulgar

indignamente. ¡Qué pecado! ¿Qué nombre le daremos? ¿Qué estension concebis de su malicia? No solo debe llamarse grande, como el de los Judíos que se mezclaron con las hijas de las gentes; no solo debe llamarse máximo, como el pecado del pueblo cuando dobló la rodilla ante un Dios de metal; no solo debe llamarse pesimo como el pecado que vió José cometer á sus hermanos; sino que debe llamarse pecado horrible, espantoso y sacrílego. Mejor será no darle nombre, y preguntar con Jeremías: *¿Quis audivit talia horribilia quæ fecit nimis Virgo Israel?* Pecado que encierra en sí las mas graves circunstancias: abuso, atrevimiento, desprecio, hipocresía, perfidia y crueldad.

Abuso. ¿Con qué escrupulosidad no ha establecido Dios la veneracion de las cosas sagradas? Solo el sumo sacerdote penetraba al interior del tabernáculo. Para que el pueblo recibiese la ley, fué necesario que purificase sus vestidos, y se apartase aun de la propia muger. ¿Cuántas purificaciones no prescribia la ley para comer los panes de la proposicion? Su uso se prohibia con rigor al que no se habia purificado primero, y el sacerdote Abimelech, antes

de permitir á Davíd que los comiese, preguntó si se habia abstenido de los mas legítimos deleites. Decidme ¿qué era el Santuario? ¿qué era el monte? ¿qué eran los panes de la proposicion? No eran sino figuras de la santidad de un Dios sacramentado. Pues si era tan horrible á los ojos del Señor el abuso y profanacion de la figura ¿cuánto mas lo será el abuso y profanacion del cuerpo y sangre de Jesucristo? ¿Qué horrible no será á los ojos del Señor un pecador sacrílego que une el pecado y la misma santidad? ¿que no solo se acerca al monte santo, sino que le pisa sin respeto? ¿que no solo entra al Santuario contra la prohibicion de la ley, sino que le saquea y le entrega á sus mas terribles enemigos? ¿que no solo no se purifica para comer los panes de la proposicion, sino que á mas de eso su corazon está poseido de los deleites mas feos? ¿que no solo no coloca el arca en una alma hermoseedada con el oro de la caridad, sino que la arroja con desprecio á los lugares inmundos de una conciencia manchada? ¡Oh infelices! puedo deciros con S. Pablo, ¿por qué no haceis una justa distincion entre el cuerpo de Jesucristo y las carnes profanas? ¿Por

qué quereis beberos el juicio del Señor al tiempo mismo que bebeis su sangre preciosa? ¿Por que quereis haceros reos de los anatemas del cielo, al comer el pan de la vida y de la salud, el pan de los Angeles? ¿No habeis penetrado que este divino Sacramento fué instituido para sanar las heridas de nuestra alma, reformar nuestras pasiones, apagar el fuego de la concupiscencia, para encender nuestra fé, animar nuestra esperanza, y hacernos hermanos de todos los predestinados? En verdad que sí. Con todo, abusais del fin de este Sacramento, y lejos de serviros de él para vuestro provecho, su uso es vuestra ruina, vuestra muerte y vuestra condenacion, porque comeis este divino pan con la corrupcion de corazon de aquellos que murieron en la soledad con el vocado en la boca; porque comeis este pan de los Angeles sin la pureza debida á su santidad, como comieron el maná nuestros padres, y murieron; porque trasformais en farsa el altar terrible, y os atreveis á tocar el cuerpo adorable de Jesucristo, despues de haberos mezclado con el sexo que prohibe la ley, como de Oza sienten algunos esposito-

res. ¡Qué enorme atentado! ¡Qué horrible abuso!

Añadid á esto el atrevimiento del pecador, que tiene la osadía de comulgar indignamente. Porque ¿qué es comulgar indignamente? No es solo ultrajar á Dios en su ley, violándola, como lo hizo el pueblo de Israel queriendo volverse al pueblo infiel de donde habia salido; no es solo ultrajar á Dios en sus bienes, como lo hizo un Antioco profano, violando el Santuario, y el impío Eliodo, despojando de sus riquezas el Propiciatorio. «Comulgar indignamente, dice S. Juan Crisóstomo, es ofender á Dios en su misma persona, en el trono de su gloria, cuando tiemblan en su presencia los serafines; y ved aquí, dice este Padre del siglo cuarto, lo mas grande que se puede decir del sacrilegio, ultrajar y conculcar al gran Dios de la gloria y de la eternidad.» Atrevimiento tan sensible para Dios que nada ha dejado de hacer para impedir que los hombres le cometan.

A este fin, cuando quiso encarnar, lo hizo anunciar antes por los Profetas. Cuando quiso empezar su predicacion, destinó al Bautista para que preparase los caminos; antes de entrar

en Jerusalem, fueron sus discípulos delante á preparar su llegada ; cuando quiso instituir este Sacramento, envió un recado político para que le dispusiesen una sala digna de la grandeza del misterio. Sin embargo, los profanadores de este sacramento, con mas osadía que la que usó el vil Semei con David, tratan á Jesucristo con palabras insultadoras, como á la cosa mas vil, como á la cabeza de un perro muerto. En vano les direis con el Apostol S. Pablo á los de Corinto : «Vosotros no podeis beber á un mismo tiempo el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios ; no podeis tener parte en la mesa del Señor y juntamente en la mesa de los demonios. Por ventura ¿quereis irritar al Señor, ó sois mas fuertes que él?» A esta justa reconvencion responderá el sacrílego lleno de osadía : «No conozco á ese Dios sino para ultrajarle. *Nescio Dominum.*» En vano les direis con el Angel del Apocalipsis : «Dichosos los que lavan sus estolas en la sangre del Cordero.» Pero apartaos de este santo lugar, echiceros, apartaos, deshonestos, homicidas, idólatras, mentirosos, impostores, y cuantos amais el pecado y le co-

ta dos palabras los carnosos, antes de entrar

meteis.» Formidables palabras, pero que no detienen al pecador sacrílego.

En vano resonará en su conciencia corrompida la voz de un Levita que convida á alimentarse con este divino pan á los humildes, á los puros de corazon, á los santos, y que prohíbe igualmente acercarse al trono de Dios á los avaros, á los lascivos, á los que han hecho alianza con el mundo. El pecador se hace fuerte contra todo temor, y con un semblante lleno de desembarazo llega á la mesa de los justos, como si él fuera uno de ellos. ¿Y qué es esto sino poner á Dagon y al arca del Testamento en un mismo altar? Diré mas: ¿poner el arca á los pies del ídolo; juntar á Dios en triunfo con el demonio, y aun someter á Jesucristo al demonio? ¡Sto. Apostol! vos preguntasteis en otro tiempo si la vida y la muerte, la gracia y el pecado, Jesucristo y Belial, el misterio de la salud y el misterio de la iniquidad, si la sangre de la alianza y las fornicaciones de Babilonia, si Dios, en fin, y el demonio podian estar juntos! esto que vos no podiais comprender, se verifica cada dia en el que comulga indignamente. En un mismo corazon está de asiento la luz, que es Jesucris-

to, y las tinieblas, que es el demonio; el misterio de la saluz que es el pan sacramentado, y el misterio de la iniquidad que es el monstruo de la culpa; el arca santa que es el Dios-Hombre que nos dá su carne y su sangre, y Belial que es el príncipe de la mentira, á quien sacrifica su alma el pecador sacrílego. Transportémonos con la imaginacion á Babilonia ó á Samaria, y examinemos si allí es tratado Dios con tanto desacato: *Transite ad insulas Cethin, et videte si factum es hujusmodi*. Pero en verdad que no hallaremos ultraje igual al que comete el cristiano que comulga indignamente. Pero añadamos el desprecio con que trata á Jesucristo el profanador sacrílego.

¿Se trata del desprecio que hizo Esau de su primogenitura? ¿Acusamos al Rey Achis de haber mirado como loco al prudente David? No por cierto: hablo del desprecio que hace el cristiano en aquel adorable Sacramento, recibiendo indignamente al Dios que llenó de bendiciones las primogenituras de Israel; á aquel Dios prudente, poderoso y sábio, de quien no fué sino figura el Rey David; á aquel Dios que se ocultó por nuestro amor en el gran sacramento del

altar. ¡Qué desprecio! ¿sereis capaces de creer lo que hace un pecador sacrílego con aquel Dios que habita una luz inaccesible, según la expresión del Apostol? Pues sabed que desprecia á este gran Dios por contentar á unas pasiones viles, á unos deleites groseros. ¿Puede decirse mas? Todo Israel se llenó de escándalo cuando Salomon edificó altares profanos, y por contentar á las mugeres estrangeras, colocó en ellos á Astarthe, Diosa de los Sydonios; á Chamos, ídolo de los Moavitas; y á Moloch, Dios de los Amonitas. Se llenó de horror el cristianismo cuando un emperador pagano colocó sobre el Calvario el ídolo de Venus, y sobre el sepulcro del Salvador una estatua de Júpiter, estimando en mas á los simulacros de las gentes, que al Dios verdadero. Este crimen de idolatría y de paganismo le renueva cada dia el pecador sacrílego, negando al Dios verdadero, y adorando, no á unos ídolos muertos é insensibles, sino á mil pasiones tumultuosas, vivas, animales, feas y abominables, á las que sacrifica la gloria de su Dios.

¡Hombre sacrílego! ¿asi tratas á tu Dios?
 ¿Por un deleite fugaz y pasajero desprecias al

los dioses antiguos, que es el demonio, el mismo

Dios de las eternas delicias? ¿Qué Dioses nuevos son estos que no han adorado nuestros padres? La violencia, la opresion del miserable, la prodigalidad, los afanes de la sensualidad, mil modas extravagantes, la sátira, la calumnia, los bailes: estos son los Dioses de vuestra adoracion. Dioses nuevos que no los han conocido nuestros padres; pero á quienes por un efecto de vuestra ceguedad sacrificais vuestra religion, vuestra alma, vuestra fé y vuestro Dios. Yo os veo acercar al altar, recibir de mano del sacerdote el pan de los escogidos. ¿Quién no pensará que vais á rendirle homenaje? Pero en verdad que vais á ponerle en venta por el vil precio de veinte ó treinta años de deleite, de opulencia y de vida afeminada. ¡Sacrílego! ¡qué! ¿ese es el Dios verdadero cuya fé profesas y cuya ley prometiste guardar? ¡Hombre lascivo! considera que ha venido por tí al mundo, que se ha quedado en el sacramento adorable de la Eucaristia, para que le hables, para que le trates como un amigo á otro amigo. Pero tu escuchas la ley de tu apetito, á esta quieres seguir, y esta es la que le sentencia en tu corazon á la muerte del olvido. Pero descubramos yá la hipo-

cresía de que se vale el pecador sacrílego para ultrajar á Jesucristo.

No os acordeis por ahora de los famosos hipócritas, Cain, Absalón y Joab. Cain con palabras tiernas de hermano sacó al campo al inocente Abel para derramar su sangre. Absalón convidó á su hermano Ammon á su mesa para cortar el hilo de su vida. Joab echó los brazos al cuello al caballero Amasá; pero fué para partirle de medio á medio el corazón. Estos ejemplares no son sino una desmayada imagen de la simulacion é hipocresía con que un pecador sacrílego se arrodilla ante el altar terrible para derramar la sangre del inocente Abel, renovar los atentados de Joab con Amasá, y de Absalón con Ammon. Vosotros habeis reparado que estos ingratos hablan y publican las misericordias de Dios antes de llegar á la sagrada mesa; pero ellos son falsos profetas que se presentan con piel de oveja, y son en lo interior lobos carniceros. Vosotros los veis unirse al pueblo fiel en los dias de gran solemnidad, frecuentar la comunión, y asistir á los actos de religion; pero semejantes á los cinco pueblos estrangeros que se habian mezclado con los Is-

raelitas en el Oriente, marchan á la tierra santa; pero sin estar instruidos en las promesas divinas que llamaban á Israel, y sin deseo de gustar la leche y miel que manaba aquel dichoso pais. Vosotros los vereis comer el pan de los hijos y de los amigos; pero en verdad que ellos son extranjeros á quienes prohíbe la ley comer el pan de la proposicion. Vosotros los vereis encargar como héroes á los Magos que les anuncien el templo donde está presente Jesucristo para rendirle adoraciones; pero en verdad que no intentan sino profanarle, y acabar con su gloria y con su vida.

Porque ¡cuántos llegan á la sagrada mesa por un respeto humano, por no dar que decir, por seguir el ejemplo de los demas; pero que sus costumbres y su vida son peores que la de un Gentil! ¡Cuántos se presentan á recibir á Jesucristo como aquel Escriba de quien se hace mencion en el Evangelio, en cuyo corazon se encontraban cuevas para las zorras, esto es, motivos secretos de interés y de prudencia humana; nidos para las aves, esto es, designios de soberbia y de vana estimacion; pero no se encontraba donde el hombre pudiese reclinar

su cabeza! ¡A cuántos el pan de la verdad sirve para ocultar sus delitos, para cubrir la impostura! ¡A cuántos el velo adorable del Sacramento viene á ser velo de un delito y de una passion! ¡A cuántos el Cordero sin mancha no sirve de otra cosa que de ocultar á los ojos de los hombres el libro y la historia de una vida delincuente! ¡A cuántos al acercarse al altar podia preguntarles el Salvador como al hipócrita Judas: «Hombre que vienes á mi mesa con una cara de amigo ¿qué designios te traen á ella? ¿Vienes á venderme ó á darme adoracion? ¿Vienes abriéndome tu pecho para recibirme en el, ó traspasar de nuevo el mio para darme una muerte cruel? ¿Vienes á embriagarte con el vino que hace vírgenes, ó para apagar mi sed con hiel y ajenjo? ¿Vienes á mí como á tu luz para disipar con ella los errores de tus sentidos, ó vienes á entregarme á mis enemigos?»

¡Qué horror! que el infiel, que el bárbaro á quienes Dios por sus juicios incomprensibles ha dejado en su impiedad, le deshonren en sus altares, no parece extraño; pero que un cristiano que se alimenta con su sangre, llegue á insultar á su bienhechor y sacrificarle al demonio,

¡ah qué delito! Esto es de lo que Dios se quejaba por un profeta: «Si un enemigo, si un gentil que no me conociera, me cargara de oprobios, lo sufriria con paciencia. Pero vosotros que sois carne de mi carne y hueso de mis huesos, vosotros que sois del número de mis amigos: *Tu vero homo unanimes Deus meus et notus meus*; vosotros que llegais á mi mesa, que os alimentais con el pan divino, vosotros pagais mis favores con ultrajes: *Qui simul mecum caniebat cibus?*»

Aun hay mas; el pecador sacrílego con indecible crueldad renueva la pasion y muerte de Jesucristo. Este adorable Dios habia dicho al tiempo de espirar sobre la cruz que yá estaba consumado todo; pero el pecador aun prepara otro calvario en su corazon; la malicia de sus enemigos le prepara una nueva muerte mas ignominiosa, y parece que la cruz no era mas que el principio de los dolores y penas de Jesucristo. Si los Judíos hicieron morir á Jesucristo sobre la cruz, el que comulga indignamente le hace morir sobre el altar; porque el que come indignamente el pan sagrado y bebe indignamente el cáliz de salud, «este, dice S. Pablo,

se hace reo del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. ¡Ah! si la muerte de un hombre es un crimen tan grande, porque todo hombre lleva la imágen de Dios, concebid vosotros, si podeis, qué delito será quitar la vida al mismo Dios. «Pues esto es lo que hace el pecador sacrílego, dice el Padre S. Juan Crisóstomo.» No se contenta este profanador con entregar al Hijo del Hombre con beso de paz como Judas, le enclava en su corazon propio, como los verdugos en la cruz; le tiene como muerto, pues no le deja obrar con su gracia, y se verifica en toda su estension la sentencia de S. Pablo: *Rur-sus crucifigentes sibimetipsis Filium Dei.*

¿Y sufris, Señor, estos insultos y desprecios con que os trata el pecador sacrílego? ¿Por qué no le sentenciais á muerte como á Baltasar en el instante mismo en que se atreve á profanar vuestro sagrado cuerpo? ¿Por qué no le asaltais con una muerte desesperada, como á Antioco, luego que viola el Santuario? ¡Ah Señor! Vos que conoceis los pecadores, poned sobre la frente de estos impíos una señal visible, como la pusisteis sobre la de Cain, ya que á su imitacion han derramado la sangre inocente. Sepa-

rad de nosotros esos malvados; no sea que atraigan vuestro furor sobre todos sus hermanos. Pero ¿acaso porque Dios no castigue visiblemente al pecador sacrílego dejará de hacerle sentir todo el peso de su cólera? No nos engañemos; porque así como es de todos los pecados el mas enorme, es tambien el mas rigurosamente castigado.

Dos especies de males se atrae el hombre culpable. Dios justo y terrible en sus venganzas le apremia segun la medida de sus crímenes y de su gloria ofendida. Como en la comunión indigna el hombre muestra la audacia mas criminal, Dios de su parte le ofrece el castigo mas completo: castigo temporal, que es un completo de males temporales; castigo espiritual, que es un completo de males espirituales. Seguidme en estas reflexiones.

¿Qué produce una comunión sacrílega? Es un pan de muerte que para el mismo cuerpo es un veneno que altera la salud, la debilita poco á poco, ó repentinamente quita la vida. Es como el agua de los celos que despedazaba las entrañas, y traia consigo una muerte violenta; es una semilla de maldicion que está inseparable-

mente unida con una multitud de males temporales. Jesucristo los anunció de antemano á Jerusalem en los dias de misericordia. La profecía su cumplimiento á la letra. Su cumplimiento escitó el terror y el espanto; Jerusalem fué afligida por todas partes; su templo arruinado; se vió el altar teñido con la sangre de sus sacerdotes; los palacios llenos de cadáveres, y aquella gran ciudad fué envilecida y hecha el objeto de las venganzas de Dios. Y ¿por qué todo esto? Porque Jerusalem, la ingrata, la desconocida Jerusalem derramó la sangre del justo y dió muerte sacrílega al Hombre-Dios.

Y siendo mas culpable el pecador sacrílego que Jerusalem, ¿será castigado con menos rigor? ¡Ah! desengañémonos, católicos. Sobre el calvario se formó la sentencia para aquel pueblo homicida; y sobre el altar se decretan los terribles castigos que vienen sobre el profanador sacrílego. S. Pablo, hablando á los de Corinto, se quejaba de que las enfermedades del cuerpo, las muertes repentinas y los sucesos desgraciados eran justo castigo de las comuniones indignas: *Ideo inter vos multi imbeciles, et infirmi, et dormiunt multi.* Asi se quejaba

el Apostol en aquel tiempo en que el desórden era raro; en aquel siglo en que la Eucaristia formaba mártires, y no sacrilegos; asi hablaba á la iglesia de Corinto, compuesta casi toda de Profetas, de Doctores y de Santos; y en nuestros dias, en estos dias de relajacion y de escándalo, en que el desórden es mas común ¿será el castigo mas raro? ¡Ah! todos los castigos que recibimos de Dios son efecto de los sacrilegios. ¿Y de qué sacrilegios? Dá una vuelta y verás pronto la razon. *Vox de templo; vox Domini reddentis retributionem inimicis suis:* sobre estos altares, de los que no debieran salir sino raudales de gracia para los fieles, se forman los azotes, los rayos, las venganzas, los castigos temporales. «El que come y bebe indignamente, dice el Apostol, come y bebe su propia condenacion; es decir, el pan de vida que recibe es un veneno y una semilla de muerte que se incorpora con él mismo, y se convierte en su propia sustancia.» El pan de vida viene á ser para él hiel de aspid, segun la espresion de Job, que le rœe las entrañas y le deseca toda la humedad y vitalidad del espíritu; porque uno de los efectos mas ciertos que pro-

duce la comunión indigna, es la ceguedad del entendimiento y la dureza del corazón.

Este pecador desgraciado cae en un terrible abandono de parte de Dios; el cielo se hace de bronce para él; ya no caen sobre su corazón aquellas gracias iluminadoras, aquellas luces extraordinarias que nos hacen palpables los caminos del error y de la mentira; ya lo bueno se propone como malo, y lo malo como bueno; todo es para el pecador sacrilego un Egipto en donde camina á ciegas, sin conductor, sin jefe, sin guía, rodeado de precipicios, cercado de lazos; pero sin ojos para verlos; porque sus continuadas profanaciones le han precipitado á lo profundo del abismo, de donde nunca sale.

Peccator, cum in profundum etc.

A la ceguedad del entendimiento se sigue la dureza de corazón en el hombre que come indignamente el cuerpo del Señor; es decir, que cae en aquel infeliz estado en que se resiste á todas las impresiones de la gracia; en aquel estado en que, despojándose Dios de todos los derechos que tiene sobre el pecador, se separa de él con un mútuo divorcio, le repudia y le renuncia; en aquel estado en que el hombre es-

piritual se vuelve animal; el alma se convierte en carne; el corazón en piedra; y el cuerpo vivo y animado ya ni oye, ni vé, como si fuese un fantasma; en aquel estado en que el fuerte armado se fortifica en el corazón, se señorea, manda y resiste al Espíritu Santo, y él es su propia condenación.

En efecto, para consumir la reprobación, solo basta llegar á comer indignamente el cuerpo del Señor. En el altar santo se forma su obstinación y se consume su impiedad. La comunión derrama nuevas tinieblas sobre su alma, y casi le deja sin remedio. En el altar santo come y bebe su propio juicio el sacrílego; recibe dentro de sí á un testigo, á un acusador, á un juez; pero á un juez enemigo; á un juez irritado; porque es un juez ultrajado y un juez ofendido. No es necesario ir á otro tribunal: en la mesa del Señor se comete el delito, y allí oye el pecador la misma maldición que pronunció el Salvador contra el Discípulo que le vendía; «¡Desgraciado de este hombre: sería mejor que no hubiera nacido!»

En el altar santo se derrama para condenación del sacrílego aquella sangre que corre so-

bre la cruz para la justificación del pecador. Esta sangre, mas elocuente que la de Abel que clamaba al cielo y pedia misericordia, clama contra el sacrílego y pide venganza. El mismo abogado entre Dios y los hombres se reviste de juez severo y señala de antemano al profanador con un carácter de reprobacion. Parece que le cierra los caminos de la saluz, y casi le deja sin esperanza de remedio. Asi es: entre los verdugos del calvario se hallaron algunos que lloraron su pecado; la misma sangre que acababan de derramar les mereció la conversion. Pero el primer profanador de la Eucaristía, Judas, apenas comió indignamente el pan de vida, cuando el demonio se apoderó de su corazon: *Post bucellam introivit in eum Satanas*. Hasta entonces se habia contentado el demonio con introducir en su alma el veneno de sus seducciones y el fuego de la avaricia; pero despues que recibió elbocado, Satanas se apoderó de la plaza, entró en ella como vencedor, y se estableció allí como en su propia conquista. El pérfido Discípulo, atormentado por su desesperacion y sofocado con los remordimientos de su conciencia, *abiens, laqueo se suspendit*, y su

muerte fué la mas terrible y deplorable que se refiere en los libros santos.

— ¡Cristianos! ¿una muerte tan funesta os horroriza? pues temblad no sea semejante vuestro fin. No oculteis en vuestro corazon alguna cosa que pueda obligaros á decir, á vista de la triste imágen que acabo de pintaros : *¿Nunquid ego sum?* ¿Seré yo este pecador desgraciado que morirá en su obstinacion? Si en este instante no os sentis conmovidos, no os lisongeeis de no ser del número de los que ultrajan á Jesucristo, y de aquellos sobre quienes caerán los mas terribles anatemas del cielo. Probaos antes de comer el pan de los Angeles; cubrios con el vestido nupcial antes de sentaros á la mesa de vuestro Padre; pedid con lágrimas de corazon al Señor omnipotente y misericordioso que os preserve de la terrible desgracia de llegar á comer indignamente el cuerpo del Señor. AMEN.

SERMON

PARA LA

DOMINICA PRIMERA DE ADVIENTO.

Et erunt signa in sole, et luna, et stellis.

Y habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas

Luc. cap. XXI, v. 25.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR :

«**Q**UE los cielos estén atentos, que la tierra, sobrecogida y muda, atienda á mis palabras,» decia en otro tiempo el Legislador de los Judíos, esponiendo á este pueblo rebelde los castigos de que estaba amenazado. Este lenguaje anuncia sin duda un hombre penetrado de los juicios de Dios, de quien era el fiel intérprete. Quisiera, si fuera posible, interesar al universo, y animar todos los seres para dividir con ellos el peso que le oprime; busca por todas partes

confidentes á sus penas y testigos á su dolor. ¿Qué hubiera dicho este hombre inspirado, qué espresiones hubiera empleado, si hubiera estado encargado del ministerio que yo tengo que llenar hoy? ¿Como él pudiera hablaros de calamidades sin cuento, de la sangre que cae sobre la sangre, de los huesos que cubren los campos, de la voz de las ruinas que aterra la vista y traspasa el oido, de lamentaciones sin fin que la muerte con su mano de esqueleto ha estendido por el suelo de la patria? No, no vengo á hablar de los dolores de un dia, ni de los sucesos de un punto de la tierra; dejo á cada uno beber sus lágrimas y comer sus propias carnes; vengo á anunciar la magestad del Hijo del Hombre, Jesucristo, desplegada en todo su brillo; el fatal desenlace de todos los destinos, las tribus de la tierra arrojando gritos de desesperacion, la caida del mundo, la desolacion de la naturaleza entera, el fin del tiempo y el principio de la eternidad.

¡Catástrofe inaudita! ¡ruinas y consternacion nunca vistas! Se verán efectos asombrosos en el sol, la luna y las estrellas. Se estenderá la angustia por todos los pueblos de la tierra; in-

clinado el mar con sus furiosas ondas como en lo mas recio de una violenta tempestad, llenará las almas de terror y asombro; los hombres andarán secos y pálidos con el temor del último golpe que amenaza al orbe entero. Los Angeles de Dios se pondrán en movimiento y querran tener parte en la destruccion de los enemigos del Señor. El sol se oscurecerá, la luna negará su luz á la tierra; las estrellas caerán del cielo, y el celo y la indignacion armarán á los espíritus bienaventurados contra la audacia de los impíos. Vengo, pues, á predicaros á la vista de las ruinas del mundo: vengo á mostraros la nada de las cosas de la tierra, y hacéroslo reconocer á la luz moribunda del Universo abrasado. A vista de este temeroso espectáculo, se oirán gemidos y sollozos, sentimientos y ayes inútiles, porque no tendrán remedio. Todo está condenado á morir; ábrense los sepulcros, oyen la voz de la trompeta, tiemblan las gentes, descúbrense las conciencias, veránse los horrendos demonios, y hasta el humo del abismo.

Reflexionad ¡hermanos míos! considerad la historia de vuestra vida, figuraos que estais sentados sobre el polvo de todo cuanto os ro-

dea, contemplad á la luz de la fé los objetos formidables que voy á esponer á vuestra vista, y disponeos á admirar en el último de los dias el triunfo del poder de Dios y el triunfo de su justicia. Para conseguirlo, pidamos los auxilios de la divina gracia, por la intercesion de Maria santísima.

AVE MARIA.

El último de los dias será el verdadero triunfo del poder del Altísimo, porque no habrá entonces mas nubes que le oscurezcan, mas pasiones que le olviden, ni mas encantos que le desconozcan: *Exaltabitur Dominus exercituum in iudicio.*

No habrá mas nubes que le oscurezcan. Pero qué! ¿este poder soberano es por ventura invisible acá bajo? Los cielos y la tierra le predican á una; el curso de los ástros le descubre á todos los ojos, y nosotros llevamos en nosotros mismos su sello augusto. No es menos cierto, sin embargo, que este poder no resplandece acá en el mundo sino imperfectamente. Dios lo hace todo en el mundo; pero obra sus mas her-

mosas y magníficas obras en una noche impenetrable; la naturaleza que trabaja sin cesar bajo las órdenes de la Providencia, se complace en obrar en secreto y de una manera insensible y lenta, y tal es nuestra ceguedad, que Dios no nos parece grande, sino cuando hiere y espanta. Es preciso, pues, que para manifestar su podre, Dios muestre al Universo escenas de terror que le asombren y despierten; es preciso que la desolacion suceda al reposo, la tempestad á la calma, la confusion al órden, y el choque de los elementos al curso pacífico de la naturaleza.

¿Y cuándo será este gran dia? ¡Juez supremo de la tierra! ¡exaltad vuestro poder, y que se manifieste en todo su esplendor! *Exaltare qui judicas terram.* «Yo me levantaré, dice el Señor por su Profeta Jsaías; yo señalaré este poder tanto tiempo oscurecido, y saldré de mi reposo; dentro de un momento se acerca el dia de mis venganzas, y este dia está reservado para mi triunfo. *Nunc exaltabor.*»

Ha llegado, por fin, este momento. Yo oigo el sonido fatal de la trompeta que retiñe en medio de los aires y viene á romper su vasto silen-

cio ; este silencio que todos los truenos no habían podido turbar, cesa á la voz del Omnipotente. Los huesos áridos oyen su palabra. Todos los seres destruidos por la muerte se reaniman. Los Reyes aprenden á obedecer por la primera vez. El poder supremo se hace oír con tanto imperio bajo estas bóvedas antiguas, dónde descansan los fundadores de las monarquías como en la tumba ignorada del humilde pastor. Una larga cadena de generaciones y generaciones sale con ruido del golfo insaciable que traga la especie humana, sin decir nunca ¡*basta!* ¡Oh sorpresa! ¡oh despertamiento lleno de horror! ¡Qué cambio! ¡qué revolución! Salidas repentinamente las generaciones de la muerte y de la nada de sus cenizas, se preguntan en el transporte de su sorpresa: «¿Cual es el brazo poderoso que ha podido vivificar así el polvo? Es el Señor, el Juez supremo el que acaba de obrar esta asombrosa maravilla.»

En medio de este horror universal vá á manifestarse el Omnipotente. Vedle rodeado de una luz mas espantosa que la de los relámpagos. Acompañado del terror, la muerte se le adelanta ; su voz penetrante retumba hasta en

los abismos ; las colinas se abaten bajo sus pies ; los Angeles mismos temblarian, si su felicidad no fuera inalterable. ¿Cuál será, hermanos míos, nuestro recogimiento á la vista de este aparato de magestad y de poder? El pueblo en el desierto teme acercarse á Dios de miedo de morir. Los padres de Samson esclaman: «Nosotros moriremos, porque hemos visto al Señor.» Jacob, despues de su admirable vision, esclama pasmado: «¡Qué terrible es este lugar! Cuando yo le considero, la turbacion se apodera de mí, y temo que me oprima bajo el peso de su grandeza.» La tierra se conmueve, los abismos se entreabrén, los pálidos relámpagos vuelan por todas partes, los montes se hunden, las islas huyen delante de la cólera del Señor ; todo no es mas que un vasto Océano. Todo se confunde, todas las calamidades se reunen, y el Universo desaparece y se abisma para siempre.

No existe yá este mundo encantador, esta morada de delicias, este teatro de tantas pasiones. El tiempo se ha eclipsado delante de la eternidad. No se cuentan mas las horas, no se mide mas la vida por los dias y los años ; yá nada muda, nada se renueva, nada es antiguo,

nada es nuevo; nada comienza, nada acaba; no se vé mas que Dios, y las pasiones humanas que nos le hacen olvidar sobre la tierra, se han desvanecido con los vanos objetos que las hacian nacer, han acabado su carrera. El encanto de todos los siglos se ha roto para siempre. No se oye mas el tumulto de las ciudades, el ruido de los equipages, el sonido de los instrumentos, la melodía de los conciertos; el ruido del gozo, los cantos de los festines; no se vé mas la actividad de los talleres, el turbion de los negocios, el embarazo del comercio, ni las extravagancias de la moda.

¡Oh vanidad de vanidades! Todo nõ es mas que vanidad: vanidad las riquezas, vanidad los honores, vanidad los títulos, vanidad la gloria, vanidad los placeres, vanidad las ciencias, vanidad las pasiones, vanidad todo lo que no es Dios. Nosotros comprendemos esto; pero no lo sentimos. En el dia del Señor tendremos un convencimiento íntimo de este poder, porque no habrá yá nubes que le oscurezcan, pasiones que le olviden, ni distraidos que le desconozcan. ¡Ah! yo me figuro estos despreciadores audaces del poder del Altísimo cubiertos de vergüenza,

horrorizados de su audacia, asombrados de la extravagancia de sus sistemas, no pudiendo comprender que hayan llevado la ceguedad y el furor hasta confundir al Omnipotente con un frágil monton de lodo que no dura sino un dia. Oprimidos bajo el peso de la grandeza del Altísimo, y cercados por todas partes de su inmensidad, quisieran sustraerse de sus miradas, ó á lo menos poder huir de ellas ; desean, invocan á grandes gritos la nada, y no ven por todas partes mas que la eternidad!...

El poder de Dios será vengado en este dia en que el infiel verá todos los héroes deificados mas tímidos que los esclavos ; todas las estrellas del cielo disipadas como el polvo, y el sol que recibió tanto incienso, apagado como una débil candela por el soplo del Omnipotente. No habrá mas distraídos ni insensatos que le desconozcan. Víctimas de sus soberbias esperanzas, los Judíos no cesaron de insultar su debilidad aparente. Las lágrimas y el oprobio del Dios de Belen no anunciaban á estos hombres carnales el Dios del Universo. En el gran dia de las venganzas caerá para siempre el velo que habrán llevado tanto tiempo. Verán, como dice el Pro-

feta Zacarías, al que traspasaron; le verán, no bañado en sus lágrimas, sino armado de truenos; no oculto en un pesebre, sino sentado sobre un trono brillante. Su cruz aparece en sus manos triunfantes. «¿Veis esta cruz, esclama Jesucristo, dirigiéndose á la Sinagoga, veis esta cruz, este instrumento que os fué tanto tiempo odioso? Ella ha vengado el cielo, vencido el infierno y desarmado la muerte. ¿Veis estas manos que habeis traspasado? Son las mismas que formaron el Universo; las mismas que lanzaban el trueno. Vosotros me desafiasteis que destruyera el templo, yo que debia reducir á polvo las columnas del mundo. «¡Nacion ciega! ¿cuál era tu delirio? la dirá Jesucristo. Adora mi poder, sirve de escabel ó tarima á mis pies, admirando cómo he sabido sacar de tu orgullo y de tus desprecios mi triunfo y mi gloria, el triunfo de mi poder y el triunfo de mi justicia: *Et Deus sanctus sanctificabitur in justicia.*»

«El Señor ha reinado, dice el Profeta; ¡que la tierra se regocije, y que las islas mas remotas salten de gozo y alegría!» «El Señor ha reinado, dice el mismo Profeta.» ¿No hay aquí una contradiccion, hermanos mios, y dos reinos

incompatibles? El imperio de Dios no se ejerce siempre de un mismo modo. Reina ahora por su misericordia y su bondad; calla, disimula, nos previene y nos perdona; y ved aquí el fundamento de este gozo, al cual nos convida el Profeta. Reinará al fin de los siglos por su justicia, y ved el fundamento de este espanto que el Profeta nos inspira. Entonces triunfará porque no habrá mas razones que la oscurezcan, dilaciones que la retarden, ni respetos que la templan y mitiguen.

Sobre la tierra no es mas que un problema. ¿Quién no la juzga hoy temerariamente? El justo mismo se alarma, su piedad se turba; si no prorrumpe en blasfemias, se queja y murmura en tono bajo; y yo os confieso ¡gran Dios! que, cuando veo la paz de los pecadores, por mas sometido que estoy á vuestros adorables designios, mis pies, como los del Profeta, tiemblan, y parece que casi me anuncian la caída de mi fé. Sin embargo Vos sois justo; ¿quién se atreverá á negarlo? No, su justicia no está dormida, no está suspendida; su día no ha llegado todavía; no se oculta ahora sino para resplandecer mas vivamente en el siglo futuro en que desa-

parecerán todas las nubes, y se desharán todas las dudas. ¡Oh maravilla! ¡oh triunfo! El hombre no será el temerario escudriñador de las obras de Dios; será el confidente y el testigo. Lo que no era al juicio de los sentidos sino injusticia y desorden, no ofrece mas que un encadenamiento de prodigios y una adorable economía; no se vé por todas partes sino un orden admirable que no se desmiente jamás. Los predestinados, los reprobos, los Angeles y los hombres, el cielo y el infierno clamarán en un transparte comun que los decretos del Altísimo no tuvieron nunca otro cimiento que una equidad inalterable. *Et Deus sanctus sanctificabitur in justicia.*

No hay mas dilaciones que retarden la justicia divina. ¡Triste, pero adorable verdad! Dios no podrá dilatar mas sus venganzas. Nosotros tocamos en fin este dia formidable en que, segun la Escritura, no habrá mas tiempo, mas tiempo de salud, mas tiempo de méritos; este dia, ó mas bien esta noche en que el hombre no podrá obrar mas; este dia que viene de lejos, dice Isaías, porque se adelanta lentamente y en la calma de la justicia divina.

La mies está madura: *maturabit messis*; los lagares rebosan por todas partes; es preciso recoger los frutos de vida ó de muerte; la medida de los delitos se ha llenado; el Señor se ha cansado de arrepentirse; su reino ha llegado. Las riquezas de la paciencia y de la larga esperanza se han agotado; la obra de la gracia se ha cumplido; el misterio de la predestinacion se ha consumado; el reino de la fé ha cesado; el estado de todos los hombres está inmutablemente fijado; el manantial de la sangre de Jesucristo se ha cegado para siempre. ¿Quién no tiembla delante de este gran momento, de este momento decisivo, de este momento tan tardío de la justicia divina? Yo os lo anuncio temblando: ved aquí el fin de la misericordia, el fin de todas las esperanzas, el fin de todos los destinos. *Finis venit, venit finis sepe te.* Yá el libro de la eternidad aparece en las manos del soberano juez. Este libro formidable en que el Profeta Ezequel no vió sino lamentaciones y anatemas, este libro en que están grabados con un buril de bronce los crímenes de todos los siglos; este libro augusto que el Cordero solo tiene derecho de abrir; este Evangelio eterno

que estuvo siempre colocado á la diestra de Dios vivo, que tenia oculto en sus tesoros, vá á mostrarse á las generaciones atónitas. ¡Venid y ved, hombres de todas las edades y de todas las naciones, ministros del Santuario, monarcas, súbditos, magistrados, filósofos, cristianos, idólatras, grandes y pequeños, ricos y pobres, justos y pecadores! Este libro está escrito por las manos mismas de la verdad. No se hallan en este libro los altos hechos de la historia, los triunfos de los héroes, las especulaciones de los filósofos, los anales de los tiempos, los fastos de las naciones, ni la caída ó elevación de las monarquías. Las victorias de la fé sobre el mundo, los progresos de la gracia en las almas, las guerras del espíritu contra la carne, las virtudes y los vicios, ved aquí lo que se encontrará en estos registros espantosos. Venid y examinad de mas cerca. *Veni et vide*. Admirad la vida de los justos. ¡Oh! ¡qué largos son sus dias! Todos sus instantes tienen un valor infinito. ¡Que de méritos! ¡qué de tesoros acumulados! ¡Qué dulces son sus lágrimas ahora que están derramadas! Ahora se verá que nada era grande ni noble á los ojos de Dios sino sola la virtud. Venid y pro-

fundidad de mas cerca: *Veni et vide*. ¡Qué de crímenes en tropel se reproducirán en este día! ¡Cuántos que se cometieron sin remordimientos! ¡cuántos que ni se sospecharon! ¡cuántos que se miraban acá como debilidades, serán contados entre las grandes iniquidades, contra las cuales el tierno corazon de Jesucristo no se abrirá sino al odio, y es el último triunfo de su justicia, que no habrá mas contemplaciones que la mitiguen!

La sangre de Jesucristo no puede haberse derramado inutilmente para nadie; es preciso que haga ó la felicidad soberana de los unos, ó la desgracia de los otros; es un remunerador magnífico de unos, y un vengador implacable de otros. «Ingratos, dirá Jesucristo á los malos, Yo voy á medir por mis beneficios los castigos que os preparo; ellos han sido sin número, y mi venganza no tendrá límites. Yo lo he hecho todo para salvaros; lo haré todo para perderos; no espereis entermecerme; todo lo que desarmaba mi cólera, ahora la mantiene é inflama. Vosotros derramais lágrimas, y yo he derramado toda mi sangre; aun cuando no hubiera derramado sino una sola gota, arrojado

un solo suspiro, y una sola lágrima, esta sola gota de sangre, este solo suspiro, esta sola lágrima hubiera bastado para abrir este abismo de males en que vais á ser precipitados.

No busquemos otra razon del inflexible rigor del soberano Juez; él se la debe á sí mismo, su equidad y su gloria lo exigen; hay un término en que la bondad se hace una debilidad y aun una injusticia. Los mismos condenados aplaudirán esta espantosa verdad. El amor de Jesucristo los atormentará mas que sus propios suplicios; su ingratitude á este mismo amor los despedazará mil veces mas que el rigor de las penas que padecen. Hasta aquí, hermanos míos, no habeis oido sino las palabras de un hombre; escuchad ahora las palabras de Dios mismo. El que se dejó oir de la nada, se dirige á los réprobos. «Retiraos, les dice con todo el ímpetu de su cólera; retiraos, malditos, al fuego eterno.» ¡Oh desgracia! ¡oh desesperacion! ¿Habeis sentido toda la fuerza de estas palabras? «¡Retiraos, malditos, al fuego eterno!..»

El Padre S. Gerónimo estaba siempre herido del sonido de la trompeta; por lo que á mí toca, solo me espantan estas palabras: Reti-

raos! no oigo mas que estas palabras: ¡Retiraos! No veo nada mas formidable en la catástrofe del juicio último que estas palabras: ¡Retiraos, malditos, al fuego eterno!

¡Que estas palabras os persiguan sin intermision, cristianos, que os importunen á cada instante, que suenen sin cesar á vuestros oidos, que despierten vuestros remordimientos, que apaciguen vuestros furoros, que estingan vuestros odios, que desarmen vuestras venganzas, que apaguen vuestra codicia, que turben vuestros placeres, vuestras locas reuniones y vuestros festines licenciosos! Oponedlas como un muro de bronce á la fogosidad de vuestras pasiones, y temblad delante de esta sentencia profundamente meditada: ¡Retiraos, malditos, al fuego eterno! ¿Cuál será el espanto de los pecadores, cuál su desesperacion, cuando oigan pronunciar estas palabras por el Señor del mundo, cuya voz terrible rompe los cédros, conmueve los desiertos y reduce á humo las montañas? El mugido de su trueno, el resplandor de su trono, el sonido de su voz, la magestad de sus miradas, el aparato de su corte, el espectáculo de su gloria darán á esta sentencia

tan formidable en sí misma una energía y un fuego que, penetrando las almas criminales, ya trastornadas por el estruendo de los elementos, despedazadas por el gusano roedor de la conciencia, les hará sentir tan crueles dolores como los tormentos del infierno.

En fin, todo está consumado. A los tristes acentos del dolor sucede el silencio de la consternación.

El Arbitro soberano suspende él mismo su ira para dejar hablar los remordimientos. En este momento el infierno dilata sus abismos; el triste ruido de las cadenas abrasadas se hace oír á lo lejos; el cielo cierra para siempre sus puertas; la virtud no tiene mas que temer; el vicio no tiene mas que esperar. Ya los culpables han desaparecido. ¡Oh Dios mio! ¿dónde están ellos? ¡Mi Dios! ¿dónde estaremos nosotros mismos? La muerte no tiene mas imperio sobre los Hijos de Adan, todo se hace permanente y durable como Dios. Todo lo que no es ó teatro de sus rigores ó de sus recompensas, es sepultado en la nada; el dia único de la eternidad brilla en todo su resplandor, y comienza su reino inalterabel.

¡Hermanos míos! la ceguera de los hombres me espanta. No, no es solamente el aparato de este gran día, la inexorable severidad de mi juez, los horrores del infierno los que me turban y consternan; lo que hiela mis sentidos, lo que confunde todas mis ideas, es la disipación perpetua en que vivimos, es este espíritu de vértigo, este encantamiento universal que nos distrae, y que impide fijar nuestra atención en la eternidad, en el siglo venidero. ¡Ay! este siglo se abre para la mayor parte de nosotros antes que este se cierre. El tiempo pasa; inmóvil en la apariencia, derriba en la apariencia todo lo que nos rodea, y mina sordamente los fundamentos del Universo. Nuestros años se precipitan, nuestras generaciones se hunden, pasan como las olas, se aprietan, se empujan, se amontonan, se apresuran á abismarse y extinguirse. Entre este gozo turbulento, estos placeres ardientes, estas fiestas tumultuosas, entre todo este brillante ruido que nos aturde y nos disipa, la eternidad camina á grandes pasos en el silencio, y al punto vá á hacer desaparecer para cada uno de nosotros todas las mentiras de la vida; dentro de un momento, y el se-

pulcro vá á abrirse ; todavía un momento, y héos aquí entre las manos de vuestro Juez, acusados, convencidos, condenados, entregados á los ardores sempiternos.

Sin embargo, vosotros no veis sino á lo lejos estos lúgubres objetos; representais con tranquilidad sobre el frágil teatro de la vida; correis danzando á precipitaros en el abismo. Al salir de aquí volveréis á seguir vuestros placeres, el siglo os arrebatará en su corriente, y la eternidad se olvidará. Una nada, una diversion frívola, un vano espectáculo, un fútil proyecto harán desvanecer tan grandes intereses. ¡Oh mi Dios! ¿y se atreven despues á pedirnos razon del rigor de vuestros juicios, como si nuestros excesos no fueran su completa apología? ¡Hermanos míos! seamos consiguietes una vez; nuestra suerte es incierta; ¿nuestro juez nos sera favorable ó no lo será? ¿Por ventura estoy escrito en el número de los buenos? Acaso lo estaré en el de los réprobos... Quizá, quizá!... ¡Espantosa incertidumbre! Id, hermanos míos, y que cada uno, retirándose en silencio, medite utilmente estas reflexiones profundas. ASI SEA.



caros amigos, son nuestros hermanos; solicitan
nuestra compasion por sus sufridos, por el
amor que nos hay en la caridad que
debemos tener con ellos. ¿Aguar espantados?
¡horrible situacion! ¿tantos calabozos?
¿lo es la propia miseria del amor
que Dios exige de nosotros hacia él y hacia con
nuestros hermanos que son todos los hombres.

SERMON

SOBRE

EL PURGATORIO.



Misericordia et veritas obviaverunt sibi: justitia et pax osculatae sunt.

La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se abrazaron.

Salmo LXXXIV, v. 11.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

ENTREVER la patria y no poder entrar en ella, y no solo no entrar en ella, sino sentir una mano invisible que nos arroja en los horrores del mas sombrío calabozo: abrasarse de sed, y no poder llegar al agua; anhelar la luz, y verse sumergido en profundas tinieblas, ¡qué suplicio tan horrible! El mas estraño, el mayor enemigo nuestro nos moveria á lástima y compasion;

pero los que arden en esas llamas, los que habitan aquellas horribles tinieblas, son nuestros caros amigos, son nuestros hermanos; solicitan nuestra compasion por sus suspiros, por el amor que nos tuvieron, y por la caridad que debemos tener con ellos. ¡Lugar espantoso! ¡horrenda situacion! ¡lastimosa calamidad! ¡tan cierta como justa! Sí; la existencia del purgatorio es la prueba mas irrefragable del amor que Dios exige de nosotros hácia él y para con nuestros hermanos, que son todos los hombres. Para con él, supuesto que el pecado venial, la menor imperfeccion del amor que le debemos, puede suspender despues de esta vida nuestra felicidad mientras duran los siglos, que despues no habrá mas purgatorio. Para con nuestros hermanos, supuesto que los seguimos y auxiliamos con nuestras oraciones, cuando no tenemos ya nada terreno que esperar de ellos. Ninguna otra verdad católica muestra mejor desde este mundo la perfeccion cristiana, el amor de Dios y del projimo. Si el infierno hace conocer el horror que tiene Dios al pecado mortal, el purgatorio demuestra cuánto aborrece la imperfeccion del amor y todo lo que le debilita. El

purgatorio es un medio entre el cielo y el infierno. Allí se encuentra la misericordia y la justicia: *Misericordia et veritas obviaverunt sibi; justicia et pax obsulatae sunt.* Todo queda satisfecho, el amor de Dios y su justicia; porque el purgatorio es al mismo tiempo un lugar de penas y un lugar de esperanzas. Para hacer patente esta verdad, saludemos antes á la Reina de los Angeles y Madre de los afligidos con las palabras del Angel.

AVE MARIA.

Existe un lugar de penas que llamamos purgatorio, en que las almas pagan las faltas ligeras de esta vida, donde ya no pueden merecer. Esta es una de aquellas verdades, Illmo. Sor. que no se han borrado de la fé de los pueblos, y que se publicaba en medio de las tinieblas del paganismo. «Aquellos, dice Platon, filósofo gentil, cuya vida no ha sido ni enteramente criminal, ni absolutamente inocente, padecen penas proporcionadas á sus faltas, hasta que purificados de sus manchas, sean puestos en libertad y reciban la recompensa de sus buenas ac-

ciones.» Los Judíos profesaban esta misma creencia, y en el segundo libro de los Macabeos se llama *pensamiento santo y provechoso rogar á Dios por los muertos del purgatorio*, que en el infierno no hay rescate, para que sean libres de sus pecados, esto es de las penas debidas á los pecados, pues los pecados no se perdonan en la otra vida. Cuando Jesucristo vino, encontró al mundo orando por los muertos, y no reformó esta práctica, que Tertuliano llamaba *la tradicion ó el depósito de la fé*. Por eso decia S. Agustin: «¡Señor! hacedme tal que no merezca ni el fuego que desespera, ni el fuego que purifica; fuego mas formidable que cuantos tormentos pueden padecerse en esta vida.» Como el espíritu limpio y purificado no puede desear mas en otra parte que en Dios, por ser el fin único de su creacion, así el pecado no tiene otro lugar que el infierno, habiéndoselo ordenado Dios como su fin. Asi que en el instante mismo en que el espíritu se separa del cuerpo, el alma vá al lugar que le está destinado, sin otro guia que el pecado, cuando sale del cuerpo en pecado mortal. Por manera que si el alma no se hallase en aquel momento en el lugar que le está

destinado por la justicia de Dios, quedaria en un infierno mucho mayor que el verdadero, por estar fuera de su lugar. No hallando lugar mas conveniente para ella que el infierno, segun el órden establecido por Dios, se arroja dentro como en su propio lugar.

Apliquemos ahora esta doctrina al purgatorio. «Cuando el alma al salir del cuerpo no se halla tan pura como debiera, y siente que no se le puede quitar aquel impedimento, sino por medio del lugar de la espiacion, se deja caer en él con presteza y muy de su voluntad; y si por desgracia no encontrase este lugar capaz de quitarle aquel estorbo ó mancha para llegar á la vista de Dios, en aquel momento se levantaria en ella un infierno mucho peor que el purgatorio. Y este deseo de ir á Dios es tan urgente, que todo el horror del purgatorio es nada en comparacion suya, á pesar de ser muy semejante al infierno.» Todo esto dice Sta. Catalina de Génova. «Yo veo, continua la Santa, que por parte de Dios el paraíso no tiene puertas, y su entrada está á todos accesible, porque Dios es todo misericordia, y está de continuo hácia nosotros con los brazos abiertos para recibirnos

en su gloria. Pero veo al mismo tiempo, que aquella divina esencia es tan pura, que el alma que tenga tan solo una levísima mancha de imperfeccion, antes se arrojaría en mil infiernos, que hallarse con aquella mancha en la presencia de la divina Magestad. Y por eso, viendo ella misma el purgatorio destinado para lavarse de aquella mancha, se echa en él muy de su grado, pareciéndole hallar en él un exceso de divina misericordia. No hay lengua que pueda espresar, ni entendimiento que pueda penetrar la importancia del purgatorio; y sí solo comprender que, no obstante de ser de tanta pena como la del infierno, el alma que conoce en sí la mas mínima mancha de imperfeccion, le recibe como un don de misericordia, no estimando casi en nada sus padecimientos, comparados con la felicidad de librarse de aquella que la impide unirse á su Dios.» Esto no quita que las penas del purgatorio sean terribles; tanto que no se puedan espresar por ninguna lengua humana. Segun el language de la Iglesia, el purgatorio es una morada ó region sombría, un lugar de tribulaciones, de gemidos; un lago profundo. Tiene las ataduras y el cautiverio, las tinieblas

y las llamas voraces del infierno; todo menos la desesperacion y la eternidad. A las almas del cielo la eternidad parece un momento; á las almas del purgatorio, no viviendo mas que de deseos insaciables, tan inciertas del dia de su libertad, como lo estamos en el mundo del dia de nuestra muerte, los momentos les parecen una eternidad. Si la mano de Dios no las contuviera, las almas del purgatorio no podrian soportar este estado. El fuego que las abrasa es un fuego infatigable. Pero ¿qué han hecho estas almas para ser asi tratadas? ¡Aman á Dios, y Dios las castiga! Es que no le amaron ni le aman como quiere y merece ser amado. ¡Cuántas almas saldrán de esta vida cargadas de virtudes, que no tengan aquella pureza interior, sin la cual no se puede ver á Dios! Necesitarán ser purificadas por aquel fuego celoso que no dejará nada al alma de cuanto la apega á sí misma. Asi el fuego del purgatorio hace conocer el odio que Dios tiene á todo lo que debilita su amor, pues trata con tanto rigor á las almas que ama y de quienes es amado. ¡Oh tormentos del amor! ¡Que nos consuma aquí su amor, para no ser consumidos allá por su justicia! «¡Oh! si nosotros supiéramos

mos, exclama un santo Padre, lo que es nuestra alma para el corazón de Dios!... Esta no puede vivir sin él, y el amor de Dios no está satisfecho sin ella: es mas que la respiración para nuestros corazones. El que impidiera mi respiración, sofocaría mi corazón. No puedo yo creer que hago violencia al corazón de Dios, cuando mi alma sigue las divinas inspiraciones que la atraen á ella para descansar en su seno. ¡Oh alma mia que llevas en tí la imagen de Dios, espíritu de su espíritu, suspiro de su corazón lleno de amor hácia tí! ¡ama á ese Dios que tanto te ha amado! ¡ámale única y ardientemente, y abrázate en las llamas de su divino amor!

Los condenados no sienten mas que la justicia de Dios. Los justos en el purgatorio experimentan la justicia y el amor: conocen con mas viveza cuánto les ha amado Dios por todas las gracias que recibieron de él en la tierra, y cuánto les ama por todos los bienes que les prepara. Saben que no pueden ofrecer ya nada á Dios para manifestar su amor; pero el amor de sus hermanos que han quedado en la tierra abrevia el tiempo de su destierro: nosotros sus amigos y sus parientes podemos ser sus liber-

tadores. Este pensamiento nos consuela y fortifica.

«Si los penitentes mueren, dice el santo Concilio de Florencia, antes de haber satisfecho por sus pecados, sus almas son purificadas después de la muerte con penas vivas; pero pueden aliviarlas los sufragios, los sacrificios, las oraciones y las limosnas que los fieles vivos acostumbran hacer por los muertos, según el uso de las Iglesias.» El Concilio de Trento ha hablado como el de Florencia, como todas las Iglesias. Así el amor de Dios y del prójimo es siempre el principio de todas las gracias alcanzadas á las almas del purgatorio; el amor de Dios y de sus hermanos ha hecho el mérito de los Santos; el amor de Dios y de los hombres ha producido el sacrificio de Jesucristo; el amor de Dios y de los hombres es el mérito de nuestras oraciones. La caridad, pues, es el vínculo de todas las iglesias, de la iglesia de los bienaventurados, de la iglesia paciente en el purgatorio, y de la iglesia militante en la tierra. Derramemos lágrimas redentoras por las almas del purgatorio, como dice S. Ambrosio. Un cristiano que no hubiese orado jamás por ellas,

seria incapaz, según el pensamiento de un autor habil, de aprovecharse en el purgatorio de las oraciones que la iglesia ofreciera por él. ¡Ah! si amais verdaderamente á vuestros amigos, almas tiernas ¿permanecereis en el pecado, supuesto que en tal estado no podeis hacer nada por ellos? Llorad por vosotros, y desde aquel instante podeis orar eficazmente por aquellos á quienes amais. Hay, empero, una oración siempre agradable á Dios: es la oración eterna, el santo sacrificio, porque este sacrificio es la manifestación mas grande del amor de Dios. Es el corazón del mundo de donde se reparte la sangre á todos los miembros, renovándose continuamente por su medio la comunicación entre el cielo y la tierra. Los Santos de Dios ruegan por nosotros, y nosotros rogamos por las almas del purgatorio. La comunión de los Santos es la comunión de los bienes espirituales entre los fieles; solo el infierno no participa de esta comunión.

Hay tres lugares (dejemos por ahora el limbo de los niños que mueren sin el bautismo) adonde van las almas al salir de sus cuerpos, y el instante de la muerte las fija

para siempre en el amor ó el odio: cielo, purgatorio é infierno. ¿No vemos almas en pecado mortal en angustias insoportables, entre los ardores de un fuego que les consume? Este es el infierno de este mundo. ¿No vemos á otras que haciendo en todo la voluntad divina, gozan yá del cielo desde esta vida? La tibieza, la flojedad, el desaliento, la impaciencia, la repugnancia, los disgustos, el desfallecimiento, la tristeza, el fastidio, la duda entre Dios y el mundo que sufren muchas almas que por otra prefieren á Dios á todo: ved aquí el purgatorio de la tierra. ¡Admirable semejanza, y maravillosa sabiduría de Dios en la invencion del purgatorio y del infierno! Acordaos de lo que dije al principio: que las almas del purgatorio están en una situacion de penas y consuelos, de dolor y alegría, de fuego y de inefable refrigerio. Quanto mas padecen, mas gracias dan al Dios que las castiga, pues que cada suplicio muestra, asegura y acerca la eternidad de la bienaventuranza. El Dios que ha dicho: *Bienaventurados los que padecen*, nos ha dado una especie de gusto anticipado de aquel padecer desde este mundo. ¿No experimentais

que cada desgracia recibida y soportada en la tierra con resignacion y amor, se mitiga con la esperanza del bien supremo que promete y asegura? Pues en el purgatorio no hay promesas, porque la bienaventuranza es cierta. «En medio de sus tormentos, los justos del purgatorio se hallan tan íntimamente trasformados en la voluntad de Dios, dice la Santa ya citada, que se conforman gustosos y en todo á su santísima disposicion. Si un alma se presentase á la vista de Dios quedándole aun algo que purgar, recibiria una injuria mas intolerable para ella, que diez purgatorios; y viendo que Dios no está plenamente satisfecho, preferiria mil infiernos antes que estar en la divina presencia sin hallarse aun del todo purificada.» No obstante tan grande conformidad de estas almas con la voluntad divina, son tan intensas sus penas que Dios solo puede comprenderlas, y no se puede menos de esclamar, como decia hacerlo Sta. Catalina, que veia en la luz divina los tormentos del purgatorio. «Quisiera, decia, dar tan fuerte grito, que aterrarse á los hombres todos que viven sobre la tierra, y decirles: ¡Infelices! ¿cómo os dejais alucinar por ese mundo, y no

cuidais de preveniros para la importantísima necesidad que experimentaréis cuando murais? Todos os escudais con la esperanza de la misericordia de Dios, que decis ser grande; pero ¿no veis que su misma bondad clamará contra vosotros en el juicio, por haber obrado contra la voluntad de un Señor tan bueno que no puede prescindir de su justicia, y es indispensable que quede en algun modo satisfecha? Pues ahora, si la misericordia es la virtud de la tierra; si debe ser tan grande como es la desgracia; si no puede haber misericordia en la otra vida para quien no la ejerce en esta ¿qué objeto mas propio para conmover todas nuestras entrañas que la consideracion de las penas sufridas en el purgatorio? ¿Y podemos hacer cosa mas agradable á Dios que mitigar su justicia para con aquellas almas justas, y dejarle á él solo su misericordia toda entera? *Miseremini mei saltem, vos amici mei.* ¿Hay cosa mas dulce que conversar con los que ya no existen, y saber que nuestras oraciones alivian sus penas? *Miseremini mei etc.* «¡Oh vosotros! nos gritan estas almas; ¡oh vosotros! que nos quisisteis tanto en el mundo; que participasteis de nuestros con-

tentos; que siempre estuvisteis á nuestro lado, y visteis nuestras penas! ¡libradnos ahora de estas miserias, sacadnos de este lago de fuego que devora nuestras almas! *Miseremini mei etc.* ¡Amigos nuestros! tened compasion de la mano que nos castiga y que solo puede ser desviada por vosotros. *Miseremini etc.* En el mundo contabamos con vosotros, teniamos parientes, hijos, riquezas y honores; teniamos el consuelo del espectáculo de toda la naturaleza y del arte; el encanto del espectáculo del cielo; gozábamos de las maravillas de la naturaleza. Cuando en la tierra mil objetos nos distraian del dolor, ahora se ha apoderado este de todas nuestras almas. *Miseremini mei etc.* En el mundo teniamos nuestro recurso en los pies, en las manos, en la lengua; aquí ni tenemos pies para andar, manos para coger, ni lengua para pedir. *Miseremini etc.*» Pues ¡qué! ¿tan grande sacrificio es un ayuno, una limosna, una oracion, una indulgencia, aplicadas á estas almas, y alguna comunión en sufragio de ellas? ¿Habeis de ser tan insensibles y tan duros, nos gritan todavía estas traspasadas almas, como los amigos de Job, que agraveis nuestro dolor,

remacheis nuestras cadenas, y que no penseis sino saciaros con nuestros bienes y con nuestras propias carnes? ¡Amigos dolosos, amigos infieles, que nos abandonais en el tiempo de la tribulacion! ¿no podeis libraros de ella y romper nuestras cadenas, como el Angel las de S. Pedro?» ¿Abandonaron los suyos á Daniel? ¿Qué sirve el hermano para el hermano, si no ofrece el precio de la redencion por el alma del hermano? Ellas padecen y pocos piensan aliviarlas en sus penas. ¡Cuántos pisarán el sepulcro de sus padres, y no dirán: *La bendicion de Dios sea sobre ellos!* Pasarán como las inundaciones de invierno, como se pasa por un lugar apestado, ¿No son dignas de lástima esas almas cuyas lágrimas no se pueden ver, cuyos gemidos no se pueden oír?

Clamemos, pues, al Señor por ellas, como clama la Iglesia por la voz de sus ministros: «Escuchad, dicen, escuchad ¡Señor! los gritos de dolor, los gritos de alegría, las plegarias de los fieles; inclina tu oído á nuestras oraciones; imploramos tu misericordia para que traslades el alma de tus siervos á la region de la paz y de la luz.» Clamamos á tí ¡Señor! para que tu cle-

mencia, implorada por la caritativa compasion de estos devotos en favor de los difuntos, les proporcione la vista de vuestra cara por que anhelan. Clamamos á tí ¡Señor! con grito mas penetrante que los Israelitas clamaban á las riberas del Eúfrates por el fin de su cautiverio, para que abrevieis la cautividad del purgatorio. Clamamos á tí ¡Señor! para que suspendas tu justicia y te entregues todo á tu misericordia para con esas almas tus esposas. Y pues que el purgatorio es un lugar de esperanza, clamamos á tí ¡Señor! para que se cumpla, y llenemos la confianza de los que hoy esperan de nosotros su remedio. Pues que el purgatorio es un lugar de espiacion, clamamos á tí ¡Señor! para que no pasemos por él. ¿Y qué medio, hermanos míos? Vivir y morir de amor. Amemos los sacrificios, amemos los padecimientos; amemos padeciendo, y padezcamos con tal que amemos. No se muere al mundo sin dolor, porque el dolor es necesario para morir al mundo; amemos los trabajos, y ellos servirán para nuestra felicidad, puesto que padecer de este modo es ser semejante á Cristo; es ser deificado. Los trabajos son la prueba del amor

del hombre á Dios, como la felicidad es la prueba del amor de Dios al hombre. El padecimiento voluntario es de este mundo; el padecer forzado en espiacion de sus manchas es el purgatorio; el gozo es el cielo. Procurémosle para las almas del purgatorio en este dia, y para nosotros en el fin de nuestra vida. AMEN.*



¿Qué objeto es esto que ha inflamado tanto pueblo? ¿Qué fiesta es esta que viene á celebrar tantas gentes? ¿Qué encierra de sublime y extraordinario este templo, que así anima vuestra fé y pone en movimiento vuestras eternas esperanzas? ¿Qué constituye este santo lugar para que acudais tan fervorosas á depositar vuestros votos, y á esponer vuestras miserias? ¡Oh!

del hombre á Dios, como la felicidad es la prueba del amor de Dios al hombre. El purgatorio voluntario es de este mundo; el purgatorio forzado en espacion de sus manchas es el purgatorio; el gozo es el cielo. Procura túmose para las almas del purgatorio en este día y para nosotros en el fin de nuestra vida. Amen.

¡Señor! para que suspendas tu justicia y te entregues todo á tu misericordia para todas las almas tus esposas. Y pues que el purgatorio es un lugar de esperanza, clamamos á ti, Señor, para que cumplas y llenes la confianza que hoy esperamos de nosotros su remedio. Pues que el purgatorio es un lugar de dolor, clamamos á ti, Señor, para que nos liberes de él. Y qué medio, hermanos míos? Vivir y morir de amor.



Amemos los sacrificios, amemos los padecimientos; amemos y padecemos con tal que amemos. No se muere al dolor sin dolor, porque el dolor es necesario para morir; amemos los trabajos, y ellos servirán para nuestra felicidad; puesto que padecer de esta modo es ser semejante á Cristo; es ser dedicado. Los trabajos son la prueba del amor.



SERMON

PREDICADO EN EL TEMPLO PARROQUIAL DE SAN PEDRO DE LA FUENTE, EXTRAMUROS DE ESTA CIUDAD, EL DÍA DE SU DEDICACION.



Elegi et sanctificavi locum istum.

He elegido y santificado este lugar.

Paralip. cap. VII del libro 2, v. 42. y 46.

¿Qué objeto es este que ha inflamado tanto pueblo? ¿Qué fiesta es esta que vienen á celebrar tantas gentes? ¿Qué encierra de sublime y extraordinario este templo, que así anima vuestra fé y pone en movimiento vuestras eternas esperanzas? ¿Qué contiene este santo lugar para qué acudais tan fervorosos á depositar vuestros votos, y á esponer vuestras miserias? ¡Oh!

es la nueva morada del Eterno; la dedicacion de vuestra nueva iglesia; el lugar de vuestro culto y de vuestra comunicacion con el cielo. ¡Gloria al Dios omnipotente é infinitamente santo! Despues de tantos dias de amarguísimo quebranto, de infinita desolacion, de una maldad nunca vista, de revoluciones nuevas sobre la tierra, de los triunfos de incredulidad que cantó sobre las ruinas de los templos una impiedad infernal, la misericordia de Dios suscitó é inflamó el celo de algunas almas piadosas que apartan los escombros, reparan las ruinas, y sobre el fondo único de su celo se levanta este nuevo edificio para continuar en él las divinas alabanzas. Justo es y muy debido que tributeis á Dios la debida accion de gracias, y os feliciteis mutuamente con motivo tan plausible como augusto. Este es el dia del Señor. Alegrémonos y regocijémonos en él. Verdaderamente no hay aquí otra cosa sino la casa de Dios y la puerta del cielo. Bien se puede aplicar á esta Ciudad y á esta piadosa poblacion lo que el Profeta Zacarías, en nombre de Dios, decia á los Israelitas: « Yo ardo con un celo ardiente por Jerusalem; y Sion es el objeto de mis complacen-

cias. Mi indignacion se ha vuelto contra las naciones opulentas, de quienes era víctima mi nacion escogida. Yo estaba contra ella un poco enojado, y ellas han servido á mi ira con exceso. En ella restableceré mi morada. El Señor volverá á consolar á Sion de sus antiguas desgracias, y conocerá Jerusalem que es ciudad escogida.» Alegraos y regocijaos este dia, que es el dia santo del Señor.

Para comprender los sentimientos de ternura, piedad y devocion que hoy os deben animar, os traeré á la memoria los que animaron á los Israelitas en la dedicacion del nuevo templo reedificado por Zarobabel á la vuelta de su largo cautiverio. Se presentaron con las trompetas los Sacerdotes, revestidos de sus ornamentos. Los Levitas se dejaron ver con los instrumentos músicos; se cantaron cánticos de alabanzas en honra del Dios de Jacob; se eligieron entre los salmos de David aquellos que decian mejor con la fiesta; y dividido el pueblo en muchos coros, respondieron á los músicos con harmonioso concierto; *porque es bueno; porque está lleno de misericordia el adorable Dueño á quien servimos*; ejercita su justicia

sobre su pueblo por algun tiempo, y lo colma de beneficios para siempre. En medio de tantos gritos de alegría y aclamaciones públicas con que resonaba la campiña hasta bien lejos, se veían caer lágrimas, y se oían gemidos lúgubres. Todó aquel aparato, todas aquellas señales de júbilo y de dolor se hacían porque el Señor les habia concedido la reedificacion del templo para ofrecerle holocaustos y víctimas de animales. ¡Cuáles y cuántas hubieran sido estas demostraciones, si hubieran gustado la carne y la sangre del Cordero inmaculado que vosotros gozais presente en ese nuevo altar! Tanto sobrepaja la gloria de este nuevo templo á la del templo de Salomon, edificado con una magnificencia tal que otra igual no se ha vuelto á ver sobre la tierra, cuanto escede la realidad á las figuras y la verdad á las sombras. Ved porque llenos de un vivo reconocimientó, y animados de una fé viva y de una esperanza firme y una caridad fervorosa, debeis entonar dentro de vuestro corazón este cántico de gratitud: *Porque es bueno, porque sus misericordias son eternas*, nuestro Dios se ha dignado favorecernos con una nueva morada, y es señal que quiere habitar

con nosotros para siempre. Asi será, si cuidais de darle el culto que se merecen sus infinitas perfecciones y sus adorables atributos.

¡Inocente Jesus de los hombres! hénos aquí poseidos de la confusion mas humilde: vergüenza tenemos, como Esdras, de levantar nuestros ojos hácia Vos, porque se han multiplicado nuestras maldades sobre nuestras cabezas, y porque desde el tiempo de nuestros padres se ha llegado á oír en el cielo la voz de nuestros delitos. Nosotros, tan culpables como ellos, nos hemos manchado con prevaricaciones enormes. Pero aun es tiempo de inclinar vuestra misericordia, de celebrar con Vos nuevo pacto, y formar mas estrechas relaciones. Pongo por garante de esta solemne resolucion la santidad de este templo, por testigo é intercesora para con Vos á vuestra Madre, á quien para ello saludamos con el Angel.

AVE MARIA.

Condénar y proscribir indiferentemente todo culto exterior y público para reducir la Religion entera á yo no sé qué adoracion puramente interior, seria desconocer juntamente la naturaleza

del hombre, la autoridad de todas las naciones, y la necesidad de los imperios. Sin duda que de los pensamientos del entendimiento y de los sentimientos de la voluntad depende la verdadera dignidad del hombre y el precio del culto que dé á su Criador; pero, al fin, el hombre no es una pura inteligencia; ha recibido de su Autor sentidos y órganos corporales para el ejercicio mismo de sus facultades espirituales. ¿Y no es indispensable que adore á su Criador con todo su ser, con su cuerpo como con el alma? ¿Cómo estaria penetrado de respeto y de amor á la Divinidad, sin manifestarlos exteriormente, sin convidar á sus semejantes, á lo menos con su ejemplo, á celebrar al Dios grande y bueno que él adora, reverencia y ama? ¿Hubo jamás sobre la tierra un pueblo que no haya manifestado su religion por signos sensibles, altares, oraciones, ceremonias y cánticos sagrados? No, no le ha habido, y no le habrá ciertamente. Templos, asambleas ó juntas religiosas y ceremonias sagradas, ved aquí lo que se halla en general en todos los pueblos del mundo; todos, impelidos por un sentimiento comun impreso en el fondo de su naturaleza, han tenido

un modo público y solemne de adorar á la Divinidad.

Segun esto, si alguno de esos corrompedores de los pueblos y las naciones nos hiciere observar gravemente que no es menester otro que este Universo en que el Criador hace brillar su gloria con tanta magnificencia; que la magestad del Altísimo no está ni puede encerrarse en las paredes de un recito material; que en todo lugar le estamos presentes; y que en todas partes puede oír nuestras súplicas y oraciones, no nos dejariamos engañar por este fastuoso language, y descubriríamos facilmente que este Doctor, por no pensar como el pueblo, es el ludibrio de la presuncion y del orgullo. Sin duda Dios no tiene necesidad de templo para sí mismo, á la manera que un Monarca tiene necesidad de un palacio para hacerle el asiento de su poder y su grandeza. Pero nosotros tenemos necesidad de los lugares especialmente consagrados al culto de Dios, sea para ayudar nuestra debilidad á elevarnos hasta el Autor de todo bien, sea para facilitarnos el medio de dirigirle oraciones mas fervorosas y mas meritorias, sea para ofrecerle todos juntos

alabanzas mas solemnes, y presentarnos como los hijos de una misma familia, delante de nuestro Padre comun. Nada, en efecto, es mas consolante para los hombres que un lugar en donde hallan la Divinidad mas presente, y en donde todos juntos hacen hablar su debilidad y su miseria.

Reparad en estos edificios sagrados que en las ciudades y los campos se elevan sobre todos los otros edificios. Sus formas antiguas y augustas los distingue de los edificios vulgares. No es ni el palacio del placer, ni el palacio de la opulencia; á la mayor distancia que los descubro, siento levantarse en mí ideas piadosas; al punto se me representa la casa del recogimiento y la oracion. Al acercarme á la puerta de este templo, he experimentado un respetuoso recogimiento. Me parece haber penetrado las barreras del mundo, y haberme trasportado á un lugar inaccesible al tumulto del siglo y á las agitaciones de la vida humana. Mis sentidos están aquí como trasformados, mi alma mas ocupada de pensamientos eternos, y mis pasiones apaciguadas. No he podido menos de reflexionar sobre mí mismo, de ocuparme de mi alma,

de Dios que me ha criado, y de la suerte que me tiene destinada en la otra vida. ¡Qué de objetos capaces de hacer sobre mí dichas impresiones de virtud, si yo no he perdido los principios y los sentimientos de la fé, ó de reducirme á ellos, si he tenido la desgracia de olvidarlos! Y esto mismo que me sucede á mí ¿no pasa tambien por vosotros? Pensadlo bien; yo asi lo creo. Aquí está esa pila saludable para purificar vuestros hijos; ella me recuerda que apenas entrado en la carrera de la vida, fui consagrado al Dios del cielo y de la tierra, al servicio del Padre omnipotente que me habia dado el ser, sin yo conocerle todavía. Esta es la cátedra de la verdad que ha de ilustrar vuestros entendimientos, inflamar vuestras voluntades, despertar los remordimientos como las esperanzas, afirmar á los buenos, reanimar á los indolentes y reducir á los que se extravian. ¿Qué mas veo yo en este templo? La cruz, ese monumento visible del amor de Jesucristo; compendio misterioso de toda la religion; memorial de lo que se debe creer, esperar y amar. Hay gentes para quienes este signo de salud lo es de odio y rabia satánica.

«¡Ah! diré yo con un hombre muy piadoso, plantad esta cruz sobre la cima de los palacios para reducir á la virtud á los ricos y los grandes; plantadla sobre el humilde techo del pobre para instruirle en la paciencia y resignacion, que no hay maestro mas hábil que Jesucristo muriendo sobre la cruz.»

¿Qué mas veo yo en este templo? La mesa santa, donde recibireis el alimento celestial que hace morir todos los vicios, y nacer todas las virtudes. Asi que los templos cristianos no tienen nada que no llame de continuo la atencion de los mortales á pensamientos divinos.

¿Y que debemos pensar de las juntas que se celebran en ellos? Aquí es donde se vé toda la superioridad de nuestro culto y de nuestra religion sobre todas las religiones de la tierra. El paganismo tenia sus fiestas y sus solemnidades para atraer al pueblo; pero muchas veces eran infames ó cruéles como las divinidades que eran el objeto de ellas. Los Judíos tenían el templo mas magnífico del Universo, el orden y la pompa de las ceremonias, la magestuosa dignidad del gran Sacerdote y los Levitas, el acento armonioso de los cánticos con que se

celebraban las alabanzas del Dios verdadero, los milagros de su poder y su bondad. Todo esto era muy á propósito para elevar las almas y hacer sobre ellas impresiones saludables; pero estaba reservado á nuestra Religion hacer de las juntas religiosas una escuela de virtud para todas las clases y todas las edades. ¡Qué sublime pensamiento el juntar el pueblo para instruirle de sus deberes y consolarle de los males de la vida! Durante el curso del año, cada semana tiene su día de descanso, y es por excelencia el día del Señor; el artesano deja su taller, el labrador su arado y el letrado sus estudios. Todo se conmueve juntamente en los campos como en las ciudades; los viejos como los niños, los ricos como los pobres, todos se presentan en los templos. Aquí las familias se ven y reunen, las antiguas relaciones se estrechan, se forman otras nuevas; de este modo las costumbres se dulcifican, los hombres más rústicos se humanizan, y el día consagrado á los ejercicios públicos de la Religion es de todos el más precioso para la patria. Ved al pueblo reunido al rededor de la cátedra de la verdad. En ella todos los vicios son reprendidos, todas

las virtudes enseñadas. En ella se enseña al pobre á ser resignado, al rico á ser compasivo, al viejo á santificar los pocos dias que le quedan, al jóven á desconfiar de los engaños de su edad. Aquí no se alaba, no se estima sino lo que es bueno, lo que es honesto, lo que constituye al buen padre, al buen hijo, al buen hermano, lo que mantiene la paz doméstica, y hace florecer las buenas costumbres en las familias. Y si es cierto que el culto que damos á Dios en sus templos es un poderoso medio de unir á los hombres, de dulcificar las costumbres, de inspirarles sentimientos de benevolencia, y de contener las pasiones en los límites del deber; por la razon contraria, la falta de este culto no podria producir sino turbacion, confusion y la ruina entera de las costumbres. ¡Qué insensatos los que dudan de esto! Sin el culto público de la Religion ¿qué sucederia? El fin del mundo ó el horror sempiterno del infierno.

Yo paso á las ceremonias sagradas, y bajo de este nombre comprendo el aparato del culto cristiano, y la série de ceremonias y ritos exteriores. No puedo menos de admirar la sabiduría de la Iglesia, que ha sabido mantenerse igual-

mente distante de los dos extremos que se deben evitar. Por una parte sabe cuánto imperio tienen las cosas sensibles sobre el corazón del hombre, que los órganos corporales son un medio poderoso para despertar en las almas sentimientos de gozo ó de dolor, de terror ó de piedad, de temor ó de esperanza; que el espíritu, naturalmente inquieto, tiene necesidad de ser cautivado; y hé aquí porque ella emplea delante de nosotros un orden, una série de ceremonias propias para alimentar la piedad. Pero al mismo tiempo advierte sin cesar á sus hijos que Dios quiere ser adorado en espíritu y en verdad; que las ofrendas exteriores son nada sin la del corazón; que no se debe colocar exclusivamente su confianza en un objeto bendito, en un altar particular, en una vela encendida, en una imagen, en ciertas preces ú oraciones; que estos son medios de piedad, y no la piedad misma; y que el culto todo debe encaminarse á hacer nacer el amor de Dios y de los hombres. Así todo se concilia: las ceremonias se conservan, y el verdadero espíritu del culto se mantiene. ¿Cuál es el dogma ó el precepto que no sea representado y como simbolizado

*

por algun punto del culto católico? Ese signo venerable que el católico imprime tantas veces sobre su frente, le recuerda el mas alto de los misterios: el misterio de la Trinidad Santísima. El bautismo con la série de sus ceremonias supone el pecado original; el culto de los Santos presupone la inmortalidad de nuestras almas; las oraciones por los muertos, el lugar de las penas espiatorias para los que no han satisfecho plenamente á la justicia divina; y la oracion en general supone una Providencia atenta que vela sobre nosotros, y la necesidad que tenemos del socorro divino. Nada hay mas instructivo ni mas tierno que las lecciones y los ejemplos de Jesucristo. La Iglesia nos los retrata en la celebracion de los misterios de su vida, de su nacimiento, de sus sufrimientos, de su muerte y de su resurreccion.

De este modo la Religion cristiana se ha hecho popular, y entra en algun modo por todos los sentidos, para hacer en las almas impresiones saludables; y no es necesario mas que ojos para ver, oidos para oír, corazon para sentir, pues las ceremonias son como una série de cuadros, en que se puede ver sin tra-

bajo lo que debeis creer y practicar. ¡Hom-
bres enemigos de nuestro culto! yo os convido
á venir á nuestros templos en una de estas
grandes solemnidades, en que la Religion os-
tenta toda su pompa, y termina esponiendo al
Santo de los Santos á la adoracion pública; un
dia en que el Santuario está todo rodeado de
luces; un pueblo inmenso recogido en respe-
toso silencio, armoniosos conciertos de mú-
sica resonando en la bóveda sagrada, elevando
al trono del Eterno sus votos y homenajes;
no podreis menos de experimentar alguna con-
mocion que acaso será el principio de vuestra
conversion. Venid, y se disiparán esas dudas
mortales, esas ansias dolorosas, y esas violen-
tas inquietudes, hijas del vicio y del error. Qui-
tad esas vendas de bronce, y dejad entrar á
Dios en vuestro entendimiento. Venid á los tem-
plos, y escuchad por un momento la voz del
Omnipotente; que se experimentan aquí con-
suelos que no dá el mundo, y esperanzas que no
se acaban. Dios se hace sentir, y ahuyenta las
ilusiones. Venid de buena fé, y yo os aseguro
vuestro triunfo. Por eso decia yo que los tem-
plos son el lugar del recogimiento y oracion,

donde esponemos á nuestro Padre comun nuestras miserias, y pedimos el remedio de ellas; que las juntas religiosas son reuniones para la virtud, y declaraciones de guerra contra el vicio; y las sagradas ceremonias lecciones de los misterios y preceptos de nuestra santísima Religión.

¿Lo ois? ¿Prometeis con juramento, os preguntaré, como Esdras á los Israelitas, observar esta nueva alianza que haceis con el Señor, adorándole con todo vuestro ser, con vuestra alma y vuestro cuerpo; no desmintiendo nunca la santidad que conviene al templo que acabais de edificar? Pues entonces contad con las promesas que Salomon hizo á su pueblo en coyuntura igual á esta. Si os vieseis afligidos del hambre y de la peste, si el aire inficionado se estiende sobre vuestras tierras; si la langosta y otros insectos, si la intemperie de las estaciones viniere sobre vuestros campos; y finalmente, si sois heridos con otra plaga: en todas estas calamidades, si, reconociendo la llaga de vuestro corazon como principio de todos estos azotes, levantais las manos en su presencia en esta morada que acaba de ser consagra-

da á su Magestad. Vos ¡Señor! les oireis desde lo alto de vuestro trono; y desde esa sublime habitacion donde reinais, *os apiadareis de ellos*, echareis sobre ellos vuestros divinos ojos con grande y tierna compasion. Vos veis el pesar y sentimiento de su corazon por el estado de pobreza en que se halla vuestra casa. Pero ¡Señor! todo el oro y plata del mundo está á vuestra disposicion, y hareis que se desprendan de ello con celo generoso los que hoy lo gastan en objetos criminales. Levantaos ¡Señor! entrad en el lugar de vuestro descanso; y el arca de vuestra alianza quede colocada para siempre en el lugar que se le ha prevenido. Ellos os servían, y Vos les coronareis de gloria por los siglos de los siglos. AMEN.



¿Cómo se atreven á murmurar estos hijos del Padre de familias? Les concede el salario en que ha convenido. ¿Qué derecho, con qué causa, con qué infidelidad para con su amo se han puesto en el mundo, ¿es preciso que vosotros sean malos, ¿por qué á quienes ha llamado á su vida? ¿Cómo trabajáis, cómo obedecéis sus mandamientos? ¿Nada os queda de vuestras murmuraciones y vuestras quejas?



SERMON

PARA

LA DOMINGA [DE SEPTAGESIMA]. SOBRE LOS ESCÁNDALOS.



Murmurabant adversus Patrem familias.

Murmuraban contra el Padre de familias.

Mat. cap. XX v. 41.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

¿CÓMO se atreven á murmurar estos obreros del Padre de familias? Les concede el salario en que ha convenido con ellos. ¿Con qué derecho, con qué causa pretenden ellos limitar su liberalidad para con los otros? Porque es bueno ¿es preciso que vosotros seais malos ¡vosotros! á quienes ha llamado á su viña? ¿Cómo trabajais, cómo obedecis sus mandamientos? ¿No escitan vuestras murmuraciones y vuestras quejas?

Quejas eternas contra su Providencia y la distribución de sus beneficios; contra el aparente rigor de su evangelio, contra los ayunos y la abstinencia que os prescribe su Iglesia santa; contra los sacrificios que os impone, á vuestro parecer impracticables. Si de lo alto de su inmortal gloria sus miradas se fijan sobre la tierra ¿en dónde encontrará verdaderos discípulos y fieles adoradores? ¿Y os admirais de la espantosa sentencia con que termina el Evangelio: *Muchos son llamados, pero pocos los escogidos?* Fuera de algunas almas valerosas que no doblan la rodilla delante del ídolo del mundo ¿cuántas hay que no sean esclavas de sus pompas y vanidades? Se acercan estos días que él consagra al escándalo de sus disipaciones y de sus gozos profanos. Pertenece á un mundo frívolo y corrompido que las fiestas del demonio hayan prevalecido contra la fiesta de Jesucristo, y ahogado hasta su memoria.

Escuchad ahora ¡oh vosotros! á quienes he denunciado, sin conoceros, al tribunal de Dios; escuchad estas palabras lúgubres: *Sois polvo, y en polvo os convertireis.* Sobre vuestra frente está escrito el símbolo de vuestra mortalidad. Y

si necesitais otras consideraciones para deteneros, pensad que tocais el tiempo en que el duelo y la penitencia de la Iglesia os recuerdan los dolores y la muerte de Jesucristo. Si la ingratitude señala sus excesos contra el Padre de familias, el reconocimiento, la caridad le ganan verdaderos escogidos, cuya piedad se apresura á volverle la gloria que la impiedad quisiera arrebatarle. No os admireis de que, para escitar estos saludables sentimientos, emprenda yo esponer los escándalos del mundo. La multiplicacion de estos pecados y lo odioso de ellos será todo el asunto de este discurso. Para continuar, pidamos los auxilios de la gracia.

AVE MARIA.

ILLMO. SOR:

Para sentir la estension del pecado de escándalo, yo distingo dos suertes de personas: las unas que le cometen de intento ó de propósito, y las otras que creen no haberle cometido, porque no han tenido espresamente la intencion. Las unas escandalosas por estado,

y las otras por una criminal ceguedad. *Escándalo dado de propósito ó con designio.* Yo le hallo en estos discursos impíos que se afecta tener en materias de fé, para arrancarla del corazón de aquellos en quienes parece subsistir todavía; para autorizarlo por el ejemplo de aquellos que lo hacen por pervertir; para ahogar en sí mismos y en los otros los remordimientos que escita la Religion. Escándalo en esas burlas sacrílegas que atacan lo que hay de mas santo, para disminuir insensiblemente la justa veneracion que se le debe; para oscurecer por el desprecio la verdadera creencia de los fieles; para commover la respetable docilidad de las almas justas. Escándalo sobre todo en esos libros, cuyo único objeto es sustituir á la verdad la duda y la persuasion del error; cuyo grande arte es aparentar respetar lo que mas se quiere destruir; escandalosos escritos en donde se hace ostentacion de una sumision racional, para mejor infestar la razon con sus errores. Escándalo en esas producciones en donde se finge no dejar percibir sino la profundidad de un espíritu que examina, mientras que no es conducido sino por el gusto de la inde-

pendencia y de la impiedad; y que á favor de los principios y de las máximas que se osa establecer, se prepara de lejos á estas espantosas consecuencias que se temería descubrir demasiado. Escándalo en esas doctrinas perversas en que los principios morales y políticos son trastornados; en que el vicio solo tiene el derecho de perdonar, y la virtud sola tiene necesidad de excusa; en que los hombres son puestos en lugar de los principios; en que la justicia es llamada venganza, y la defensa de la verdad un espíritu de partido; en que nada honra tanto como la tontería ó necedad, y en que no hay mas crímenes que las faltas que pueden dañar. Escándalos en esos escritos en que la opinion sola reina como soberana, en que sola ella es la regla de todo y la razon de todo; en que el ateismo es una opinion, el cielo y el infierno una opinion, Dios mismo una opinion; y en las cosas políticas el estado una opinion, los fundamentos en que estriba una opinion, y la propiedad una opinion; de suerte que la opinion es la regla de todo y la respuesta á todo, y el suelo sobre que caminamos, tan movedizo como ella, puede hundirse á cada instante. Peca-

do de escándalo en aquellos, cuya pluma desenfrenada destiló tanto veneno. Escándalo en los que le comunican y le propagan; en los que le celebran y preconizan. Escándalo, finalmente, en los que, encargados por deber de detener su curso, desprecian esta importante función. ¡Síglo desgraciado! ¡cuántas obras de tinieblas no has producido! ¿Se vió nunca mas Apóstoles de la mentira? ¿Hubo alguna vez mas audacia en producirse? ¿Se precavió menos contra el objeto de estas seducciones? ¿No es esta la desgracia que Jesucristo habia anunciado al mundo por este oráculo: *Væ mundo ab scandalis!*

Escándalo dado con designio. Yo le hallo en lo que tiende directamente á alterar la pureza de las costumbres. ¿Y qué cosa mas ordinaria en el mundo? ¿De qué se quejan mas frecuentemente la inocencia y la virtud? ¿No es de la multitud de lazos y de escollos que les ofrece el escándalo? Deseos afectados de agradar, lisonjas reiteradas, espresiones apasionadas, partidas de placeres concertadas, ocasiones preparadas ¿no son estos los medios que maneja el escándalo? Él es el que pone entre las manos esas obras perniciosas, esas frívolas reuniones

de aventuras imaginarias, en que la pasión, conducida con destreza, se disfraza bajo el nombre de generosidad. Él es el que pinta los objetos con lo que el sentimiento tiene de más delicado; con lo que el atractivo del crimen tiene de más peligroso; con lo que el libertinaje tiene de más atrevido. Escándalo ¡eh! demasiado común, cuyo suceso está demasiado asegurado, y cuya desgracia es infinitamente deplorable: *¡Væ mundo ab scandalis!*

Escándalo dado de propósito, y que puede llamarse la enorme ingratitud del escándalo. Yo le hallo en todo lo que se dirige á asociarse cómplices de su pecado. ¿No se trata todos los días de hacer pasar á sus amigos y á sus parientes el espíritu de una animosidad particular, el deseo de una injusta venganza, la hiel de un odio inveterado? ¡Y os creis exentos del pecado de escándalo! ¿Qué son en vuestros círculos, en vuestras conversaciones, en vuestras mesas, esas burlas poco reservadas, esas alusiones peligrosas, esas narraciones indiscretas, esas canciones, finalmente, voluptuosas, que, so pretexto del agrado, causan tan malos efectos? Vosotros os creis exentos del pecado de escándalo.

lo. Pero ¿querriais en este momento responder á Dios de todos los pensamientos criminales, de todos los deseos perversos, de todos los afectos culpables, de todos los pecados de que por ventura están cargados delante del Señor aquellos que vosotros habeis empeñado en los caminos de la perdicion, y sobre cuyos ojos habeis arrojado una venda para no poder salir de ellos? ¡Señor! ¡que no se estiendan mas lejos los males que afligen vuestra heredad! A lo menos ¡que la desolacion no penetre hasta el lugar santo! ¡Que no se vean vacilar mas las piedras del Santuario! ¡Que la sal y la luz de la tierra no se muden en espesas tinieblas y en pestífero olor de muerte! ¡Religion santa! ¡que no os veamos experimentar otra vez las desgracias que ayer habeis llorado! Veamos ahora como merece el escándolo los anatemas del cielo.

La sola vista de lo que pasa en el mundo basta para descubriros el escándalo. La Religion vá á manifestaros su imponderable enormidad: dos retratos sobre todo le caracterizan; dañar eficazmente á la salud de los hombres, y ultrajar directamente al Salvador mismo: y de

este modo es la desolacion del cristianismo. «Venid conmigo á mi casa, decia en otro tiempo el Profeta de Betel al enviado de Judá; venid á tomar en mi casa un poco de alimento: *Veni mecum domum, ut comedas panem.*» Era justamente lo que le habia prohibido el Señor, y es tambien sobre lo que él se escusa. No importa; se le insta, se le estrecha. «Yo soy Profeta como tu, le contestó el de Betel; yo sé como tu las órdenes del Señor: *Et ego sum Profeta similis tui.*» Se rinde, cede á los artificios, entra en la casa, toma un ligero alimento, se retira y vuelve á tomar su camino. Hé aquí el escándalo; ved ahora las consecuencias. Las instancias engañosas hechas al Profeta de Judá, le han hecho infiel. Dios, irritado, ha resuelto su muerte; un leon furioso se hace el instrumento de su cólera; el Profeta es la presa, y perece en el camino: *Invenit eum leo in via, et occidit.* ¡Eh! ¡eh! ¡hermanos míos! esclama en el dolor el que ha causado su pérdida, cuando con sus propios ojos vé el cadaver tendido sobre la tierra y sin sepultura: ¡*Heu! ¡heu! ¡mi frater!* Dad oidos á las voces que salen del abismo. ¡Ay! ¿quién puede responderos que no encierra ya

las víctimas de vuestros escándalos? ¡y son amigos, por quienes vosotros pareceis llenos de ternura! ¡Era porque vosotros los amabais; porque los habeis escogido por cómplices de vuestros desórdenes! ¡Pérfidos! ¿es esto lo que vosotros llamais amar? ¡Amistad bárbara, de que vosotros os habeis servido para perderlos! ¡Amistad de que no quedará quizá eternamente otro nudo que suplicios comunes, y un odio mutuo é inestinguible! Sobre la tierra habeis llorado su muerte; en el infierno desesperan por haber estado unidos á vosotros. Vosotros les hicisteis pecar, y les haccis sufrir y arder. ¡Heu! heu! ¡mi frater! No, no; no es solamente á la ternura de un Jacob á la que se han ofrecido los vestidos ensangrentados de un José. A vosotros ¡hermanos míos! me atrevo yo á presentar esta lúgubre imágen. En la amargura de vuestros remordimientos, no direis como aquel padre desgraciado, en el exceso de su dolor: «Una bestia feroz le ha devorado. *Fera pessima comedit eum.*» Es vuestra propia crueldad la que os retrata esta imágen.

Con todo, ¡si ella no os recordase sino un hermano perseguido, vendido, abandonado!...

Pero ¡ay! este vestido inocente, cuyo brillo habeis marchitado... no habeis podido despojar de él á vuestro hermano, sin estender estos golpes sobre su persona misma. No es puramente la voz de sangre de vuestro hermano que, como en otro tiempo la de Abel, se hace oír sobre la tierra: *Vox sanguinis fratris tui clamat de terra*; es su alma herida de una muerte eterna, que del fondo del abismo levanta sus quejas, su desesperacion y su rabia. Asi se vió en otro tiempo á un heresiarca, sobre el lecho de la muerte, sobrecogido de espanto á la memoria de sus escándalos. Lo esperaba todo de la misericordia, cuando no pensaba sino en sus propios extravíos; lo temia todo de la justicia, cuando consideraba el número de los que habia seducido.» ¡Oh! ¿qué os ha hecho este pueblo, decia Moisés á Aron, cuando dejó que Israel se entregase al culto idólatra; que os ha hecho este pueblo para dejar introducir el mas grande de todos los crímenes? *¿Quid tibi fecit hic populus, ut inducat super eum peccatum maximum?*» Si el escándalo no fuera vuestro pecado, no tendriais que alarmaros sino por vosotros solos. Pero ¿por qué hacer de vuestro pe-

cado el pecado de todo un pueblo? *¿Quid tibi fecit hic populus etc.?* Es no solamente el pecado mas estenso; es en algun sentido un pecado eterno. ¡Qué espanto! ¡qué indefinible espanto! Vosotros creéis no ser culpables sino de vuestras faltas; y las hay infinitas á las cuales tendreis que responder. No lloráis sino vuestras faltas; y los pecados que habeis causado á los otros piden todas vuestras lágrimas. No soy yo, débil ministro de Jesucristo, quien vengo á combatir la enormidad del escándalo; es Dios moribundo quien os le descubre y reconviene. *¿Quid me persequeris?* El carácter propio del escándalo es que al mismo tiempo que trata de aniquilar el mérito de esta cruz, sobre la cual Jesucristo se ha sacrificado por los hombres, erige un altar sacrílego sobre el cual inmola á los hombres. Instrucciones, ejemplos, milagros, humillaciones, agonía, crucifixion, hé aquí cómo y á qué precio el Hijo del Hombre ha venido á salvar á los que estaban perdidos! ¡y el escándalo se dirige á perder á los que él habia venido á salvar! Al atractivo de la gracia, á la fuerza del ejemplo, á la vivacidad del celo, á la amargura de los remordimientos, á los temores

de lo futuro, opone el infierno. ¡Dios mio! ¿y qué es lo que opone? Los pecadores escandalosos combaten por él, son los órganos de quienes se sirve y á los cuales debe sus triunfos, y la indefinible corrupcion que ha ganado todas las clases. Yo busco el cristianismo en el cristianismo, y no hallo sino unos débiles restos desde que la incredulidad ataca con furor sus más sólidos fundamentos; desde que el escándalo del libertinage contradice con audacia la pureza de su moral.

De todo esto salen dos consecuencias: el escándalo causa eficazmente la pérdida de las almas; no basta llorar vuestros pecados pasados; si quereis espiar la enormidad, reparad sus tristes efectos. ¡Qué! ¿con ojos serenos vereis á vuestros hermanos en el precipicio á que los habeis conducido? Si por santos ejemplos no les alargais la mano ¿cuál es vuestro dolor de haberlos arrastrado? ¿Dónde estamos ¡gran Dios! sino en vuestro tribunal, como en el de los hombres? Vida por vida, esta es la regla; alma por alma ¿No es tambien la vuestra? El escándalo ataca directamente á un Dios Salvador, es del interés de su gloria vengarse él

mismo de los pecadores escandalosos: de su parte les intimo las mas terribles amenazas: *¡Væ illi per quem scandalum venit!*

¡Desgraciados de vosotros, por quienes viene el escándalo! ¿Y por qué? Porque las maldiciones que Dios ha lanzado contra el mundo á causa de sus escándalos, caerán singularmente sobre aquel que es el instrumento de ellas; porque las maldiciones que Dios ha lanzado contra los demonios caen igualmente sobre aquel que se hace ministro de sus furorés; porque las maldiciones de Dios contra el pecado caen doblemente sobre el que empeña al pecado. *¡Væ illi per quem scandalum venit!*

¡Desgraciados de vosotros, por quienes viene el escándalo! ¿Y por qué? Porque es cierto que vosotros no le reparais jamás; porque, aun suponiendo que vosotros os convirtais á Dios, llevaréis siempre hasta en el seno de la penitencia esta lúgubre idea, este cruel sentimiento: «Yo he concurrido á incitar las almas al pecado, á sumergirlas en el infierno; y no puedo sacarlas ni del pecado ni del infierno!...»

¡Desgraciados de vosotros, por quienes viene el escándalo! El Hombre-Dios cargado de

los pecados del mundo para espiarlos; el Hombre-Dios que no ofrecia á la justicia de Dios sino la apariéncia del pecado; este Hombre-Dios que no era sino la víctima santa é inocente destinada á la abolición del pecado, desde que tomá sobre sí el peso de él, se halla, segun la espresion del Apostol, oprimido bajo el de la venganza y los anatemas divinos: *Factus pro nobis maledictum*. ¿Qué será de vosotros que os habeis hecho responsables de una parte de los pecados de los hombres, para participar de la impiedad y para sufrir la pena? *Væ illi etc.*

¡Desgraciados de vosotros por quienes viene el escándalo! ¿Y por qué? Porque sois los enemigos de la religion, los enemigos de la cruz, los enemigos de Jesucristo. ¡Desgraciados, en fin, de vosotros! El Padre de familias os exigirá la reparacion de los estragos que vosotros habeis hecho en su cosecha. De vosotros la exigirán tantas almas desgraciadas que os deberán su infelicidad eterna. De vosotros lo exigirán el cielo, á quien habeis arrebatado un gran número de sus habitantes; la tierra, sobre quien habeis hecho llover sus maldiciones; y aunque el infierno es el único por quien habeis trabajado,

por sus ardores pagareis los ardores criminales que habreis encendido : fuego de las pasiones, fuego de la codicia, del deleite, del libertinage; fuego de la venganza, fuego de la impiedad.

Qui ignem incenderit. Y porque vosotros mereciais por vuestros crímenes personales estos fuegos vengadores, la cólera del Señor vá á encenderlos de nuevo, para que á los tormentos de vuestra condenacion se reunan los tormentos de los que hayais arrastrado. ¡Que este padre y esta madre sufran para siempre por ellos y por sus hijos! ¡Estos señores por ellos y por sus criados! ¡Estos jóvenes libertinos por ellos y por los cómplices de sus placeres! ¡Estos gefes de sectas por ellos y por sus adherentes! ¡Estos escritores impíos y licenciosos por ellos y por sus lectores! ¡Estos hombres apasionados por ellos y por sus ídolos! ¡El infierno castigue todos los pecados; pero entre todos los pecados distínganse los suplicios inconcebibles del gravísimo pecado del escándalo! *Reddit damnum qui ignem incenderit.*

— Antes ¡gran Dios! lanzad sobre mí toda vuestra cólera, y no la hagais brillar sobre los que no la hubieren merecido sin mí. Dejaos doblar

á mis súplicas ; son mis hermanos por quienes yo imploro vuestra clemencia. Son culpables, es cierto, ; pero sus faltas son mis crímenes. Y ¿es posible que su eterna desgracia sea la de haberme conocido? Haced mas ¡Señor! la obra es digna de vuestra misericordia ; servios de mí para reducirlos á Vos ; ¡que sean en adelante tocados por mis ejemplos, despues de haberse pervertido por mis escándalos! ¡Desgracia lamentable! El colmo de la desventura es que por la multitud de escándalos no distinguimos yá este pecado, ni somos heridos de él. Pero ¿por qué se vé reinar la licencia en las conversaciones, en las lecturas, en las modas, en los trajes? ¿No es para muchos una ocasion de pecado? ¿Por qué despues de tanto tiempo se permiten bastante abiertamente compañías peligrosas, amistades sospechosas, comunicaciones tiernas, una conducta poco reservada? ¿Es ménos cierto que todo esto no sea para muchos una ocasion de pecado? ¿Por qué despues de mucho tiempo se vé á jóvenes voluptuosos hablar orgullosamente segun los principios de su pasion ; á las jóvenes desconocer la modestia y la reserva ; á los hombres de una edad avanza-

da, de un estado respetable; á los padres y madres de familia adoptar los usos visiblemente introducidos por el mundo? ¿Es menos cierto que todo esto no sea hoy para muchos una ocasion de pecado? ¿Por qué despues de tanto tiempo se oye á los hombres irreligiosos por conducta y por sistema publicar doctrinas opuestas al Evangelio, reprobadas por el Evangelio, dirigidas á destruir el Evangelio? ¿Es menos cierto que todo esto no sea para muchos una ocasion de pecado? ¡Inconcebible ceguedad! ¡Porque este pecado ha envejecido en el mundo; porque se ha acreditado; porque se sostiene á favor de la multitud; porque no se admira de verle reinar; mantiene por lo mismo mas seguramente el reino de todos los otros pecados, el imperio de Satanás en la tierra!...

29 ¡Amigos de la razon y del buen sentido! huid de esos libros funestos, en que lo util es siempre sacrificado á lo agradable, y lo grande á lo frívolo; en que los sofismas y las sutilezas no pueden menos de falsear vuestro juicio y dañar vuestra virtud. ¡Amigos de nuestra patria! huid de esos libros que apagan los sentimientos de amor y fidelidad que debemos á nuestros

Soberanos. ¡Amigos de las buenas costumbres! Guardaos de esos libros que pretenden corregir las costumbres, corrompiendo el pudor y la decencia.

¡Amigos de la Religión! guardaos de esos libros en que ella es calumniada, envilecida y desfigurada; en que sus misterios son tratados de visiones, sus milagros de imposturas, sus mártires de fanáticos, sus doctores de ignorantes, sus apologistas de perseguidores, y sus perseguidores los mas crueles de hombres humanos, dignos de nuestra admiracion y de nuestro reconocimiento.

¡Padres y madres! guardaos de esos libros en que se os enseña á no hablar de Dios á vuestros hijos. Guardaos de poner en sus tiernas manos esas producciones que en vez de instruir, corrompen, y en vez de alimentar envenenan. Huid ¡hombres todos! huid del pecado que mata, y del escándalo que seduce.

¡Oh Dios mio! ayudadnos á lograr por la fuerza de vuestra gracia el perdon en el tiempo, y la gloria en la eternidad!... AMEN.

SERMON

SOBRE LA BENEFICENCIA.

Religio munda et immaculata apud Deum et Patrem hæc est: visitare pupillos et viduas in tribulatione eorum, et immaculatum se custodire ab hoc sæculo.

La Religión pura y sin mancha delante de Dios y Padre, es esta: Visitar los huérfanos y las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin ser inficionado de este siglo.

[Epiat. S. Jac. cap. II v. 27.]

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

No hay pasión alguna, para cuya victoria no presente el Evangelio un motivo poderoso. Pero particularmente el amor de los honores y de las riquezas solo puede ser combatido por las armas del cristianismo, porque solo él nos hace conocer su vacío y su nada, y nos inspira su desprecio. Algunos filósofos, es verdad, logra-

ron librarse de la ambicion y de la avaricia por vanidad y por orgullo; pero esto era curar un mal por otro mal. Solo Jesucristo sabe hacer desaparecer los vicios, desengañando de los errores. El nos enseñó que los tesoros verdaderos son la inocencia y la virtud; que el menor grado de caridad eleva al cristiano mas que el imperio todo del Universo; que es mas seguro no aventurarse á los peligros de la grandeza y de las riquezas; que solo son dichosos los que desprecian los bienes de la tierra, y no estiman mas que los del cielo. Quiere que miremos como indigno de nosotros lo que un mundo insensato y corrompido estima y admira; que lloremos sus gustos y placeres, y nos alegremos de sus aflicciones y disgustos. Dios, nuestro Padre universal, es el manantial inagotable de donde salen todos los bienes que su amor comunica á todas sus criaturas. Puede tener varias razones para repartirlos con mano desigual; pero quiere que aquel á quien aventajó en la distribucion, la comunique por su amor á aquel á quien le falta; que no sea más que elecónomo, que en su nombre socorre al que lo necesita, para que de esta manera todos sus hijos, enlazados entre sí

y amándose por razon de su Padre común, le tributen las gracias que le deben.

La falsa filosofía procede muy de otro modo, inspirando una especie de rabia homicida y feroz contra los pobres. Como en sus principios no hay moderacion, y las pasiones trastornan hasta las ideas mas sanas, llevándolas hasta un extremo en que ya no puede haber razon, se dejan seducir de un principio, que, aunque justo en sí mismo, le hace odioso el exceso en su aplicacion. Ved aquí el principio que sirve de basa á su bárbaro desprecio. «Nada es tan util al estado, dicen, como el que todos trabajen; la ociosidad es un mal, y es muy util estirparla.» ¡Desgraciada humanidad! parece que no pueden hallarse personas sensibles á los gritos y clamores del desvalido, sino entre aquellos mismos que sienten una parte de las amarguras de la indigencia!

¿Y qué es lo que puede detenerlos en una ilusion tan odiosa, y dar á su corazon unos sentimientos tan inhumanos? ¿Será que el aspecto de la miseria importuna su amor propio, y quieren alejarla de su vista? ¿Será que endurecidos con sus vanidades y placeres se han hecho in-

sensibles á los males ajenos? ¿Será que no pareciéndoles nada bastante para satisfacer su orgullo y contentar sus caprichos, una secreta codicia les detiene la mano, y cubren sus injusticias con tan viles pretestos? ¿Será, en fin, que duros é inaccesibles á toda humanidad, su corazón es de acero para los otros hombres? No me atrevo á definirlo ¡cristianos! pero temo que sea todo esto junto. ¡Deplorable humanidad, vuelvo á decir, si tus socorros se encierran en las manos de los filósofos y de los poderosos de este mundo!

Es verdad que el hombre duro que menosprecia al pobre y le aparta lejos de sí, es un desapiadado y un perverso á los ojos de la humanidad; un profanador, un sacrílego á los ojos de la Religion. Pero esto no es bastante para que la sabiduría mundana descubra por sí misma los motivos que deben inducirnos á la misericordia del pobre, ni llegue á rastrear los magníficos premios con que Dios la remunera. Esto estaba reservado á las luces de nuestra augusta Religion: ella sola nos descubrió la diferencia que hay entre la generosidad cristiana, y la humanidad filosófica. Aquella es la sola virtud que

nós puede hacer superar el amor propio; que puede desterrar de nuestro corazón las inquietudes vanas, los celos viles, las envidias malignas, y los deseos injustos. Ella sola nos puede excitar á derramar nuestro tesoro, á comunicar nuestros bienes y á multiplicar los compañeros de nuestras dichas. Pero ¿qué puede amar el que no ama á Dios? Alguno puede ser humano por temperamento, ó benéfico por ostentacion; pero por lo comun el que se encierra en el estrecho círculo de su amor propio, nunca obedecerá mas que á su interés, y no amará mas que á sí mismo. Este será todo el asunto de mi discurso.

¡Virgen santa! ¡Vos que sois la salud de los enfermos, el consuelo de los afligidos, la medicina de nuestras enfermedades y de todas nuestras dolencias! ¡Madre de misericordia, Madre de caridad! interponed vuestros ruegos á los pies del trono de vuestro Hijo santísimo, á fin de que inflame mi lengua con el fuego santo. Asi os lo pedimos y esperamos saludándoos devotamente.

AVE MARIA.

El amor y el cuidado de los pobres se derivan de los primeros principios que dicta la humanidad, y de las primeras máximas que inspira la Religión; porque no puede brillar la fé en un corazón, sin excitar en él al mismo tiempo los dulces sentimientos é inclinaciones de la naturaleza, que acaso podrán subsistir con la ignorancia involuntaria de la doctrina de Jesucristo; pero que siempre se vén alterados en aquellos que han abandonado el Evangelio, después de haber adorado su gran luz y reconocido su profunda sabiduría. Yo no diré que los que han caído en esta desgracia, tengan cerrado su corazón á todo sentimiento de misericordia y de beneficencia; por el contrario debemos reconocer que muchos infelices son deudores todos los dias de una parte de los recursos que sostienen su trabajosa existencia á esta clase de hombres; y es muy reprobable el celo amargo que quisiera disminuir el bien que hacen, ó desacreditar los motivos que les animan. Es muy acreedora al respeto y estimacion toda criatura que consuela á otra, sin que deba indagarse la intencion que determina su obra; pues la principal mira de un corazón sólido-

mente cristiano es que el desvalido sea ayudado, y el indigente socorrido. Pero es necesario confesar que todo buen corazon, que se ha separado de la Religion, pertenece aun al cristianismo mas de lo que él piensa, por lo que conserva de virtuoso, de honesto y de humano; que ha nacido para permanecer fiel al Evangelio; que ha desmentido su carácter abjurando á Jesucristo; y en fin, que no es propio para adoptar el espíritu del partido que se le ha hecho abrazar; porque el espíritu de impiedad, que no es otra cosa que el esfuerzo del vicio contra la evidencia y necesidad de los deberes, se dirigen por naturaleza á abolir toda sujecion, y todo sacrificio; á aislar al hombre lejos de toda relacion incómoda; á hacerle el centro y último fin de sus acciones, y hacer que no busque mas bien que el personal, y por consiguiente que no estime á sus semejantes sino por el partido que puede sacar de ellos para su propia dicha. Se dirige, en fin, á armarle, si es necesario, para la destruccion de todo cuanto se opone á sus empresas y á sus pasiones insaciabiles.

Ademas de que yo apelo á la esperiencia,

para apreciar la diferencia que hay entre la caridad cristiana y la filosófica; y para juzgar cuánto mas deben interesarse los pobres en desear que todos los filósofos se hagan cristianos, que en que todos los cristianos se vuelvan filósofos. ¿Ha enjugado acaso demasiadas lágrimas esa humanidad filosófica, cuando ella sola ha guiado el sistema de beneficencia? ¿Qué comparación puede haber entre algunas liberalidades raras, cortas y pasajeras hechas á instancias de las lágrimas y de la indigencia, y esos montones de oro sacrificados tantas veces al lujo y á la vanidad del vicio? ¡Ay de mí! Si las ruidosas necesidades de un lujo que todo lo devora no tuviesen cerrados los corazones y los recursos á las necesidades del infortunio ¿cómo no les habia de interesar un espectáculo que tan raras veces se presenta á su vista? Porque, en efecto ¿no es tan raro que la opulencia que rodea á los ricos sea accesible á la pobreza, como la adulacion que cerca los tronos, lo sea á la verdad? ¿En que circunstancias se puede enternecer un rico de la suerte de un miserable? Él goza de la abundancia en el centro de su magnífico palacio, sin sospechar siquiera que mien-

tras el arte y la profusion agotan todos sus recursos para escitar su cansado apetito, y crearle nuevos gustos y agradables sensaciones, millares de madres tiernas y condolidas se ven rodeadas de hijos que tienden sus inocentes manos hácia ellas, y perecen entre el horror del hambre y la desnudez. Cuando sale á la calle, la velocidad de la ruidosa carroza que le arrastra, le oculta por todas partes á la vista de los míseros humanos; y el pobre, lejos de mirar este tumultuoso y magnífico aparato como un presagio de su consolacion, procura desde que le avista huir de él lo mas lejos que puede, temeroso de que su encuentro le haga mas infeliz de lo que es. Solo para la clase sensible de los ciudadanos que viven en la medianía, y para aquellas almas que beben la sangre del Cordero, estaba reservada la vista de los males, y el socorro de las amarguras del triste. Si el miserable que ignora al acostarse por la noche sobre su aústero lecho dónde buscará el pan á la mañana, conserva alguna esperanza, no se funda en los suspiros que irá á exhalar ante los pórticos de los poderosos de la ciudad, sino en el encuentro que la casualidad le proporcione de

algunas personas desconocidas, sencillas y ordinarias ; ó bien se acogerá á estas santas instituciones de la caridad, siempre prontas á enternecerse y dividir con el infeliz su frugal substancia y el limitado producto de su sudor y de sus trabajos. No, no es la púrpura la que sufre la imágen desconsoladora de la extrema miseria, ni la orgullosa filosofía del siglo la que oye los gemidos de los que viven en la tribulacion y mendiguez. El traje lúgubre y humilde de personas dignas de mejor suerte es el socorro mas seguro y mas continuo de los infortunios del pobre ; porque solo la religion hace que el hombre se desprenda de sus riquezas, y la que restablece al pobre en su dignidad. Detengámonos á contemplar este gran carácter de divinidad que brilla en esta profunda doctrina, cuya basa fundamental es el menosprecio del oro y de las prosperidades humanas.

Jesucristo es el primer sábio que comparece en el mundo diciendo: *Bienaventurados los pobres* ; y el que osa decirnos *que desciende del seno de Dios, y nos trae su doctrina desde lo alto, donde habita la verdad eterna*. Si la austeridad de sus preceptos hace gemir á nuestros

sentidos, y si nos sujeta á un desprendimiento y unas privaciones que consternan nuestra debilidad, es advirtiéndonos que somos demasiado grandes para fijarnos en cosas perecederas; y que amasados, por decirlo así, á imagen de Dios, solamente lo infinito corresponde á nuestra capacidad de gozar y ser felices. De este modo el mas pobre y desnudo de los hijos de los hombres, es tambien el mas apto para soportar el inmenso peso de esta gloria y regalia eterna prometida á todos los mártires de la abnegacion y de la penitencia. Esta es la causa porque los Profetas que nos han mostrado desde tan lejos las bendiciones y las promesas del Evangelio á los bienhechores del pobre, no cesan de trasportarnos á los lugares incógnitos y á las pobres chozas, en donde habita la inocencia, la pobreza y la sencillez, como si Dios hubiese escogido especialmente estos tristes asilos para cumplir en ellos los mas grandes designios, y derramar los tesoros de su infinita munificencia. ¡Oh montañas! preparaos para recibir de lo alto de los cielos esta paz tan deseada y que vuestras cimas, elevándose hasta las nubes, parece están implorando para los afli-

gidos y para los indigentes que habitan vuestras cercanías! Por todas partes los divinos oráculos hacen correr en el seno de las campiñas, y junto á la humilde morada del pobre, de la viuda afligida, del laborioso labrador, esas aguas misteriosas y vivificantes, que la misericordia eterna habia de hacer brotar en el tiempo prefijado por su divina sabiduría de las fuentes inagotables del Salvador del mundo... Entonces los valles, los collados, los apriscos, los desiertos, las montañas y las florestas saltarán de alegría ante la presencia del Señor que llega; y se regocijarán con todos los desgraciados de la tierra á la gran nueva de su libertad y elevacion; porque este libertador tan necesario á todo el mundo, será especialmente el protector de los desvalidos, el apoyo de los débiles, el padre de los huérfanos; y los nombres de los pueblos serán para él nombres amados y respetables. Llegó, en efecto, este instante tan memorable señalado para la redencion del género humano, y el lugar mas miserable de la tierra viene á ser el primer templo del Santo de los Santos consagrado por su presencia; y el *Deseado de las naciones* trae al seno de la indigencia y de

la escasez las primicias de todos los tesoros, con que debe enriquecer al Universo. Los primeros confidentes de esta gran novedad que interesa á todos los pueblos, son asimismo escogidos en el fondo de los campos y entre la clase de los pobres.

Muy justo era ¡oh Dios mió! que bajando vuestra santidad de lo alto de los cielos á destruir la iniquidad sobre la tierra, eligiese para su primera morada la que hallase menos desfigurada y corrompida; y que hiciese brillar los primeros rayos de la gran luz que salia al mundo, sobre los corazones mas rectos é inocentes. En todos tiempos habia huido la gracia del estrepitoso aparato de la humana prosperidad. Siempre, para hallar los Santos, ha sido preciso buscarlos, por decirlo así, en las grutas y en los sepulcros. Es preciso penetrar en estas desconocidas moradas, donde en medio del austero aparato de una vida penosa, amarga y atribulada, forma silenciosamente el dedo del Altísimo las piedras firmes de su eterno edificio. Es preciso internarse en esos templos solitarios, donde la sangre del Cordero marca mayor número de elegidos, que delante de esos altares

magníficos de nuestras ciudades que la fastuosa profusion del orgullo profana todos los dias. Si seguimos al Hombre-Dios en la trabajosa vida que tuvo sobre la tierra, por reunir y santificar los ciudadanos del cielo, veremos que los lugares mas humildes y desconocidos fueron el principal teatro de sus predicaciones y fatigas; y los hombres mas infelices los mas amados y mas preferentes objetos de su cuidado y de su ternura. En medio de los pobres es en donde se vé renacer toda la serenidad de Jesucristo, y se cree ver en él un padre que vuelve á hallar su amada familia, con lo cual indica manifiestamente que de esta afligida porcion del género humano es de donde debe sacar los coherederos de su reino y de su gloria. En compañía de los pobres recorre las provincias de Judea y de Galilea; en compañía de estos toma su frugal é inocente alimento. En medio de ellos hace resplandecer con milagros la Divinidad de su persona y de su doctrina. De la clase de los pobres escoge sus cooperadores en la misma obra de la salud del género humano; á los pobres es á quienes ha prometido que un dia se sentarán sobre tronos, desde donde juzgarán á todas las

tribus del mundo. Ellos son á quienes ha dicho: *Vosotros sois mis prójimos, mis amigos, mi sangre, mi verdadera é inmortal sociedad.* En fin, ellos son sobre quienes están fijos sus ojos, y sus manos estendidas, cuando dice á su Padre: *¡Oh Padre santísimo! ¡mi mas vivo deseo es que los hombres que me habeis concedido se hallen en el seno de la misma gloria á que yo estoy destinado desde toda la eternidad, para que vean mi esplendor, y conozcan cuánto me habeis amado desde antes de la creación del mundo!* Si el encuentro de un pobre debe mover la sensibilidad de todo buen corazon ¿esta sensibilidad no debe adquirir en un corazon cristiano todo el carácter de un culto religioso? ¿Puede haber sobre la tierra un objeto mas respetable y sagrado para un hombre que conoce á Jesu-
cristo? ¿Un pobre no es, por decirlo asi, una repeticion del humilde y doloroso misterio que salvó al Universo? ¡Oh cristianos! ¡es muy íntima la union del Hombre-Dios con todos los miserables á quienes vemos arrastar desfalleciendo y sufriendo al rededor de nosotros! Ellos son otros tantos Cristos, hijos de Dios vivo; y el hombre duro que los menosprecia, es un

monstruo á los ojos de la humanidad, y un sacrílego á los ojos de la Religion.

III ¿Por qué comunicó Jesucristo con una predileccion tan señalada con lo que halló mas desgraciado sobre la tierra? Porque veia en los pobres un ensayo de los mártires, unas criaturas enteramente dispuestas á recibir su espíritu, y cuya alma no esperaba mas que aquel soplo de vida, aquel calor evangélico que consagra todo lo que ella ama, para ser elevada hasta el trono del Eterno; porque hallaba pronto entre estos infelices lo que es mas difícil de producir en el corazón de los otros hombres, es decir el hábito de las privaciones y los sacrificios, pues nada nos dispone para ser los penitentes del Evangelio, como serlo de la necesidad é infortunio. Si hubiera sobre la tierra una Religion que nos hiciese olvidar el clamor de la naturaleza y los gritos de la humanidad, no seria necesario ir á buscar fuera de este carácter la prueba de su impostura y de su ficcion. *La verdadera Religion, dice un Apostol, la sola grata á Dios, que es el Padre y el Supremo Bienhechor de toda criatura, es enjugar las lágrimas de la viuda y del huerfano que viven en*

su tribulacion, y conservarse sin mancha en medio de los escándalos y los vicios del siglo. ¿Habeis reparado en una cosa bien digna de sentirse y de notarse? Esta es, que Jesucristo en la pintura que nos hace de lo que sucederá en el último dia, en aquel dia de la solemne é irrevocable separacion de los buenos y los malos, hace depender de los pobres la resolucion que fijará el eterno destino del género humano; y que, confundiéndose personalmente con todos los desgraciados, se apropia los consuelos y las repulsas que estos hayan experimentado sobre la tierra. Él no recuerda en aquella ocasion al hombre justo, sino las acciones y las virtudes por las cuales habrá sido útil á los hombres miserables. «Vosotros me habeis alimentado cuando padecia hambre; me habeis vestido en mí desnudez; y me habeis consolado en mi cautiverio. Hé aquí, prosigue, por lo que sois benditos de mi Padre; hé aquí lo que vá á abriros las puertas eternas, y poner os en posesion del reino que os está preparado desde el principio del mundo.» Si, por el contrario, el perverso es desechado y maldecido, no le representa ni su impiedad, ni sus disoluciones, ni sus

escándalos, ni sus blasfemias; no se le pone á la vista para justificar la formidable sentencia que vá á oír, sino la dureza de un corazón siempre cerrado á los sentimientos de la virtud de la misericordia. Esto es lo que le separa para siempre de la familia de Dios, y lo que le arroja al horror de los fuegos devoradores. Es preciso que Jesucristo tuviese muy en su corazón este precepto de la caridad y de la conmiseración, para que se dedicase con un cuidado y una fuerza tan extraordinaria á gravarle en el corazón de los hombres, para realzar con tan vivos colores la dignidad y la excelencia de los pobres, y presentarlos como los héroes del gran día del Señor, como los Príncipes de la eternidad, como los árbitros de la suerte de todo el Universo. ¡Es justo ¡oh gran Dios! que lo que es tan pequeño sobre la tierra, sea un grande espectáculo para Vos, y que tantos suspiros exhalados por los órganos desfallecidos y agoviados con el yugo de la miseria, sean un presagio de grandeza y de poder para el día en que todas las generaciones humanas juntas y temerosas á los pies de vuestro trono, estarán en espectación de su inmutable destino!...

Resumamos pues, Señores, y quede gravado en lo profundo de vuestro corazón que no basta haber nacido bueno y sensible, ni estar convencido de la solidez del honor y del placer que nos resulta de nuestros beneficios, para servir á los miserables de un asilo que corresponda á la estension de sus necesidades. La sensibilidad humana se satisface con muy poco, y las leyes de la razón sola y de la humana sociedad piden muy ligeros sacrificios. Esto proviene de que en todos los sistemas las mas imperiosas consideraciones en órden á la obligación de ser liberal y humano, tienen siempre el doble efecto de dejar subsistir la ilusión que hace depender nuestra felicidad de nuestras riquezas; y de dar un precio muy ínfimo á los sacrificios de la beneficencia. Jesucristo es el único filósofo que ha sabido establecer sobre la tierra la mas necesaria de todas las virtudes, y tomar á los hombres por el solo lado que se dejan ablandar, cual es su interés de vivir eternamente dichosos. «¡Oh pobres, porción respetable de mi sangre y de mi alma! ¡augustos y queridos compañeros de mi mas dulce, única y eterna esperanza! no, el Dios justo y santo que os ha hecho, no so

ha sujetado á las inquietudes que agitan vuestra vida triste y laboriosa sin un grande y profundo designio de bondad y misericordia; y ese sentimiento tan vivo y dulce que experimentais en el fondo de vuestro corazon siempre que fijais vuestros ojos arrasados de lágrimas sobre Jesucristo inmolado por la salud del mundo, os está diciendo que no es la casualidad la que preside á vuestro destino; que sois unas criaturas infinitamente preciosas á la presencia del Ser Supremo; que cada uno de vuestros suspiros está escrito en su libro eterno; que se ocupa mas del cuidado de vuestra suerte, que de todos los grandes sucesos y negocios de la tierra; y que vuestros mas mínimos sacrificios serán coronados con todo el peso de su eternidad y de su gloria. ¡Ah! ¡no dejeis de besar con vuestros marchitos y desecados labios esa cruz que es la riqueza y la esperanza del mundo, y respirad en vuestros dolores á vista de la gran víctima que dá un precio infinito á todo cuanto sufris! Sí; Jesucristo es vuestro único y verdadero Padre; á el solo es á quien debeis el consuelo de esperar una futura felicidad, y hallar en el mundo almas sensibles y caritativas. Del

fondo de sus templos es de donde corren sin cesar á vuestro seno vuestros mas abundantes socorros; esos socorros inagotables que la caridad evangélica conserva y perpetua para vuestra subsistencia. Una filosofía insensata pretende hacer ostentacion de su humanidad; mas bien pronto experimentariais la mas desesperada mudanza en la circulacion de los beneficios que os sostienen, si os llegase á faltar el Evangelio, y no hubiese mas que la filosofía en la tierra.

Y ¡Vosotros, Sacerdotes benéficos, y cualesquiera que seais los venerables depositarios de los tristes clamores de las miserias humanas! ¡Vosotros todos! que recogeis los socorros con que alimentais diariamente millares de vuestros conciudadanos; vosotros sois quien podeis decirnos si es bajo los pabellones de la opulencia, ó bajo el manto de la Religion donde reside el gran manantial de estos tesoros, que esparcen incesantemente vuestras manos sobre la porcion indigente de vuestros hermanos! ¡Vosotros nos direis quienes ván á buscar á la viuda desconsolada, al artesano enfermo y al huérfano desvalido hasta los albergues mas oscuros é inaccesibles! ¡Vosotros, venerables cofrades! ve-

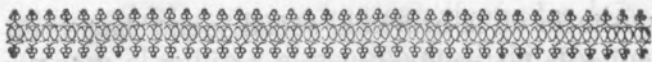
nis á ser los principales miembros de la familia atribulada. Ved aquí el Hijo de la Cruz, y por consiguiente el hermano de todos los pobres. Ellos son en el sentido mas verdadero, mas estenso y mas profundo, la carne de vuestra carne y el hueso de vuestro hueso. Por este parentesco evangélico, que es el mas íntimo y santo de todos, son los pobres los hijos de vuestra casa, y vosotros formais con ellos un mismo cuerpo y una misma familia inmortal en la casa de Dios. No derraman una lágrima, ni exhalan un suspiro que no sea la queja de una preciosa porcion de vosotros mismos, y la voz de la Religion os grita en este caso de un modo mas enérgico que la misma naturaleza. «Recibid, dice, á los necesitados y á los que andan errantes por vuestras casas, y no desprecieis vuestra propia carne. Vuestros ojos, a fijarse en el pobre, deben reconocer en él lo que os pertenece, y lo que tiene con vosotros la mas estrecha union.»

¡Venerables cófrades, y todos los que escuchais estas augustas verdades! revolved allá dentro de vosotros aquella leccion sublime con que Jesucristo quiso pagar en cierto modo la hospitalidad que ejercitaba con él y con sus dis-

cípulos uno que lo habia convidado. «Cuando prevengas algun banquete, le dijo, para comer ó cenar, oye lo que debes hacer, si no quieres que delante de Dios se pierda el precio de tus espensas: No convides á tus amigos, á tus hermanos, á tus parientes, ni á tus vecinos, si fuesen gente rica y acomodada como tu; porque en tal caso no dejarán de convidarte á su tiempo, y de regalarte cada uno en llegando su ocasion. Estas compensaciones sobre las cuales se suele hacer cuenta, tienen lugar de paga, y no dejan que esperar de la liberalidad de Dios. ¿Quereis, pues, encontrar en la otra vida lo que os adelantais á hacer en esta? Preparad vuestro convite, y á él llamareis á los pobres; entre estos á los que comunmente se vén mas abandonados, como los ciegos, los cojos, y todos los impedidos. Es cierto que de parte de esta gente no teneis que esperar algun retorno; mas en esto consiste vuestra dicha: tened paciencia hasta la resurreccion de los justos. En ella es en la que está Dios encargado de premiar vuestra caridad pasagera y gratuita con un perpetuo banquete de delicias.» ¡Qué pensamiento tan dulce! ¡qué consuelo tan alhagueño! ¡qué

premio tan consolante! Tened pues caridad los unos con los otros ; pero una caridad, que conciliando todos nuestros intereses, y uniéndonos á todos bajo de unos mismos vínculos, de todos forme un solo cuerpo y una sola sociedad, é inspire en los ánimos de los súbditos sentimientos de veneracion hácia sus Príncipes ; en los hijos afectos de amor y de obediencia á sus padres ; y en todos los ciudadanos reverencia y sumision á las autoridades. De este modo conseguiremos el premio de la caridad que es la gloria. AMEN.





SERMON

SOBRE LA BENEFICENCIA.

Religio munda et immaculata apud Deum et Patrem hæc est: visitare pupillos et viduas in tribulatione eorum, et immaculatum se custodire ab hoc sæculo.

La Religión pura y sin mancilla delante de Dios y Padre, es esta: Visitar los huérfanos y las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin ser inficionado de este siglo.

Epist. S. Jac. cap. II v. 27.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

LA pobreza es por desgracia una de las condiciones inseparables del estado de sociedad. Habrá siempre hombres espuestos á la indigencia, que no tengan otro patrimonio que la simple fuerza de sus brazos. Los habrá tan desvalidos que cifren la subsistencia en sus gritos y lamentos, y cuya fortuna esté reducida á sus tristes lágrimas. El gobierno, intérprete y de-

positario de la armonía social, debe hacer en favor de los primeros lo que permiten el orden y la justicia; y los ricos, esos hombres privilegiados que nacen cercados de bienes que les aseguran los derechos de la sangre, deben alargar sus manos liberales *para enjugar las lágrimas de la viuda y del huérfano que se ven en tribulación*. Hijos todos de un mismo padre, no deben los unos gozarse en la diferencia que les ha dado la legislación social, y los otros no deben gemir sin consuelo bajo el peso de su infortunio. ¡Oh ricos! ¡oh hombres afortunados, no goceis de vuestras riquezas como de un atributo personal, como de una ventaja de vuestra esencia! Considerad que ellas son el fruto de las leyes de los hombres. Subid hasta el origen de vuestros derechos; consultad la voluntad del Padre común de todas las criaturas; abrid su código eterno; oid sus justas ordenanzas inspiradas por él á Moisés, y que Moisés publicara al Pueblo Hebreo: «Cuando segares las mieses de tu campo, le dijo este sábio Legislador, no cortarás hasta el suelo la que está en las márgenes de tu heredad; no recogerás las espigas que se libren de tu esquilmo; no recogerás la

rebusca, ni los granos que se caigan; los dejarás para el pobre y el extraño que habite en tus tierras.» Y en otro lugar del Deuteronomio le dice de este modo: «Si alguno de tus hermanos que moran dentro de las puertas de la ciudad que te ha de dar el Señor Dios tuyo, se viere reducido á pobreza, no endurecerás tu corazón, ni cerrarás tu mano; la abrirás gustoso al pobre, y le prestarás lo que vieres que él necesita.» ¡Qué benéfica providencia! ¡qué sistema tan compasivo! ¡qué plan tan humano! ¡Dichosos una y mil veces los que leyendo estas ordenanzas llenas de humanidad; este código bienhechor, le han gravado profundamente en su pecho, y han legado sus bienes en beneficio del pobre! ¡Dichosos los que han tomado á su cargo el afanoso cuidado de perpetuar y circular estos bienes en el seno de la viuda y del huérfano desvalidos! En cambio de vuestros caritativos desvelos, se os multiplicarán los bienes en esta vida, y recibireis un tesoro incorruptible en la gloria. Vosotros formais la junta mas sacrosanta, y el espectáculo mas interesante. Hé aquí el por qué habeis tomado á vuestro cargo cuidados muy dignos del hombre, y los mas glo-

riosos para el hombre que ama la Religión.

¡Virgen santa! Vos que sois la salud de los enfermos, el consuelo de los afligidos, la medicina de nuestras enfermedades: Vos que sois la Madre de caridad, de cuyo título depende esta obra de nuestra santa Asociación, interponed vuestros ruegos á los pies del trono de vuestro Hijo santísimo, á fin de que inflame mi lengua con el fuego de esa caridad que dá fuerza á las palabras, para que las mías queden gravadas en el corazón de mis oyentes. Así os lo suplicamos, saludándoos con el Ángel.

AVE MARIA.

La necesidad es el principio de los vínculos que unen á los hombres y los conservan en sociedad. Un hombre que no tuviera necesidad de nadie, sería un ser aislado, insociable, sin justicia, sin ninguna humanidad. El se imagina poder pasar sin los otros, se cree comúnmente dispensado de mostrar interés por ellos. Por el contrario, el que se ama á sí mismo, que quiere ser amado y respetado de los otros, y socorrido en las necesidades que pueden sobre-

venirle, se interesa en las desgracias de sus semejantes, toma parte en sus tribulaciones, enjuga compasivo sus lágrimas, y alarga liberal sus manos caritativas para aligerar sus penas. Está íntimamente convencido que debe mirar en el indigente uno de sus asociados, necesario á su propia felicidad, cuyos socorros debe él merecer, facilitándole en cambio de sus fatigas los medios de subsistir, de conservarse y de hacerse dichoso dentro de su esfera. Está convencido de que la vida social pone á los hombres en una dependencia recíproca; y que la armonía de la vida, que es el mayor bien de los mortales, depende de sus mutuos servicios; en una palabra, de que el pobre trabaje para el rico, y el rico haga bien al pobre. La union de todos se funda en la necesidad de todos, lo mismo que acontece á los miembros del cuerpo humano, cuya union armoniosa resulta de la necesidad que tienen los unos de los otros. «Como tenemos muchos miembros, dice S. Pablo, y todos juntos constituyen un solo cuerpo; así todos nosotros juntos no somos mas que un solo cuerpo en Jesucristo, y somos miembros los unos de los otros.» «El cuerpo, dice en otra

parte, no es un miembro solo, es muchos miembros. Si dice el pié: yo no soy del cuerpo, porque no soy mano ¿por ventura está cortado ó separado del cuerpo por eso? Y así mismo, si la oreja dijera que tampoco es miembro del cuerpo, porque no es ojo ¿bastaría acaso esta razón para conceder que no lo era? Si todo el cuerpo fuese ojos ¿dónde estaría el oído y el olfato?» «Dios continúa el mismo Apostol, es quien formó todos los miembros, y colocó á cada uno donde quiso, y señaló el edificio que le pareció. Si todos los miembros fuesen un solo miembro ¿qué sería del cuerpo?» Mas en el orden que Dios ha establecido, aunque hay muchos miembros, no hay mas que un solo cuerpo: los ojos no pueden decir á la mano: no necesitamos de tu asistencia; ni la cabeza puede decir á los pies, que no le son necesarios. Antes por el contrario, los miembros que parecen los mas débiles son aquellos de que mas se necesita, y Dios compuso y ordenó el cuerpo de modo que lo que á un miembro le falta, lo supla el otro, para que no haya disension en el cuerpo, y que unos miembros tengan cuidado de los otros. Sobre estos fundamentos inalterables se halla

establecida la humana sociedad. Un mismo Dios, un mismo fin, un mismo objeto, un común origen, una comun sangre, un mismo interés, una recíproca necesidad, así para los negocios é intereses, como para la suavidad y dulzura de la vida. Es, pues, incontestable que el objeto mas interesante del hombre, fuera de Dios, es el hombre; que el uso mas dichoso que el rico puede hacer de sus riquezas es derramarlas en el seno de los pobres, como el uso mas ventajoso de las aguas es derramarse en los terrenos áridos para hacerlos producir las plantas y los frutos. Merece, pues, la execracion y el desprecio de todas las generaciones el hombre opulento que ha empleado sus riquezas en criminales pasiones, dejando que se consuma en la miseria el pobre y el desvalido. Y al contrario, la memoria del que ha consagrado sus bienes al alivio de los pobres y de los perseguidos por la desgracia ó por el infortunio, será conservada siempre en medio de las mas dulces alabanzas y de las mas suaves bendiciones.

El nombre del rico avariento de quien habla el Evangelio, será para siempre un nombre

odioso ; el del Centurion será bendecido de todos, porque amó á su gente hasta edificar con su dinero casas de misericordia. La memoria del hombre misericordioso será tan agradable como la sombra en el estío; como el agua fría en medio de la calentura; como el sol despues de la oscura y borrascosa tempestad. ¿Qué tendrá que temer, ó que cosa le sucederá mal? «¡Dichoso el hombre, dice el Profeta-Rey, que atiende á las necesidades del pobre y del afligido: en aquel dia terrible, cuya proximidad es tan formidable, en el que tendrá necesidad de proteccion y socorro, el Señor será su libertador y su refugio: si corre peligro, Dios le preservará; si sus dias se ven amenazados, Dios los prolongará; si su dicha fuere trastornada, Dios la restablecerá; si sus enemigos se desenfrenasen contra él, Dios le secorrerá; si la adversidad le agovia, si el mal le oprime, si la estenuacion le abate, Dios será su consolacion, su fuerza y su apoyo. Si la enfermedad le reduce á la agonia, ó si los achaques de la edad avanzada le tienden sobre el lecho del dolor, Dios mismo le mullirá la cama para hacérsela menos incómoda!» ¡Qué consuelo para el hombre misericor-

dioso! ¡qué promesas tan magníficas se le hacen! ¡qué elogio tan sublime! Dios se porta con él, como él se ha portado con el pobre. Digamos otra vez ¡dichoso el hombre que atiende á las necesidades del pobre! Él cumple el oficio mas sagrado que impone la humanidad, y el mas glorioso que inspira la Religion.

Los pobres son el objeto mas augusto y respetable de cuantos hay en la tierra. El cielo los ha escogido para cumplir en ellos los mas grandes designios, y derramar tesoros de infinita magnificencia. Cuando llegó el instante señalado para la redencion del género humano, el lugar mas miserable viene á ser el primer templo del Santo de los Santos, consagrado por su presencia; y *el Deseado de las naciones* trae al seno de la indigencia y de la escasez las primicias de todos los tesoros con que debe enriquecer al Universo. Los primeros confidentes de esta gran novedad que interesa á todos los pueblos, son asimismo escogidos en el fondo de los campos y entre la clase de los pobres. Si seguimos al Hombre-Dios en la trabajosa carrera que anduvo sobre la tierra, por reunir y santificar los ciudadanos del cielo, veremos que los

lugares mas humildes y desconocidos fueron el teatro de sus predicaciones y fatigas; y los hombres mas infelices los mas amados y los objetos mas cariñosos de sus cuidados y desvelos. ¿Por qué comunicó Jesucristo con una predileccion tan señalada con lo que halló mas desgraciado sobre la tierra? Porque veia en los pobres un ensayo de los mártires, unas criaturas enteramente dispuestas á recibir su espíritu; porque hallaba pronto entre estos infelices lo que es mas dificil de hallar en el corazón de los otros hombres, es decir, el hábito de las molestas privaciones; pues nada nos dispone tanto para ser los penitentes del Evangelio, como serlo de la necesidad é infortunio.

Si hubiera sobre la tierra una Religion que nos hiciese olvidar el clamor de la naturaleza y los gritos de la humanidad, no seria necesario ir á buscar fuera de este carácter la prueba de su impostura y de su ficcion, porque la verdadera Religion, la sola grata á Dios y al Supremo Bienhechor de toda criatura, es enjugar las lágrimas de la viuda y del huérfano que se ven en tribulacion. Jesucristo realza con tan vivos colores la dignidad y la escelencia de los po-

bres, que los presenta como los héroes del gran día del Señor; como los Príncipes de la eternidad; como los árbitros de la suerte de todo el Universo. Es justo ¡oh gran Dios! que lo que están pequeño sobre la tierra, sea un grande espectáculo para Vos; y que tantos suspiros exhalados por los órganos desfallecidos y agoviados con el peso de la miseria, sean un depósito de grandeza y de poder en el día en que todas las generaciones humanas juntas y temerosas á los pies de vuestro trono, estarán en espectación de su inmutable destino! ¡Qué dignación! ¡qué asombro! ¡qué misterio tan sublime! Pero ¿quereis vosotros tener sobre los hombres un grado mas que humano? Sed los padres de los pobres, y hacedles todo el bien que Dios quiere distribuirles por vuestras manos. Sed misericordiosos, como vuestro Padre celestial lo es. «Tened cuidado, dice S. Juan Crisóstomo, sobre estas palabras, que Jesucristo no dice: si quereis ser semejantes á Dios, martirizad vuestra carne, purificad vuestro corazón, levantad á él vuestro espíritu por medio de la oración. ¿Y por qué? Porque estas virtudes no son relativas al carácter y esencia de Dios. Pe-

ro la bondad, la compasion, la misericordia, la caridad, esto es á un mismo tiempo la naturaleza de Dios y su obra.» ¡Oh vosotros, augustos y respetables hermanos de la santa caridad! ¡oh vosotros que, como Job, habeis sido el consuelo de las viudas, los ojos de los ciegos, los pies del cojo, y los padres de todos los desvalidos! vosotros no sois simplemente los súbditos de Dios; sois los Dioses de la tierra. ¡Qué idea! ¡que pensamiento! El alma sale como fuera de sí al contemplarle, y el corazon se llena de una emocion que no puede soportar. Ya podeis hacer vuestro retrato de vuestra propia mano, y emprender vuestra apología sobre los mismos fundamentos, con los cuales se justificaba Job.

Despues de haber manifestado que estaba inocente de los delitos que le imputaban sus dolosos amigos, pasa á retratar sus virtudes, y ved aquí los términos en que él se esplicaba: «Oh mi Dios! mas he hecho que hacer justicia: me he impuesto la ley de ser caritativo. ¿Acaso he rehusado á los pobres lo que esperaban de mi liberalidad en sus necesidades? ¿He cansado los ojos de la viuda, atenta en estudiar para que la mire compasivo, y en descubrir la esperanza

de un socorro pronto? ¿He comido yo solo el pan que Vos me habeis dado en abundancia? ¿No han participado de él el huérfano y el pupilo? Vos lo sabeis ¡Señor! que desde mi tierna infancia ha sido la compasion como natural para mí: conmi, o salió del vientre de mi madre; por tanto no me he descuidado jamás de vestir al pobre y de poner al abrigo de los rigores del frio á todos los necesitados. Mil bendiciones han dado los pobres cubiertos con la lana de mis ovejas; al cielo hablan en mi favor sus miembros abrigados con mi cuidado. Acostumbrado á estos afectos piadosos ¿habré yo podido ser cruel, abusar de mi poder y de la superioridad de mi estado, para oprimir á los infelices sin defensa? Mas hubiera querido haber perdido mi brazo, verlo separado de mi cuerpo y hecho pedazos con todos mis huesos, que haberlo levantado para herir al pupilo, ó para maltratar al huérfano. Grandes riquezas he tenido; pero no he puesto en ellas mi confianza; no me ha deslumbrado el oro; no he tenido complacencia en contar las rentas que me rinde mi estado ó me produce la industria.» Ved aquí el tono con que Job hablaba á Dios, fiado

en la muchedumbre de sus misericordias. Parece que hace depender su justificacion de su conmiseracion. ¡Tan cierto es que la verdadera Religion, la sola grata á Dios es enjugar las lágrimas de la viuda y del huérfano que se vén en tribulacion, como dice Santiago! Esta es la obligacion mas digna del hombre que estima á la humanidad, y la mas gloriosa para el que ama la Religion. Esta es la única que puede hacerle sobrevivir á infinitas generaciones, elevarle á la semejanza de Dios, y hacerle participante de sus mas relevantes atributos; la única que puede asegurarle contra los infortunios de la vida, y merecerle las bendiciones del cielo y de la tierra; la virtud, en fin, mas necesaria y la mas consoladora. ¡Benditos sean una y mil veces esos hombres caritativos, que han estendido sus miradas á esas mansiones del dolor y de la desolacion; á esas casas de duelo y de horfandad; á esas familias desgraciadas que se sustentan con las aguas de la angustia y el pan de la tribulacion; á esas familias infelices, que, habiendo sido criadas en la abundancia y regalo, se miran reducidas á una vergonzosa mendicidad! ¡Oh almas verdaderamente gran-

des! ¡Oh sepulcros! ¡vosotros nos habeis arrebatado á los amigos de los hombres; pero vuestras losas conservarán para siempre su memoria! ¡Qué diferencia de estas vuestras inscripciones que consagra la Religion, á esos monumentos que ha erigido el orgullo, y que detesta la humanidad!

¡Oh Dios mio! la tierra se ha convertido en un bosque inmenso de tigres; los hombres parecen engendrados en las semillas del hierro. Hurtar, matar, oprimir... esta es toda su ocupacion, toda su vida; mejor diré, todo su gozo. El hábito de endurecerse sobre las miserias de sus semejantes se ha convertido yá en naturaleza. ¡Mortales humanos! ¡mudad de sentimientos; renunciad á esas pasiones brutales; deshacedos de esos hábitos feroces! ¡Tratad de hacer dichosos, para ser dichosos vosotros! Hé aquí el mejor consejo que el Evangelio tiene para los hombres. Esta es la moral que puede producir os gozos agradables en la vida, y preparar os los bienes durables de la gloria. AMEN.

des! Oh apóstrofos! vosotros nos habéis arr-
 bado a los amigos de los hombres; pero vos-
 tras sois consagradas para siempre en memo-
 ria! Que diferencia de estas vuestras inscrip-
 ciones que consagra la Heliogon, a esos monu-
 mentos que ha erigido el orgullo, y que desista
 de la humanidad!

Oh Dios! mi tierra se ha convertido en
 un bosque humano de liges; los hombres pa-
 recen engendrados en las semillas del viento.
 Hurtar, matar, oprimir... esta es toda su ocupa-
 ción, toda su vida; mejor que, todo en gozo.
 El mundo de endarécense sobre las miserias de
 sus semejantes se ha convertido ya en un inmen-
 so; el mundo humano, inmundicia de sentimen-
 tos; renunciado a esas pasiones divinas; des-
 hechos de esos hábitos terribles; tirado de ha-
 cer dichosos, para ser dichosos vosotros! He
 aquí el mejor consejo que el Evangelio tiene
 para los hombres. Esta es la moral que puede
 producir gozos agradables en la vida, y que
 parais los bienes durables de la gloria. Agra-
 y abundante en sus saberes que abundan, que
 asozonover una a sabiduría humana, o, oler
 ungratamente verdaderamente.

SERMON

SOBRE

LA VERDADERA FELICIDAD DEL HOMBRE.

Videns Jesus turbas, ascendit in montem, et cum sedisset, accesserunt ad eum Discipuli ejus.

Y viendo Jesus las gentes, subió á un monte, y después de haberse sentado, se llegaron á él sus discipulos.

Mat. cap. V v. 1.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR :

EL primero, el mas activo, el mas esencial deseo del hombre, es el de ser dichoso. Este grande y poderoso deseo está impreso en el fondo de su naturaleza, se comunica á todas las acciones de su vida, y sigue hasta el sepulcro. El hombre no camina sino á este fin; todo lo que obra, lo obra por él, y nada le puede agradar que no conyenga á su conservacion ó bien-

estar. No ha habido hombres sin este deseo ; no los hay ni puede haberlos, dice el Padre S. Agustin. Y aunque esta inclinacion sea el origen de todas las divisiones que suceden entre los hombres por el mal uso que hacen de ella, no hay sin embargo nada en que sean mas conformes que en esta misma inclinacion. Ninguno hay, ninguno ha habido, ninguno habrá que sin enseñanza no apetezca y desee tener las cosas que mira como convenientes á su conservacion. Los niños buscan con ánsia su alimento, porque es un bien que los conserva ; los juegos y diversiones, porque son bienes que los deleitan ; y la libertad, porque los perfecciona. Los mas de los hombres se ván tras de las riquezas y los honores, porque con aquellas logran sustentar el cuerpo y vestirle para librarle de las incomodidades de los tiempos ; y con estos estimacion y superioridad ; cosas que las miran como útiles para su conservacion y decencia. Bien dice S. Agustin que este deseo de la bienaventuranza está tan fuertemente gravado en el corazon de todos los hombres, que supuesto que el pecado sea inseparable de su miseria, no se mueven á cometer la iniquidad, sino para evitar el ser mi-

serables, para evitar, en una palabra, el dolor, la incomodidad y el malestar. ¿Y dónde está esta bienaventuranza, esta deidad que todo el mundo busca, y nadie encuentra? ¿Estará acaso en la vida de los sentidos, en los objetos de la naturaleza, que tanto nos seducen y embelesan? ¡Ay de mí! Yo me horrorizo y estremezco profundamente al considerar sobre esto los proyectos de los impíos, tales como se leen en el libro de la Sabiduría. Hé aquí como se explicaron: «Corto y tedioso es el tiempo de nuestra vida: despues de ella, no hay que esperar placer allá, ni volver aquí para gozarle; que nadie de la tumba vino afuera. De nada hemos sido hechos, y acabada nuestra vida, como el que nunca fué, asi seremos; el tiempo pasa al modo de leve sombra, y de la sepultura no hay lugar á retirada. Gocemos, pues, los placeres del mundo, como conviene á jóvenes cuales somos; gocémoslos sin perder un solo momento. Oprimamos y acabemos con el justo; no perdonemos á la desolada viuda, y no guardemos el menor respeto al anciano; nuestro mayor poder sea nuestra ley. Cególos su malicia, no hicieron caso de los sacramentos de Dios; como bestias

inmundas no hubo prado que no corriese su lujuria.» Todavía resonaba el eco abominable de tan brutales pensamientos, cuando en la misma boca de los que los profirieron, se ponen el mas asombroso desengaño, los lamentos mas fúnebres que pueden oirse en la tierra. «Hemos errado la carrera de la santa verdad; ni nos ha lucido la sincera luz de justicia. En la senda del mal y la insolencia gastamos nuestro brio, y siempre ignoramos la senda de Dios. ¿De qué nos ha servido la arrogancia? ¿De qué nuestros vicios y nuestro orgullo? Los que un día mostramos altamente, y como fatuos locura creíamos su vida, son contados entre los hijos regalados de Dios, y su suerte es la suerte de los Santos.»

Asi es como no se ciñen á esta vida nuestras eternas esperanzas, ni acaban acá nuestros inmensos deseos. Glorioso es el fin del trabajo virtuoso, ni se ha visto jamás se pudra la raiz que echa la sabiduría. No asi sucede á los adúlteros; perecen en su flor, y si á la vejez llegan, no por eso serán mas venturosos, irán sin esperanza á la otra vida, y su juicio hacerse ha sin misericordia. ¡Entonces si que brillarán los

justos, reinando Dios eternamente en ellos! ¡Ah, hermanos míos! si pudiera yo disipar la nube que nos oculta la gloria, la hermosura y la magnificencia del cielo, se descubriría á nuestra vista una region inefable, una ciudad de héroes de una originalidad enteramente nueva y de personajes singularmente distinguidos.

Sí; la Religion nos ofrece hoy sus hombres ilustres. Es cierto que no se anuncian con brillo, y que no tienen nada de lo que atrae los respetos y produce la celebridad. ¡Que otros arrebaten los imperios! ¡que reinen con la espada en la mano sobre las naciones consternadas! Por lo que hace á ellos, han aprendido de su celestial maestro á no romper la caña ya rota; á no apagar la mecha que humea todavía. Un Bruto, un César, un Caton, un Temistocles, simulacros gigantescos de la gloria y de la sabiduría, pasaron, pasaron devastando la tierra con sus armas y sus doctrinas. Los Discípulos de Jesucristo han pasado haciendo el bien, recogiendo millares de desgraciados, llevándolos al pie de la cruz, mostrándoles en silencio este signo sagrado, misterioso simbolo de dolor y de esperanza, de tristeza y de consuelo. Amamos

los bienes de este mundo, porque no miramos los bienes de la eternidad. ¿Hay otros que merezcan nuestro afecto y que nos muevan menos que estos? Esto es, hermanos míos, lo que me propongo mostraros en este día; y este es el plan de mi discurso. Nada hay más amable que los bienes de la gloria; nada, sin embargo, hay que sea menos deseado.

¡Espíritus bienaventurados! sed nuestros intercesores; logradnos la gracia de hablar dignamente de la gloria que poseéis, y saludemos humildemente á la Madre de nuestro Dios.

AVE MARIA.

El Evangelio nos dice que Jesucristo desde luego y sin preámbulo alguno puso á la vista de sus Discípulos y de una gran parte del pueblo un retrato de la felicidad verdadera, que debió dejarlos sorprendidos y admirados grandemente, porque no habian oido otro tal; y al cual, apesar de la profesion que de practicarle hacemos, aun nos cuesta dificultad á nosotros acomodarnos. *Bienaventurados, les dijo, los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino*

de los cielos. Por aquí el Doctor de la nueva ley comienza la primera de sus instrucciones, retratando la felicidad del hombre, sabe que deseamos todos nuestra felicidad; que este deseo es el alma de todas nuestras acciones; que todo lo que hacemos, lo hacemos para ser dichosos; por esto nos habla desde luego de la bienaventuranza, para mostrarnos que su Evangelio es conforme á nuestros mas amados intereses; que ha venido para procurárnoslos, y que toda la economía de su Encarnacion se dirige á este fin. ¿Qué es, pues, esta verdadera felicidad? Peligroso era engañarse sobre esto, y casi todos los hombres se habian engañado hasta entonces. ¡Qué densas tinieblas! ¡y qué lamentable desgracia! ¡El hombre sentia que habia sido hecho para ser dichoso, é ignoraba en qué consistia esta felicidad! ¡Qué reconocimiento no debe tener á aquel que le descubre esta gran verdad! *Bienaventurados los pobres de espíritu*; esto es, de voluntad y corazon. Aquellos que, siendo pobres, no anhelan por las riquezas ni las conveniencias con dispendio de su alma; que están contentos con la pobreza, por parecer en ella á Cristo pobre; aque-

llos que, siendo ricos de bienes temporales por disposicion del cielo, tienen el corazon despegado de todo, y de todo se desnudan por conformarse á Jesucristo por nuestro amor desnudo. Estos son del reino de Dios, y de ellos es su reino. Nó; ni las academias de Grecia, ni el saber de Roma habian dado una leccion tan originalmente divina. Pero sigamos este pormenor interesante.

De todas las miserias á las cuales el hombre está espuesto en esta vida, la mayor es la inconstancia de su voluntad, la inclinacion funesta que tiene á cometer el mal; la mala concupiscencia que hemos heredado de nuestros primeros padres, y la guerra continua que hay entre la carne y el espíritu. Tan presto es la orgullosa vanidad quien nos hincha, la oscura envidia quien nos pica, ó la ambicion quien nos devora. Tan presto es el espíritu de interés quien nos domina, el de venganza quien nos excita, ó el de la cólera quien nos trasporta. Tan presto es el vil deleite quien nos afemina, la inmunda sensualidad quien nos arrastra, el temor servil quien nos abate. ¡Qué felicidad para nosotros ser libertados de este yugo. ¡Eh!

¿Cuándo vendrá ¡ó mi Dios! este momento?
 ¿Cuándo tendré la felicidad de serviros en una
 plena libertad? ¿Cuándo será el dia en que yo
 os posea sin temor de perderos? ¿Cuándo.....?
 El Evangelio nos lo advierte: este instante tan
 amable es aquel en que nosotros merecemos
 por nuestra dulzura entrar en el reino de los
 cielos. *Bienaventurados los mansos*, esto es, los
 hombres de espíritu humilde, tratable y dulce,
 porque ellos poseerán la tierra de los vivos, es-
 ta tierra dichosa, cuyos habitantes son inmor-
 tales: *Beati mites, quoniam ipsi possidebunt
 terram.* Entonces poseeremos la tierra, ó co-
 mo dice S. Bernardo, este cuerpo sacado de la
 tierra y esta carne hasta entonces rebelde, se-
 rán perfectamente sometidos á la razon, y nues-
 tra razon á la de Dios. El reino de las pasiones
 acabará, el foco del pecado será apagado, y la
 concupiscencia no hará sentir mas su terrible
 aguijon. Nuestra voluntad será afirmada en Dios,
 y no estará sujeta á estas vicisitudes que la ha-
 cen pasar del bien al mal, y del mal al bien.
 Aborreceremos lo que Dios aborrecerá, y ama-
 remos lo que Dios amará.

Nuestra memoria ¿gustará allí algun con-

suelo?. *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.* ¡Lágrimas preciosas! dirán entonces los penitentes que hayan llorado los desarreglos de su vida: vosotras haciais desde entonces las delicias de los Angeles. ¿Cuáles son, pues, las que vosotros nos procurais hoy? ¡Obras de misericordia! ¡qué agradable es vuestra memoria! Vosotras sois las que me habeis puesto en posesion de este reino. ¡Oh! ¡qué bueno es el Dios de Israel para aquellos que le aman! ¡Amable castidad! ¡qué dulce será para las vírgenes acordarse de esta joya inestimable! La estimacion que la tuvieron les vale la corona que brilla sobre sus cabezas. Cierto que esta corona supone victorias, estas victorias combates, estos combates mortificaciones, oraciones, confesiones, comuniones..... Pero ¿qué son estos combates comparados con el reposo, con el inefable gozo que los sigue? ¡Así es como los Santos en el cielo recuerdan los peligros á que estuvieron espuestos en la tierra! La Providencia que los sostuvo en la tormenta, las tentaciones que tuvieron que vencer, los socorros enviados del cielo, y el santo uso que hicieron de ellos, todo esto les hará prorrumpir con un

Profeta : «Nos hemos alegrado por los dias en que nos humillasteis, y por los años en que nos probasteis á fuerza de grandes males. Hemos sido colmados de vuestras misericordias desde la mañana del dia grande de nuestra eternidad. Hemos saltado de gozo, y hemos sido llenos de un consuelo que durará tanto como nuestra existencia inmortal.» Y ¿cuál será el nuestro cuando nos acordemos de las buenas obras que nos hayan merecido el cielo? Uno de los tormentos mas crueles de los condenados será el pensar que han podido hacer el bien, y no le han hecho; y por una razon contraria, uno de los placeres mas puros de los bienaventurados será pensar que no han hecho todo el mal que podian hacer. Su corazon no gusta un gozo menos puro que su memoria; otro motivo que nos debe hacer anhelar el cielo.

Vosotros sabeis bien, y os lo enseñá la experiencia de acuerdo con la Religion, que nada en este mundo puede contentar los infinitos deseos de vuestro corazon. No ¡Dios mio! nada es capaz de fijar nuestros deseos y nuestras esperanzas; no nos habeis criado para nada de lo que hay en este mundo, sino que nos habeis

criado para Vos ; y nuestra alma estará siempre inquieta hasta que descanse en Vos. ¡Ah! un solo dia en vuestros átrios vale mas que mil otros en las tiendas de los pecadores. ¡Qué bueno es habitar aquí! Asi es como el Apostol San Pedro se esplicaba ya sobre su felicidad, cuando no veia aun sino una muestra de su Magestad divina ; se tenia por dichoso sobre el Tabor ; no queria descender de la montaña, y pedia que se formasen tres tiendas. ¿Cuál puede ser el sentimiento de su gozo hoy que está rodeado de esta gloria? Todos serán hartos en la abundancia de la casa del Señor ; los que tengan hambre y sed de la justicia ; los que tengan grande y verdadero deseo de purificar sus almas con la huida del pecado, y el sólido amor de Dios ; los que tengan en su corazon la guarda fiel de la ley santa del Señor, y renuncien los engañosos alhagos de este mundo.

Otro de los motivos que harán purísimo nuestro gozo en el cielo, es el que Jesucristo añade en nuestro Evangelio, que *son bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia*. Una de las cruces que mas atormentan á las almas justas en esta vida, es

saber que han pecado, é ignorar si han alcanzado el perdon de sus culpas ; sus reflexiones mas ordinarias son estas : ¿Cuál es mi estado delante de Dios? ¿Soy digno de odio ó de amor? ¿Me ha concedido el Señor su misericordia, ó ha rehusado oír mis súplicas? ¿Qué seria de mí si muriese al presente? ¿Seria puesto á la derecha con los justos, á arrojado á la izquierda con los pecadores? ¡Triste incertidumbre! ¡Dichoso el momento que nos sacará de ella! Entonces seremos asegurados para siempre de las misericordias del Altísimo ; gozaremos del reposo de una buena conciencia ; nada turbará nuestra paz ; el gusano roedor, ese enemigo cruel de nuestra tranquilidad, no se hará sentir mas, y la caridad desterrará de nuestro corazon todo sentimiento de terror. Acá en el mundo somos los esclavos de esta pasion : todo el tiempo de nuestra vida nos parece caminar siempre entre millones de enemigos, que tienen la espada levantada contra nosotros. Tememos la malicia de los unos y la perfidia de los otros ; la muerte, el juicio y el infierno. ¡Cuán justos motivos de terror! En el cielo todos son disipados : el Señor es el defensor de los justos. ¿Quién po-

drá hacerles temblar? Sus misericordias los han conducido al puerto de la salvacion, y ellos las cantarán eternamente, las publicarán y exaltarán por los siglos de los siglos. Los misericordiosos, los hombres que comparten las miserias de los afligidos, y en cuanto pueden las alivian y socorren, alabarán la misericordia, la justicia y todas las infinitas perfecciones de Dios, y le verán cara á cara, segun la promesa del Evangelio de hoy. *Bienaventurados, prosigue, los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios.* Los que tienen corazon limpio y puro de toda mancha, son los únicamente dignos de entrar en las confianzas de Dios, pues nada menos que Dios se ofrecerá al corazon humano en el cielo: allí se descubre á sus escogidos en toda su gloria y magnificencia, y deja ver su naturaleza divina y sus adorables perfecciones. Lo que hayamos creido en la tierra, lo veremos en el cielo. Veremos la unidad de Dios, la trinidad de las personas en la unidad de la esencia; veremos á Jesucristo verdadero Dios y verdadero hombre; veremos cómo ha podido padecer y morir por nuestra salvacion; cómo bajo las especies de pan y vino ha podido dársenos para

servir de alimento á nuestras almas; y por fin conoceremos los misterios de la gracia y la predestinacion, las cosas mas abstractas, las mas difíciles y remotas. Lo que pondrá el colmo á nuestro gozo será que conoceremos á los Santos que nos han precedido, y á los que vendrán despues. «Allí nos espera un gran número de amigos, dice S. Cipriano, y nos desea una multitud innumerable de parientes, de hermanos, de hijos de Jesucristo ya seguros de su inmortalidad é inquietos ahora por la nuestra.» ¡Entre- vista deliciosa, si es que puede concebirse! Sobre la tierra emprendemos viajes difíciles por ver á una persona de un mérito distinguido. ¿Cuál será nuestra sorpresa al presentarnos á una multitud de Patriarcas y Profetas, Mártires y Confesores, todos los órdenes de espíritus bienaventurados, rodeando el trono de Dios? ¿Cuál será nuestra alegría de ser admitidos en su sociedad, abrazarlos como á nuestros con- ciudadanos, estar unidos á tantos Santos, de quienes oimos hablar en los libros de la Igle- sia; de penetrar el corazon de todos, saber que nos aman, que se regocijan sinceramente de nuestra felicidad; reconocer en ellos los

mismos sentimientos que en nosotros, las mismas inclinaciones y los mismos deseos? Si es tan dulce sobre la tierra tener alguno en quien poder depositar con confianza su corazón, ¿qué gozo producirá en el corazón de cada bienaventurado la unión perfecta que tendrá con los otros? ¡Mi Dios! cuando yo hago todas estas reflexiones ¡qué triste es para mí el lugar de mi destierro! ¡qué fúnebre es para mi alma la morada de la discordia, de la perversidad, de la calumnia y de los odios! Pero ¡eh! solo en la mansión de la gloria hallaré los verdaderos bienes del espíritu, los de la conciencia, del corazón, de la memoria, de la voluntad, y generalmente de todo el hombre, porque nada puede faltar al que es llamado hijo de Dios, y es, en efecto, hijo adoptivo, ¡cualidades gloriosas de los escogidos, y en particular de los pacíficos! ¡Dichosos estos, prosigue el Evangelio, porque ellos serán llamados hijos de Dios!

Anticipadamente habeis oido que en la vida de los bienaventurados reina una soberana paz; y este objeto es ya por sí un tan gran bien, que merece ser considerado á parte, á fin de que nos haga mas impresion. Bajo esta idea San

Agustin representaba ordinariamente la bienaventuranza, y habia inspirado á su pueblo tal amor de esta paz, que al solo nombre de paz, no podia dejar de trasportarse por gritos de aclamaciones, que interrumpian el discurso de los oradores que le hablaban. Esta idea le era tan familiar, que en una ocasion reduce á ella toda la felicidad de los bienaventurados. «¿Cuáles son, pregunta, los placeres que estos disfrutan?» El Profeta responde: *Serán llenos de gozo por una abundancia de paz.* Nuestro oro será la paz; nuestra plata será la paz; nuestras tierras serán la paz; nuestro Dios será la paz, y esta paz es Dios mismo, fuera del cual no hay mas que el reino de la injusticia, y tras este el de eternas disensiones. Si sois un dia de los escogidos de Dios, sereis no solamente las imágenes, los siervos y los amigos de Dios; sereis sus hijos predilectos: Dios será todo en vosotros, y vosotros sereis todo en Dios. Sereis como divinizados y deificados, por la participacion de la naturaleza divina y de la eterna caridad.

Bienaventurados, concluye el Salvador, los que padecen persecucion por la justicia, porque

de ellos es el reino de los cielos. Como si dijera el Señor. Lo que tengo dicho de los pobres de espíritu que abandonan los bienes de la tierra y los desprecian por seguir la perfeccion, esõ mismo se ha de entender de los justos perseguidos, que sufren calumnias, ultrajes, prisiones y malos tratamientos, por no faltar á la fé, á la ley de Dios y á la virtud: sayo es tambien el reino de los cielos. Todos estos serán otros tantos Reyes: su reino es el reino de Jesucristo. ¡Cuán digno de ser amado! Lo habeis visto por lo que hasta aquí he dicho. Oireis en lo que me resta, que es poco ó nada deseado.

Quando digo que pocos de entre nosotros desean la gloria, no hablo de los deseos ineficaces y estériles; semejantes deseos son comunes á todos los hombres que no han renunciado la fé de nuestra vida libre enteramente de infelicidad. ¿Cuál es el verdadero cristiano que no desee estar en Dios, quando no esté en este mundo? Lo que yo digo que pocas personas desean el cielo, se entiende de los que conciben un deseo sincero y verdadero. ¿Qué haceis, hermanos mios, quando teneis un deseo efectivo de adquirir un bien? Pensais en él muchas

veces, y vuestro pensamiento está acompañado siempre de un sentimiento de complacencia; os deja el último al acostaros, y se adelanta al despertaros, y meditais de continuo los medios de conseguirle; si descubris los que os parecen propios, los empleais con prontitud; si os salen mal, la tristeza se apodera de vuestro corazon, y el tedio y la melancolía os siguen á todas partes. Si tuvierais este deseo por el cielo, olvidaríais la tierra para no acordaros sino de él; cien veces al dia levantaríais los ojos hácia las santas montañas, y diríais: Este es para siempre el lugar de mi reposo; esta es mi morada, porque yo la he escogido. Pero ello no es así, y es preciso notar que hay sobre esto dos heregías: la una que se puede llamar heregía del espíritu ó del entendimiento, porque la aprueba y la consiente; y la otra que debe llamarse heregía del corazon, porque nace de las pasiones que obligan al entendimiento á conformarse con ellas en sus juicios, aunque haya en él bastantes luces que desmientan estos juicios. Las lecciones que hoy nos dá el Evangelio, destruyen las absurdas imaginaciones de los filósofos paganos, en asunto de la bienaventu-

ranza ; pero no ha desarraigado con la misma facilidad las heregías del segundo género ; al contrario vé que los hombres se desentienden de sus máximas, y establecen el soberano bien en la vida presente, en el goce de los sentidos, de los objetos de curiosidad, en los honores, la gloria y el poder del mando. Esta heregía no es otra cosa que la triple concupiscencia ; es la heregía general de la especie humana que corrompe primeramente el corazon de todos los hombres, y despues su espíritu. ¡Pobre género humano ! ¡Qué ciego y descaminado procede en el plan de su felicidad ! El primer medio de merecer el cielo, es la pobreza de espíritu ; es una renuncia, á lo menos de corazon, de los bienes de este mundo, á sus herencias, á sus tesoros, á sus empleos, á sus honores ; es un perfecto desapego de sí mismo, de las comodidades de la vida, y de todo lo que puede lisongear los sentidos.

¿Y en dónde hallaremos este despojo general de todo amor á las cosas de la tierra ? ¡Eh ! vemos que los pobres son los mas ricos en deseos ; ninguno sufre la miseria con paciencia y resignacion. Si otros son ricos y abundantes de

bienes, son mas bien poseidos que poseedores. Pocos hay que los busquen sin pasion, que los posean sin afecto, y que los pierdan sin pesar. Jesucristo llama *dichosos á los mansos* y de suave y dulce condicion. Nos manifiesta por estas palabras que el segundo medio de llegar á la bienaventuranza, es reprimir cuidadosamente los primeros sentimientos de la cólera, de no hacer nada en su primer movimiento, de no resistir al mal, sino de vencer el mal por el bien, y en esto consiste la virtud de la dulzura. El que practica esta amable virtud, posee su alma en la mas perfecta tranquilidad; no levanta jamás su voz y jamás se queja. Pero ¡qué pocos hay que sepan apaciguar los arrebatos con una palabra de dulzura! ¡Y qué pocos que deseen el cielo! *¡Quám pauci sunt!* Jesucristo llama *dichosos los que lloran*; y este es el tercer medio de conseguir el cielo, derramar lágrimas acá bajo, no sobre la pérdida de los bienes temporales, sino sobre nuestros pecados, sobre los desarreglos de nuestra juventud, sobre el temor de perder al Señor, sobre los desórdenes que reinan en el mundo, sobre el olvido en que vive la mayor parte de los hombres. ¿En dónde

corren esas lágrimas que nos merezcan los consuelos celestiales? ¿Quién osará entre nosotros decir con David, que sus ojos han derramado torrentes de lágrimas, porque no han guardado la ley del Señor? Pero es cierto que el que no llora como extranjero, no se regocijará como ciudadano. Pocos, muy pocos hay que giman por el cielo. *¡Quám pauci sunt!* Jesucristo llama dichosos á los que tienen hambre y sed de la justicia. Esto nos advierte que el cuarto medio para alcanzar la bienaventuranza es, para un pecador, suspirar por la gracia que ha perdido; y para el justo, adelantar siempre en el camino de la perfeccion; para todos los hombres desear ardientemente la gracia santificante, el cumplimiento de la ley; pues todo esto significa la palabra *justicia*; desearla como un hombre que, estrechado del hambre y de la sed, desea el pan para saciarse y el agua para refrigerarse. ¿Estos dos sentimientos son tan vivos en vosotros? ¿Deseais tan fuertemente amar á Dios, ser amados de él, hacer su voluntad, lograr su gracia, como conseguir vuestro alimento corporal, cuando teneis necesidad? No por cierto; son muy pocos los que se compor-

tan así; muy pocos los que cuidan de su salvacion con esmero. *¡Quám pauci sunt!* Jesucristo llama *dichosos á los hombres misericordiosos.* ¿Quiénes son estos en el sentido de las divinas Escrituras? Son aquellos que perdonan voluntariamente á sus enemigos, que asisten liberalmente á los pobres y necesitados, los que instruyen caritativamente á los ignorantes ó que tienen necesidad de consejo; los que ejercen estas obras de misericordia, tienen por fiador la promesa infalible de Jesucristo: *Misericordiam consequentur.* ¿Y practicais estas obras vosotros vengativos, enemigos implacables de la fortuna y reputacion de vuestro hermano? ¿Las practicais vosotros, avaros inhumanos, opresores inicuos de la viuda y del huérfano? Vosotros, padres y madres, amos y criados, que dejais á vuestros hijos y á vuestros criados en la mas profunda ignorancia de las obligaciones de un cristiano ¿practicais estas obras? Asi se tratan los deberes de la caridad, como si se hubieran hecho para los muertos. Jesucristo llama *dichosos á los que tienen el corazon puro;* es decir que trabajan dia y noche en despegarle de todo afecto al mundo; que le purifican con

cuidado de todas las suciedades que contrae en el comercio y contacto de las criaturas; que le defienden contra los asaltos de las malas imaginaciones, y que consagran todos sus sentidos y potencias al Señor. Estos hombres que hayan consagrado de este modo su corazón á Dios sobre la tierra, gozarán de la felicidad de verle eternamente en el cielo. *Ipsi Deum videbunt.* ¿Gozaré yo, mi Dios? ¿Mi corazón es bastante puro para veros algún día? ¿Está tan libre del amor del mundo que merezca ser lleno de Vos mismo? ¿Está bastante desembarazado de los bienes, de los placeres y de los honores de este mundo, para merecer estar unido á Vos en la serie de los siglos? ¡Terrible y espantoso pensamiento! Sondeo mi corazón, y hallo en él mil ligaduras á esta tierra infeliz, mil pasiones bastardas, mil deseos que no van acordes con la santa ley del Señor. Y como yo ¿cuántos otros se hallarán? Muy pocos que hayan conservado ó recobrado el augusto carácter de su bautismo. *¡Quám pauci sunt!*

Por fin Jesucristo llama *dichosos á los pacíficos y los que padecen persecucion por la justicia.* «Sereis dichosos, dice á todos los pue-

blos que instruye sobre la montaña, sereis dichosos cuando se os maldiga, cuando por mi causa se diga toda suerte de mal contra vosotros.» Hé aquí un septimo estado, el último medio de la bienaventuranza que Jesucristo nos propone, y que consiste en establecer, lo primero una paz sólida dentro de nosotros mismos, y despues en sufrir toda suerte de malos tratamientos: en nuestro honor por las injurias; en nuestro cuerpo por la persecucion; en nuestra reputacion por la calumnia, en sufrir todo esto, no por sostener el error, no con desesperacion, no por ningun crimen condenado por las leyes, sino por la defensa de la verdad en la inocencia de las costumbres mas puras, en el espíritu de paciencia por el santo nombre del Señor. Ved aquí en pocas palabras lo que nos hace verdaderamente dichosos en el infalible juicio de Jesucristo. La privacion de las riquezas y comodidades de la vida; un continuo sacrificio de sí mismo por la paz y la caridad; la afliccion y las lágrimas; el alivio de los desdichados y menesterosos; la inocencia del corazon, el abandono de los placeres de los sentidos, y las persecuciones y malos tratamientos por la causa de

la santa é incorruptible verdad. Tales son las virtudes, de cuya union y concordia viene á resultar el colmo de la felicidad verdadera.

Era preciso una Religion divina para hacer bienaventurados por este camino. Por mas que discurra el mundo, y apesar de la evidencia que pretenden tener sus mas ciegos secuaces de ser esta una estraña paradoja, la esperiencia se junta con la fé para mostrarnos que no hay hombres verdaderamente contentos y sólidamente felices, sino en esta region sembrada de abrojos y de espinas, abandonada de todos los que buscan su dicha en el cumplimiento de sus pasiones, y seguida de pocos que dicen aspiran á la felicidad verdadera. Nuestro divino Salvador y Maestro conocia esto mejor que nosotros. A sus mas fieles amigos descubre este divino secreto, y no querian engañar la confianza que de su Magestad hacian. Entre los discipulos de Jesucristo contamos una infinidad de hombres pacientes y crucificados, y entre ellos no vemos desdichados é infelices; porque la desdicha de la vida no es obra de las cruces que el Salvador nos propone, sino el amargo fruto de las pasiones que el cristianismo reprueba. Si

es imposible negar que el hombre espera hasta el sepulcro; si es cierto que todos los bienes de la tierra, en vez de satisfacer nuestros deseos, no hacen mas que ahondar el alma y aumentar el vacío, es preciso concluir que hay alguna cosa mas allá del tiempo. «El mundo, dice S. Agustin, tiene lazos de una verdadera aspereza, y de una falsa dulzura; dolores ciertos y gustos inciertos; un trabajo duro y un reposo inquieto; cosas llenas de miseria, y una esperanza vacía de felicidad.» Lejos de quejarnos de que el deseo de la felicidad se haya colocado en este mundo, y su término en el otro, admiramos en esto la suprema bondad de Dios. Puesto que es necesario salir de esta vida tarde ó temprano, la Providencia puso mas allá del término fatal un embeleso que nos atraiga, á fin de disminuirnos el terror del sepulcro. Cuando una madre quiere hacer saltar á su hijo una barrera, le pone del otro lado una cosa agradable para obligarle á pasar.

¡Pueblo! atiende, escucha lo que te digo, y medítalo á tus solas: en ello te vá el mayor de todos tus intereses. Had votos por esta suprema felicidad; sea ella el objeto preferente de

todos tus pensamientos; en todo lo que hagas, en todo cuanto medites, mezcla este pensamiento divino: ¿Qué será de mí, cuando ya no exista? ¿Con quién estaré en saliendo de este mundo? ¿Cuál será mi suerte al dejar este cuerpo que idolatro? ¿Me acabaré todo, ó quedará algo de mí? ¿Viviré yo, ó pereceré eternamente? ¡Ay! no creas acabamiento lo que desde esta vida es un viaje á la otra. Tu serás tan eterno como Dios, y Dios será el modelo de tu existencia. Los justos recibirán un reino eterno de gloria, debido á las angustias y trabajos que sufrieron en los tristes dias de su peregrinacion. Los malos, al contrario, tendrán pena infinita, como que despreciaron la justicia y abandonaron á Dios. Ha seis mil años que los hombres pasan como sombras delante de otros hombres; y sin embargo el género humano, defendido por una fé poderosa y por un sentimiento invencible, no vió en la muerte sino una mutacion de existencia, y apesar de las contradicciones de algunos entendimientos engañados por espantosos deseos de reducirse á la nada, conservó siempre como un dogma la creencia de la inmortalidad. ¿Acusareis de error á todas

las naciones y á todos los siglos? ¿Direis al linage humano: «Tu te has engañado perpetuamente desde tu origen?» Entonces negad á Dios, y negaos á vosotros mismos, y cantad en triunfo el himno á los gusanos. Pero ¡oh! ¡qué horror! Creed á todos los pueblos; creed á Dios que nos asegura que despues de esta hay otra vida; penas y recompensas infinitas. Leed la historia de todos los pueblos, y por todas partes hallareis el temor y la esperanza á la entrada del sepulcro; por todas partes se os dirá que de sus profundidades misteriosas parten dos caminos para siempre separados, de los cuales el uno conduce al reino de las tinieblas, de los tormentos y del odio, y el otro á las regiones de la luz, de la verdad, de los gozos inmortales, del órden, de la paz y del amor. Elegid entre el bien y el mal, entre la vida y la muerte, entre Dios y las tinieblas, entre el cielo y el infierno. ¿Dudais? ¡Ay! no. Anatema al mundo y sus encantos primero que renunciar á la esperanza de la celestial Jerusalem, de la santa Sion, de la inmortal sociedad de los Angeles y de los justos, que Dios nos conceda á todos. AMEN.

las naciones y de los señores de las Indias. En el
 año de mil y seiscientos y noventa y tres se
 mandó a los señores de las Indias que se
 acordase un reglamento para el gobierno de
 las Indias. En el año de mil y seiscientos y
 noventa y cuatro se acordó un reglamento
 para el gobierno de las Indias. En el año
 de mil y seiscientos y noventa y cinco se
 acordó un reglamento para el gobierno de
 las Indias. En el año de mil y seiscientos
 y noventa y seis se acordó un reglamento
 para el gobierno de las Indias. En el año
 de mil y seiscientos y noventa y siete se
 acordó un reglamento para el gobierno de
 las Indias. En el año de mil y seiscientos
 y noventa y ocho se acordó un reglamento
 para el gobierno de las Indias. En el año
 de mil y seiscientos y noventa y nueve se
 acordó un reglamento para el gobierno de
 las Indias. En el año de mil y seiscientos
 y mil se acordó un reglamento para el
 gobierno de las Indias.

SERMON

SOBRE

LA COMUNION Y DISPOSICIONES PARA RECIBIRLA DIGNAMENTE.



Non est alia natio tan grandis, quæ habeat Deos appropinquantes sibi sicut Deus noster adest nobis.

No hay en el mundo una nacion tan grande como la nuestra, que tiene un Dios que reside en medio de nosotros.

Deut. cap. XVI e. 7.

UN Dios que hace al pueblo hebreo depositario de sus oráculos y promesas; un Dios que tiende sobre él sus incesantes miradas de predileccion y de cariño; un Dios que, Rey, Legislador, Guia y Protector á la vez, se complace en excitar su fé por medio de repetidos prodigios, y despertar su amor con incesantes favores y continuos beneficios: hé aquí, Ilustrísimo Se-

ñor, la gloriosa enseña, la hermosa unción, el singular privilegio con que se honraba aquel pueblo providencial; enseña, unción, privilegio que, distinguiendo al pueblo de Abraham de todos los pueblos de la tierra, eran para él las garantías mas seguras de su felicidad, como la mas sólida base de su honra y de su gloria. ¡Qué idea no se hubiera formado de su preeminencia y de su dicha, si le hubieran alcanzado las eminentes prerrogativas de las naciones cristianas! ¡Ah! no parten del cielo ya nubes luminosas para rodear al Santuario: es el mismo Dios quien le cubre con el manto resplandeciente de su gloria. Tampoco es el Angel del Señor quien desde el fondo del porpiciatorio anuncia el porvenir. No; es el mismo Dios en persona quien nos revela sus secretos y nos anuncia sus voluntades; es el firmamento mismo que, según la hermosa espresion de un Profeta, desciende sobre la tierra: Dios y el hombre confunden su ser y su sustancia. Dios mismo es nuestro consuelo, nuestra esperanza, nuestra posesion y nuestra herencia. El es nuestro médico y nuestro remedio; es en una palabra, nuestra bebida y nuestro alimento.

Testigos de tantas maravillas, depositarios de tamaños prodigios, y favorecidos con tan señalado amor, bien podemos esclamar llenos de gozo, de júbilo y de ternura: ¡«No hay nación tan grande, tan favorecida que tenga Dioses que se le acerquen, como nuestro Dios se acerca á nosotros.» ¿Y será posible que Dios no haya bajado tan cerca de nosotros, sino para alejarnos de él mas y mas? ¿Se podrá creer que la profusion de sus beneficios eucarísticos los haya envilecido á nuestros propios ojos, ó que su bondad se ha disminuido, comunicándose mas y mas? ¡Ah hermanos míos! quisiera ciertamente poder disimularlo; pero el escándalo es demasiado público, y el dolor de la Iglesia demasiado profundo. Sin cesar se queja de ver la participacion del sagrado sacrificio tan rara ó tan imperfecta. Sin cesar gime por no tener en la santa mesa sino intrusos ó mercenarios; Judas pérfidos que la manchan, ó débiles discípulos que se alejan de ella. Trataré de esforzar á los que se separan de la comunión sin motivo, y mostraré el atentado de los que se acercan sin respeto, estableciendo las disposiciones que pide y las ventajas que procura.

¡Oh Dios mío! Vos que sois todo virtud y todo amor, dad fuerza á mis palabras y calor á mis afectos, para que inspirándole á mis oyentes, se acerquen á vuestra mesa de un modo digno de Vos y del Padre que os envió. Asi os lo suplicamos por la intercesion poderosa de vuestra immaculada Madre, á quien fervorosamente saludamos con el Angel.

AVE MARIA.

¿Qué es comulgar? Es cumplir el voto mas ardiente del corazon de Jesucristo; es alimentarse del pan de los Angeles; es aplicarse de una manera particular el fruto y el mérito de la muerte de Jesucristo. Es preciso, pues, presentarse con un santo ardor, exento de toda mancha, y llevar un espíritu de sacrificio y de martirio. Comulgar es cumplir el voto mas ardiente del corazon de Jesucristo. Esto es lo que el Salvador manifestó de una manera bien sensible en la última cena que celebró con sus discípulos. *He deseado con un gran deseo, les dijo, comer con vosotros esta pascua. Toma el pan en la mano, le parte y le distribuye: Tomad y co-*

med todos. Aquí no hay predilección; todos son admitidos, el pobre y el rico, el amo y el criado, el fuerte y el débil, el sano y el enfermo. ¿Pero cuál será este gran día, esta gran solemnidad, en que se celebrará este festín? No hay día privilegiado, no hay solemnidad determinada. Los panes sagrados no se agotarán jamás; la mesa estará siempre puesta en la sala del banquete, y los ministros siempre dispuestos para servir. ¿Qué concluir de todo esto? Que Jesucristo no podía expresar mas vivamente los deseos de su corazón; que no ha quitado todos los obstáculos que pudieran encontrarse en la nueva Pascua, sino para quitar todos los pretextos; que esta santa ánsia que nos la hace desear, es la primera disposición que pide; que con cuanto mas ardor corremos hácia esta fuente de agua viva, mas se complace en derramar sobre nosotros sus aguas vivificantes; que las Comuniones son tanto menos sospechosas, cuanto son menos raras. ¿Y es esto lo que vemos? ¡Gran Dios! ¿lo hubierais debido esperar? ¡Tantas invitaciones de vuestra parte, y tanta repugnancia de parte de un gran número de cristianos! ¡Un Padre que se adelanta, y unos hijos

que se separan! ¡Un Rey que viene á nosotros, á sus súbditos, lleno de dulzura, y estos mismos subditos que le desprecian! ¡Un Señor que llama, y unos esclavos que rehusan!.....

¡Ah! sin duda ¡Señor de las misericordias y de las maravillas! sin duda habeis tenido presente este desprecio, cuando os quejabais por la boca de vuestro Prefeta: *He criado hijos y los he ensalzado, y ellos me han desconocido y despreciado*: y esto mismo llorais cada dia en vuestro Santuario: «Yo he alimentado hijos, les he dado mi cuerpo por comida y mi sangre por bebida; los he elevado al mas alto punto de distincion y de grandeza; les he dado parte de la gloria que me ha dado mi Padre; he derramado sobre ellos todos mis tesoros, y he agotado todas mis gracias; y los ingratos, sobre quienes he derramado tantos beneficios, por quienes cada dia me inmolo y aniquilo, esos mismos..... ¡Ah! ¡si fuese el extranjero, si el infiel; pero los convidados, los favorecidos, los hijos!..... *Ipsi autem*. Estos mismos han rechazado mis caricias, y no corresponden al exceso de mi amor sino por el exceso de su indiferencia: *Ipsi autem spreverunt me*. Tales son ¡oh

mi Dios! los gemidos inefables que formais sobre vuestros altares. Esta es la grande amargura de vuestro sacrificio.

Comulgar es alimentarse del pan de los Angeles. Debemos, pues, purificarnos de toda especie de suciedad. ¿Insistiré sobre esto? ¿Os probaré que el Santo debe ser para los Santos; que los avaros, los impúdicos, los homicidas, los blasfemos y maldicientes no deben acercarse á la santa mesa, hasta que hayan concebido un justo dolor de sus pecados? Estas grandes virtudes son demasiado conocidas, y no hay nadie que no las confiese, como no sea que haya perdido la fé. Pero ¿cómo se las aplica? Nuestra enfermedad no es mortal. ¿Pero nos permite gozar de la vida de la gracia? No estamos cubiertos de lepra. ¿Pero nuestras antiguas heridas se han cerrado enteramente? No somos extranjeros. ¿Pero somos vecinos y amigos? *¿Vicinos et amicos?* Cuando mas mas, nuestra virtud no es sino la cesacion de nuestros crímenes. No basta adormecer por algun tiempo el fuego de la concupiscencia; es menester encender en el corazon el fuego sagrado de la caridad. No basta una tregua; es menester traer guerra

continua con el pecado. No basta una simple suspension; es preciso una absoluta detestacion de nuestros crímenes. La Comunion debe ser el precio, y no el principio de nuestra conversion; la corona y no la prueba de nuestra mutacion.

Comulgar es participar de la renovacion de la muerte del Salvador, y es preciso llevar un espiritu de sacrificio y de martirio. Comulgando anunciamos la muerte de Jesucristo, y retratamos la memoria. Y ¿cómo renovar dignamente tan grande sacrificio? ¿Cómo acordarnos útilmente de Jesucristo crucificado? Supongamos que la muerte del Cordero sin mancha se ejecutase sobre el altar, como se ejecutó en el Calvario; y que no solamente fuésemos los testigos, sino los ministros y los cooperadores de su muerte. Si Jesucristo os pidiese ser enclavado en la cruz por vuestras manos, ser levantado sobre el leño infame, poner en su cabeza la corona del martirio, penetrar su costado con una lanza, presentarle la bebida de amargura, y ejercer sobre él todos los tormentos que los verdugos inventaron, ¿cuáles serian vuestros sentimientos? ¿cómo llenarias este triste minis-

terio? ¿con qué dolor pondriais la corona, y penetrariais las manos y el costado? ¿con qué asombro veriais correr su sangre y sus lágrimas? ¿con qué ansia, y con qué angustia recogeriais sus últimos suspiros? Vuestra alma sería traspasada como con una espada; y aunque no os quedase sino una centella de fé, ¿qué martirio podría igualar al vuestro?

Jesucristo está vivo en la Eucaristía; pero permanece en un estado de muerte. No padece; pero recuerda la memoria de sus padecimientos. Está glorioso; pero espuesto á los ultrages de los sacrílegos. Se inmola libremente; pero siempre por nuestra intervencion consume su sacrificio. ¿Dónde está, pues, esa abundancia de compuncion, esa vivacidad de dolor, ese duelo, esa santa desolacion que revelan ese espíritu de sacrificio y de martirio, que nos hubiera animado sobre la santa montaña? Espíritu de sacrificio y de martirio, sin el cual todas nuestras Comuniones son otros tantos ultrages hechos á la carne crucificada de Jesucristo, nuevos insultos, nuevos oprobios, y como nuevos verdugos que le atan á la cruz. Hasta

aquí, las disposiciones que exige. Veamos las ventajas que procura.

¡Qué hermoso y qué grande es ver como la gracia eleva y trasforma las almas! ¡cómo consuela y fortifica al justo! ¡cómo le hace mudar los hábitos del hombre viejo, y le despoja de todos los afectos terrenos! ¡Qué espectáculo á los ojos de la fé la prodigiosa revolucion que se hace en aquel que ha conocido el don de Dios; que ha sentido las impresiones del Padre de las luces, y las saludables influencias del Espíritu Santo, que sopla donde quiere! Pero si la gracia sola obra en los corazones tan maravillosa mutacion; si el espíritu del Señor hace reposar sobre el fiel el honor, la gloria y el poder de Dios mismo, ¿qué efectos, qué milagros no se deben esperar del Sacramento augusto donde se reciben, no ya simplemente las impresiones de la gracia, sino al Autor mismo de la gracia? ¿no un rayo dimanado de lo alto, sino todo el resplandor del sol de justicia? no solamente el espíritu del Señor, sino la plenitud de la divinidad que reside en nosotros corporalmente? ¿Qué es nuestra vida, cristianos? El Espíritu Santo nos lo dice: «un combate sin fin; guerra adentro,

guerra afuera; inclinaciones rebeldes, pasiones tiránicas, un corazón ligero, una voluntad vacilante, un espíritu á quien todo engaña, una imaginación á quien todo seduce. ¿Qué hacer? ¡gran Dios! ¿Adónde huir para librarse de tantos enemigos? ¿Dónde tomar fuerza para combatirlos? En el Santuario ¡hermanos míos! en la mesa santa: *Parasti in conspectu meo mensam adversus.*

Ella nos ofrece esta sal mística que previene la corrupción; este aceite precioso que penetra y vigoriza hasta las partes más íntimas del alma; este maná sabroso, esta vianda divina, este alimento celestial que nos fortifica contra los peligros, los escollos, las ocasiones, contra nosotros mismos; que nos sostiene en las tentaciones, y nos anima en los combates que nos dan á todas horas el mundo y el infierno, nuestras pasiones y nuestro propio corazón. ¡Eh! ¿qué podrá temer el cristiano que se acerca dignamente al altar? Marcado con la sangre del Cordero ¿qué temerá del Ángel exterminador? Poseyendo en su corazón al que ha vencido al mundo ¿qué tendrá que temer de las promesas y de las amenazas del mundo? ¡Que

el mundo y el infierno se ligen! nosotros le veremos desafiar generosamente á todos sus enemigos y burlarse de sus esfuerzos. Revestido por la Comunion de la virtud de Dios, todo lo puede en aquel que le fortifica. Dios habita en medio de él; no será conmovido. *Deus in medio ejus, non commovebitur.* Apartaos de aquí ¡profanos! Vosotros todos los que no habeis conocido el don de Dios, vosotros no me entenderéis. Trato de dirigirme á esas almas fieles, que están iniciadas en los misterios del Esposo. ¡Ah! ellas solas pueden esplicarnos con el Profeta cómo los justos celebran el festin y se regocijan en presencia de Dios. Ellas solas pueden contarnos cuáles son las comunicaciones, las efusiones que Jesucristo reserva á sus convidados. ¡Qué hermosos vuestros tabernáculos! ¡Dios de las virtudes! ¡qué amables, qué dichosos los que habitan en vuestra casa! Un solo dia pasado á la sombra del Santuario vale mas que mil en las tiendas de los pecadores. ¡Vuestros altares ¡oh mi Dios! vuestros altares!...! Lejos de ellos, el mundo no es sino un triste desierto.

¡Oh hijos de Adan! venid y gustad cuán

suave y dulce es el Señor. La gracia eucarística no es una gracia particular para hacernos practicar tal ó cual virtud ; para hacernos evitar tal ó cual vicio ; no es la gracia de un estado, de una ocasion particular ; es la gracia de todos los estados, de todos los momentos y de todas las circunstancias ; es una gracia durable y universal, que se estiende á todo ; es el complemento y fin de todas las gracias. ¿Y cuál puede ser este fin, sino unirnos fuertemente á la justicia, á Jesucristo mismo, autor de toda virtud ; hacerle reinar sobre nosotros por un amor tan dominante que nos haga esclamar con el Apostol : *¿Quién nos separará de la caridad de Jesucristo?* De aquí ¡hermanos míos! esta palabra del Salvador: *El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él.* ¡Espresion memorable! Jesucristo forma con nosotros una union permanente, una alianza constante, y un vínculo indisoluble , no porque nos haga impecables, sino porque nos hace nuevos, y el hombre nuevo no envejece. Hé aquí porque Jesucristo compara al justo á un árbol siempre verde colocado junto á la corriente de las aguas, cuyas hojas no se caen. Hé aquí porque Jesu-

cristo nos asegura que, cuando una alma es suya, nadie puede arrancarla de sus manos. ¿Y qué alma es mas suya que la que se le une por la Comunión? Y volver al vómito despues de haber recibido al Santo de los Santos ¿no es anunciar que no hemos dejado el gérmen de nuestros vicios?

Esto es lo que diremos de todos los que se mueven al rededor de los mismos Sacramentos, y de las mismas caidas; de aquellos á quienes la Comunión cuesta un dia de piedad y privaciones; cuyo fervor se acaba con la ceremonia; y que un mismo dia se vén sobre el Tabor y en las llanuras de Samaria. Diremos que su remedio ha sido mal aplicado por la falta de preparacion; que estas continuas alternativas de enfermedad y de salud, de reconciliacion y de rompimiento, de sacramentos y de recaidas, son señales espantosas; y se puede asegurar que el que se contenta con recibir á Jesucristo sin conservarle, sin permanecer en él, no le ha recibido sino imperfectamente, y es muy de temer que haya comido su propio juicio.

¿Y qué se podrá añadir á este delito? ¿Qué se podrá añadir? El crimen de estos indignos cris-

tianos, profanadores del cuerpo mismo de Jesucristo en la Eucaristía; el crimen de estos hombres insolentes que introducen al Santo de los Santos en un templo de idolos; de estos hombres pérfidos, que, como el Apostol traidor, venden á su Señor por un beso; de estos crueles, justamente comparados á aquel tirano que juntaba cuerpos llenos de vida á cadáveres corrompidos; de estos monstruos que hacen circular la sangre de un Dios en venas impuras.... ¡Eh! ¡Señor! ¿á qué indigna clase de hombres nos ha asociado vuestra adorable Providencia? Vosotras ¡almas fieles! ¡lavad la infamia de vuestros hermanos! ¡consolad á vuestro Dios de los ultrages que recibe! ¡oponed en estos santos dias vuestros fervores á su indiferencia, vuestras profundas adoraciones á su desprecio, vuestras respetuosas caricias á sus insultos, vuestros ardores y santos trasportes á todos sus atentados!

¡Gran Dios! apartad de nosotros esta infinita desgracia; venid á nuestras almas, pero que sea para fijar vuestra morada, para darlas los remedios que las conservan y los socorros que las purifican; venid, como el camino, para refor-

mar nuestros pasos; como la verdad, para aumentar nuestras luces y disipar nuestros errores; como la vida, á fin de que, despues de haber encendido en nuestras almas la vida de la fé, la vida del justo sobre la tierra, fruto precioso de este celestial alimento, nos hagais gustar la dulce recompensa de nuestras dignas comuniones durante la eternidad. AMEN.



PLATICA

SOBRE

LA PERFECCION DE LA VIDA RELIGIOSA.

Ambula coram me, et esto perfectus.

Anda en mi presencia, y se perfecto.

Gen. cap. XVII v. 1.

ENTRE los diferentes ejercicios de la vida espiritual, la meditacion sobre la magestad y perfeccion de Dios, sobre las virtudes cristianas y las verdades de la salvacion, ha sido siempre mirada como una de las mas importantes. La oracion invoca á Dios; la meditacion le gusta; y la contemplacion le posee. Por la oracion la criatura le espone sus necesidades; por la meditacion se ocupa de lo que puede alimentar su

piedad y darle nuevas fuerzas ; por la contemplacion comienza ya á mirar como en un espejo lo que agradará un dia al Señor. Pero un santo Padre nota que, entre estos piadosos ejercicios, una séria atencion á la presencia de Dios es de un gran socorro á todos los que quieren hacerse perfectos ; que sin esta atencion no honrarian á Dios sino con sus lábios ; por las palabras que se sucederian las unas á las otras, y por una estéril recreacion de espíritu, de que no se sacaria ningun provecho. Con todos se entiende y particularmente con las Religiosas lo que Dios dijo en otro tiempo á Abraham: *Caminad en mi presencia, y sed perfectas*. Estas dos cosas parecen tan estrechamente unidas, que la una es como la causa, y la otra el efecto. Para llegar á un estado de perfeccion, es preciso ponerse en la presencia de Dios, y cuando se está puesto del modo que se explicará, se llega á la perfeccion que el mismo pide. ¡Almas consagradas al Señor por la santidad de vuestros votos! comprended bien esta moral ; y entrando en vosotras mismas, examinaos sobre un artículo tanto mas importante, quanto esta atencion á la presencia de Dios es un gran camino que

conduce á una gran perfeccion; asi como descuidarle y perder la memoria de ella por un olvido voluntario, es esponerse á no llegar jamás. No se puede ponderar bastante la felicidad de una Religiosa que camina en la presencia de Dios; como no se puede llorar la desgracia de la que separa de su espíritu el pensamiento de esta presencia.

Es imposible conocer mejor lo que es ponerse en la presencia de Dios, y las ventajas que esta sería atencion á la divina presencia procura á una alma, que por la excelente idea que nos dá la Escritura en el libro del Eclesiástico: «¡Dichoso aquel, dice, que por una fiel adhesion á sus deberes, permanezca aplicado á la sabiduría de Dios! ¡Dichoso aquel que se mire como rodeado de Dios, que le observa por todas partes! ¡Dichoso el que, yendo paso á paso tras esta sabiduría, como un viajero que sigue su guia, camine constantemente en los caminos que le señala ella!» Por estos rasgos tan vivos y tan hermosos, reconocemos el carácter propio de un cristiano, de una Religiosa que, sea que ore, sea que medite, sea que se aplique á otras santas ocupaciones, sabe ponerse

en la presencia de Dios. Lo primero, debe permanecer aplicado á la sabiduría de Dios. No es un espíritu disipado voluntariamente, cuya imaginacion errante corre de objeto en objeto, sin detenerse en los lugares y aprovechar las ocasiones donde podria hallar esta sabiduría; es un espíritu recogido que, apartando de sí todas las vanas ocupaciones, pide á Dios la gracia de no perderle de vista, á fin de que permanezca firme y unido á todos sus deberes; se mirará como á quien Dios rodea, y de quien es observado por todas partes. Estas personas dadas á la meditacion no se parecen á los insensatos, quienes dicen, que Dios se pasea en medio del cielo, y que estando allá encerrado, no vé lo que pasa en medio de nosotros. Es una alma que en su accion ó en su reposo, en sus meditaciones ó en sus oraciones, está vivamente movida de esta idea: «Dios me vé, Dios me observa; á cualquiera parte que yo vaya, estoy en su presencia; oye lo que digo, y me conoce mejor que yo me conozco á mí mismo.» Camina en seguimiento de la sabiduría que la conduce, para detenerse en los caminos que le señale esta misma sabiduría. No es una alma fluctuante, capricho-

sa, indeterminada, que camina tan presto á la derecha, tan presto á la izquierda; que forma grandes designios, y que los abandona asi que los forma; hoy fiel, mañana infiel á sus deberes; es una alma firme que no pierde de vista ni el término que se ha propuesto, ni el camino que conduce á él. Es una alma ocupada del mayor de todos sus negocios, resuelta á detenerse en todo lo que le inspire la soberana, aunque invisible sabiduría de Dios. Si esto es ponerse en su presencia, y si una Religiosa se halla en esta disposicion, se concibe la felicidad que su atencion á esta presencia divina le procura. ¿Está tentada á ofender á Dios? El pensamiento de su presencia le detiene. ¿Tiene intencion de servir á Dios? La meditacion de este pensamiento la anima. ¿Sufre algunas penas de espíritu ó de cuerpo? La reflexion que hace sobre esta presencia la consuela. ¿Y no es esto ser dichosa y perfecta?

Esta viva atencion á la presencia de Dios no solamente detiene á una alma en un respetuoso temor, quando está tentada á ofenderle, sino que la anima á servirle bien y caminar delante de S. M. con un nuevo fervor, y como dice Da-

vid, á perseguir á sus enemigos y no volver del combate sin deshacerlos por entero. Un soldado que pensaba en retirarse de la pelea para no arriesgar su vida ó su libertad, no piensa mas en la una ni en la otra, cuando se halla á la vista del general. Un oficial que se abandonaba, cuando su Príncipe se hallaba distante, se hace exacto en todos los deberes de su cargo, cuando es observado de cerca; y esto es lo que pretendia este santo Rey cuando decia: «Vos, Señor, habeis formado mis manos para la guerra, y habeis dado á mis brazos la fuerza que ellos tienen. Yo os tengo siempre delante de mis ojos, y animado de vuestra presencia, caminaré delante de las tropas enemigas. El Señor es el que me ha revestido de su fuerza, y el que conduce mis pasos en los caminos de su justicia.» Sí; en los caminos de la justicia. Cuando se camina en la presencia de Dios, no hay defectos que no se esté en estado de corregir, no hay vicio de que no se trate de deshacer, ni pasiones que no se trate de vencer, ni buenas obras que no se puedan practicar. «Yo hablaré al Señor, yo que no soy sino polvo y ceniza;» es la humildad de Abraham. «Yo no le he per-

dido de vista, y ha hecho mis pies mas ligeros que el ciervo;» es la obediencia de Dayíd. «Yo le he suplicado que me dé fuerza para vencer al enemigo de su pueblo;» es la esperanza de Judith.

Con la viva atencion á su presencia, se le propone cada uno como el objeto y regla de sus palabras, de sus pensamientos, de sus deseos y de todos sus ejercicios, y se halla en ella un fondo inagotable de consuelo y de gozo: tercera ventaja que hace el estado de una Religiosa dichoso y perfecto.

Nuestro Dios nos empeña su palabra que si por una devota atencion á su presencia nos arrojamos en sus brazos, estará con nosotros en nuestra afliccion, sea por socorros exteriores, sea por auxilios y consuelos invisibles que derramará en nuestras almas. «Sus ojos, dice Dayíd, están siempre abiertos sobre los Santos, y sus oidos atentos á sus oraciones.»

Estar en la presencia de Dios es propio de todo lo que es criado. Ponerse en su presencia y tener un santo recogimiento, es un homenaje de espíritu y de corazon debido á la magestad divina de que solo es capaz la criatura racional.

La Escritura dice de Asuero que tenia un diario, en que estaban escritos los mas importantes servicios que sus súbditos fieles le habian hecho , y que él leia de tiempo en tiempo. Del mismo modo es menester que las personas religiosas tengan en su poder una especie de diario, en donde estén señaladas las principales gracias que Dios las ha hecho. En tal año recibí el bautismo. Yo podia haber nacido de un padre y de una madre idólatras. En tal tiempo hice la primera comunión. Podia haber nacido y morir sin sacramentos, como sucede á tantos nacidos en la heregía. En tal edad entré en la Religion, é hice mis votos. Otros y otras sin número se han perdido en los caminos espaciosos del siglo, y no han recibido como yo estos socorros particulares para trabajar en su salud con tanta facilidad.

Sí, sin duda es un motivo de profundo reconocimiento el pensar que el Señor, sin otra causa que las riquezas de su misericordia, os ha preferido á tantas almas como deja perecer en los lazos del mundo: *Te elegit Dominus de cunctis populis, qui sunt super terram.* Os sacó del siglo apesar de todos los esfuerzos que po-

dian violentaros, apesar del amor natural de la carne y de la sangre, del amor natural á vuestros padres, á quienes no dejariais sino por el mismo Dios, apesar de todo lo que lisongea los sentidos y alhaga las pasiones. Dios es el que ha roto todos estos lazos, obrando á favor vuestro prodigios y señales: *Eduxit vos in manu forti*; y para completar sus beneficios, os dice que está en medio de vosotras; que no temáis: *Non timebis, quia Dominus Deus tuus in medio tui est.* ¡Ah! ¡levantad vuestra voz! ¡engrandeced al Señor que os eligió para su pueblo! ¡volvéd los ojos á vuestra casa, mirad á vuestros padres, á vuestros hermanos, á vuestros conocidos! ¿Los ha favorecido el Señor tanto como á vosotras? No; *non fuit taliter omni nationi.* No ha hecho con ellas otro tanto.

A otras las ha dejado fluctuando entre las aguas del mar; á vosotras os ha dividido las aguas y retirado las corrientes, para que paseis é pie enjuto. A otras las ha dejado inundadas en un diluvio de tentaciones; á vosotras os ha preparado una arca para que os salveis. A otras las deja devorarse entre las consumidoras llamas de la Sodoma del siglo; á vosotras os ha man-

dado como á Lot que con diligencia os salveis en la montaña, y en ella sacrificéis libremente al Señor todas las abominaciones del mundo. ¿Habeis reflexionado el beneficio tan grande que os hizo Dios en traer os, adonde podiais hacer este sacrificio? ¿Podriais en el siglo dejar de vivir segun la esfera, segun las conveniencias con que habeis nacido? ¿Podriais sin gran dificultad sacrificar aquellas estremadas ideas de honor y de decencia, que adoran todos? ¿No lo practicariais asi en el mundo? Pero ya Dios os ha hecho su pueblo, para que le sacrificéis esos ídolos. ¿Podriais en el siglo entregaros con la calma y libertad que aquí al repetido examen de conciencia, á otros ejercicios que necesita una alma para sostenerse? De ningun modo; el mundo os tendria por ilusas; aquí os es facil vivir siempre en la presencia de Dios. ¡Qué dignas son las maravillas del poder de Dios, y sus misericordias de nuestro agradecimiento! *¿Quis similis tui in fortibus Damine? Magnificus in castitate, terribilis atque laudabilis.*

Estas son las circunstancias en que os habeis colocadas, libres de las borrascas del siglo

en este puerto de salvacion. Levantad la cabeza, y mirad por un instante el mundo, ese mar tempestuoso, ese mar inmenso que se traga todos los hijos de Adan, y advertireis los caminos pedregosos por donde caminan cansados y sin aliento, con unos socorros muy débiles para romper tantos lazos, y unas armas muy ordinarias para vencer tantos enemigos. Pero aquí la luz del Señor os precede y descubre todas vuestras obligaciones, y os llena de un santo ardor para cumplirlas. La pobreza os pone á cubierto de los vanos deseos é inquietudes, que trae consigo la riqueza; los actos de humillacion no permiten que levante el amor propio la cabeza; las ocupaciones bien ordenadas impiden la tentacion del ocio, y el velo y las paredes alejan los objetos peligrosos. Vosotras quisierais que este camino fuese llano y delicioso. Tal vez os conduce el Señor por un desierto árido y triste, por una soledad sombría y espantosa, por un mar de tribulaciones y angustias, siendo, como Job, el blanco adonde el dolor dirija todos sus tiros, y el objeto de todas las aflicciones. Pero debeis reflexionar que las lágrimas son el pan de los escogidos, y que el Señor no se comuni-

ca sino á las almas afligidas. A Daniel y Ezequías, estando en la cautividad, se les manifestó la Magestad del Dios de los Ejércitos. En medio de las ruinas de Jerusalem se revelaron á Isaías y Jeremías los sucesos de los últimos tiempos, y solo en el desierto de una isla deshabitada llegó S. Juan á alcanzar los altísimos misterios que explica en el Apocalipsis.

La adversidad ha hecho innumerables Santos. Si Dios os lleva por ese camino, no os acobardeis; él os guía. No volvais pie atrás; el Señor dividirá el mar de las tribulaciones. Si caminárais por donde no hay asperezas, ceguedades ni sinsabores, montañas ni mares turbulentos, tal vez os cortarían el paso los Filisteos; esto es, unas tentaciones poderosísimas que os embarazarían mas el paso. No volvais el pie atrás; el Señor dividirá el mar de las tribulaciones y abrirá paso para que le podáis seguir. Vuestro espíritu sediento de consuelo ¿por ventura no hallará en los ejercicios devotos sino las aguas amarguísimas del tédio y del disgusto? ¿Os atreveréis á murmurar contra el Señor? ¡Buen ánimo! El os hará ver un leño, la Cruz de Jesucristo, que endulzará vuestras amargu-

ras, ó cuando menos lo penseis, lo que era un árido peñasco, brotará copiosas aguas de interiores consuelos que animen y fecunden vuestra alma, porque toda la felicidad de esta consiste en ir por donde Dios la lleve. Asi como vais seguras resignándoos en su voluntad, os arriesgais, gobernándoos por la vuestra. Y si los hijos de Israel, habiendo salido victoriosos de los Amalecitas, contra los cuales pelearon de órden de Dios, fueron vencidos de los Cananeos, porque emprendieron esta guerra sin inspiracion del cielo y contra el dictámen de Moisés; del mismo modo saldreis vosotras victoriosas de los combates en que entreis. Pero guardaos de entrar en la batalla sin órden del Señor, porque sereis vencidas de la tentacion. Arrojaos en los brazos de un Dios solícito por el bien de sus criaturas. Si os quiere Dios atribuladas; si quiere que os humilleis; si quiere que, no encontrando la misma centella de fervor, os halleis en aquel estado de miseria en que se hallaba David, cuando huia de Absalon, debeis como este gran Rey levantar vuestro corazon y decir: «Dadme, Señor! á conocer el camino que he de seguir.» Debeis llenaros

de confianza, y esclamar: *Educes de tribulatione animam meam*. El camino de los consue-
los es peligroso, es arriesgado. ¡Felices, si ha-
ceis lo que Dios exige de vosotras! y felices
porque Dios ha roto vuestros vínculos, los vín-
culos con que tiene el mundo aprisionados á
tantos.

El pecado ha hecho un estrago universal.
Todo lo ha corrompido. Todos se han entrega-
do á los mas abominables deseos. No hay quien
no haga de sus pasiones ídolos secretos; ape-
nas hay quien no corra por el sendero de la ini-
quidad. Todo lo arruinan los escándalos, los
malos ejemplos, las compañías viciosas, los con-
sejos siniestros. Esta es la saeta con que la
muerte hiere á tantos infelices. Dios, por un
rasgo de su amorosa Providencia, os ha traído
á este santo lugar para practicar con vosotras
lo que con Abraham, sacándole de Caldea, á Ja-
cob de Siria, á Moisés del palacio de Faraon, á
Daniel de Babilonia, á Elías de Judea, al Bau-
tista de su patria. Os ha sacado del mundo para
practicar con vosotras cosas grandes, para li-
brar vuestra alma de mil muertes que os habia

preparado el mundo: *Qui redimit de interitu vitam tuam.*

La lengua, que ocasionó en la hermana de Moisés una lepra contagiosa, es condenada en esta casa á observar un riguroso silencio. La glotoneria, funesto origen de tanta sangre derramada en el desierto, no os incitará con la abstinencia y con un alimento parco y desabrido. El Dios de las misericordias ha cerrado estos senderos de perdicion; os ha sacado del Egipto del mundo, y para desarmar los ardidés de Faraon; os ha encerrado en esta tierra santa para que celebreis continuamente sus maravillas y la gloria de su santo nombre. Para fortalecer vuestra flaqueza contra los asaltos del pecado, os corona de sus liberalidades. Asi llamo yo á la gracia victoriosa, que convirtió á los Pablos, Agustinos, Pelagias y Magdalenas; gracia que con una fuerza superior, pero suave, derriba los cédros del Líbano y desarma el poder de las tinieblas; «gracia, dice S. Buenaventura, que la dá Dios con abundancia en la Religion.» Asi llamo yo á la gracia de oracion, que es «el principio del bien obrar,» dice el Padre S. Agustin, y esta es diaria en la Religion. Por la po-

breza sois felices y superiores á los demas mortales; por la castidad, como los Angeles; por la obediencia, semejantes á Dios.

¡Alabado sea para siempre este Señor, cuya caritativa y omnipotente mano ha roto tantos vínculos de iniquidad! Llamo vínculos de iniquidad esas diversiones y placeres que, por inocentes que parezcan, empeñan poco á poco á una juventud volátil en amar el mundo y en hacerse amar; esos placeres y diversiones que se suceden los unos á los otros, y que no se varia sino para hacer el gusto mas vivo y mas picante. Llamo vínculos de iniquidad esa tumultuosa circulacion de visitas que afecta al siglo, y en donde no se habla sino de modas, de intrigas, de noticias, y jamás de Dios, ni de los medios de santificarse en su estado. Llamo vínculos de iniquidad esas bajas y débiles complacencias, en que, si no se aplaude los desórdenes que se vén, se los sufre con cierta tranquilidad: en que, por no desagradar á gentes cuya gracia se tiene interés en conservar, se hace muchas veces el mal que no se quisiera hacer; en que, y apesar de los remordimientos de una conciencia agitada, no se atreve á hacer el bien

para el cual se siente alguna inclinacion. Llauo vínculos de iniquidad esas costumbres y esos usos profanos, de que se hace una especie de ley, caminando por los caminos que lleva el mayor número; lisonjeándose de ser bastante bueno, porque no se halla otro mejor que él, y haciendo una especie de mérito de no caer en escesos, en que caen tantos otros. Tal es el mundo, y peor todavía. Gracias sean dadas á Dios, que, atento á la salud de las almas que llama á sí, las pone, como habla David, *en el lugar mas oculto de su Tabernáculo durante los dias de los pecadores*; que habiéndolas colocado sobre la piedra firme, levanta sus cabeza sobre sus enemigos; que con una mano igualmente fuerte y benéfica rompe estos vínculos de iniquidad; que ha apartado de Jacob la cautividad de que estaba amenazado; que ha derramado beneficios anticipados sobre una tierra que es por privilegio su propia herencia.

Os ha sacado, como á Lot, del lugar donde la maldad ahoga la voz de la justicia; donde el libertinage se burla de la verdadera piedad; en donde, para hablar el language de Jeremías, la muerte que sube por las *ventanas*, entra has-

ta en la sustancia del alma, quiero decir, que el pecado entra por todos los sentidos del cuerpo, que son las ventanas y las puertas. Tantas gracias piden que se las traiga muchas veces á la memoria, á fin de manifestar un reconocimiento vivo al Dios de quien proceden. Y lo que debe escitar á nuevos sentimientos de gratitud á las personas religiosas, es que Dios, en este estado, no solamente ha roto sus vínculos y los ha roto desde el principio, sino que los ha roto para siempre. ¡Desgraciado Sanson! ¡por no haber recibido esta gracia, tuvo la desventura de caer en las manos de sus enemigos y verse espuesto á sus insultantes irrisiones! En vano había roto sus vínculos; se le ató de nuevo, y sin considerar que el espíritu del Señor se retiró de él, sirvió de juguete á sus enemigos, moviendo como un vil animal la piedra de tahona á que estaba atado. Aunque las personas religiosas no puedan lisongearse con certidumbre de una perseverante aplicacion al servicio de Dios en esta vida, que es una tentacion continua, sucede sin embargo que, habiendo roto los vinculos del mundo, se quitan, por la indisolubilidad de sus votos, la facultad de retrac-

tarse del juramento de fidelidad que han prometido guardar al Señor perpetuamente. Dios habia hecho entender á Abraham que su voluntad era que le sacrificase á su hijo Isaac; pero, segun la antigua tradicion de los Hebreos, este Patriarca, habiendo formado la resolucion de ejecutar esta órden, creyó á propósito atar los pies y manos de su hijo. Admirad de una parte el valor de un padre que, apesar de los sentimientos mas tiernos de la naturaleza y de la razon, conduce sobre el monte esta cara víctima; de la otra, la ciega sumision de este hijo que, apesar del amor de la vida y del horror que le causa la proximidad de una muerte violenta, consiente en su inmolation. Admirad á este padre, que, en la mas terrible de todas las pruebas, se apresura á obedecer á Dios temiendo que el dolor por la pérdida de un hijo tan amable, no le impidiese satisfacer su deber. Admirad á este hijo, que, queriendo tener mas parte en su sacrificio que su padre, le alarga los pies y las manos, no sea que el resplandor de la espada que vá á cortarle la cabeza, y el horror de la muerte le obliguen á evitar este golpe fatal.

En esta historia leed la vuestra. Por la solemnidad de vuestros votos habeis roto los vínculos que os hubieran ligado al mundo, y habeis pedido al Señor la gracia de ligaros con los suyos, para no renovar jamás estas cadenas fatales que habeis dejado. Tantas gracias piden su reconocimiento: *Tibi sacrificabo hostiam laudis*. El Profeta-Rey habla de sacrificio, de víctima y de alabanza. De sacrificio: es preciso que el alma se dé toda á Dios; de víctima: es preciso que se mortifique por Dios; de alabanza: es preciso que cante los cánticos del Señor. Lo que pide Dios de las Religiosas, es un corazón bueno y puro. Sin esta bondad y esta pureza de corazón podian poner sus bienes á sus pies Anania y Sáfira, y ser avaras; humillarse como el Fariseo, y estar llenas de orgullo; dar algunas señales de reconciliacion, como Esaú á Jacob, y mantener odios inveterados. Sin esta bondad y esta pureza, su dulzura seria bajeza, su paciencia, estupidez; su devocion, costumbre; su mortificacion, necesidad y pesadumbre. Pero cuando ofrecen un corazón bueno y puro,

ofrecen lo que tienen, y de lo que no podrian sin una negra ingratitud dispensarse.

Pero es necesario considerar que, para ofrecer á Dios de un modo que le agrade, no basta pensar en él en vuestras meditaciones; es menester conocer sus voluntades y cumplirlas en todas las cosas; es menester poder decir como el Apostol: «Ni la vida, ni la muerte, ni los dolores, ni las angustias, ni la desnudez, ni el hambre me separarán jamas de la caridad de Jesucristo.» Es menester que hagais de vuestros cuerpos hostias vivas y santas. Hay dos cosas en una deuda: la finca y la renta. Os deja la finca durante esta vida; es decir, vuestro ser y vuestro cuerpo, á condicion que le pagueis los intereses; á condicion que hareis del cuerpo un cuerpo de muerte, y morireis todos los dias. Corazones, cuerpos y voca, es preciso que las Religiosas lo dén todo al Señor; es preciso que se mortifiquen por Dios; es preciso que canten las alabanzas de Dios. ¡Empleo augusto y enteramente divino, que las dá una idea viva y presente de sus infinitas perfecciones! De su magestad, á quien adoran; de su justicia, que temen; de su santidad, para imitarla;

de su misericordia, para invocarla; de su magnificencia, para publicar las gracias que han recibido; de su eternidad, para aspirar á su gloria, y honrarla en los siglos de los siglos con el canto de los Angeles, ¡Bendicion, honor y gloria sean dadas al que está sentado sobre el trono, y al Cordero! AMEN.



SERMON

SOBRE

LA NECESIDAD DE LA REVELACION.

Cæcus quidam sedebat secus viam.

Un ciego estaba sentado al lado del camino.

Luc. cap. XVIII. v. 35.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

Si leemos la historia del Hombre escrita en todos los tiempos, le veremos aparecer en el teatro del mundo como un furioso que no hace mas que agitarse y disputar acerca de los objetos mas interesantes, para arreglar sus costumbres. El universo todo, desde el rústico mas ignorante hasta el mas ensoberbecido filósofo, parece que estuvo sentado en las sombras de

la muerte y en las tinieblas del error. Toda carne había corrompido sus caminos, y separándose de las sendas de la verdad, cuando aquel Dios que es *luz de luz*, se dignó purificar la tierra y disipar las tinieblas que la cubrieran. En todas partes se habían levantado altares profanos á animales inmundos, á divinidades impuras y sacrílegas, mucho mas despreciables que el cielo mismo; el hombre insensato doblaba la rodilla delante de unos dioses que eran obra de sus manos. La teología de todas las naciones, como no fuera la del pueblo hebreo, á quien Dios revelara la gloria de su nombre, no era mas que una coleccion de fábulas absurdas, de groseras supersticiones, de vergonzosos misterios y de abominables sacrificios. A vista de todo esto no es de admirar que aquellos que profesaron el paganismo, reconocieran la necesidad de una luz sobrehumana.

En efecto, un sábio de estos, meditando sobre el atolondramiento de la razon en órden á las costumbres y á la Religion, conoció que los hombres no podian salir de aquel caos, si un ser benéfico no bajaba del cielo y encendia delante de ellos una antorcha que pudiera alumbrar-

los. «En medio de nuestras incertidumbres, decía Platon, no tenemos otro partido que tomar sino el de esperar con paciencia que venga alguno á enseñarnos é instruirnos de qué modo hemos de obrar con nuestros Dioses. ¡Tan cierto es que la razon no es un principio de edificación, sino de destruccion; y que no es capaz sino de suscitar dudas, y arañando de todas partes, hacer una disputa eterna! ¡Ah! ¡qué flaco y qué ciego es el hombre abandonado á sí mismo! No sin razon el gran Padre S. Gregorio le vé representado en la persona del ciego á quien hoy dá vista Jesucristo cerca de Jericó, camino de Jerusalem.

En efecto: por el pecado del primer hombre quedó anegado el género humano en la mas profunda ignorancia y lastimosa ceguedad; ignorancia y ceguedad de que jamás hubiera podido salir, si el Dios de las misericordias no se hubiera compadecido de él y alumbrádole con su divina luz. Hé aquí, Ilmo. Sor., todo el plan de mi discurso: el hombre abandonado á su propia razon es un ciego é insensato: solo Jesucristo ha podido disipar las tinieblas de su entendimiento, y rectificar las incli-

naciones de su corazón; solo Jesucristo ha podido separarle de los caminos de perdición y de ruina, y guiarle y conducirlo por las sendas de verdad, de salud y de vida. Para desempeñarle dignamente, imploremos los auxilios de la gracia, poniendo por intercesora á su divina Madre, á quien, respetuosos, saludamos con el Angel:

AVE MARIA.

ILLMO. SOR:

La primera obligacion del hombre, y su interés primero, es procurar conocer su origen, su naturaleza, su último fin, y el camino que ha de seguir para llegar á él. Pero en esto solo se encuentran una infinidad de cuestiones que controvertir, y de dificultades que resolver; y el entendimiento humano, entregado á sus propias fuerzas, es demasiado flaco, pobre y limitado para poder descubrir exactamente la verdad en puntos tan esenciales.

Para determinar adonde llega la razon humana en estas materias sublimes, no hay regla

mas segura que guiarse por lo que ha hecho por espacio de tantos siglos, y singularmente en el tiempo en que ha recurrido á cuantos medios podia tener, empleando todo su conato y todos sus esfuerzos. Preguntemos, pues, á todos los que vivieron antes de la venida de Jesucristo, si el hombre es una produccion de la casualidad, ó si ha sido criado por un Ser infinitamente bueno y sábio; si en su primera creacion tuvo un estado mas elevado; si ha estado siempre en el mismo que ahora; si el mundo es eterno, ó si ha sido criado de la nada; si Dios vé las acciones de las criaturas; si quiere que se le dé culto, y en qué consiste este culto; si tiene preparados castigos para el vicio y recompensas para la virtud. ¡Oh Dios mio! ¡todo cuanto se adelantó en cuarenta siglos en estos puntos, que tienen tanta conexion con nuestras obligaciones, con nuestra seguridad y con nuestra suerte eterna, no fué mas que hacer tímidas conjeturas y aventurar monstruosos errores! Vereis incurrir al mismo tiempo al vulgo en los errores del Politeismo, y á los grandes sancionarlos.

— Pero acaso entre estas tinieblas y esta de-

pravacion general ¿escogeria la verdad por refugio el santuario de las escuelas, y saldria de allí finalmente para iluminar el mundo y dar vida al universo? ¡Ah! la oscuridad era universal; y los que en Atenas, Corinto y Roma hacian profesion de una grande sabiduría, y se gloriabán de haberla conseguido á fuerza de trabajo, no hicieron mas que añadir el orgullo á la locura. Con toda su capacidad y sus grandes noticias en otros asuntos, en todo lo que mira á la Religion fueron como unos niños ó unos ciegos, y aun se puede decir que ellos limitaron mas que los ignorantes y sencillos los alcances de la razon humana, pues multiplicando las disputas, multiplicaron tambien los desvaríos. ¡Dios mio! apenas me atrevo á describir las ceremonias de sus Dioses. Sin embargo, debo confundir la altivez del hombre, y hacer que busque en Vos la luz. Ved, pues, á lo que se reducian. Sus crueldades, sus celos y todos los demas excesos eran el asunto de las fiestas y sacrificios que se celebraban en su honor, de los himnos que se cantaban en su alabanza, y de las pinturas que se colocaban en sus templos; de modo que el vicio era adorado, y formaba una parte esen-

cial del culto de sus Dioses. El filósofo mas grave prohíbe el exceso en beber, como no sea en las fiestas de Baco y cuando se hace á honra y gloria de este Dios. Otro, despues de haber blasfemado de las imágenes oscenas, exceptua las de los Dioses, que gustaban ser honrados con estas infamias. No se pueden leer ni oír sin horror los honores que se debian hacer á Venus, ni las prostituciones establecidas para adorarla; y la Grecia, tan política y sábia como era, habia admitido estos abominables misterios. En los negocios urgentes los particulares y las Repúblicas ofrecian prostitutas á Venus, y no se avergonzaba la Grecia misma de atribuir su salud á las oraciones que estas hacian á sus Dioses. ¡Toda la Grecia estaba llena de templos consagrados á esta Deidad, y el amor conyugal no tenia uno solo en toda ella! ¿Y quién lo creyera ó esperara de un hombre tan famoso como Solon? ¡Ah! el hombre abandonado á sí mismo no es famoso mas que en extravagancias y delirios.

La gravedad romana no trató con mas seriedad los asuntos de la Religion, pues consagraba en honor desus Dioses las impurezas del

teatro y los espectáculos mas sangrientos , todo lo mas corrompido y mas bárbaro que se podia imaginar. Pero no sé si las locuras ridículas que mezclaban en la Religion, eran aun mas perniciosas, pues con ellas venia á hacerse la Religion tan despreciable. Porque, ¿cómo se podia guardar el respeto que se debe á las cosas divinas, al ver las locuras que contaban sus fábulas, en cuya representacion ó memoria consistia la mayor parte del culto divino? Todo el servicio público era una profanacion continua, ó por mejor decir, una burla del nombre de Dios; y era imposible que los hombres se valiesen de él para cosas tan despreciables, ni que honrasen con él tan prodigiosamente á sujetos tan indignos, si alguna potestad enemiga de este santo nombre no les impeliese á ello para envilecerle. ¡En qué abismo estaba sumergido el género humano, que no podia sufrir que le presentáran la menor idea del verdadero Dios! Atenas, que era la ciudad mas culta y sábia que habia en Grecia, miraba como ateistas á todos los que no hablaban dignamente de los Dioses. Si algunos filósofos se atrevian á enseñar que las estatuas no eran Deidades, como el pueblo

lo creia, eran desterrados como impíos por sentencia del Areopago. Pero no solamente Ateñas, sino toda la tierra estaba en el mismo error, y la verdad parecia proscrita y desterrada. El Dios Criador del mundo no tenia templo ni recibia culto sino en Jerusalem. Cuando los Gentiles enviaban sus ofrendas á este templo, no hacian mas honor al Dios de Israel que el de mirarle como uno de los suyos. Solamente Judea sabia que el repartir la Religion entre él y los otros Dioses era lo mismo que destruirla. Ved aquí lo que es el hombre abandonado á su propia razon.

Y bien ¿no te asombrarás ¡oh hombre! al considerar tu insuficiencia y ceguedad? ¿No adorarás los juicios de la Providencia que, segun el testimonio de S. Pablo, ha puesto el tesoro de la gracia en unos vasos de barro, á fin de que la grandeza del poder que hay en nosotros se mire como que viene de Dios, y no de nosotros mismos? ¡Ah! si el hombre reconociese en sí poder para todo ¡qué abismo de presuncion y de soberbia! y si le hubierais dejado ¡oh mi Dios! en manos de sí mismo ¡qué origen tan fecundo de desvaríos y de errores! ero VsoP

supisteis libertarle , no solo de las tinieblas del entendimiento, sino de la ceguedad de su corazon. Aunque el hombre de suyo se hallaba necesitado, ningun derecho tenia á que Dios le diese lo que en sí mismo no encontraba ; antes bien merecia por su depravacion que le abandonase á sus locos deseos, sin conocer jamás la sabiduría, que por su flojedad é injusticia habia sacrificado á sus pasiones , privándole para siempre de la verdad, puesto que él mismo estimó en mas el error y la mentira. Pero Dios no quiso usar de severidad tan justa, y consultó solamente su misericordia. Despues de tan larga série de escesos, de errores y de vicios que inundaban el Universo, quiso el Señor recobrar sus derechos, arrojar el usurpador que habia seducido y sojuzgado á las naciones, purificar la tierra, y restablecer al hombre en un estado mas feliz y mas dichoso. Forma y pone en planta Jesucristo el proyecto de iluminar el mundo: él fué el único que enseñó á los hombres, tanto á los que vivian sin ley, como á los que estaban sugetos á ella, que todos nacemos en pecado, enemigos de Dios é hijos de maldicion ; que entre los hombres y la verdadera jus-

ticia hay un abismo inmenso, siendo inútiles todos sus esfuerzos para vencer este estorbo; que todos necesitan un Mediador, que los reconcilie. Quiere que reconozcan que él es este Mediador, y que de él solo esperen su remedio, y en él solo busquen la luz.

Lo primero que nos manda es que tengamos al Ser que nos ha criado un respeto sin límites, y un amor de preferencia sobre todas las criaturas; un amor que, llenando nuestro corazón, purifique todos sus deseos, santifique todas sus inclinaciones, y ennoblezca todas sus esperanzas. Por mas que recorramos todos los mas famosos escritos del paganismo, no hallaremos cosa que pueda igualar estas dos admirables máximas del Evangelio: *Amarás á tu Dios de todo tu corazón, y á tu prójimo como á tí mismo.* Quiere que tengamos una fé pura como la del ciego del Evangelio; una fé humilde, dócil y enemiga de toda curiosidad; una fé viva, que obre por la caridad, y nos úna de todo corazón á la verdad eterna, porque Dios es la suprema verdad, á quien es necesario asentir. Tambien nos manda que tengamos una firme esperanza, que nos lleve adonde están nuestros verdaderos

bienes; y que, como una firme áncora, fije nuestra fé y la conserve inalterable en medio de las borrascas de la vida. Como Dios es la misma justicia, tiene preparados terribles castigos para los que desprecian sus amenazas. La prudencia dicta, pues, que le temamos. El nombre de Dios es infinitamente grande y adorable. Justo es pronunciarle con religioso temor. Como encontramos en nosotros mismos un inmenso vacío, es necesario, y nos manda Jesucristo recurrir á la bondad de nuestro Dios, buscando en aquella inagotable fuente de luz y de santidad los auxilios necesarios para conocer y cumplir todas nuestras obligaciones. Pero, como nada se nos debe de justicia, es menester que pidamos por medio de Jesucristo, y con aquella fé y constancia con que le pidió la luz el ciego del Evangelio, bien persuadidos que nada puede ser agradable á Dios, si no está santificado con esta oblacion santa. Finalmente, siendo Dios nuestro soberano bien y nuestro último fin, nos manda y enseña Jesucristo que este sea el objeto y término de nuestros deseos, y que trabajemos sin cesar en purificar nuestra alma de lo que aun tiene de carnal, es-

tableciendo en nosotros el reino absoluto de la justicia, y teniendo una hambre santa y una sed ardiente de la gracia, llorando á vista de los placeres del mundo, y alegrándonos con lo que á él le aflige. Instruido el hombre de lo que debe á Dios, necesitaba aprender lo que se debe á sí mismo; para lo cual era menester empezar por hacerle conocer su caída, y qué es lo que le queda de su primer estado. Era menester hacerle conocer el origen de tantos afectos contrarios como agitan continuamente su corazon, previniéndole asi para que no abusase de los restos de su primitiva grandeza ó del conocimiento que tiene de su flaqueza.

67 Pero ¿qué inteligencia, por elevada que sea, podia penetrar oscuridad tan profunda? ¡Oh Dios mio! todos los que han servido de guia á los hombres en estos puntos, los han engañado, ó bien lisongeando aquel orgullo que se debía reprimir, ó bien aumentando el abatimiento de que era necesario levantarlos. Solo Jesu-
cristo ha sabido llenar este sublime é importante ministerio: él humilla al hombre infinitamente mas que pudiera hacerlo la razon sola; pero sin desesperarle; y le eleva infinitamente mas

que su presunción y su orgullo ; pero sin desvanecerle ni deslumbrarle. Y ved aquí el título esencial de nuestra dignidad y de nuestra gloria, y el fundamento inalterable de nuestras obligaciones. Desde entonces cada uno de nosotros es del número de los ciudadanos de los Santos, hermano de todos los predestinados, miembro de la Iglesia de la eternidad, descendiente de los Patriarcas y Profetas, la piedra viva é inmortal del edificio establecido sobre el fundamento de los Apóstoles y de los Mártires, y uno de los trofeos que estarán eternamente colgados en medio de la Ciudad de Dios á la gloria del Cordero que nos redimió con su sangre, y nos unió á los de todas las tribus, de todas las naciones y de todas las lenguas. Desde entonces somos á los ojos de su Padre otros tantos hijos de Dios vivo. El Eterno reconoce en nosotros las imágenes de su gloria, y como las reproducciones de su Hijo Jesucristo. Solo este Dios pudo enseñarnos, como lo hizo en los términos mas claros y positivos, que por él, y en virtud del parentesco que contrajo por medio de la Encarnacion con todo el linage humano, fuimos incorporados en la gloriosa é inmor-

tal sociedad que existia en lo interior de la gloria de Dios antes de la creacion del Universo; que desde entonces estamos unidos con un vínculo de fraternidad tan fuerte, que él mismo nos reconoce delante de su Padre por carne de su carne y por hueso de sus huesos; que si perseveramos en aquel estado ó en su santa gracia, nos pertenece todo cuanto tiene; que desde entonces participamos de la propiedad y posesion de todos los tesoros encerrados en el santo esplendor, en el cual nació antes de la aurora. Desde entonces estamos glorificados, y tenemos derecho á sentarnos con él en los lugares celestiales. Ved qué medios emplea Jesucristo para impedir la corrupcion del hombre, y medita qué delito comete el que profana el templo y el altar de Dios vivo.

Pues para combatir el amor de las riquezas y de los honores ¿quién sino Jesucristo hace conocer que son vanidad y pura nada? ¿Quién sino él nos inspira su desprecio? Solo Jesucristo es capaz de descubrir todos los errores de los filósofos, y hacer desaparecer á un tiempo todos los vicios de los Paganos. Nos enseña que la inocencia y la virtud son nuestros verdade-

ros tesoros; que un solo grado de caridad ensalza al cristiano mas que el imperio del Universo; que son dichosos aquellos á quienes ha escusado la Providencia los peligros inseparables de la opulencia, y que despreciando la tierra, solo gustan y desean los bienes del cielo. Solo Jesucristo nos ha podido enseñar y hacer gustosas todas nuestras obligaciones reciprocas, establecer sus fundamentos, arreglar el ejercicio de ellas, vencer los obstáculos, y formar por este medio entre los hombres una alianza tan santa é inviolable, que no pueden romperla, debilitarla ó mancharla impunemente ni las miras humanas, ni el interés particular, ni la ingratitude, ni la persecucion misma.

Reasumamos, pues, Ilmo. Sor., y demos una rápida ojeada por este discurso. Hemos visto al Universo sepultado en las mas funestas tinieblas; entregados los filósofos mas sábios á los mas locos desvaríos. Los de la soberbia Atenas, que se arrogaban sobre todo el Universo el imperio del saber, dieron culto á unos animales inmundos y á divinidades impuras y sacrílegas; convirtieron su gloria hácia un Dios corruptible en la semejanza de una perecedera

imágen del hombre, de las aves, cuadrúpedos y serpientes. Adoraron bestias vacías; faltóles la luz, y el espíritu del error los guió por donde quiso. Los hemos visto alucinarse acerca de su naturaleza, su origen, su último fin, y el camino que se ha de tomar para llegar á él. Su moral era un edificio sin cimiento, incoherente, arbitrario y vacilante. Moral sin autoridad, moral sin fundamento ni motivos. En medio de esto hemos visto que el pueblo que caminaba en tinieblas, vió una grande luz; era la del sol que vino á iluminar á los que habitaban la region sombría de la muerte, segun lo habia anunciado el Profeta. Hemos visto que Jesucristo hace huir las bestias fieras que tenian dominado el Universo. «Nace el sol, dice el gran Padre S. Gerónimo, y el Serapis famoso de Alejandría y el gran templo de Gaza son erigidos en iglesias del verdadero Dios. Disipáronse de la tierra los nombres de los ídolos, y jamás se nombrarán en ella, segun el testimonio del Profeta Zacarías.» Hemos visto que el Universo todo se ilustró con esta luz divina, y que la tierra se llenó de la ciencia del Señor, segun lo habia anunciado el Profeta Sofonías.

¡Cristianos! no seamos como aquellos re-

probados en el capítulo 5.º de la Sabiduría, que lloraban amargamente su desgracia. *Nosotros, decian, nos hemos apartado del camino de la verdad. La luz de la justicia, el sol de la inteligencia no se ha manifestado á nuestra vista.* Esto es falso. Nuestro Dios dice que *la luz vino,* pero que los hombres han amado mas las tinieblas que la luz. ¡Dichosos, mil veces dichosos, si, instruidos de las leyes del Señor, andamos con solicitud y cuidado por el camino de los santos mandamientos! Traed siempre en la memoria lo que el generoso Matatías, estando para morir, decia á sus queridos hijos «¡Hijos míos! les decia, no perdais jamás de vista la ley. Esponed vuestra alma, vuestros bienes, todo lo que mas amáis, antes que quebrantarla en un solo punto. Acordaos que Abraham, cuando Dios le probó pidiéndole el sacrificio de su hijo único, se dispuso á obedecerle con una fé que se le reputó en justicia; que José, en medio de sus desgracias y contratiempos, guardó siempre los mandamientos del Señor; que Phinés nuestro Padre en medio de un ejército licencioso é impío, manifestó su celo, y eternizó con su fidelidad el Sacerdocio en su familia. Recorred

todas las generaciones, y vereis que todos los
 que han puesto la confianza en Dios jamás han
 caído, y todos ellos menospreciaron el mundo
 y sus encantos, oponiendo la ley santa del Señor.»
 No ¡cristianos! no abandonéis ni menospreciéis
 esta ley santa del Señor. Esta es vuestra dicha
 y vuestra gloria, Pero ¿cómo abandonar á Je-
 sucristo, renunciar á su ley y no hacer aprecio de
 ella? ¡Ay! perezcan antes todos los placeres des-
 graciados de la vida. ¡Caigan sobre nosotros todos
 los males juntos, antes que separarnos del que es
 la luz de las naciones y el mediador de la alianza
 del pueblo! Pero Vos ¡Dios mió! ya que nos
 habeis trazado por Vos mismo el culto agrada-
 ble á vuestros ojos y enseñádonos el verdadero
 modo de servirlos, confortad nuestra flaqueza,
 para que perseverando fieles á vuestros man-
 datos, lleguemos á ser incorporados en la glo-
 riosa é inmortal sociedad de los Santos! Amen,



PLATICA

DIRIGIDA

A LOS SEMINARISTAS DE BURGOS

SOBRE LA CONFESION.

LA Confesion de que voy á hablaros en este discurso, es en el lenguaje de los Padres el sello de nuestra redencion, bajo cuyo secreto está encerrada la salvacion de todos los hombres. Es la sola medicina que Dios ha dejado á los pecadores despues del bautismo: por lo cual debemos cuidar sobre todo de tomarla bien. Y tenemos tanta mayor obligacion de tomar todas

las precauciones imaginables, quanto que habiéndosenos dado como un remedio de la vida, como dice el Concilio de Trento, debemos temer que sea un instrumento de muerte, y que lo que se nos ha dejado como un poderoso socorro, se haga el triunfo de nuestros propios enemigos. Sobre este elogio que todos los Santos han hecho de la confesion, quando la han llamado nuestro remedio, y sobre el aviso que nos da San Ambrosio para no profanarla, fundó los motivos que nos pueden obligar á ejecutar dignamente esta accion, y despues manifestaré la manera de hacerla bien.

El primer motivo que nos hace conocer bien la importancia de la Confesion, es la escelencia de este remedio y su admirable virtud. Quando una persona se halla acometida de alguna enfermedad, la mejor razon de que se puede echar mano para obligarle á tomar los remedios que se la dan y recibirlos con todas las precauciones necesarias, es representarla su virtud, y hacerla conocer que son escelentes contra su enfermedad; no hay razones mas capaces de persuadir; no hay convencimiento mas fuerte. Basta esto si está persuadido de su escelencia,

y no es necesario mas para obligarla á tomarle. Este es el primer motivo de que me valgo en el asunto de la Confesion de que tratamos: es un remedio contra el pecado, escelente . incomparable. Y ¿ cómo no lo será, pues qué nos aplica tan ventajosamente los frutos de la muerte de Jesucristo como dice el Concilio de Trento, y pues que es compuesto de los méritos infinitos de aquella sangre adorable de un Dios, cuya menor gota seria capaz de deshacer los pecados de mil mundos? Asi cuando los Santos Padres nos hablan de ella, nos aseguran que tiene tal fuerza que confesarse del pecado, es lograr el perdon. ¿ No es admirable y del todo extraordinaria la virtud de este remedio? Pero para comprenderla mejor, añado que tiene tres ventajas que no se encuentran en los remedios mas raros y mas preciosos que nos suministra la medicina.

El primero es que tiene la virtud de curar todos nuestros males. Todos los remedios corporales son en extremo limitados en su actividad; y por recomendables que puedan ser por su esencia, son siempre determinados en sus efectos. El uno tendrá la virtud de curar una fiebre, el otro la gota, y el otro una perlesía; ca-

da uno tiene sus efectos particulares. Pero que curen de muchos males, sobre todo si estos son contrarios, esto es muy raro; y hallar que curen de todos, esto es lo que la medicina no ha encontrado en sus tesoros. Es un secreto, de que somos deudores al amor de Jesucristo en la institucion de la Confesion. Este médico caritativo nos da el remedio universal para todos nuestros pecados; no hay uno que no cure: que sean mayores ó que sean menores, que sean contrarios ó que no lo sean, que haya muchos ó pocos, con tal que se confiese de ellos, como se debe, se obtiene igualmente el perdon. La penitencia arranca, barre, y arroja afuera los mas obstinados pecados, y no hay ninguno que pueda escaparse á la eficacia de su virtud.

Cura siempre, y es la segunda ventaja de este remedio. Es decir que no falta nunca su efecto, cuando se le toma como se debe. Por excelente que sea una medicina, no se puede siempre asegurar cuál será su efecto, porque hay dos cosas que pueden detener la virtud: la primera cuando la enfermedad es tan grande ó tan inveterada que es mas fuerte que el remedio: la segunda, cuando el remedio es mas fuerte que la

enfermedad, pero el enfermo es un débil que no puede soportar el efecto. Todos los remedios entonces se le hacen inútiles. Estos dos obstáculos no se pueden encontrar en la Confesion. Ni la violencia del pecado, ni la debilidad del enfermo pueden detener el efecto de este remedio. La violencia del mal no puede; porque la medicina es mas fuerte; es la sangre de Dios ¿qué podrá resistir á su virtud? Por lo que toca á la debilidad del enfermo, cuando estuviera á las puertas de la muerte; cuando no tuviera mas que un momento de vida; cuando su alma, dispuesta á partir, estuviera ya sobre los labios; ¡que tome este remedio, y producirá su efecto! Y no solamente cura de toda especie de pecados; no solamente cura siempre sino que cura en un instante. Oh ¡la medicina no puede dar estos remedios! muchas veces la duracion de los remedios es mas molesta, mas difícil de soportar que el mal mismo; pero la Confesion, en la misma hora, en el mismo instante que se hace, cura. Este es el primer motivo que nos obliga á usar bien de este remedio que yo no puedo pensar en él sériamente sin temblar: yo no sé si hará la misma impresion sobre vosotros.

El segundo es que la mayor parte de los hombres hallan la muerte en el remedio de la vida; la mayor parte tarde ó temprano se pierde tomándole. Cuando se presenta una medicina á un enfermo, y se le asegura que lo curará, es un motivo bastante poderoso para obligarle á poner mucho cuidado: pero cuando se añade que es muy poderosa y la única que le puede curar, y que es indispensable aplicar los mayores cuidados, porque la mayor parte tarde ó temprano pierde la vida: ah! esto es sobrado para no omitir diligencia, y tomarla con las mas esquisitas precauciones. Esto es puntualmente lo que yo noto en la Confesion: la mayor parte pronto ó tarde hallan en ella la muerte. He aquí una prueba que podrá convenceros. La mayor parte de los hombres se condenan, aun contando los cristianos. Sobre este presupuesto discurre asi: la mayor parte de los cristianos se condenan, no obstante la mayor parte se confiesan aun en la muerte: luego es preciso que la mayor parte se confiese mal, y que halle la muerte en el remedio de la vida.

Sí ¡Señores! no nos lisongecemos: la Confe-

sion no es un juego de un niño. No es el asunto confesar sus pecados al Sacerdote; no es el caso manifestar exteriormente algun pesar; no es el negocio derramar algunas lágrimas y darse golpes de pecho; esto es bueno en el juicio de los hombres; pero es diferente en el juicio de Dios: examina rigurosamente todas nuestras acciones; pesa hasta las menores circunstancias: hace como los comerciantes que venden sus géneros, que examinan el dinero, no sea que se halle escaso ó sea falso. Como nuestra penitencia es la moneda con que compramos de su divina Magestad nuestra bienaventuranza, examina y pesa exactamente todas las piezas de este pago. ¿Dónde está la amargura de corazón? ¿Dónde el buen propósito? ¿Dónde la resolución firme de huir todo pecado y de evitar todas las ocasiones? Cuando todas nuestras confesiones sean examinadas con este peso del Santuario, ¡cuánto motivo habrá para temer! ¡Cuántas simulaciones serán reconocidas! ¡Cuántas hipocresías reveladas! ¡Cuántas, que, en lugar de perdon, merecen la ira! Esta desgracia extrema es en la que estamos en peligro evidente de ha-

llarnos envueltos; y es el tercer motivo que nos obliga á poner el mayor cuidado en hacerla bien.

¿De dónde pensais vosotros que viene la desgracia á los que se condenan, confesándose de sus pecados? ¿De dónde viene que hallan su condenacion en lugar de su absolucion á los pies de un sacerdote? De un secreto vínculo que no se quiere romper; de un afecto desarreglado, de una pasion que no está bien mortificada. No se quiere violentar en sus inclinaciones, se siguen sus propios apetitos; se vive segun el humor de cada uno; no se quiere hacer violencia; se resuelve friamente á corregirse en adelante. Asi se confiesa siempre, y no se corrige jamás. Esas negligencias, esas distracciones en la misa y oracion ¿no son mas bien imágen de penitencia, que verdaderas señales de conversion? ¿No es una razon eficacísima esta para cuidar de confesarse bien en adelante? ¿Y qué es menester para esto? Vedlo aquí.

Dos cosas se deben considerar en la Confesion: lo exterior y lo interior. Por lo que hace á lo exterior, hay tres tiempos que considerar: antes de la confesion, durante la confesion, y

está en el para absolverle.

despues de la Confesion. Antes de la Confesion es menester observar puntualidad y modestia: la puntualidad para confesarse en los dias determinados, no haciendo esperar al confesor, ni huyendo de uno en otro, como aparentando querer confesarse y no quererlo hacer. Es menester una gran modestia, es decir, gran compostura y respetuoso silencio, los ojos bajos, los sentidos mortificados, el corazon humillado, considerando que se vá como un criminal delante de su juez. Es menester examinarse en una postura recogida, acercándose finalmente al confesor, sin hacerlo precipitadamente, cuando muchos están dispuestos al mismo tiempo.

211 Durante la Confesion, ó cuando se está de rodillas á los pies del confesor, es preciso distinguir tres tiempos: cuando se acusa, y en este tiempo se debe tener la cabeza levantada, hablar no muy alto ni entre dientes, ni con precipitacion, sino pausada y distintamente. El tiempo en que el sacerdote habla, y entonces es necesario tenerle gran respeto. El tiempo en que se dice el acto de contricion, cuando se recibe la absolucion, y entonces es necesario ma-

nifestar por la exterior humildad el dolor que hay en el corazón. Después de la Confesión es necesario, retirándose de los pies del confesor, ponerse de rodillas, y permanecer un poco en un gran recogimiento, para dar gracias á Dios por la que ha hecho, y cumplir la penitencia, no dilatándola, si se puede, para otro tiempo. Estas son las cosas principales que pide el exterior de la Confesión.

En cuanto al interior, hay que considerar dos cosas: las disposiciones generales que cada uno debe llevar, y los actos particulares que deben producir. En las disposiciones generales, hay dos principales: una respecto de sí mismo, y la otra respecto del confesor. En cuanto á sí mismo, el penitente debe considerarse como un miserable, como un desgraciado y como un criminal de lesa Magestad divina; porque es una pura verdad que, habiendo ofendido á Dios, somos criminales y responsables á su justicia: es la primera disposición que el penitente debe llevar al tribunal de la penitencia. Debe considerar al sacerdote revestido del poder de Dios, ó mas bien debe considerar á Jesucristo que está en él para absolverle.

En cuanto á los actos que el penitente debe producir, el primero es la contrición, el segundo la confesion, y el tercero la satisfaccion.

Es necesario que el penitente tenga sentimiento de su pecado, dolor de haberle cometido, y un firme propósito de no pecar en adelante.

Este dolor debe ser *interior*. No basta que se manifieste afuera; es menester que verdaderamente y sin fingimiento esté en la voluntad: es la parte en donde está la úlcera, y es la que debe ser cicatrizada por el dolor. Es menester que sea *sobrenatural* en su principio; es decir, que sea un don del Espíritu Santo que le obre en nosotros. Sobrenatural en cuanto al motivo; porque si uno tiene dolor del pecado á causa de las penas temporales con que Dios castiga algunas veces en esta vida, como hizo en un Faraon y en un Antioco; ó solamente por la infamia que se sigue delante de los hombres, como un Essáu, ó á causa de su fealdad, no tiene verdadera contrición; es un dolor pagano que no puede hacer sino hipócritas ó soberbios, y jamás penitentes. Es menester que sea *supre-*

mo; esto es, que aborrezcamos mas el pecado que todos los demas males; y por último, debe ser *universal* de todos los pecados cometidos.

Pasemos á la Confesion, que es el segundo acto que debe hacer el penitente. Es la Confesion una declaracion que debe hacer el penitente de todos sus pecados por modo de acusacion. Esta declaracion debe de ser *humilde*, diciendo sus pecados, no con arrogancia, ó como si se hablase á un inferior; no con indiferencia, como si se contase una historia; no escusándose, como si fuese inocente, sino como culpable. Debe ser *entera*, diciendo todos sus pecados, su número, circunstancias que mudan de especie, y las notablemente agravantes. ¿Cómo el sacerdote absolverá sin conocer el estado del penitente? ¿Cómo el médico curará á un enfermo que tiene verguenza de declarar su enfermedad? Debe ser *fiel*, diciendo la verdad desnuda, como á Dios que sabe los secretos de nuestro corazon, no espresándose con términos oscuros, inciertos, equívocos y ambiguos, y no embrollándola con términos superfluos y palabras inútiles. Es menester no rebajar los peca-

dos, cubriéndolos, paliándolos ó escusándolos, lo que sucede cuando se disminuye la falta en sí misma, cuando se escusa la intencion que se ha tenido, ó cuando se echa la culpa á otro. Es-PLICARSE de este modo, no es esplicarse simple, sino maliciosamente: deben esplicarse los pecados como están en la conciencia.

Resta decir una palabra de la satisfaccion, que es la tercera parte de este Sacramento, y consiste en cumplir la penitencia que impone el confesor. Estas son las tres partes de la penitencia, los actos principales que el penitente debe producir, y para hacerlas bien, debe unirse á Jesucristo, no solo en general, sino en particular, en cada uno de sus actos, porque nuestro Señor, habiéndose nos propuesto como el modelo de los penitentes, ha querido consagrarlos en su persona. Su contricion y su dolor de lo pasado se ha dejado ver en tres ocasiones. En las lágrimas que derramó sobre Jerusalem: en el jardin de las olivas: *Cæpit contristari, pavere, tædere, mæstus esse.* ¿Y de qué? De nuestros pecados, dicen los Santos Padres. En la cruz, *cum clamore, valido et lacrimis ofe-*

rens. Una especie de confesion se halla en Jesucristo en tres misterios: en la *circuncision*, en la *presentacion* y en el *bautismo*, en los cuales tomó las señales de pecador. Su satisfaccion la vemos en su retiro al desierto, en su vida laboriosa, en su pasion y en su muerte. Este es el modelo que tenemos que imitar, el maestro que escuchar. Escuchémosle, imitémosle ¡oh jóvenes! para que el principio de la vida no se convierta jamás en principio de la muerte.



La Confesion, es el sello de nuestra redencion, bajo el secreto del cual está encerrada la salud de todos los hombres; por lo qual se debe poner en ella un grandissimo cuidado, y tanto mayor cuidado, quanto habiendosenos dado como un remedio de vida para el alma, no sea un instrumento de perdicion y de muerte, como dice el santo Concilio de Trento, Sobra este vapores-

reza. Un espacio de confesion se halla en la
 suceso en tres misterios: en la circuncision;
 en la presentacion y en el bautismo, en los cua-
 les tomó las señales de pecador. Su satisfaccion
 la vemos en su retiro al desierto, en su vida
 laboriosa, en su passion y en su muerte. Este es
 el modelo que tenemos que imitar, el maestro
 que escuchar. Escuchémoslo, imitémosle, lo
 jóvenes! para que el principio de la vida no se
 convierta jamás en principio de la muerte. Nos
 confesores. Estas son las tres partes de la peni-
 tencia, los actos principales que el penitente
 debe producir, y para hacerlas bien, debe unirse
 a Jesucristo, no solo en general, sino en par-
 ticular, en cada uno de sus actos; porque nues-
 tro Señor, hallándose como el modelo de los
 pecadores, se ha querido con-
 grarlos en su persona, su contricion y su dolor
 de lo pasado se ha dejado ver en tres oca-
 siones. En las lágrimas que derramó sobre Jerusa-
 len; en el jardín de las olivas: *Quia contritus
 est, propter, tenderé, manus esse.* ¿De qué? De
 nuestros pecados, dicen los Santos Padres. En
 la cruz, *cum clamore, valida, et lacrimis aser-*



PLATICA

DIRIGIDA

A LOS SEMINARISTAS DE BURGOS

SOBRE LA CONFESION.

LA Confesion, de que os he hablado en otra ocasion, es el sello de nuestra redencion, bajo el secreto del cual está encerrada la salud de todos los hombres; por lo cual se debe poner en ella un grandísimo cuidado, y tanto mayor cuidado, quanto habiendosenos dado como un remedio de vida para el alma, no sea un instrumento de perdicion y de muerte, como dice el santo Concilio de Trento. Sobre este supues-

to ¿de cuánto peso y de cuánta consecuencia no es hacerla bien y santamente? *El que dice que está sin pecado, se engaña, y la verdad no está en él; pero si confiesa su pecado, Dios es fiel y justo para perdonársele y purificarle de toda iniquidad.* Así que es preciso confesar sus pecados para lograr el perdón.

El orgullo y la vergüenza se presentan para detener al pecador. Pero el pecador humillado vence la vergüenza y el orgullo. ¿Por qué sentimiento espantoso se avergonzará el pecador de humillarse delante de Dios? Y cuando esta humillacion costára mas á la naturaleza orgullosa ¿qué es esta saludable confusion de un momento en comparacion de la eterna confusion del infierno, y de sus castigos sin fin? ¿Se temerá descubrir sus faltas á un sacerdote, que las purifica y no las puede revelar; y no se temerá que sean descubiertas al Universo en el dia en que no habrá mas perdón, sino una justicia eterna y el fuego y el gusano que no mueren? ¡Qué ceguedad, y cuánto me espanta!

— No son solamente el orgullo y la vergüenza los que alejan de la Confesion. El mayor número la huye y la teme por afecto al pecado y los

hábitos que no se quieren dejar. Se peca, en la esperanza de reconciliarse con Dios mas tarde; el vicio agrada y costaria renunciarle. Se quiere contemplar á las pasiones, y se deja la conversion para adelante. Los dias pasan, los años pasan, y llega la muerte imprevista, repentina, ó acompañada de tales circunstancias, que hacen imposible la conversion, y entonces se cumple esta amenaza espantosa hecha en otro tiempo á los Judíos: *Vosotros me buscareis, y no me hallareis; morireis en vuestro pecado* ¡Terrible, pero justo castigo! ¿Y qué otra suerte puede esperar el que confia su salvacion á la última hora, cuando cada hora puede ser esta última?

Despues de haber implorado la luz del Espiritu Santo, es indispensable examinar la conciencia, los pensamientos, las palabras y las acciones, todo lo que el corazon encierra mas secreto, considerando atentamente en qué se haya faltado, lo que es prohibido y se ha hecho, lo que era mandado y se ha omitido. Es preciso considerar el grado de intencion y de malicia, y las circunstancias que pueden haber aumentado las faltas, juzgándolas como Dios las juzgará en

el último día. La sinceridad, el candor, un verdadero deseo de mostrarse tal como cada uno es, y de no engañarse sobre el estado de su conciencia, esto es lo que Dios pide principalmente. Y cuando se ha examinado la conciencia y conocido sus heridas ¿de qué sentimientos, de qué dolor no debe ser penetrada el alma? Entonces el Rey penitente, el hombre según el corazón de Dios exclamaba: *Yo he pecado contra Vos; yo he hecho el mal en vuestra presencia; lavadme ¡Señor! de mis manchas, y purificadme de mi pecado, porque conozco mi iniquidad, y mi pecado está siempre delante de mí. Ha penetrado hasta en mis huesos; mis delitos han subido sobre mi cabeza; se han juntado sobre mí como un peso que me abrumba. Mis heridas se han envejecido y corrompido á causa de mis extravíos. Inclinado hácia la tierra, caminero en el dolor durante todo el día. Me he fatigado en mis gemidos: mi cama es bañada de mis lloros, y mi lecho es rociado de mis lágrimas.*

¡Oh! ¡si consideraseis lo que es el pecado...! ¡si le vieseis como Dios le vé...! Una sola falta voluntaria, la violacion de una sola ley os ins-

piraria mas vivo terror que el trastorno del mundo visible y la destruccion del Universo. ¿Qué dirá el pecador á la vista de sus pecados? Yo he cometido un mal tan grande, que si Dios consultára á su sola justicia, no ejerceria conmigo tan grande misericordia. ¿Qué dirá segunda vez? Yo he abierto entre Dios y yo un abismo ; eternamente estaria separado de él, separado de toda luz y de todo bien ; eternamente su justicia me rechazaria hasta los infiernos, si Jesucristo no me hubiera sacado de esta incomprendible miseria, sufriendo y muriendo por mí. ¡Yo he sido uno de los que os han enclavado en la cruz, y todos los dias renuevo vuestro suplicio! ¡Por satisfacer un deseo y no mortificar una pasion, abro de nuevo vuestras llagas, y hago correr vuestra sangre!...

Para lograr el perdon, es preciso que se tenga la voluntad firme y sincera de no ofender mas á Dios, de huir las ocasiones, de luchar contra las tentaciones y de vencerlas con la gracia de Jesucristo. La Confesion ademas debe ser entera. No admite ni reserva ni disimulo. El que calla un solo pecado, no es absuelto de ninguno ; se retira ó sale de la confesion con todos

sus delitos y un sacrilegio mas ; iba á buscar la paz, y lleva la turbacion ; venia para hallar la bendicion, y vuelve cargado de la maldicion. Algunos se confiesan por motivos puramente humanos ; porque está así establecido ; porque los superiores lo exigen. ¡Desgraciados! ved lo que pasa en ellos. Su conciencia atormentada, inquieta, quisiera sinceramente casi siempre libertarse del peso que la oprime. Sobre esto forman el plan general de reconciliarse con Dios por la penitencia. No dicen al principio : callaré tal ó cual pecado : pero cada vez que, examinándose, estos pecados se ofrecen á su memoria, el pensamiento de que sea necesario descubrirlos, y que decaerán en la estimacion del confesor, la verguenza sobre todo de esta confesion los espanta, los trastorna, los arroja en perplejidades infinitas y en angustias indefinibles.

Quanto mas se piensa en estos pecados callados, mas fuerza toma la verguenza. El demonio vé la turbacion y la aumenta ; unas veces abultando el pecado ó pecados que se callaron, para que les parezca mas penoso declararlos ; otras escusándolos, para que los oculten con menos remordimientos. En este estado se pre-

senta el penitente al confesor. ¿Qué le dirá él? No lo sabe. Entre los pecados que ha cometido, hay unos que son menos graves; empieza por acusarse de ellos. Pero son los que ha callado los que ocupan su pensamiento; la conciencia le apura; busca palabras, rodeos para hacerse entender á medias; la confesion del pecado ó pecados callados se asoma á sus labios; un poder fatal le detiene; la gracia mueve, la vergüenza y el orgullo vencen. Y preguntando el confesor si tiene mas que decir, contesta: *No*; y á esta palabra Dios se retira, los Angeles cubren su cara, y un largo grito de gozo resuena en el infierno. ¿Lo veis? ¡En qué abismo de miseria nos puede precipitar un solo instante de debilidad y de vergüenza!

Acordaos de estas palabras dictadas por el Espíritu Santo: *El que oculta sus pecados, perece; pero el que los confiesa y deja el mal camino, logrará misericordia.* Pensad que se trata de todo; de salvar ó perder el alma; de escoger entre la eternidad del cielo ó del infierno. Acordaos de la hora de la muerte; de este momento, en que la escena del mundo y todas las vanas imaginaciones que fascinan el espíritu y

le turban, desaparecerán como el sueño de un hombre que despierta. ¡Oh! ¡si consideraseis lo que es callar y disimular sus pecados! ¡Si lo vierais como Dios lo vé! no agravariais vuestros propios juicios, y no atraeriais sobre vosotros mismos un doble suplicio; considerariais que es horrible caer entre las manos de Dios vivo.

Tambien caerán en esta los que ván á confesarse por motivos puramente humanos; porque estos hacen una confesion sacrílega, pisando y profanando la sangre de Jesucristo. No solamente ha querido el hijo de Dios perdonarnos los pecados, por medio de una Confesion dolorosa, sino que por un esceso incomprendible de amor nos dá su carne y su sangre por alimento en la sagrada Comunión. *Yo soy*, dice el mismo Jesucristo, *el pan vivo bajado del cielo. Si alguien come de este pan, vivirá eternamente, y el pan que yo doy, es mi carne por la vida del mundo. Yo os lo digo en verdad*, continua hablando á sus Discípulos, *si vosotros no comeis la carne del hijo del hombre, y si no bebeis su sangre, no tendreis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y yo le resucitaré el último dia.*

Porque mi carne es una comida, y mi sangre una bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. La Comunion, en efecto, es como el complemento de la pasion del Señor; como una segunda encarnacion en el alma del que la recibe dignamente. Se alimenta de amor, de verdad y de luz, alimentándose del Verbo, incorruptible alimento de los Angeles. Pero para merecer estas gracias, para gozar de estos favores, es preciso llevar la conciencia pura. *El que come este pan y bebe el cáliz del Señor indignamente, es culpable del cuerpo y sangre del Señor. ¡Que el hombre se examine á sí mismo, y que así coma de este pan y beba de este vino! Porque el que come y bebe indignamente, come y bebe su juicio.*

Ved una espresion misteriosa que manifiesta lo enorme de una indigna Comunion. *El que comulga indignamente*, dice S. Pablo, *come su juicio*; es decir, que le lleva consigo, que está en él, y que es inseparable de él. Y ved porque es necesaria la Confesion para purificar el alma; para que el pecador arrepentido y justificado pueda presentarse en el altar sin

hacerse indigno por su pobreza, por su miseria y por su confianza; porque reconociéndose indigno es como se dispone á participar dignamente; y humillándose hasta el polvo, es como merece el honor que no se concede á los Angeles. ¡Ea pues! Lavémosnos, purifiquémosnos con las aguas saludables de la Penitencia, aguas que, *saltando hasta la vida eterna*, nos harán dignos de sentarnos al banquete del Señor, y de participar de la sangre *del Cordero que borra los pecados del mundo*.



SERMON
DEL MANDATO.

Hoc facite in meam commemorationem.

Esto haced en memoria de mí.

Luc. cap. XXII v. 19.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

HABIENDO entrado Jesucristo en este día en Jerusalem, víspera de la Pascua del Cordero, le preguntaron sus Discípulos: ¿Dónde quereis que os preparemos un lugar para comer la Pascua? Entonces el Salvador envió á Pedro y Juan á la ciudad, y les mandó ir con un hombre que encontrarían llevando un cántaro de agua; y les previno que este les mostraria en vista de su peticion la sala donde habia de comer Él

con sus Discípulos la Pascua. Fueron los dos Discípulos, lo hallaron todo como lo habia dicho Jesus, y prepararon la mesa y la cena para la Pascua. Por la tarde entró el Salvador en la ciudad, y habiendo llegado á la casa de la cena, sentóse á la mesa. Mientras comian, dijo Jesus: *Uno de vosotros, que comeis conmigo, me ha de entregar.* Cada uno de sus Discípulos le decia: *¿Soy yo, Señor?* El les respondió: *Uno de los que meten conmigo la mano en el plato, me entregará en poder de mis enemigos.* Entonces manifestó á sus Discípulos el ardiente deseo que siempre habia tenido de celebrar esta Pascua, y les dijo que aquella comida era la última que hacia con ellos en este mundo.

Luego que el glorioso Salvador acabó de cenar con sus Discípulos, y de consumir el Cordero Pascual, tomó un pan ácimo, le bendijo, le partió y le distribuyó á sus Discípulos, diciendo. *Tomad y comed: este es mi cuerpo que será entregado por vosotros.* Tomó despues el cáliz con vino, le hechó la bendicion, y les dijo: *Esta es mi sangre de la nueva alianza que ha de ser derramada por vosotros para la remision de los pecados. Haced esto en memoria mia*

siempre que comiereis el mismo cuerpo y la misma sangre bajo las especies de pan y vino. Desde este punto ¡qué magnífico es el templo del cristiano! ¡Este templo, en que la Religión le rodea con sus defensores, con sus protectores y con sus modelos! Yo penetro hasta el Santuario; el Dios del Universo, el Redentor del género humano, el Salvador de los hombres se oculta por amor al hombre bajo las especies sacramentales; continua el sacrificio de su salvacion, sustituye la víctima de amor á las víctimas sangrientas que mancharon tanto tiempo el culto de los pueblos; se hace su alimento, el pan de los fuertes y la vida del justo.

Es preciso que estas palabras tengan una virtud muy poderosa; porque han hecho caer por tierra todos los sacrificios de los animales, donde quiera que han sido pronunciadas, y precisamente en el momento en que Jesucristo las pronunció sobre un pedazo de pan. Y ¿cómo podria agradecer el hombre que su Dios, no contento con hacerse hombre, con habitar entre los hombres y morir por ellos, haya determinado tambien continuar este mismo sacrificio siempre que el hombre le llama, y que

inventase para esto un medio que jamás las inteligencias hubieran podido imaginar? ¡Ah! ¡tan cierto es que Jesucristo nos dejó en la Eucaristía un Sacramento de amor inmenso, y un Sacrificio de santidad infinita! Para continuar, pidamos los auxilios de la divina gracia por la intercesion de la Reina de los Angeles.

AVE MARIA.

¡Qué, Señor! ¿hemos de comer vuestra carne? Vos, que no cabeis en los cielos de los cielos, ni en la infinita estension de los espacios ¿quereis encerraros en la pequeñez de una hostia? ¿Quién comprende esto? Vos, que sois una misma sustancia con el Padre y con el Espíritu Santo ¿quereis haceros una misma sustancia con el hombre? ¿Quién no se asombra de esto? ¡El Verbo divino, la sabiduría increada, el Rey de la gloria, la dicha de los Angeles, el placer inmortal de los Bienaventurados viene á esconderse y habitar el corazon humilde que le llama é invoca! ¿Quién tiene corazon, y no siente esto? ¡Que el Dios, que, en llegando el dia de la claridad, se mostrará á sus escogidos en

toda la estension de su gloria, quíera comunicarse con ellos secretamente, mientras duran los dias trabajosos de esta vida! ¿Quién puede oír esto, sin que se conmuevan sus entrañas? Yo apelo al mas tierno amor de la naturaleza. ¿Quién ha visto ni oído que la madre mas amorosa haya alimentado al hijo, que perecía de hambre, con su propia carne? Pues esto hace nuestro Dios, Illmo Sor; ¡se nos dá en alimento y en remedio! No, no se parece á nada el misterio de amor que nos dejó Jesucristo en la adorable Eucaristía.

Consideremos ahora la relacion de sacrificio. Y ¿á qué otro que al de nuestros altares referiremos el célebre oráculo del Profeta, que muchos siglos antes de Jesucristo anunciaba al mundo la inmolation de una víctima pura, que se ofrecería al Señor en las diversas regiones de la tierra, desde el un extremo al otro? La prediccion se ha cumplido. Esta es la víctima de todos los paises, de todas las naciones, de todas las edades, que en cada dia del año, en cada hora del dia, en cada instante indivisible une á todos los cristianos existentes en el mundo por los mismos votos y por la misma comu-

nion. Esta es la víctima que no hace de todos los pensamientos, de todos los sentimientos de los justos, sino un mismo pensamiento y un mismo sentimiento inmortales en Jesucristo. «¡Qué delicioso es, decía un varon apostólico á otro de sus hermanos, considerar que, iluminando el sol los dos hemisferios, y sucediéndose unas á otras las horas del dia, no hay de la mañana á la tarde un solo instante en que se interrumpa el sacrificio de los cristianos; en que la misma víctima deje de ser ofrecida, y en que los votos de paz, de inocencia y de bendicion dejen de ser ofrecidos á Dios en nuestros altares católicos! Asi, mientras que el sueño repara vuestras fuerzas para renovaros al trabajo y al servicio de nuestro Dios, nosotros que habitamos al oriente del Asia, ofrecemos la misma víctima sin mancha. ¿Hemos llegado á la tarde? Podemos unirnos á los sacrificios que vosotros ofreceis en Europa. En fin la América, y sobre todo el Méjico y el Perú ofrecen esta augusta oblacion durante el tiempo de nuestro reposo; y mientras nos ocupamos de los deberes de la tarde, ¡qué dulce es pensar que el culto eucarístico es un culto continuo, y que no hay un solo momento

en el día en que este oráculo del Profeta no se cumpla á la letra: «Desde el un extremo del mundo al otro es grande mi nombre entre las gentes, y se me ofrece en todos los lugares una oblacion pura, santa é inmaculada.»

¿Cuál es la hostia? El cuerpo y sangre de Jesucristo. ¿Cuál es la oblacion? La carne y sangre de Jesucristo. La sangre y la víctima esperada por tantos siglos, figurada en tantas ceremonias, y ejecutada con tantos prodigios, es la mas agradable y acepta en olor de suavidad; la carne incorruptible del Santo del Señor, Jesucristo, Dios y hombre verdadero; esta es la víctima que se ofreció en el Cenáculo, y se ofrece cada dia en los altares del cristianismo para aplacar la ira del cielo, para satisfacer por nuestros pecados, y para glorificar á Dios. Esta es la oblacion pura y santa por sí misma, que contiene la fuente de la pureza, el origen de la santificacion, al Hijo de Dios que *quita los pecados del mundo*. Esta es la oblacion que se ofrece en la magnificencia del templo, en la pobreza de una choza, en el valle, en el monte, en las ciudades, en las villas, en el Asia, en el Africa, en la Europa, en la América y en toda

la estension del mundo cristiano. Bien se puede decir que por ella la tierra está llena de la gloria del Señor. Ahora comprendo ¡oh amantísimo Jesus! cómo estando á punto de ser crucificado, esclamasteis con toda la efusion de vuestra ternura; «¡Oh Padre mio! ¡esta es la hora en que vá á cumplirse el mas grande de todos los acontecimientos; glorificad á vuestro Hijo, para que vuestro Hijo os glorifique y sea por Vos conocido y adorado su nombre en todo el Universo! Yo os ruego por aquellos que habeis confiado á mi ternura, y á quienes he hecho conocer vuestra verdad eterna. Yo dejo el mundo, mas ellos se quedan en él. ¡Padre mio! ¡Dios Santo! ¡conservad á los que me habeis dado, para que ellos formen un mismo cuerpo conmigo, como nosotros formamos desde la eternidad un solo espíritu y una misma inteligencia!»

— ¡Oh vosotros, cristianos, conoced en la Eucaristía el precio de vuestra divina Religion; descubrid en la Eucaristía la estension de relaciones entre Dios y vosotros, que todos los demas cultos han ignorado, y que nos manifiesta el conocimiento íntimo de este misterio! ¿Quién

duda que un amor verdadero, un amor infinito y soberanamente perfecto pueda producir inconcebibles sacrificios? ¿Quién duda que un amor inmenso pueda hacer que Dios abata su grandeza hasta mas abajo de nuestros pensamientos, y forme en favor de los que ama designios que causan la admiracion, la turbacion misma en nuestras imaginaciones mortales? ¡Hombre! ¡tu has sido criado para Dios, y para ser un dia participante de su gloria! Pero, pues que entre el fin y los medios existe una relacion necesaria, se sigue de aquí que aquel que ha de ser semejante á Dios en la eternidad, lo sea desde acá bajo en virtud; y que habiendo de ser divino en lo uno, lo debe ser tambien en lo otro. Y ¿qué medio mas eficaz para ser divino en esta vida que recibir á Dios mismo en su alma? Pues Dios solo podia asociar al hombre á su existencia inmortal, formando este medio de union, que no hubiera podido imaginar ninguna inteligencia criada.

¡Sacrificio divino! si el pan es ofrecido, lo es por el Ministro, por los asistentes y por todos los fieles cristianos de las diferentes iglesias del Universo, aun por aquellos que no per-

tenecen yá á la vida presente, pero que tienen defectos que espiar, antes de ver lucir para ellos los dias de la bienaventuranza inmortal:

Vivis atque defunctis. Si Dios es invocado, lo es como restaurador de la dignidad humana, y el hombre es mirado como participante de la misma dignidad. La invocacion no es para la salud de uno ó de muchos, sino para la salud de todo el género humano: *Pro totius mundi salute.* Abrid lo que las liturgias llaman el canon de la misa. ¡Qué cuadro! El Padre comun de los hombres es mirado como clemente y compasivo, y el cristiano que ora con todas las iglesias y por todas las iglesias, ora por la paz católica, por la paz de todo el Universo bajo la salvaguardia de la Providencia y bajo la direccion del cielo.

Tal es el culto cristiano: culto inmortal, culto universal, que no se diferencia, en lo que forma su esencia, del culto que los espíritus angélicos dán al Omnipotente en los cielos. Sus oraciones, como las nuestras, unidas á las del Soberano Pontífice, adquieren por esta union un precio infinito. Cuando nosotros consideramos lo que obra Jesucristo en este misterio, y

le vemos por la fé actualmente presente sobre la santa mesa con estas señales de muerte, nos unimos á él en este estado, le presentamos á Dios como nuestra única víctima y nuestro único propiciador por su sangre, protestando que no tenemos nada que ofrecer á Dios sino á Jesucristo y el mérito infinito de su muerte. Consagramos todas nuestras oraciones por esta divina ofrenda, y presentando Jesucristo á Dios, aprendemos al mismo tiempo á ofrecernos á la Magestad divina en Él y por Él como hostias vivas.

Verdaderamente es justo y digno, equitativo y saludable dar gracias á Dios en todo tiempo y en todo lugar por Jesucristo nuestro Señor, en el cual nos ha concedido la esperanza de la dichosa resurreccion, y la promesa de una gloria infinita. Si dirigiéndome ahora á todos los católicos estendidos por todo el Universo, les pregunto ¿por qué hace mas de mil y ochocientos años que no ofreceis víctimas de animales como los demas pueblos? Manifestándome una hostia consagrada, me responderán á una voz: *Porque este es el cuerpo de Jesucristo que vale mas que todas las víctimas de ani-*

males. Si pregunto á todos los Obispos y á todos los Sacerdotes diseminados por todo el mundo católico: ¿por qué no ofreceis ya víctimas de animales como en otro tiempo? Me mostrarán el cuerpo de Jesucristo, y me dirán: *Esta es la víctima de toda la tierra.* Ved, pues, como el sacrificio que ha salvado al mundo, se renueva sobre el altar de una manera incruenta y manifiesta perpetuamente la santidad de Dios, su justicia, su misericordia, su amor y su sabiduría. Siempre vivo para interceder en nuestro favor, según el orden de Melquisedech se ofrece por nosotros á su Padre, y nos ofrece con él. Por su medio tenemos entrada á su Padre, nos hacemos sus siervos y los conciudadanos de los escogidos. Presente en medio de nosotros, presente en cada uno de nosotros por el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre, caracteriza nuestro culto, da á nuestra obediencia alguna cosa infinita. Está en nosotros, y nosotros estamos en él. Su sacrificio es nuestro sacrificio; sus méritos son nuestros méritos; y su gloria será también nuestra gloria, si perseveramos hasta el fin. ASI SEA.

SERMON

PARA

LA FESTIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR.

Elegi et sanctificavi locum istum ut sit nomen meum ibi in sempiternum.

He elegido y santificado este lugar para que mi nombre esté allí para siempre.

Parali. lib. II, cap. VII, v. 12 y 16.

QUIÉN es esta muger tan singular, distinguida con el sello de las misericordias del Todopoderoso, cuyo nombre se ha hecho célebre en todo el Universo? ¿Quién es esta que, tiernamente compasiva de las angustias de su pueblo, ha empleado su poder, su valor, su sabiduría y todos los sentimientos de su corazón, para con-

solarle, y se ha adquirido por lo mismo el mas augusto derecho sobre la estimacion, sobre el amor, la admiracion y los elogios de cuantos en los siglos futuros conserven la memoria de sus hechos? ¿De dónde á nuestra nacion tanta ventura, que venga la Madre de su Dios á ilustrarla, honrarla, sublimarla y poner en ella su Tabernáculo? *Tronus meus in columna?* ¿Quién es esta, que rompió nuestras cadenas, enjugó nuestras lágrimas, acalló los lastimeros ecos de nuestro llanto, avasalló la mano enemiga que nos tiranizaba, y nos tornó nuestra antigua libertad?

¡Oh! España existe; Zaragoza no pereció del todo. Mas ¡ay! ¡ay de mí! en vez de una Zaragoza fértil en sus campos, hermosa en sus paseos, magnífica en sus templos, brillante en sus palacios y encantadora en su perspectiva, el fuego enemigo nos dejó una Zaragoza triste, afligida y casi del todo arruinada, talados sus campos, holladas sus huertas, cortados sus olivares, arrancadas sus viñas, interrumpidos sus caminos y paseos con zanjás profundas y espantosas cortaduras, las casas y los templos por la mayor parte arruinados, las Religiosas

esparramadas por los pueblos, y los Sacerdotes llorando entre el vestíbulo y el altar. La Princesa de todas las provincias está hecha tributaria: sus enemigos se han enriquecido con sus despojos; sus hijos han sido puestos en cautiverio, y fueron arrebatados los magníficos de su pueblo. ¡Desventurada Zaragoza! ¡Infeliz de tí! tus enemigos furiosos te silvan, te befan, y preguntan burlándose: ¿Es esta la ciudad de la decoracion perfecta; el embeleso de todo el mundo?

Allí se veia acabar la vida un padre y una madre, dejando á sus hijos en desolante horfandad. Allá unos niños ¡ay! unos inocentes niños mamar la sangre de angustiadas madres; por aquella parte se cubria la tierra de cadáveres y se regaba la tierra con la preciosa sangre de los hombres; por esta ardian las casas, se incendiaban los templos, y los cuerpos de los muertos se hacinaban unos sobre otros para mandarlos á la tierra sin el aparato de las ceremonias santas. ¡Infeliz Zaragoza! *¿Hæccine est urbs perfecti decoris?* ¿Eres tu la ciudad de perfecta hermosura? ¿Quién te ha traído á tanta angustia y desventura? La guerra, este formidable

azote de la indignacion divina puesto en manos del Nabucodonosor de la Europa ; esta inseparable compañera del hambre, la enfermedad y la muerte, puso á Zaragoza á una línea de su entero aniquilamiento. ¡Oh monstruo de la guerra! yo te acuso ante los manes de Zaragoza ; te aplazo ante el tribunal que los ha juzgado, para que responda s de su sangre. ¡Monstruo de la guerra! yo echo sobre tí todos los anatemas de la moral, y te amenazo con los insostenibles suplicios de la Religion.

Pero ¿adónde, trasportado, me dejo arrebatar? ¿Cómo en un día de alegría y venturoso recuerdo me permito excitar ideas de desgracias é infortunios? Es ¡oh ínclitos Zaragozanos! porque esa vuestra gente, aunque entregada al oprobio y á la desolacion ; esos vuestros compatriotas, aunque arrastrando las cadenas del yugo mas inhumano y opresor, conservan su gloria y su honor, y la historia de *Ntra. Sra. del Pilar* el mas brillante testimonio. Dios no ha hecho repulsa al altar, ni desechado la sagrada ara que nos dió para nuestra santificacion, salud y remedio. El arca del testamento, la columna que sirvió de basa á la mejor corona, no

pasó al poder de los Filisteos. Hé aquí lo que hará memorable vuestro nombre y magnífico vuestro elogio; y hé aquí cómo se vé cumplida al cabo de mas de mil y ochocientos años la ordenacion y promesa que Ntra. Sra. *del Pilar* de Zaragoza hizo al Apostol Santiago, segun la tradicion de nuestros padres. «¡Santiago! este es el lugar que yo he elegido; este ha de ser mi templo, mi propia herencia y posesion. En él se manifestara la virtud del Altísimo por mis ruegos á favor de los que pidiesen con verdadera fé y piadosa devocion. Mira tambien ese *Pilar*: él quedará aquí, y colocada sobre él mi propia imágen. En testimonio de esta verdad y promesa, durará en este lugar con la fé hasta el fin del mundo.»

¡Asombrosa dignacion! ¡fortuna incomparable! *Induere vestimentis gloriæ tuæ Jerusalem*. Engalánate con todos los ornamentos de tu gloria ¡mística Jerusalem! No pongas límites á tu interior alegria; ensancha tu amorosa gratitud; no ahogues las demostraciones de tu júbilo exterior. Todo lo que eres y todo lo que tienes lo debes á esta Reina soberana bajo el título *del Pilar*. Este será el asunto de mi discurso. Pu-

bliquemos ahora las misericordias del Señor; entonemos un himno nuevo; cantemos en su honor un nuevo cántico. Nos ha probado, es verdad, pero no nos ha desechado; miró nuestros males, y se apiadó de ellos. ¡Pueblos! ¡naciones! venid á glorificar á Dios en su mismo Tabernáculo! ¡Venid á desagraviarle en este día! ¡Monarca eterno! ¿en dónde habitas? ¿En qué lugares podré yo encontrar tu domicilio? Pero ¿qué es lo que digo? ¿Dios está lejos de nosotros? No, ciertamente no. Prosteraos conmigo; él está presente; ahí está delante de nuestros ojos. ¡Adorénle los mortales! La tierra toda se postre delante de él. ¡Santo Dios! sacad cuando menos de mi boca vuestra gloria. Esta es la gracia que solicito por la intercesion de vuestra Madre, saludándola con el Angel.

AVE MARIA.

¡Con que la Emperatriz de cielo y tierra vino á visitar personalmente ¡oh Zaranos! vuestro suelo desde países tan remotos! ¡Con que estuvieron allí, en Zaragoza, sus hermosas plantas! ¡Con que sus

ojos miraron alhagueños aquellas fecundas riberas, y fijándose en ellas, parece que le arrebataron el corazón! ¡Con que sus respiraciones se difundieron por vuestro horizonte, y le dejaron embalsamado para siempre de gracias celestiales! Así es. ¿Y quién puede contestar esta dichosa verdad?

La tradición, aquella doctrina que unas veces pertenece á la fé, otras á las buenas costumbres, y otras á la disciplina eclesiástica, y que, sin embargo, no está consignada literalmente en los libros santos; la tradición, aquellas noticias que desde los siglos mas remotos han llegado hasta nosotros comunicadas verbalmente de padres á hijos sin la menor interrupcion, ha sido siempre recibida con respeto y veneracion en la Iglesia. Esta tierna madre de todos los fieles ha mantenido con singular aprecio la doctrina de aquellos primeros Pastores que la ilustraron con su ciencia eminente, con su santidad heróica, con su permanencia en la fé y comunión católica y su notable antigüedad. Sabe la Iglesia santa que hay un precepto de Dios, para aprender de nuestros padres lo que conviene para nuestra felicidad. La ley natu-

ral, la ley escrita y la ley evangélica constantemente reconocen esta importantísima verdad. Adán, nuestro primer padre, enseñó verbalmente á sus hijos la existencia de Dios y de sus adorables atributos. Abel, Seth, Enos, Noe, Abraham, Isac, Jacob y otros hombres memorables antes y despues del diluvio fueron depositarios de esta doctrina, y la comunicaron á sus descendientes.

En la divina ley que Jesucristo, Dios y hombre verdadero, publicó, y que tenemos escrita en los cuatro Evangelios, se admitieron, conservaron y santificaron las tradiciones de algunas verdades que los Evangelistas no escribieron. Estas las aprendieron de su divino Maestro los Apóstoles, y las comunicaron á los fieles; otras enseñaron por sí mismos, como el ayuno cuadregesimal, el de las cuatro témporas, y la observancia religiosa de los domingos en lugar del sábado, señalado en la ley antigua; y otras, en fin, ha admitido la Iglesia ó el uso comun de los fieles, como la celebracion de las fiestas en culto de Dios y en honor de sus Santos, y otras varias. Es decir que hay tradiciones divinas, tradiciones apostólicas y tradiciones eclesiásticas.

Las primeras las enseñó el Señor, las segundas los Apóstoles, y las terceras la Iglesia, sea que esta congregacion de fieles se considere universalmente, sea la de un solo reino ó provincia, ó sea la de alguna ciudad.

La Iglesia particular de Zaragoza, por una piadosa y antigua tradicion, vive firmemente persuadida que, orando Santiago, se le apareció á las orillas del Ebro María Santísima rodeada de Angeles y llena de resplandor, viviendo aun en carne mortal; le encargó edificase una capilla en que se diese culto y venerase su santo nombre; y entregándole una columna de mármol y una imagen suya, que habia de colocar en ella, dejándole lleno de celestiales consuelos, se volvió con sus Angeles al lugar de donde habia venido. Cumplió el Sto. Apostol el mandamiento de la Madre de Jesucristo, ayudándole sus discípulos á la construccion de aquella pequeña y sencilla obra, que despues, con la sucesion de los siglos y la devocion de los fieles, ha llegado á la grandeza y magestad que en nuestros dias se admira. Esta es la piadosa y respetable tradicion que mantiene esta Sta. Iglesia Metropolitana desde los primeros

dias del cristianismo ; tradicion, no solo de aquella Sta. Iglesia, sino tambien de todas las de España y aun de todo el orbe católico ; tradicion que no puede desecharse sin nota de imprudencia y temeridad ; tradicion nunca interrumpida en diez y ocho siglos, y cuya perpetuidad justifica la aplicacion que ha hecho á María Santísima *del Pilar* de estas palabras de Dios su amado Hijo sobre el templo de Jerusalem: *Elegi et sanctificabi locum istum, ut sit nomen meum ibi in sempiternum.* Yo escucharé con benignidad y presentaré al Altísimo las supplicas de los que oren en este lugar ; yo tendré siempre abiertos los ojos de mi proteccion sobre los que con devocion verdadera me invocuen ; yo protegeré á esta Ciudad y sus habitantes, si la multitud y gravedad de sus culpas no irritasen la indignacion del Omnipotente. *Elegi et sanctificabi locum istum, etc.*

En aquel santo templo se ha adorado á Dios, y venerado á su santa Madre desde la primera predicacion del Evangelio. Las guerras mas sangrientas, las batallas mas encarnizadas, la variedad de tantas Familias Reales como se han ido sucediendo ; las hambres mas crueles, las pestes

mas desoladoras, y las opiniones de los temerarios que se han opuesto á esta piadosa tradicion, todo ha ido pasando como las sombras; todo ha desaparecido á la presencia *del Pilar* y de la perpetuidad del culto de la Virgen. ¡Prodigio grande! ¡Estupenda maravilla, que no cabe en las instituciones humanas, espuestas en cada siglo á los vayvenes de su misma debilidad! Hablen sino los Valerios, los Baslios, los Vincentes; hablen las bulas de Gelasio Segundo, Calisto Tercero, Clemente Septimo, Paulo Cuarto, Clemente Décimo y Pio Séptimo. Hablen los diplomas de Don Juan el Segundo, Fernando el Católico, Carlos Segundo, Felipe Quinto y tantos otros que honraron con respeto y veneracion tan santo templo. Hable la constante confesion de cuantos prelados ha tenido aquella Sta. Iglesia desde su principio hasta la irrupcion de los Moros, durante su dominacion y la de los subsiguientes á su conquista desde D. Pedro Librana hasta el actual Arzobispo. ¡Qué prueba tan robusta! Aquí se presenta una cadena de mas de cuatrocientos autores nacionales y estrangeros; allí..... Pero ¡Dios inmortal! ¿cuándo acabariamos, si hubiesemos de dar

alguna estension á estas pruebas tan piadosas como sólidas? ¿Y qué es esto sino la verdad de que Dios eligió aquel lugar para casa de oracion y para dar culto perpetuo á su divina Madre? Si; digámoslo con fiadamente. *Elegi et sanctificabi locum istum, etc.*

¿Y quién será el insensato, quién el temerario que se atreva á contradecir una tradicion tan autorizada con la duracion de diez y ocho siglos, sostenida con la virtud de tantos Santos, con el testimonio de tantos Sumos Pontífices, con los diplomas de Reyes y Príncipes tan ilustres, con los libros de tan sábios escritores, con la creencia de prelados tan respetables, y con la fé de tantos pueblos? Ninguno, ciertamente, ninguno. Esta es una verdad que, como decia el P. S. Agustin á otro propósito, canta el género humano en todo el orbe de la tierra. Ved, pues, como la venida de Maria Santísima á España debe ser el objeto de la piadosa cordialidad de los Españoles. Tambien lo debe ser de su confianza religiosa.

El Crisóstomo decia, hablando de su amada y afortunada Roma, que debia ser celebrada y formarse todo el mérito de su grandeza, no ya

de su magnificencia, antigüedad, hermosura, población, poder, riquezas y victorias; sino porque un Pablo la amó tanto durante la vida, porque él fué su ciudadano, y se encargó por sí mismo de su doctrina; porque tenia dentro de sí aquellas dos gloriosas columnas, los dos santos Apóstoles que la ennoblecieron mas que sus gigantes obeliscos, y que la protegen, la honran y la ilustran; porque quisieron, en una palabra, establecer en ella el principado de la Religión cristiana.

Esto mismo debemos decir de España nosotros en la memoria de este día, en que tuvo nuestro Patrono Santiago aquella vision en que Maria Santísima le ordenó le erigiese un templo á su culto. Desde este momento es escogida nuestra España por el mas distinguido patrimonio de la Santísima Virgen: á este efecto pone en ella sus plantas, las santifica con su presencia, y quiere ser invocada aun siendo viadora, señalando el sitio en que quiere ser invocada. ¿Y no se dirá ya á nuestras gentes lo que en el Deuteronomio se dijo á los hijos de Israel: «Vosotros sois el pueblo escogido de María, que le hará el mas glorioso de cuantos ha

criado el Señor?» ¿Quién no se persuadirá de que María quería derramar á manos llenas la plenitud de todos los dones, como lo asegura S. Bernardo? ¿Que quería franquearles aquella seguridad consoladora que le atribuye S. Anselmo, cuando enseña que es imposible se pierda aquel, á quien protege la Virgen? ¿Que quería darles á entender tenían en su favor una Reina llena de poder y una Madre de bondad, cuyas entrañas de misericordia se conmueven con la miseria del hombre, y las abre para sostener y aliviar su flaqueza? Sin duda que esta sería la primera idea que se ofrecería á quien ponderara bien los desvelos de María con nuestra nación. Desde luego percibiría que María quiso derramar las generosidades de su corazón en los que invocan su santo nombre en aquella mansion, y fijar en su Pilar hasta el fin de las generaciones el título de nuestra protección, de nuestra inmunidad y de nuestro asilo en los fatales dias de furiosas tempestades. *Elegi et sanctificabi locum istum.*

Aunque el Señor nunca ha abandonado la descendencia de Abraham y las reliquias de Jacob al saqueo de sus enemigos, sin embargo ha

permitido muchas veces que Dagon ocupe el lugar santo, y que Baal y Astarot reciban incienso profano. La Nación Santa, el pueblo mismo de Israel levantó sus manos para incensar á un becerro de oro, y se inclinó no pocas veces delante de las peñas y de los leños. Nuestra España misma es aquel vaso que mostró Dios á San Pedro en Jope lleno de animales que adoraban los hombres. En medio de tantos nublados, de tan densas y horribles tinieblas apareció la Aurora divina que había de disipar el imperio del error. *Disperdam nomina idolorum et non memorabuntur ultra.* El infernal dragon se estrella y despedaza contra la sagrada piedra, donde puso sus plantas el *Arca de la nueva alianza*. De aquel *Pilar*, como de Sion, salió la ley, como de Jerusalem la palabra del Señor. Aquel *Pilar* fué la columna del templo, donde se colgó la espada de David para pelear las batallas del Señor y degollar los gigantes de la irreligion. Como á la presencia del Sol se disipan las tinieblas, y huye la fiera sangrienta que no deja la cueva sino al abrigo de la noche, de este modo, colocada Maria en

su *Pilar*, se deshacen para siempre las densas nubes del gentilismo.

Vosotros ¡Señores! no teneis necesidad de que yo os recuerde ahora que esta provincia romana, el año 64 de la Era Cristiana, se reputaba ya por el tesoro mas rico y abundante del cristianismo, la mas deliciosa porcion de los Apóstoles, y una copiosísima materia para la historia de los triunfos de los Mártires; que en el año 77 nuestras inscripciones sepulcrales publicaban las cristianas apoteosis de los siervos de Jesucristo; que en el segundo siglo ya hablaban de nuestra España S. Ireneo y Tertuliano como de las principales conquistas del Crucificado, cuya religion habian abrazado todos sus naturales; que poco despues de este tiempo se supone en ella la religion tan estendida, que nada faltaba ya á la forma exterior del culto. La idolatría ya no existe; bien se puede decir: *No hay agüero en Israel ni simulacro en Jacob*. Dagon, hecho pedazos ante el ara de María, es argumento demasiado claro de su poder para destruir los ídolos.

¿Habeis reparado, Señores, en el espectáculo lúgubre de una provincia, de un reino asola-

lado por el hambre? ¡Cuán capaz es de enter-
necer un corazón tierno y compasivo! Campiñas
desiertas, pueblos abandonados, semblantes
macilentos, ancianos moribundos, madres im-
posibilitadas de socorrer ó insensibles á los cla-
mores de sus tiernos hijos; hijos que en lugar
de ser dulcemente admitidos á los pechos, son
despedazados y sepultados segunda vez en las
entrañas de sus madres: hé aquí los objetos
que se presentan en semejantes calamidades.
Si un mercader compasivo y generoso hiciese
cargar á sus espensas en países remotos una
nave capaz de aliviar semejante desolacion, y
repartiese los alimentos de valde, ¡qué muta-
cion, qué cambio no se viera tan extraordinario
y feliz! ¡Con qué prontitud no acudirian todos á
participar del beneficio! ¡Qué júbilo! ¡qué ala-
banzas! ¡qué bendiciones al mercader carita-
tivo y benéfico!

Este es puntualmente nuestro caso. ¡Qué
desolacion la de nuestra España antes de la ve-
nida de Nuestra Señora! No era escasez la que
padecian nuestros mayores, sino una privacion
absoluta del pan celestial y de todos los dones
de la gracia. Sin fé ni conocimiento alguno de

las verdades eternas, sin esperanzas de conseguirlas, sin sacramentos con que recibir y sustentar la vida sobrenatural, ni curar las mortales dolencias de sus almas; dominados, por el contrario, de los vicios mas infames, de la impiedad, de la supersticion, de la injusticia y de todo linage de maldad. Asi estabas, esto eras ¡oh Zaragoza! Apesar de las honras con que te habia sublimado Augusto, asi estabas, esto eras á los ojos de la fé; esto era la España toda. Pero ¡qué mutacion la nuestra tan benéfica, tan repentina y tan extraordinaria! Antes de la venida de esta Señora, España era un erial cubierto de horrores y malezas; despues un jardin hermoseedo con las flores mas bellas y olorosas, enriquecido con dulces y abundantísimos frutos. Antes, una selva llena de fieras y de monstruos; despues el terreno mas feraz, donde se alimentan innumerables ovejas y mansísimos corderos del rebaño de Jesucristo. Antes, el pais de la impiedad y de la abominacion mas horrible, el reino de los demonios; despues las delicias de la Religion, la patria de las virtudes, el imperio de María, un altar continuado, donde los corazones españoles exha-

lan perfumes purísimos en obsequio del verdadero Dios.

Pero no creais, Señores, que se verifica esto solo respecto las gracias del Espíritu. ¡No! Vino tambien cargada esta nave celestial de toda suerte de beneficios sensibles y de gracias corporales. Preguntad á tantos que de países distantes han visitado y no cesan de visitar aquel Santuario, ¿qué buscan ó qué pretenden? Y os responderán que ó buscan algun favor singular con esperanza firme de conseguirle, ó van á dar gracias á la Santísima Vírgen, por haberle alcanzado ya. ¿Y qué otra cosa son tantos preciosos dones conservados en la sacristía de aquella iglesia, sino otros tantos testimonios de esta especie, obtenidos por su medio? Registrad todavía los archivos de aquella santa iglesia, y hallareis volúmenes enteros manuscritos, el libro impreso del canónigo D. Felix Amada, que no contienen otra cosa que milagros obrados por intercesion de la Santísima Vírgen bajo el título *del Pilar*. Encontrareis ciegos que ven por beneficio de esta Señora; tullidos que andan; desahuciados que sanan; presos á quienes, rotas las cadenas, ábrense las puertas de par

en par ; cautivos que se libertan ; y otros, en fin, próximos á perecer en público cadalso, conservan ó recobran la vida con la virtud omnipotente de su invocacion.

Y el Estado, la Patria ¿qué no deben al amor de esta Señora? ¡Oh Troyanos! vosotros creiais que seria inespugnable vuestro imperio entretanto que se conservase en él la estatua de la Diosa Palas. Vuestro imperio se acabó, porque la ficcion huye pronto. La verdad es la felicidad inalterable, con que España ha asegurado las glorias de su corona bajo el amparo de la Virgen en su *Pilar*. ¡Qué! nuestros triunfos, nuestras victorias ¿no se han atribuido siempre á María? El language de nuestros capitanes ¿no ha sido el language de Barac con la valerosa Debora, cuando era oprimido por las violencias de Sisára? *Si venis mecum, vadam ; si nolueris venire mecum, non pergam*. Yo pasaré en silencio los triunfos de los Alfonsos, de los Fernandos, los de los Bermudos, Ordoños, Iñiguez, Correas, Sanchos y Carlos ; solo recordaré los que han pasado á nuestra vista. ¡Gerona, Lérida, Tortosa, Badajoz y Ciudad-Rodrigo! decidnos ¿podian comprenderse en los mas genero-

sos alientos tanto heroismo, tan estupendas victorias como se vieron en vuestros muros? Y ¡vosotros, vencedores de las montañas! cuando os acosaba la furia del enemigo ¿quién os libró de su saña? ¡Ah! ¡publicad lo que empeñó vuestros votos!.... Yo lo diré en vuestro nombre: Maria era vuestro escudo, vuestra columna y vuestro guia. Digámoslo en alta voz; gravémoslo en duros bronces; llevémoslo pendiente delante de nuestros ojos: España pagana, España idólatra ha venido á ser España religiosa y católica por escelencia. Esta Reina soberana se dignó elegir á Zaragoza para su habitacion, para teatro de sus misericordias, para ruina de la idolatría, y para asilo comun de sus moradores. *Elegi et sanctificabi locum istum.*

¡Oh Virgen gloriosa, admirable y portentosa! ¡Vos sois la gloria de la Jerusalem española! ¡Vos sois la alegría de este pueblo grande! ¡Vos sois su honra y su decoro! ¡Bendito sea el Señor, que ha hecho célebre vuestro nombre en todo el Universo! ¡No faltará vuestra alabanza de la boca de los hombres; habeis empleado los sentimientos de vuestro corazon en alivio de sus necesidades, y estos darán eternamente se-

ñales de su gratitud! Vuestra intercesion es mas eficaz á los pies del trono de vuestro Hijo, que la de la Reina Bersabé á los pies de Salomon. «No será posible ni será lícito pensar que pueda Dios volver el rostro ni negarse á vuestras súplicas!» ¡Pedidle, Señora, por nuestros Príncipes, por los amables Infantes, por la paz y concordia de estos reinos, por esta ilustre y piadosa congregacion, por todos los hombres, para que sirviéndoos en esta vida, se hagan dignos de la eterna gloria! AMEN.





ORACION FUNEBRE

pronunciada

en las Exequias de la Reina

DOÑA JOSEFA MARIA AMALIA

EN LA STA. I. M. DE BURGOS

POR ENCARGO DE SU ILLMO. AYUNTAMIENTO.



Lecavit omnis populus vacem suam, et flevit.

Ex. L. 1. Reg. cap. 11. v. 4.

EL soberano Dominador de toda la naturaleza no se muestra nunca tan grande ni tan sábio, como en las lecciones formidables que dá á los árbítrós del mundo. Tan presto hace pasar delante de sus ojos todos esos famosos imperios, tragados para siempre en el abismo del tiempo, borrados de sobre la faz de la tierra,

como esos frágiles caractéres que se gravan sobre el polvo; y á vista de estas imponentes monarquías que caen las unas sobre las otras, les hace entender cuánto mas perecederos y vanos deben ser los Monarcas mismos.

Tan presto les hace sentir que él solo es verdaderamente Rey sobre la tierra; que, hablando propiamente, no es el potentado el que manda, el político el que dispone, ni el conquistador el que triunfa; que él solo de lo alto de los Cielos domina todos estos agentes subalternos, sujeta sus brazos y su corazón, derrama en sus consejos el espíritu de sabiduría ó el espíritu de vértigo, y por esto los obliga á temblar bajo su mano, y humillarse delante del grande y único poder de donde dimanar y adonde suben todos los otros poderes.

Pero no les instruye jamás de un modo tan eficaz é imperioso como cuando les descubre el ejemplo de los buenos Príncipes y la virtud en acción sobre el Trono; cuando les muestra á estos Príncipes y Princesas ejemplares, vencedoras de sí mismas, austeras en medio de los placeres, humanas con el poder, abnegadas en el centro del fausto y las riquezas, modelo de

los buenos y confusion de los malvados; y por precio de sus sacrificios, las bendiciones del pobre, los homenages de la Religion, y el reconocimiento de los pueblos; entonces eleva sus almas, alienta su debilidad, y les obliga á confesar que se puede ser dichoso y ser Rey, ser Rey y ser Santo.

¡Preciosa y consoladora verdad! y ¿dónde fué mas sensible que en la REINA incomparable que acabamos de perder, y que hacia las delicias de esta inconsolable Nacion? El Cielo nos ha arrebatado, á manera de enfurecido viento, lo que mas amabamos en la vida: como ligera nube pasó nuestra salud, la que hacia nuestra felicidad, nuestra gloria y nuestra alegría. (1) Por esto nuestras almas están abatidas, y nos poseen dias de profunda tribulacion. (2)

Espada de la ira de Dios ¿no te has saciado bastante en la sangre inocente de tantas víctimas como hiciera derramar una guerra bárbara y atroz, y una memorable revolucion? *¿Usque ad internectionem tuus mucro*

(1) Judith, Cap. XV, v. 10.

(2) Job, 30 16.

non desæviet? (1) No te ha bastado la vida preciosa de Doña MARIA ISABEL FRANCISCA DE BRAGANZA, sino que atentas tambien á los dias hermosos de Doña MARIA JOSEFA AMALIA DE SAJONIA, nuestra última y querida REINA.? ¿Era preciso que la segur se pusiera á la raiz del árbol, para que se secara y pereciera? ¿Era preciso que el cáliz destilara gota á gota, que la muerte reuniera sus fuerzas destructoras, para privarnos de todas nuestras REINAS? ¿Era preciso que nuestro REY, mártir en vida, quedara otra y otra vez solo en este mundo de dolor donde tantas lágrimas ha deramado y devorado tan prolongadas angustias? *¿Usque ad internectionem tuus mucro non desæviet?* ¡Ay hermanos míos! Dios solo conoce la profundidad de sus consejos, pero esta ilustre víctima faltaba á sus duros golpes, y este nuevo dolor al cáliz amarguísimo de nuestras tribulaciones.

El dia diez y siete de Mayo, á las dos y cinco minutos de su mañana, se abrió el cielo, recibió, como es de creer, en su vasto y dichoso

(1) Sec. Reg. 3. v. 16.

seno, á la REINA angelical, y la España sumergida en una especie de estupor indefinible: *Et factus est pavor in omnibus.* (1) No acierta á pronunciar mas que esta palabra lúgubre ¡la REINA no existe yá! Mil gritos de dolor exhalados en la Corte llevan la consternacion á las provincias, y otros mil alaridos de desesperacion ván á perderse en la cabaña del pobre y en la choza del pastor: *Levavit omnis populus vocem suam, et flevit.* El jóven abandona sus placeres, el ambicioso sus intrigas, y el egoista siente por primera vez la nueva calamidad que ha caido sobre la patria. Del uno al otro extremo del Reino todo es lloros y suspiros hácia el Cielo: *levavit omnis populus vocem suam et flevit.* Se llora á la REINA como un amigo llora á su amigo, como una madre llora al hijo único que ha perdido; y el pueblo, ocupado todo de esta muerte deplorable, no quiere recibir consuelo: que *la REINA yá no existe!* *Levavit omnis populus vocem suam, et flevit.* Y ¿qué fuerza misteriosa arranca sus lágrimas, que no puede contenerlas? ¿Cómo es que habiendo conocido

(1) Luc. Cap. IV. v. 36.

apenas á esta Augusta Princesa, la llora cada uno como si fuera su propia madre? ¡Ah! es el poder de la virtud, el grito de la conciencia que no vé sino las cualidades prematuras de Aquella, en quien por una ley secreta todo ha sido rapidísimo, sus virtudes, como sus dias.

¡Dios de mi patria! ¡Dios de mi religion! Este vaso de eleccion, este tesoro de gracias ¿no será sino para Vos? ¿Vuestra inflexible justicia habrá querido castigar á la nacion por la pérdida de una REINA de que ella no era digna? No es mucho, pues, que las lágrimas sean nuestro pan de dia como de noche; (1) pero despues que en un dolor mas tranquilo podemos conocer toda la estension de nuestra pérdida, no lloremos sobre la REINA: Ella no ha perdido mas que un trono. Y ¿qué es un trono para la virtud? Lloremos mas bien la suerte fatal que puede estar reservada al Reino y á la Religion, que pierden su apoyo, la luz de sus hermosos ejemplos y el resplandor de sus virtudes heróicas, de su modestia, de su recato, de su compostura, de su sencillez, de su pacien-

(1) Salm. XLl. v. 3.

cia, de su misericordia, de su sublime caridad, y de su perfecta abnegacion: *Levavit omnis populus vocem suam, et flevit.*

Se ejecuta sobre la REINA un juicio de misericordia, y sobre nosotros un juicio de rigor y de justicia; pocos dias en esta infeliz peregrinacion habrán decidido de su dichosa eternidad, y pueden comprometer la existencia entera de la Nacion. Mas claro. En la pérdida irreparable que hemos sufrido, mostraré que la muerte de la REINA es el objeto mas digno de nuestros sentimientos amargos y de nuestras lágrimas dolorosas, y el motivo mas bien fundado de nuestras serias reflexiones y de nuestras justas inquietudes. ¡Quiera el cielo que este discurso pueda corresponder al dolor público, á los afectos de amor y veneracion á sus REYES de este Ilustrísimo Ayuntamiento, al sentimiento profundo de esta Ciudad famosa por su fidelidad, y al quebranto inmenso de este venerable Senado; que pueda servir para recordar á todos la nada, tres veces nada de las corruptibles grandezas de este mundo! Estadme atentos.

¿Quién me dará abrir y cerrar delante de vosotros aquel libro fúnebre que vió Ezequiel;

aquel libro que no encerraba por dentro y por fuera sino lamentaciones y calamidades: *Intus et foris..... lamentationes et væ*, para llorar lo que es superior á todo dolor como á todo consuelo, y proporcionar los lloros á la incalculable desgracia que ha venido á sorprendernos? Hace un año cumplido que con largos gritos de júbilo y festejos los mas puros celebramos la presencia de la REINA en medio de nosotros como un ástro benéfico y como una prenda de las mas dichosas esperanzas. Si entonces alguno nos hubiera pronosticado que el aniversario de aquellos días solemnes y grandemente festivos habia de ser el de sus lúgubres exequias y el de nuestro amargo llanto; que los instrumentos de nuestra alegría se habian de convertir en trofeos de la muerte, le hubiéramos mirado como á un maléfico agorero. ¡Pero ello es así! ¡Consejos secretos de mi Dios! ¡La que suspendia las iras del Cielo, fué arrebatada de en medio de nosotros para siempre, y con ella desapareció nuestra gloria! (1) El Señor ha herido por tercera vez á su pueblo, se ha hecho nues-

(1) Dan. Cap. V. v. 20.

tro enemigo formidable, ha matado, y no ha perdonado la vida que tan encarecidamente le pedíamos; ha completado su furor, derramado la ira de su indignacion y devorado el fundamento de nuestras esperanzas: *Complevit Dominus furorem suum, effudit iram indignationis suæ, et devoravit fundamenta ejus.* (1) ¡Pensamiento lúgubre! Sin duda nuestras iniquidades han subido á lo mas alto de los cielos, se han interpuesto sobre nuestras cabezas como una nube de bronce, y han impedido á nuestras oraciones llegar al trono de Dios: *Opposuisti nubem tibi, ne transeat oratio.* (2) Hemos perdido el objeto de nuestro amor, y le lloraremos mientras tengamos lágrimas en los ojos: *Levavit omnis populus vocem suam, et flevit.*

La España queria á su REINA; porque siendo pacífica por carácter, hallaba en ella su seguridad y su reposo; porque era REINA legítima, y la legitimidad es el primer tesoro de un pueblo y un beneficio inapreciable, porque es la salvaguardia de todos los derechos y de to-

(1) Jer. Cap. IV. v. 11.

(2) Thre. Cap. III. v. 41.

das las propiedades, de la religion y la moral; porque es el mayor enemigo de la tiranía, y el mayor obstáculo del despotismo, al mismo tiempo que el mas seguro garante de la moderacion y equidad; porque descendía de ilustre sangre Real, y este era un título mas á su bondad y á su beneficencia.

La España queria á su REINA por sí misma, por sus dichosas cualidades, y todos estos dones del espíritu y del corazon de que la habia dotado el cielo, como hija, como esposa y como Reina.

Tan reverente para con sus caros Padres, cuando estaba sujeta á su autoridad, como respetuosa á su augusto esposo, amaba á aquellos con un amor igual al cariñoso interés, con que cuidaba siempre de no disgustar al Rey. Nunca manifestó mas gusto, mas inclinaciones ni mas voluntad que la voluntad, gusto é inclinaciones de sus queridos Padres y del Rey. ¡Hija preciosa, que asi amas, obedecés, respetas y veneras á los autores de tus dias, y al que el Cielo te destinó por Esposo!

En medio de un raro talento y de una vasta comprension, se negó constantemente á enten-

der en los asuntos de gobierno, á no ser para dulcificar al Rey las amarguras inseparables del manejo de ellos. «Yo no deseo, decia Ella, mezclarme en nada, y tener que responder á Dios.» Puso su gloria en la piedad, su grandeza en la bondad, en la abnegacion su heroismo, y su poder en la virtud.

La España queria á su REINA; porque habia recibido todas las instrucciones, las de la virtud y la sabiduría desde la cuna, y las lecciones de la desgracia desde que se ciñó la corona.

Apenas llegó á nuestra patria y se sentó sobre el trono, un torrente de amarguras anegó su sensible y virtuoso corazon. ¡Misterio adorable del Eterno! reina, la dijo el Cielo: y ¿quién contará este reinado de angustias que atrajo sobre su espíritu una célebre revolucion? ¿Quién hallará palabras para nombrar lo que no tiene nombre? ¿Quién podrá igualar la execracion al crimen? La nacion llevaba en su seno el principio de su disolucion, y tocaba ya en los dias de un nuevo espantoso trastorno. Gritos sediciosos resuenan por todas partes; la tempestad se levanta, las facciones se forman, las traiciones se multiplican; todo este inmenso volcan debia

estallar luego, al punto. Estalló en efecto.....
¿Veis.....? Veo ¡Señor! y me espanto. El viento ardiente de la discordia ha pasado sobre esta tierra infeliz, y lo ha devorado todo. Me pregunto con asombro: ¿cómo hemos podido los REYES y nosotros sobrellevar tantos males? Una inmensa indignacion de unos contra otros Españoles descendió entonces á las profundidades de su corazon, y parecian dispuestos á destruirse mutuamente. Por otra parte, las inauditas ofensas cometidas contra el Cielo y contra el Trono pedian altas venganzas; todo anunciaba al fin de aquellos dias desgraciados nuevas y nuevas catástrofes. Pero por un prodigio extraordinario de generosidad en el REY, y de sublime caridad en la REINA se olvida todo, se perdona todo, se estinguen los odios, se apagan las discordias, se curan las úlceras envenenadas del resentimiento, se restablece la paz y la concordia, y con ellas la reconciliacion general. Su deseo el mas ardiente era que «volvieran á sus deberes los que tenian la desgracia de separarse de ellos, y que los Españoles no formáran sino un pueblo de amigos y de hermanos.» ¡Palabras memorables, que hacen

la condenacion de esos hombres endurecidos que no tienen corazon sino para aborrecer, brazos sino para destruir, y de esos perversos que para conseguir mezquinos intereses, suspiran por grandes desastres!

Aquí me parece oírla dirigirse á la Religion, y decirla en la mayor efusion de su alma: «¡Divina Religion! ven, unámonos para procurar la union y felicidad del pueblo español. ¿Qué podré yo sin tí? Él es un pueblo generoso, y á fuerza de generosidad debe vencerse la ceguedad de los rebeldes; este es un crimen extraño á su carácter, y ellos le reconocerán. Las recompensas me ofrecerán lisongeros, los castigos esclavos: tu sola puedes darme súbditos afectuosos: por mis cuidados contendré los vicios, por tu fuerza divina, tu harás brotar las virtudes; yo perdonaré por un exceso de clemencia, tu convertirás los corazones.» *Levavit omnis populus vocem suam, et flevit.*

La España queria á su REINA por su ejemplarísima piedad y profundo temor de Dios. Sí, este santo temor, este don precioso que el Cria-

dor infunde alguna vez (1) en ciertas almas privilegiadas desde la matriz, que camina con las mugeres escogidas, y regla la conducta de los justos, nació en el alma de MARIA JOSEFA AMALIA DE SAJONIA; se nutrió con ella en el vientre de su madre, y llegó á su perfeccion á los veinte y cinco años de edad.

La sabiduría, la religiosidad, la ciencia, la observancia de la ley, el estudio de la propia santificacion, la piedad, la paciencia, la dulzura, la humildad, la misericordia, todas las virtudes domésticas, ser raiz y principio del saber, ser el colmo y corona del saber, y ser el lleno ó plenitud del saber.... tales son los frutos preciosos del temor santo de DIOS, (2) y tales fueron las virtudes eminentes de la REINA.

La sabiduría la trataba magníficamente. Tomad en vuestras manos sus infinitas poesías sagradas, y advertireis en ellas un mérito tan relevante, que serian capaces de honrar al varon mas consumado en la ciencia de la religion, y sin embargo su modestia las negó casi todas á la prensa.

(1) Ecl. Cap. 10 v. 26.

(2) Proverb. Cap. 16 17.

Piedad y temor de Dios. Una de las mas grandes ilusiones que estravían á los REYES, es hacerles mirar la piedad como inútil, si ya no como peligrosa; es pensar que quita al génio, todo lo que disminuye á las pasiones. ¡Eh! ¿quiénes son estos insensatos que osan vituperar en los Soberanos este gusto de las cosas celestiales que mantiene siempre el alma elevada, y este atractivo de la piedad, que no es en ellos sino una idea mas alta de sus deberes y un sentimiento mas profundo de su entera independencia? Bien lejos de mirar la piedad como poco digna del grado supremo, digamos mas bien que es la primera virtud de los Señores de la tierra; porque gravando en lo íntimo de sus corazones el sentimiento de sus miserias, les muestra dia y noche al Dios justo sobre sus cabezas. Por fortuna el alma de la REINA se mantuvo bien distante de esta funesta preocupacion. Como la virtud fué su primera inclinacion, la Religion fué su primer deber. Dócil á las instrucciones de una Tia virtuosísima, aprendió desde el principio que hay, no una gloria y una fama, sino un Dios y una ley. Dividió el tiempo entre la oracion y la costura, como su

espíritu entre el tiempo y la eternidad. Cuando no pedia para sí, pedia para su querido Reino, y por ventura se debe á sus súplicas fervorosas que no se hundiera en el espantoso abismo de la impiedad, y no fuera borrado del globo de la tierra por sus crímenes.

— Piedad y temor de Dios; y para conservar estos dones acudia frecuentísimamente á purificarse en el Sacramento de la reconciliacion, y confortarse con la Divina Eucaristía.

— Piedad y temor de Dios. Nosotros la vimos en este Templo, vímosla en Sta. Casilda, adonde la condujera su ardiente devocion, con una compostura edificante y un profundo acatamiento. Uno solo que quedára de nosotros publicaria su celestial recogimiento, y todavía las bóvedas de este Templo, esta misma Cátedra sagrada conservará la memoria de sus altas contemplaciones.

— La España queria á su REINA; porque amó el bien de todos, y á ninguno causó mal: fué el ojo del pobre, el amparo del huérfano y el consuelo de la viuda. ¡Nombres sagrados para la virtud de la REINA! Vosotros regareis con lá-

grimas de agradecimiento los felices lugares que habitó, siempre que podais pisarlos.

Las miserias estaban de continuo delante de sus ojos, (1) y cuando no se presentaban, preguntaba donde estaban los desgraciados. ¡Oh vosotros todos los que os hallais agoviados de la necesidad y desdichas, les decia con Jesucristo! venid á mí, que yo os aliviare! Estaba reservado á Doña MARIA JOSEFA AMALIA poder decir como Job: «la compasion ha nacido conmigo, ha crecido en mi corazon desde la infancia.» (2)

Jamás, dice un papel público, un militar cargado de familia, una viuda desamparada, una jóven espuesta á los peligros de la indigencia imploraron su piedad, sin que el consuelo fuese la inmediata consecuencia de la súplica. Pero, amante de la oscuridad, envuelve sus beneficios con el mismo velo con que cubre sus conocimientos. Si su modestia no queria tener testigos, su beneficencia sentia una especie de pudor al verlos, tal que no queria encontrar los ojos del desgraciado á quien aliviaba, y preve-

(1) Salm. 40. 5.

(2) Job Cap. 31. 18.

nia siempre que se ocultasen sus socorros distribuidos en cuantiosas cantidades.

Venid ¡Angeles del Señor! á presenciarse en el hospital de pobres enfermas incurables el espectáculo mas interesante al Cielo y á la tierra, y vereis la grandeza abatida, la Señora hecha sierva, la delicadeza manejando la hediondez y podredumbre, la que nació entre la púrpura, abrazarse con los espectros de la muerte, y no podreis menos de exclamar: que servir á Dios es reinar! Puede decirse con verdad que la mansion del dolor y de las lágrimas era donde la REINA hallaba sus delicias y su verdadero trono.

¡Santa Religion! vivid en el alma de los REYES; á Vos sola pertenece darles grandes lecciones. La razon les dirá que son hombres. Vos sola se lo hareis sentir, y únicamente Vos podeis abatir su grandeza prestada delante de los infelices, á quienes angustian sus miserias. Preguntad tambien á los pobres de nuestros Establecimientos, y os responderán que la REINA entró en ellos, para dejar impresas las huellas de su misericordia.

La España queria á su REINA por la senci-

lez, modesta de su carácter; de este carácter que hace sin fausto las grandes cosas, y las pequeñas sin desdén. Jamás se la vió hacer el menor abuso del poder; no se la oyó una palabra airada, ni se la notó un gesto altivo. ¡Magnífico don que el Cielo hizo al pueblo español de una REINA, á quien no corrompieron las pasiones, ni endureció la grandeza, ni fascinó el resplandor que rodea el Trono! No trató de imponer por su adorno mas que por su virtud, y todas sus exterioridades eran de las mas humildes. Condenada por su rango á la representacion, se vió cuánto la incomodaba; todas esas distinciones brillantes de la Corte alteraban tan poco su sencillez que se hacian el adorno de su virtud y de su modestia. ¡Ah! si esta gran REINA hubiera podido detener el torrente de este siglo irreligioso, hubiera restablecido entre nosotros esta simplicidad venerable que la distinguia á Ella, y juntamente el amor de los verdaderos placeres y el gusto de las cosas santas. Se hubiera visto renacer aquellos dias de dichosa memoria, en que si no eramos tan civilizados, eramos mas poderosos, y su ejemplo superior á la misma ley hubiera pros-

cripto para siempre ese lujo corruptor que arrastra en una misma caída el gusto y las costumbres, las artes y las virtudes, y precipita la decadencia inevitable de un pueblo que á fuerza de tanta civilizacion se hace pobre y relajado. Pero ya que no pudiera obrar toda la plenitud del bien, á lo menos el vicio se ocultó avergonzado, y se reprimió su insolente descaro.

— ¿Quién es esta muger tan privilegiada, de quien como de Estér nadie tuvo que hablar una sola palabra mala? *Non erat qui loqueretur de ea verbum malum.* Nadie en efecto oyó de Ella mas que bendiciones, elogios y alabanzas. ¿Cuál sería su virtud, que nadie tuviese que hablar mal? Ni el impío que poniendo en los cielos su lengua impura, no debe perdonar á los REYES que son la segunda providencia de este mundo, tuvo que decir cosa mala de la REINA. Todos, todos la celebraron en vida, y no hay uno solo que diga mal de Ella despues de su muerte. Parece que el Cielo, al colocarla sobre el Trono, la habia dotado de un carácter de autoridad capaz de ganar insensiblemente los corazones de todos los que la trataban, y á sus acciones tal fuerza que los atraia á todos á su imitacion. Sus

ejemplos, mas poderosos que las leyes, se tomaron luego por modelo, y su recato y compostura se hicieron la norma de la decencia en las señoras de la Corte. Intimamente convencida que la virtud engrandece y eleva las naciones, y que el vicio las envilece, degrada y hace desaparecer de sobre la faz de la tierra, (1) no tenia ni la ocupaba ningun otro pensamiento que la santificacion del nombre de Dios, y la observancia de su santísima ley.

La España queria á su reina. Este grito unánime de dolor arrojado al lado de su augusto cadáver, repetido en todos los ángulos de la Nación, ha resonado en medio de la Europa, y atestiguará á todos los siglos y á todas las generaciones cuánto hemos perdido, y cuánto sentimos la pérdida: *Levavit omnis populus vocem suam, et flevit.*

Sin caprichos, sin debilidades, sin voluntad propia, la virtud caracteristica de la REINA, fué la abnegacion mas heroica. ¡O! ¡si nos fuera dado saber cuales eran sus mas frecuentes votos y plegarias, ya cuando en las ocasiones solem-

(1) Prov. Cap. 14. v. 34.

nes edificaba á la Corte con las muestras menos equívocas de una verdadera piedad, ya cuando cerrada la puerta de su gavinete oraba al Padre celestial que ve en lo escondido, quizá la oiríamos esplicarse en estos términos: «¡Señor! si no es contra los decretos que os habeis dignado pronunciar en favor de la España, concededme hijos; pero si no soy yo la que habeis destinado para perpetuar en su trono la sangre de S. FERNANDO, haced en mí segun vuestra misericordia; dispuesta estoy hasta morir, para que vuestros decretos se realicen prontamente.»

La España queria á su REINA, sin disminuir por esto el amor que debe al REX que ha pasado por mayores tribulaciones y agitaciones políticas; que ha vencido tantas revoluciones y salvádonos de ellas como nosotros le salváramos á fuerza de sangre y de prodigios de un alevoso cautiverio; á quien no se puedé echar en cara otra cosa que un exceso de magnanimidad, cuyos derechos consagrados por tantos siglos, sellados con nuestra fidelidad confunden todas las tramas, y desesperan todas las maquinaciones; que no tiene otro interés que el de la justicia, y tan identificado con sus propios súbd-

tos que no puede trabajar para ellos sin trabajar para sí mismo, ni trabajar para sí mismo sin trabajar para ellos.

Quiere á su Rey legítimo, y no usurpador que no seria su Rey, sino su tirano; que querria hacer mucho ruido para aturdir y distraer, y mucho mal para sujetar y corromper; que para afirmar mejor su trono sangriento, querria destruir todos los otros; que para asegurar mejor su reposo, trataria de turbar el del mundo entero; y que en fin para hacer olvidar su origen tendria necesidad del brillo de las victorias, y en seguida para justificar sus victorias tendria necesidad de todos los crímenes.

Si en los dias de nuestro delirio llegamos á desgarrarnos con nuestras propias manos para producir un monstruo que llevaba sobre su frente, como la bestia del Apocalypsi, el misterio de todas las iniquidades, (1) y en su corazon todas las profundidades de Satanás, (2) el exceso mismo de nuestras desgracias en esta época lamentable no ha servido sino para atestiguar mas y

(1) Apoc. 18. v. 5.

(2) Apoc. Cap. 6. v. 24.

mas á todos los siglos, que abandonando al trono nos abandonamos á nosotros mismos, nos separamos de la vida, y nos acercamos á la muerte.

106 ¡O REY el mas célebre en los anales de la adversidad! yo os ofrezco el tributo de reconocimiento y admiracion que se merece vuestra vida toda llena de pruebas y misterios! Pero volvamos los ojos hácia la víctima espirante.

107 Considerémosla postrada en el lecho de la muerte, cercana á la eternidad, y aprendamos á instruirnos por sus últimos suspiros. ¡O sepulcro!

¡Debias arrebatarnos tan pronto el objeto de nuestro amor, despojarnos de nuestra gloria, y quitarnos la corona de nuestra cabeza? (1) Salud, juventud, trono, riquezas, todo debia pasar como la mañana de una hermosa primavera. (2)

¡Eh! Mostremos al impío su desnudez, para que se avergüence de sus heroes. Todo se yela, todo se apaga bajo la mano de la muerte: los transportes del entusiasmo, las gracias de la imaginacion; al malvado no le queda mas que los vicios de su alma, á la maldicion que sufrió sobre

(1) Job. 19. v. 9. 10. 11.

(2) Osæ. Cap. 11. v. 4.

la tierra, sucederá su ruina en el infierno, (1) porque Dios le tiene reservado para el día malo. (2) Por lo que á nosotros toca, lejos de temer el último momento del cristiano, le esperamos con impaciencia, porque el término de su virtud lo es también de su descanso. (3) Ya el peligro es cierto, la esperanza nos abandona, la muerte oculta muchos días, se muestra al descubierto; las tristes noches se prolongan, el sueño pacífico se ha huido de la morada de la REINA. Todo ha sido en vano, los votos del Sacerdote, las oraciones de las Virgenes y las lágrimas del pueblo, señaladamente de esta Ciudad que redobló entonces sus fervorosas rogativas. En medio de los agudos dolores y prolongadas angustias de su violenta enfermedad nada debilitó su paciencia, nada alteró su heroica resignacion; antes con una calma serena y un valor sobrehumano da gracias al médico que cuidaba de su salud, porque la previno en tiempo para que se preparara con los santos Sacramentos, y recibiera esa Uncion santa que es la fuerza de los moribundos.

(1) Eccl. 41. 13.

(2) Prov. 16. 4. Job. 31. 3.

(3) Sap. 3. 3.

(1) Con la mayor presencia de espíritu alienta á toda la Corte en su inconsolable dolor, y dispone un testamento digno de trasmitirse á las generaciones futuras; testamento eterno, tanto mas honroso para la religion quanto ella fue quien le inspiró á su sublime caridad. Asilos de beneficencia, hospitales, iglesias, á todo atiende su inagotable piedad en este momento solemne y decisivo. ¡Poder supremo de la virtud moribunda! ¡Digamos mas bien, de la virtud que no muere! ¡Qué grande es en medio de la destruccion! Su despedida, su último á Dios á su REY, á los Infantes y á toda la Corte tiene un carácter de sensibilidad y de ternura tan patetico que todos los corazones se conmueven, se abren á la impresion celestial que destila de sus labios, y no pueden menos de confesar que en esta muerte hay alguna cosa divina. *Levavit omnis populus vocem suam, et flevit.*

¡O REINA inmortal! yo os doy gracias por tan hermosas virtudes como habeis enseñado á la tierra: yo no quiero mas que saber vuestra vida y vuestra muerte, y si mi fe pudiera titubear alguna vez, leeria la historia de vuestra última hora, y me arrojaria en los brazos de es-

ta religion que os inspiró vuestros últimos sentimientos, y recibió vuestros últimos suspiros.

Partid, alma cristiana; el ministro de la religion os da la señal; partid para un mundo mejor, acompañada de los sufragios de la iglesia, de los votos y oraciones de los fieles, de las bendiciones de los pobres, de todo el bien que habeis hecho, y del que os ha pesado no hacer. Partid para ese nuevo reino, en que al abrigo de las agitaciones las coronas son inmortales. La Reina Isabel os espera, y os presentará la palma de la victoria.

¿Es posible ¡Dios eterno! que de repente nos hayais arrebatado esta brillante luz que mostraba á nuestros sentidos el camino del Cielo en medio de las densas nubes que derraman las lúgubres pasiones humanas? ¿Cómo ha desaparecido de nuestra vista este ástro luminoso, cuya benigna influencia ejercia tanto imperio para contener los vicios? Y ¿todas estas virtudes, esta pobreza de espíritu, este temor de vuestro nombre, este candor, esta humildad y esta compasion, y este recato, y esta modestia, y esta resignacion, y esta caridad, todos estos ejemplos los hemos perdido para siempre? ¿No exis-

te algun varon de Dios que compadecido de nuestro llanto, nos restituya á la REINA otra vez á la vida como el Apostol San Pedro á la caritativa Dorcas? ¡Ay! no!..... murió para no volver á vivir en este mundo infeliz. *Levavit omnis populus vocem suam, et flevit.*

Amor y adoracion al Dios que pierde y salva, mortifica y vivifica, arroja y saca de los infiernos! (1) Amor, reverencia y todos los homenajes al Dios que, segun dice el Eclesiástico, hace entender á los REYES que entran y salen de este mundo por la misma puerta que todos los demas mortales! ¡Respeto infinito, temor sin limites al que les dice: vosotros sois dioses, (2) é inmediatamente los deshace en su cólera! (3) ¡Eterna adoracion al que dispone de sus vidas como de las de sus últimos vasallos!

¡Hermanos míos! leed esta muerte, pensad esta muerte, estudiad esta muerte. Esta obra formada por las manos de Dios fue destruida. Nada pudo eximirla de la suerte fatal á que to-

(1) 1. Reg. 2. 6.

(2) Salm. 81 6.

(3) Salm. 100. v. 5.

dos estamos sujetos. La que en vida se distinguió tanto por su rango de los demas, en la muerte no halló distincion ninguna. Y ¿te quejas tu todavía mérito comun, talento ordinario, virtud imperfecta, de que te será preciso morir? Tus quejas son injustas: LOS REYES mueren tambien!.....!

¡Desgraciados de nosotros! ¿qué suerte nos estará reservada? ¿qué mutacion causará esta dolorosa muerte en nuestro estado? Se habrá llenado la medida de nuestros castigos ó estaremos reservados para mayores desgracias? ¿Qué nuevos caminos nos resta qué recorrer? Será preciso que derramemos aun mas lágrimas sobre los vivos, que las infinitas que deriamamos sobre los muertos? Hay para las naciones una impenitencia final? llega un momento, una falta, una desgracia, pasada la cual no hay para ellas mas salud, mas esperanza, mas misericordia? Y en esta tan terrible como temible suposicion ¿este Reino habrá llegado á su última reprobacion y su ruina? ¡Hermanos míos! Dios lo sabe; su secreto es suyo y ¿quién de nosotros ha sido su consejero? (1) Lo que podemos asegurar sin

(1) Isai. Cap. 24. 46. 40. 13.

entrar en los consejos de Dios es, que los Reinos no pudiendo ser juzgados en el otro mundo, lo son todos en este, y reciben por consiguiente en esta misma vida su castigo ó su recompensa. Lo que podemos anunciar sin ser profeta es, que cuando al ponerse el sol una negra nube aparece sobre el horizonte, á la mañana siguiente viene la tempestad, y que no ha habido nube mas negra que la que se levanta hoy sobre el sepulcro de la REINA. Lo que vemos sin tener necesidad de penetrar el misterio de los tiempos y de los momentos que Dios ha puesto en su poder (1) es, que los dias que tocamos, llevan todos los síntomas de los tiempos predichos por el Salvador del mundo, en que la estincion de la fe debe ser el precursor de la caída de las estrellas. Lo que no tiene duda es, que despues de haber recorrido la mas vasta carrera de la licencia y de la ignominia que ofrecen nuestros anales, estamos mas abatidos que corregidos, mas afligidos de nuestras miserias que pesarosos de nuestros propios excesos; y que ni Babilonia embriagada de sus culpables

(1) Act. 1. 7.

deleites, ni la incrédula Nínive sorda á la voz de los Profetas, ni el Egipto idólatra herido de tantas plagas se mostraron tan rebeldes como nosotros á las amenazas del Cielo é insensibles á sus milagros. Lo que vemos es, que las calamidades suceden á las calamidades, y los castigos á los castigos. No hace mucho que un horrible terremoto, que no ha cesado aun, semejante á las cabernas del infierno, tragando en su inmensa voracidad parte de las mas pingües y hermosas provincias del Reino, nos advertia de otra mas grande todavía, mas triste y mas acerba tribulacion. Llegó esta; y ahora, ¡O pueblo! es preciso mudar de vida, ó resolverse á perecer. Es tiempo ya de salir del sueño (1), y dar oidos á esta terrible leccion que acaba de darnos el Cielo. Un paso mas, un momento, y el edificio de nuestras iniquidades se hundirá sobre nosotros. Nuestra ruina seria inevitable, si nos hicieramos sordos á este aviso, quizá el último.

Convenzámonos, hermanos míos, que cuando el Señor salva, es por el terror, verdadero carácter de los escogidos; y que cuando pierde,

(1) Act. 1. 7.

es por el orgullo, verdadero carácter de Sata-nás caído del Cielo como el rayo. (1) Sea para siempre reverenciada la memoria de esta Princesa ilustre, que no conoció de la piedad sino el heroísmo, de la grandeza mas que la nada. Que su espíritu se perpetúe como la mas preciosa de todas las herencias, y que todo sea como Ella, noble, sencillo y modesto.

Ninguno duda de la suerte feliz de la REINA. Un mismo grito de aclamacion de sus virtudes como de su gloria inmortal se ha levantado en todos los lugares en que se ha extendido la infausta voz de su muerte. Pero como los juicios de Dios son terribles, y nadie de nosotros ha asistido á ellos, se ofrecen tantos sacrificios por su alma y se ruega tan encarecidamente á la eterna misericordia del Señor se digne aceptarlos en su favor, por si atendidas las debilidades humanas tuviere necesidad de alguna espacion.

¡Dios santo é incomprendible á todas las inteligencias criadas! dignaos echar una mirada de compasion sobre este Reino atribulado, á pesar de sus grandes vicios y de sus errores, qui-

(1) Luc, 10 18.

zá el mejor de todos. El se gloria aun de vuestro nombre, y se complace en oír hablar de vuestra santa ley; él está inconsolable por haber perdido á su REINA incomparable, porque le habeis privado de su honra y de su corona. Dignaos mirar por este REY viudo, verdaderamente viudo (1), condenado á un duelo eterno. Llenad este vacío inmenso que la muerte de su querida ESPOSA ha dejado en su corazon. Haced en fin, que en el motivo de nuestras lágrimas hagamos el motivo mismo de nuestros consuelos y de nuestras esperanzas; y que de la mayor desgracia hallemos una época de reconocimiento, un medio mas de conservacion, y un principio de salud para el tiempo y para la eternidad. AMEN.



(1) 1. Tim. 15. v. 5.

ORACION FUNEBRE


pronunciada

EN LA STA. IGLESIA M. DE BURGOS

en las Exequias del Excmo. é Illmo. Señor

D. ALONSO CAÑEDO Y VIGIL,

Arzobispo de la misma.



Pupilli facti sumus absque patre.

Jer. Tren. 5. 3.

¿**Q**UÉ nueva y profunda desventura ha venido á renovar nuestro dolor, todavía vivo, por la infaustísima muerte de nuestra desgraciada Reina, y acabar de despedazar nuestras entrañas traspasadas? ¿Qué delito indefinible provoca sobre la ciudad esclarecida (1) las flechas

(1) Ezech. XVII. 19.

del Señor, y hace que su indignacion, ó mas bien la malignidad de ellas, introduciéndose en nuestras venas, agote nuestros espíritus y nos reduzca al último abatimiento? ¿que, ademas de esto, este mismo Señor de las venganzas nos asedie por todas partes con sus terrores, y combatan estos contra nosotros para destruirnos por entero? Las lágrimas se juntan á las lágrimas, y las calamidades se repiten sin fin sobre este desgraciado pueblo. Ademas de la amargura comun á todos los españoles por la desgracia indicada, el cielo envia ahora á pelear contra nosotros la consternacion de la muerte (1) de nuestro irreprochable Prelado. *Nè irascaris Domine satis* (2): no os enojeis, Señor, tanto. ¿Hasta cuando no os apiadareis de vuestra amada Jerusalem? ¿No basta la desolacion, esta indecible desolacion general, si no que vuestras iras han de tocar en lo mas íntimo y conmover los cimientos de la escogida Sion?

Huérfanos de madre, quedamos hechos unos lastimosos pupilos á quienes ha sido arrebatado

(1) Job. VI. 4

(2) Isaï. VI. 19.

su padre: *pupilli facti sumus absque patre*. Rodeados de escombros y de ruinas, que el hierro y el fuego enemigo amontonaran en nuestras calles y plazas, hemos perdido la mano reparadora de estas y otras vastas destrucciones. ¿No podemos decir como Job ¿cuál es nuestra fortaleza para sostenernos tanto tiempo en nuestros males? ¿O, cuál es el fin de nuestra vida para conservarnos hasta él en la paciencia? Nuestra fuerza no es la fuerza de las piedras, ni nuestra carne es ella carne de bronce. Por ventura estas palabras pueden parecer consideradas en mi boca, aunque en la de Job no fueron insensatas. Pero yo no puedo contener la amargura que oprime en este instante mi corazón, ni dejar de pagar el tributo del mas acerbo sentimiento debido de justicia á la memoria del insigne Pontífice que Dios se ha servido llevarnos. ¡Inconcebible dolor! En Ramá se oyó un grande y violento grito: *vox in Ramá audita est*. ¿De dónde vienen estas voces lastimeras y estos tristes acentos: *ploratus et ululatus multus*? Es Raquel inconsolable por haber perdido á sus hijos; aquí son los hijos que han perdido á su buen padre: *pupilli*

facti sumus absque patre. Se acabó el gozo de nuestro corazón, *defecit gaudium cordis nostri;* se hundieron todas nuestras esperanzas, y estoy por decir que se nos pueden aplicar las formidables palabras de Isaías: *¿super quò percutiam vos ultrà, addentes prævaricationem?* (1). Parece que el Señor no tiene en los tesoros de su ira nada mas pesado para castigar nuestras estremas maldades, *addentes prævaricationem,* que la deplorable muerte de nuestro excelentísimo é ilustrísimo Prelado, á quien habia formado, segun el modelo de su mismo corazón, caritativo, sóbrio, justo, benigno, casto, amante de las sanas doctrinas, y enemigo de las profanas.

Lloremos sobre el difunto, lloremos como conviene al que padece una gravísima calamidad: *in mortuum produc lacrymas, et quasi dira passus incipe plorare* (2) La pérdida es grande, el dolor debe serlo tambien: *pupilli facti sumus absque patre.* Ahora que el enemigo, furioso por haber perdido su presa, se agita al

(1) Isaï. 1. 5

(2) Ecclesiast. XXXVIII. 16.

rededor, *in circuitu impii ambulat*, y medita en las tinieblas nuevos y mas insidiosos ataques y otros planes de sorpresa; ahora que, si la revolucion ha muerto, vive su funesto espíritu y su odio inestinguible, alimento de su despecho; ahora que necesitábamos de la prudencia consumada del Prelado, de su celo acreditado, de su tino y prevision; ahora que todavía se cree mas en la fuerza del hombre que en el poder de Dios; ahora que no se acaba de reconocer el origen de la autoridad mas arriba del hombre, que la verdad se recibe solo á medias, ¿nos arrebata la muerte al que nunca sacrificó la verdad, porque creia que no podia nada contra ella (1); al Maestro en Israel?

No se diga, ninguno oponga que los irrevocables decretos del Altísimo, las leyes invariables de la naturaleza, la caduca condicion de los mortales, el quebranto de la salud del Prelado; que todo esto anunciaba muy de antemano el próximo fin de nuestro respetable anciano. Esta consolacion puede tener lugar en los hombres comunes y ordinarios, en los que de nada sirven

(1) II Cor. III, 8.

á la humanidad, y viven solo para sí mismos. Perezca la memoria de estos crueles avaros, la de esos grandes criminales, la de esos insignes malvados que son los verdugos de la tierra, la de esos impíos execrables que existen precisamente para hacer la guerra á Dios. ¡Eh!... Sí; perecerá en las regiones desoladas del odio, y en el imperio del soberano mal, lejos de la luz que aborrecieron y de la virtud que ultrajaron!

Pero los varones esclarecidos, estos mortales sublimes, estas almas superiores se deben medir por reglas muy diferentes. Su vida es tan preciosa, su condicion tan aventajada, el provecho comun que resulta del brillo de sus acciones y del resplandor de sus ejemplos, es de tan grave importancia y de tanta trascendencia, que, por mucho que hayan vivido, atendidos los cortos términos de nuestra frágil existencia, y, si se quiere, que hayan satisfecho su propia gloria, nunca parece que han vivido bastante para bien de la Iglesia y del Estado. Su muerte siempre deja un vacío inmenso, una triste parálisis y una funesta horfandad. ¿Cómo hallar palabras para espresar nuestro dolor, ni como nuestro dolor podrá igualar á la desgracia? Nos hallamos

como ovejas sin pastor, *sicut oves non habentes pastorem* (1), como ejército sin jefe, como nave sin piloto, como miembros sin cabeza, como pupilos sin padre, *pupilli facti sumus absque patre*. Semejantes á los primeros cristianos, no debemos separarnos del sepulcro del Prelado. Nuestra pena debe ser grande, grande como el mar, segun la profunda expresion de la Escritura. Cada uno debe pensar tan solo en la tribulacion de su espíritu, y confabular con la angustia de su alma: *in mortuum produc lacrymas, et quasi dira passus incipe plorare*.

— ¡Dios de nuestra fé y de nuestras esperanzas! Desde las playas del Africa nos enviasteis al Prelado que forma esta fiesta lúgubre. Vé allá, le digisteis, como un Apostol que pasará haciendo el bien. Pasó, en efecto, como el ástro de la mañana, como una nube velocísima en los ardores del estio. El cielo nos le arrebató, porque no eramos dignos de padre tan acabado: *pupilli facti sumus absque patre*. ¡Temor y respeto al Autor de la vida de los mortales! ¡Adoracion y amor al Dios que solo tiene

(1) Marc. IV. 34.

... (1)

el derecho de decir: «Yo soy el que hago morir y Yo soy quien doy la vida; Yo soy el que doy el golpe, Yo soy el que le curo, y ninguno puede sustraerse á mi soberano poder!» (1)

Lejos de aquí esos espíritus sobervios, que no saben interesarse sino en revoluciones brillantes y en espectáculos imponentes; el elogio del Prelado no tiene nada que pueda atraer sus miradas. Pero, desgraciado de mí, si me avergonzára de contar lo que la virtud no se avergonzó de hacer!

¡Burgaleses de todas las edades, de todas las clases y de todas las condiciones! ¡Españoles todos! no temais fijar los ojos sobre este ilustre Pontífice en todas las conyunturas de su vida; vosotros le hallareis siempre digno de admiracion y de amor por la latitud de su caridad y la religiosidad de su corazon, por su eminente castidad é infatigable aplicacion; apoyo del trono y ornamento de la Religion. ¡Pérdida inmensa! ¡dolor continuo! Tal es el elogio que la Religion misma, llena de duelo, tributa hoy por mi boca á la grata memoria del Excelentísimo é

(1) II Cant. de Moisés.

ilustrísimo Señor Don Alonso Cañedo y Vigil,
dignísimo Arzobispo de esta Diócesis.

¿Quién me dará, ¡pobré de mí! que yo abra
delante de vosotros el libro precioso que contie-
ne los altos hechos, las virtudes heróicas del
Pastor que acabamos de perder? ¿Quién soy yo
¡miserable y débil predicador! para ir delante
de este varon apostólico, cuya mejor y mas
preciosa vida no ha pasado delante de mis ojos?
Si es difícil desempeñar cumplidamente las altas
funciones de embajador de Jesucristo, de pas-
tor de sus ovejas, de doctor de su iglesia, de
custodio de su herencia incorruptible, de de-
fensor de los derechos sagrados de su fé y re-
ligion, tan eternas como él mismo; no lo es me-
nos retratar fielmente la vida del Prelado sobre
cuyas acciones están grabadas estas hermosas
palabras: *Dedit Deus latitudinem cordis quasi
arenam quæ est in litore maris*(1); y estas otras
de Jeremías: *dabo vobis pastorem justà cor-
meum, et pascet vos scientià et doctrina.* (2)

No pudiendo hablar de todos sus hechos y
de todas sus virtudes, procuraré hacerlo de las

(1) Lib. III. Reg. 4. 29.

(2) Cap. III. 15. id.

mas sobresalientes, de las que formaron su carácter. Para esto no recurriré á los títulos de su nobleza, no formaré la genealogía de su familia distinguida en el principado de Asturias; diré sin embargo que, en medio de su lustre reconocido en el país, esta era una familia, una generacion que buscaba al Señor, que buscaba ante todo el semblante del Dios de Jacob. En tan noble y sagrada escuela aprendió desde los principios las máximas santas que sirven de firme cimiento para el edificio espiritual. Sus piadosos padres supieron grabar en su tierno corazón este grande y noble pensamiento: que el que aspire á ser un hombre completo, lleno de respeto y honor, no lo puede alcanzar de otro modo que temiendo á Dios y guardando sus santos mandamientos, pues todo el ser del hombre está reducido á esto: *Deum time, et mandata ejus observa; hoc est enim omnis homo.* (1)

Oye con respeto y complacencia la instruccion en los misterios y en los preceptos de nuestra divina Religion; medita sus verdades, y admira sus eternas esperanzas; su corazón se in-

(1) Ecclesiast. XII. 15.

flama con tan magníficos objetos; y le parecen nada, como en efecto lo son, segun el testimonio de S. Pablo, las condiciones que Dios ha puesto para hacernos participantes de su felicidad inmortal. Si no fueron privativas del señor Cañedo estas flores y frutos agradables de su primera edad, lo fué sin duda en cierto modo, no solo no haberlos perdido un instante, sino haberlos aumentado de continuo y llevado á un alto punto de perfeccion, en lo más lozano de su juventud.

Aquí, Señores, se presenta una nueva, pero peligrosa y por lo mismo mas brillante carrera. El delicado y perspicaz entendimiento del Señor Cañedo pedia dedicarse á una cultura correspondiente á su capacidad. La universidad de Oviedo fue la primera maestra que desarrolló el gérmen de sus diversos y profundos conocimientos, y el teatro en que se dió á conocer su espíritu brillante. La naturaleza le habia adornado de cuanto es necesario para llegar al colmo de la sabiduría. Constitucion vigorosa, entendimiento penetrante, facil en concebir, tenaz en retener; amor al estudio y continua aplicacion; todas las cualidades que dice Ciceron

se juntaron en el último senador de la república de Roma: *erat in illo natura admirabilis, exquisita doctrina, et industria singularis.*

Con tan felices disposiciones llegó á ser muy en breve el honor de sus maestros y la admiración de sus discípulos: letras humanas, historia, filosofía, todo se le hizo familiar. ¡Filosofía! Desgraciada y lúgubre la que ya entonces se arrogaba, y despues se ha alzado con el título de luces del siglo ó suprema sabiduría! Ella no conoce sino el arte de destruir, el mas funesto, porque es el mas facil de todos. Ella no es un sistema, es la ruina de todo sistema; no es una religion, es el trastorno de toda religion; no es una regla, es el desprecio de todas las reglas; no es una doctrina, es la extincion de toda doctrina, la destruccion completa de todo; semejante á una de esas divinidades infernales que en su furor devorante destruiria los monumentos, despoblaria las ciudades, devastaria los campos, agotaria los rios y eclipsaria las estrellas. ¿Lo ois? Odio, odio infinito á esa última impiedad de las profundidades de Satánás, para quien es nada el bien y el mal, la verdad y el error, el vicio y la virtud, Dios y el

infierno. No ; la verdadera filosofía es el conocimiento de la naturaleza para levantarse por él al conocimiento y adoracion del eterno Autor que la formó.

Asi es como la consideró el Señor Cañedo, y este fué el fruto que sacó de ella, y esta la preparacion para otros conocimientos mas elevados. Concluidos los tres años académicos de filosofía en la universidad de Oviedo, se trasladó al colegio de San Pelayo, llamado por otro nombre de *los Verdes*, en la universidad de Salamanca. Su amor á la rectitud y á la justicia le hizo preferir á todos los demas el estudio de la jurisprudencia canónica. El deseo de agradar á Dios cumplidamente, observando sus santos mandamientos, le determinó á investigar con todo cuidado las decisiones y reglas de la Iglesia, á indagar la sabiduría de los antiguos y á aprender todo lo que dijeron los varones de mas nombre que ilustraron la Religion. Tanto como esto abraza el estudio de los sagrados Cánones, y en todo ello se aventajó el señor Cañedo á todos los que entraron con él en la carrera de las letras. Yo no sé que inefable enerjía animaba á este mortal, que con su en-

trada en el colegio todo cambia de aspecto en aquella morada de la sabiduría; mas aplicacion, mas celo, mas decoro en todos los alumnos de la casa; es un jóven, y razona como un viejo, y luego se vió renacer la mas pura disciplina. Tal es el poder de la virtud, que eleva las cosas caidas y fortifica las débiles, repara las quebradas y congrega las dispersas. Esta fué la reforma que obró en aquel colegio, y que elevó á la mayor perfeccion cuando fué nombrado Rector de él por espacio de tres años.

Yo no intento seguirle paso á paso en el vasto teatro de las oposiciones, en concurrencia de los mas sobresalientes ingénios y del mas consumado saber. ¡Ciudad-Rodrigo, Badajoz, Toledo! vosotras conservais la memoria de sus lucidos certámenes y de la profundidad de su juicio. Ni pretendo hacer una historia que alhague los oidos curiosos, sino interesar los corazones sensibles; ni la relacion de sus acciones, y sí de sus virtudes; no presentarle como á un literato del siglo, sino como á un Pontífice, honor del Episcopado. Verdaderamente sábio, toda su ciencia la dirigió á la práctica de las virtudes. Se penetró desde luego de aquella sen-

tencia que pronunció el Divino Espíritu: «La sabiduría verdadera no entrará en el alma malévola, ni habitará en el cuerpo dominado por los pecados.» De aquí la frecuencia de sacramentos, la preparacion para el estudio, la abstraccion y retiro de las compañías peligrosas; estos fueron los escalones por donde subió el señor Cañedo al templo de la sabiduría.

Formado así por la Religión ¿qué esperais, Señores, sino verle consagrado á la Religión? Su exacta y sublime ciencia le habia descubierto la fragilidad y triste vacío de las cosas y de las honras mundanas. Su grande alma no podia contentarse con objetos menos dignos que el cielo. Sus manos estaban inocentes, y su corazón se conservaba puro. Estas son las condiciones que pide el Profeta para subir al monte del Señor y colocarse en el lugar santo. ¡Ah! ¡con cuánta gloria, piedad y devocion celebró siempre el tremendo sacrificio del Altar! ¡Angeles del Señor, que asistiais á él admirados y gozosos, que le llevabais al sublime altar de propiciacion, que bajabais luego cargados de las bendiciones celestiales! decidnos para nuestra edificacion y consuelo ¿qué es lo que visteis, cuánta

les eran los tiernos afectos de este puro sacerdote, cuál su preparacion habitual, cuánta la reverencia y fervor con que trataba tan santo y adora- ble misterio, y cuán ardiente el amor con que se unia á Jesucristo? Decidnos ¿cuántos eran los frutos que sacaba, las resoluciones que forma- ba, los inefables trasportes que sentia cuando tenia en sus manos á su Redentor y le deposi- taba en su pecho? Hombres sin fé, venid á pre- senciar sus sacrificios, este acto el mas augusto y sublime que se ejecuta en la tierra; venid á verle celebrar siendo yá obispo, y no podreis menos de sentir y experimentar alguna cosa se- creta que os obligará á reconocer que aquí hay algo de divino, y necesariamente habreis de derramar lágrimas.

Este fué el doctoral de Badajoz, y esta la fortuna de aquella iglesia al admitirle en su se- no. Muy pronto conocieron aquellos capitula- res que el hombre que se habian dado por com- pañero no era un hombre comun y ordinario. Observaban con mucha complacencia su exacto cumplimiento en todas las obligaciones, y mira- ban con cierto asombro su vida toda llena de virtudes. Modestia en su semblante, miramien-

to en sus palabras, afabilidad y dulzura en su trato, amor á sus semejantes, paciencia en los contratiempos, resignacion en los trabajos, generosidad con todos sus enemigos, y misericordia con todos los desgraciados, con quienes dividia su ternura y sus rentas. Nunca se le vió airado por faltas que interesaban solo á su persona, y para conseguir de él, siendo obispo, alguna gracia ó favor, se esplicaba con estas grandes y hermosas palabras: «el que quiera algo del obispo trátele mal.» Esto es copiar en sí la imágen de Jesucristo; y la debilidad humana no puede elevarse á una caridad mas perfecta.

Sobre todo, el Señor Cañedo practicó con un esmero extraordinario y una extrema vigilancia la hermosa virtud de la continencia. Hay con efecto en esta sublime virtud alguna cosa celestial, segun el testimonio de todos los pueblos del mundo, que no han permitido las santas funciones de la Religion sino á los sacerdotes continentes. La castidad, dice el Padre San Cipriano, es una muralla para conservar la santidad y defenderse de la infamia; es guarda de la providad, destierro de la maldad, abundancia

de toda gloria, esterilidad de todo vicio, indicio de sinceridad y extincion de toda discordia; es muerte de la carne, vida del espíritu, estado de la naturaleza angélica, y la suma perfeccion á que puede llegar la humana. No se puede en-
càrecer bastante la estima en que la tenia, y la delicadeza con que la miraba el señor Cañedo. Sus sentidos no se deslizaron nunca á la menor impureza, sus ojos los tuvo siempre guardados, hizo pacto con ellos, como Job, para no pensar siquiera en mirar á una vírgen, *ut non cogita-*
ret quidem de virgine, ni á sus palabras y ma- nos se unió jamás ninguna mancha, ni el estra-
vío de una muger sedujo su corazon. Tal era su delicadeza en este punto, que siendo obispo, no daba audiencia á las mugeres sin estar presen-
te su secretario ó alguna otra persona grave, y por este medio defendia todas las demas virtu-
des de su alma, y tenia algo que le acercaba á los cielos.

Todas estas virtudes, la prudencia, tino y saga-
cidad en el manejo de gravísimos asuntos del ca-
bildo de Badajoz hicieron célebre su nombre en la corte. El señor Carlos IV le nombró para una de las dignidades de la iglesia primada de To-

ledo, y por esta vez no se oyó mas que el mérito. Esto era, Señores, querer la Providencia dar ocasion al sábio para añadirle sabiduría: *da occasionem sapienti, et addetur ei sapientia*. Esto era colocar á este operario en un campo mas espacioso, en mas alto candelero, donde brillasen mas sus talentos y diese mas lustre á sus virtudes. Tarde se olvidará la memoria de su vida y claros hechos en el seno de aquel gravísimo cabildo; y nunca en el colegio de doncellas nobles de aquella ciudad que tanto prosperó bajo su direccion, habiendo llegado á ser uno de los mas distinguidos del Reino.

Ahora va á empezar la vida gloriosa y las acciones esclarecidas del señor Cañedo. Napoleon, esa deidad infernal á cuyo nombre tiembla todavía el Universo, medita la mas detestable perfidia que cuenta la historia de los grandes alevosos; aprisiona á nuestro Rey generoso, é intenta sujetar la noble nacion española á la mas torpe tiranía que se vió nunca en el mundo. Uno de sus capitanes se acerca á la ciudad de Toledo, y, en medio de la consternacion general que se apodera de todos sus moradores, el señor Cañedo no se acobarda, antes con una

generosa resolución huye como Matatías á los montes, por no saludar á los tiranos y comprometer el testamento de sus padres. (1) Huido allí, la Junta central de Sevilla le encargó importantísimos asuntos, que se hubieran realizado, si aquellos ejércitos, semejantes á las langostas de que habla la Escritura, invadiéndolo todo, no hubieran causado la disolución de aquel gobierno. Otra vez la fuga, otra vez la vida errante. Pero ¿que nueva y lúgubre escena va á abrirse á nuestra vista y llenarnos de duelo eterno?

Si los votos de un simple particular fuesen dignos de obtener del Cielo uno de esos decretos memorables que forman las grandes épocas de la historia, yo le pediría que inspirase á alguna nacion poderosa que le hubiera gravemente ofendido el orgulloso pensamiento de olvidar todas sus tradiciones, para dar con este olvido fatal una leccion eterna á todo el género humano.

Dios permitió, en efecto, que algunas naciones cayeran en este orgulloso pensamiento y

(1) Lib. I. Mach. II. 28.

en las últimas profundidades del delirio humano. ¡Abismo insondable de desgracias! El señor Cañedo las advierte y reclama contra doctrinas de muerte, de las que van á nacer todos los excesos, todos los delitos y todos los errores; que todo lo van á llenar de cadáveres y á introducir la putrefaccion moral. Así se condujo el señor Cañedo en aquellas córtes de Cadiz, pasando por mil angustias y arrostrando mil peligros. Su nombre, desde esta época, será glorioso en las páginas de nuestra historia; y los anales de la Iglesia le citarán con honor entre sus mas ilustres defensores, apoyo del Trono y ornamento de la Religion.

— Dios se apiada de esta desventurada nacion; nos vuelve á nuestro cautivo Rey, y con él todos los bienes juntos. La iglesia de Málaga se hallaba á la sazón vacante: S. M. le nombra para aquel obispado, como uno de los mas gloriosos atletas de la fé. ¡Loor eterno á esta y otras tales elecciones, que ellas solas deciden de la piedad del Rey, y aseguran la felicidad de los pueblos! Se consagra, se pone en camino en el año pasado de mil ochocientos quince. Málaga, ciudad populosa, comerciante y rica, presenta á sus

ojos un espectáculo tristísimo; se hallaba en un estado de relajacion consiguiente á siete años de horfandad de aquella iglesia, y á los estragos de la guerra. Lujo desenfrenado, odios, rivalidades furiosas; todo esto abundaba en aquel pueblo. Llega este obispo de paz, y á su aspecto todo se cambia, todo se mejora, todo se vivifica. Sus palabras dulces y persuasivas, sus vehementes exhortaciones al perdon de las injurias y al olvido de las ofensas, hacen desaparecer el odio mortal, apagan los resentimientos y restablecen la fraternidad cristiana. El cabildo mismo, que había tenido algunas contestaciones con los anteriores prelados, vista la rectitud y espíritu de paz que animaban al señor Cañedo, los sometió á su determinacion, y los demas que ocurrieron, los puso todos en las manos del consejo del Obispo.

Sus pensamientos estaban siempre en los pobres, y ahora va á manifestarse la latitud ó estension de su caridad; y ya que no pueda desterrar de todo punto la miseria, tan eterna como el hombre, disminuirá y debilitará á lo ménos sus malignos efectos.

Uno de los mas grandes y mas nobles privi-

legios de la divina caridad, es este sello de inmortalidad que la hace sobrevivir al traves de los escombros del tiempo. Mientras que todas las otras virtudes parecen caer con el siglo y desaparecer con las sombras de la vida, siempre augusta y siempre viva, la caridad se fortifica por la destruccion; lo que ha hecho decir á San Pablo: *charitas nunquam excidit*. El señor Cañedo probó la verdad de este oráculo mostrándonos su caridad perpetua. Limosnas pasageras y socorros que mueran con él no bastan á su misericordioso corazon: *dedit Deus latitudinem cordis quasi arenam quæ est in litore maris.*

Quiere dar á todo el bien que hace una accion fecunda y durable, luchar á viva fuerza con el tiempo, y asegurar por su parte hasta las últimas edades la felicidad de sus hijos. Pero otra vez vuelvo á oír un grito lastimoso en Ramá. ¿Será Raquel por haber perdido á sus hijos? ¿Serán crueles raptores que vienen á arrancar de los brazos de sus madres trémulas los tiernos niños de leche? ¡Eh! no: son las madres mismas que sacrifican tristemente á una felicidad perdida el fruto de sus entrañas. Podremos creer sin horrorizarnos á que estado estaban

reducidas en la ciudad de Málaga estas miserables víctimas del crimen y de la infamia? Espuestos en las plazas públicas, confiados á manos desapiadadas, siempre inciertos de su suerte, estos niños perecían inevitablemente de hambre y de miseria. Y ¿esto pasaba en aquella opulenta ciudad, en aquella ciudad de placeres y delicias? Sí, todo esto pasaba, mientras que el lujo y los crímenes consiguientes consumían los caudales que acaso habrían adquirido otros crímenes.

Las entrañas del Prelado se conmueven la primera vez que visitó á estos niños, los pocos que se recogían entonces en la casa destinada á ellos, y no pudo menos de llorar al ver la paja sucia que les servía de lecho; su corazón, mas tierno mil veces que el corazón de sus madres, pone en acción los resortes de su amor, y mientras que la humanidad y la naturaleza no hablaban en favor suyo, supo reformar la casa de estos miserables espósitos: ablanda los corazones endurecidos, empeña la caridad pública, sustituye á las manos negligentes otras mas caritativas, le dá otro órden de administración económica y celosa, ofrece sus rentas sin limi-

tación ni tasa, y ordena espresamente que se entregue para este primer objeto de su caridad todo cuanto sea necesario, disponiendo ademas en toda la diócesis diferentes puntos en que se recojan estos niños á su costa.

— Reformada de este modo la casa de los espósitos, asegura su vida y favorece su aumento de un modo muy sensible. A su llegada, de ciento se conservaban treinta, y á poco tiempo, de este mismo número no se malograban quince. Me parece oírle decir á estas inocentes criaturas las palabras del Profeta: «Cuando vuestras madres os abandonen, yo no os abandonaré.» ¡Pontífice inmortal! yo respondo á vuestros sentimientos, celebrando vuestros tiernos cuidados por estas víctimas desgraciadas, y me parece que á su nombre solo vuestro cadáver insensible se reanima, y que veo palpitar este gran corazón en que al parecer se habia refugiado toda la ternura maternal. ¿Pero qué voz es esa que se levanta de vuestro sepulcro y me grita: hay todavía otros niños, dejadlos acercarse á mí? Hay un hospital general, depósito de todas las miserias; no conviene hacer el bien á medias, es menester hacerle por en-

terò. A los ojos de una caridad ordinaria los pobres son hombres, á los del señor Cañedo parece que no hay otros hombres que los pobres. Todavía, en efecto, pesan sobre su compasivo corazon otros niños, los huérfanos, llamados por otro nombre los niños de la providencia, y esa segunda providencia es el señor Cañedo, pues que con ellos divide su pan, sus rentas y sus lágrimas. No, no han perdido á su padre, les vive en el Prelado, cuya caridad lo suple todo, y á ella no la puede suplir nada. Sin duda que los acentos doloridos y las lágrimas candorosas de todos aquellos niños hablarían aquí mas elocuentemente que mi voz desfallecida, y todos estos trofeos de la misericordia, mas brillantes que los de la victoria, puestos á nuestra vista, pondrían el colmo á la caridad del Prelado que ha sabido conservar á la Religion tantos niños, y tantos apoyos á la patria: *ex ore infantium, et lactentium perfecisti laudem.*

¡Ay! ¿qué monumento lúgubre se descubre ahí en frente, cuyo solo nombre inspira horror y lástima; que juntamente desgarrá el alma y la enternece; donde la desgracia se presenta bajo

los aspectos mas tiernos, y el vicio á veces tambien bajo las formas mas odiosas? Es el hospital general. ¿Quién sondeará las profundidades mas deplorables de este abismo de miseria y de desgracia? Allí son encerrados estos impostores ociosos que sorprendian la compasion pública; allí esas víctimas del error que un momento de debilidad precipitó en los abismos; allí esos monstruos que han perdido por el largo hábito del crimen hasta el consuelo de los remordimientos; allí esos desgraciados á quienes engañó la fortuna ó la falta de prevision. ¡Ah! dejemos estos lamentables objetos para la caridad del Prelado que los visita, los consuela, los instruye y los hace participantes de sus socorros.

No cesemos, sin embargo, de contar, puesto que el Prelado no cesa de emprender. La muerte, la palidez de la muerte ejercia los mas terribles estragos en el pueblo de Fuente-Piedra de aquel obispado: sus moradores eran otros tantos espectros ó cadáveres ambulantes, la poblacion un vasto y triste cementerio, los padres de familia que querian conservar la vida de sus hijos los enviaban á otros

pueblos donde pudieran criarse libres de la infección que allí reinaba. De mas de doscientos vecinos que tuvo en otro tiempo, estaba reducido en la época del Obispo á poco mas de cuarenta. No se descubria la causa de esta gravísima desolacion; y estando el Prelado de visita en la ciudad de Antequera, quiere informarse de esto: se trata de persuadirle que no pasára allá por no esponerse al contagio; mas, sin embargo, va en las alas de la caridad, se apiada de este afligidísimo pueblo, *miseretur super turbam*; halla el origen del mal en una laguna inmediata, hace venir á su costa un arquitecto, construye este un encañado para secarla, y con el gasto como de sesenta mil reales, logró hacer sano aquel pueblo, y traer tres manantiales de agua diferentes, uno de los cuales es de una eficacia muy celebrada en aquel pais para curar el mal de piedra. ¡Poder supremo de tan eminente caridad! El pueblo aclama al Obispo su bienhechor, los niños su amigo y su redentor. ¡Qué tierno espectáculo ver al Obispo al paso por aquella poblacion, que contaba ya ciento y veinte vecinos, para trasladarse aquí, llorar con los niños que en la horfandad que

presentian, y por un secreto instinto esclamaban doloridos: perdemos al mejor padre: *pupilli facti sumus absque patre*. Es preciso ser insensibles para no llorar en este crítico lance.

Aun no se han agotado las obras de la caridad del señor Cañedo. Primer siervo de su iglesia, toda su ambicion fué procurar la santificación y gloria de ella. Para conseguirlo trata de formar un digno seminario conciliar, compra para ello una de las mas magníficas casas de aquella ciudad, la hace acomodar al grande objeto á que la destinaba, gastando en esto cerca de seiscientos mil reales, le dá unas constituciones prudentísimas, y pone por catedráticos á los prebendados de aquella catedral, preparando por este medio dignos ministros del santuario, y ya los progresos de la piedad de aquellos jóvenes Samueles correspondian á sus estudios, hacian el gozo del Prelado y su consuelo, como el de los virtuosos sacerdotes á los cuales los habia confiado.

Venid ahora, nuevos apóstoles de beneficencia, suputad, si podeis, estas larguezas acumuladas, estos fondos sin fin para tantos objetos y tantos establecimientos públicos; no os

canseis de contar, como el señor Cañedo no se cansaba de derramar, y despues haced sonar delante de vosotros la trompeta, inscribid vuestras limosnas en los registros de la Fama, instruid al Universo de los grandes progresos que hace la Filosofía, pregonad los altos hechos de la Filantropía, comparadlos con los de la caridad cristiana, y decidnos si el dia que falteis de la tierra, se arrojará en ella este grito doloroso: *pupilli facti sumus absque patre.*

Pero no mezclemos nada amargo, venid mas bien á contemplar esta Religion santa, tan encantadora por sus beneficios, á estos hombres celestiales por quienes los enfermos son curados y los pobres evangelizados. ¿Qué sirve disputar? ¿Qué hacen al caso todos vuestros sofismas sobre las pingües, como vosotros decís, rentas de los obispos? Sí, unas rentas tan provechosas no pueden menos de ser buenas, y unas rentas tan bien empleadas no pueden menos de ser necesarias.

Mientras se ocupaba en estos gravísimos objetos que interesan al tiempo presente y al futuro, no descuidaba un punto todos los demas cargos del obispado. Clero, pueblo,

ciudades, villas, aldeas, chozas y cabañas, todo lo visita, todo lo recorre, todo lo inspecciona y todo lo reconoce. Yo no sé qué poder secreto mantiene á este Obispo en medio de tantas y tan diversas atenciones. Instruye, edifica, exhorta, reprende, disimula, levanta lo caído, reforma lo quebrado, y atiende á lo futuro; su celo es igual á la estension de su corazon, y sus trabajos deben acabar cuando sus dias.

Quien tanto bien hace por los hombres, no podia menos de atender con preferencia al supremo bien de la tierra, la paz, este don celestial que Jesucristo trajo á todos los mortales. Ni un solo pleito dejó por allanar en aquel obispado, todos los acabó y en los mejores términos de justicia, ahorrando los dispendios consiguientes, y estinguendo las enemistades que reinaban en las familias, haciéndose el árbitro de sus diferencias, el pacificador de todos los disturbios, el mediador en los asuntos importantes, y hasta el fomentador de las artes y la industria, dirigiendo al labrador en el surco y al artesano en el taller. ¿Quién osará acusarle de haber traspasado los términos de su autoridad? ¿Un Obispo no es, como dice san Gregorio, el

promotor del bien público? ¿No está en su lugar solicitando este bien de cualquiera especie que pueda él ser? ¿No sirve á la Religion sirviendo á la humanidad? Y su dignidad ¿es nunca mas venerable que cuando tiene por objeto unir los intereses de la tierra con los intereses del cielo? No, no por cierto, y nosotros hemos visto cuán grande es, cuán digno de eternas bendiciones el Pontífice que cuida de los hombres, los ama, y mejora su triste situacion en este valle de lágrimas.

Faltan los grandes trabajos del Obispo, las pruebas y las cruces, la carrera mas gloriosa de su vida. No os acordais de esos dias tristísimos que han pasado á nuestra vista? ¿De ese tiempo de aturdimiento y de vértigo nacional, mezcla indefinible de extravagancias ridículas y de sangrientas catástrofes, de ese tiempo de discordias civiles, en que cada uno, arrastrado mas allá de sus propios términos, pasaba de continuo de un exceso á otro exceso, de un crimen á otro crimen; de ese tiempo de inexplicables pretensiones que se combatian las unas por las otras, y en que el Estado, conmovido en sus cimientos, se agitaba en convulsiones

deplorables, y caia hecho pedazos como un cadáver podrido? Entonces se revelaron terribles misterios. Dios entra en su retiro, cede un instante al hombre el imperio de este suelo que el hombre le disputaba; y, para castigarle de una manera solemne y proporcionada á su orgullo insensato, le dice: *reina!!!* ¡Oh! ¿quién contará este reinado del hombre? ¿Quién podrá igualar las lamentaciones á las calamidades, y la execracion al crimen? Se negó á Dios, se escarneció la imagen de Jesucristo!!!..... ¿Lo ois? Aqui acaba la conciencia del hombre y empieza el odio del infierno.

Desde esta época funesta todo es tribulacion para el Obispo, amarguras, dolores y angustias sin fin. ¡Qué dias tan malos! ¡Qué desolacion la de aquellos dias! Peligros en la ciudad, peligros fuera de la ciudad, peligros si habla, peligros si calla. ¡Gran Dios! ¿qué partido tomar? ¿Hay mas pruebas para la constancia de un Pastor? Sí, todavía las hay: el señor Cañedo es estrañado del suelo patrio; su vida hubiera peligrado ciertamente, si no se hubiera disfrazado de pastor. Llega á Gibraltar, á don-

de se dirige hasta que pase la tempestad, y aquella poblacion, que profesa todos los símbolos de la tierra, tributa sin embargo testimonios de respeto y honor á sus virtudes. Las aguas que están por medio no apagan su caridad: *aque multæ non potuerunt extinguere charitatem.* Su rebaño continúa recibiendo por medio de los Gobernadores consuelos en Jesucristo, y su Clero las instrucciones convenientes. Pasada la tempestad, se restituye á su obispado, y esta ilustre víctima olvida sus trabajos, desde que puede llorar al pie de los altares tanto delirio y tanta maldad como se habia cometido, rogando á Dios por sus perseguidores.

Bien se podia decir que habia consumado su carrera, que habia conservado la fé, y que no le restaba mas que la corona de justicia. ¡Pobre juicio de los mortales! ¿Quién comprende los secretos consejos de Dios? Este Pastor tan atribulado debia mostrar aquí sus virtudes y acabar su vida entre nosotros, dejándonos la herencia de sus ejemplos acaso para nuestro juicio.

Viene en la abundancia de la bendicion del

Evangelio de Cristo. (1) Bendicion sobre nuestra ciudad metropolitana, distinguida de todas las otras por su adhesion á la Religion y al trono; bendicion sobre este Cabildo, Senado recomendable por su doctrina y sus virtudes; bendicion sobre el Clero, dócil á la instruccion de sus pastores; bendicion sobre los Magistrados, respetables por su amor al órden y á la justicia; bendicion sobre toda la Diócesis, tan afamada por su lealtad, como por su fé y Religion; bendicion y abundancia de paz, de esta paz que es la santa union de las almas, la íntima concordia que pinta el Profeta, y que de muchos corazones no hace sino un solo corazon; esta paz de la cual la gracia es el origen, el gozo es el fruto, y el Espíritu Santo es el vínculo; esta es la paz con la que vino á nosotros el Prelado, la que trajo en las palabras y en las obras. Cuando le oia hablar de la paz, mi corazon se dilataba, mis entrañas palpitaban, y las lágrimas corrian de mis ojos que no podian contenerlas. *La paz*, le oí decir muchas veces, y V. I. le oyó decir tambien, *está en mis venas y en mi sangre*. Quien no se

(1) Rom. IV. 29.

conmueve al oír este language, propio de un sucesor de los Apóstoles, no tiene fé ni idea del carácter que distingue á un Obispo, ni de la paz que reina en el cielo, ni de la sublime caridad cristiana. La paz está en mis venas y en mi sangre ¡Palabras hermosas, bastantes para hacer su elogio! Nada mas anuncian los Profetas, nada mas nos trajo Jesucristo, nada mas nos encarga en su Evangelio, nada mas nos promete en su reino.

Luego que tomó conocimiento de este dilatadísimo arzobispado, luego que se puso en estado de dar vado á los negocios, manifestó aquí la misma aplicacion, el mismo celo, las mismas virtudes que en Málaga. No nos ha parecido ni menos grande, ni menos admirable. Empieza reconociendo y visitando por sí mismo los establecimientos públicos, restaura lo perdido, repara lo quebrado y restablece el orden y la hermosura en todo ello. Como que el peso de su corazon estaba siempre en los pobres, el hospicio, que juntamente comprende á los niños espósitos, se presenta el primero á su cuidado, y trata de recoger en él, ayudado de la Junta del establecimiento, á todos los pobres del pueblo. Os

acordareis de esas bandas de ellos, de los cuales muchos sorprendian nuestra misericordia y arrebatában el alimento del verdadero necesitado que no tenia donde ganarle. El solo proyecto de recogerlos á todos ahuyentó á los ociosos, y solo quedaron para recogerse los que, deseando huir la ociosidad, deseaban el trabajo. Se recogieron, en efecto, se restablecieron las manufacturas propias de estos establecimientos, se perfeccionaron lo posible, se imploraron oportuna é importunamente socorros de todas partes; formó el Prelado un reglamento que se puede mirar como el código de la caridad bien ordenada, y el hospicio y niños espósitos han vivido así dos años, que de otro modo lo hubieran pasado tristemente. Mientras se ocupa en la visita de conventos de uno y otro sexo, medita dar orden y sistema á las parroquias de esta ciudad, que ciertamente carecian de uno y otro. Este proyecto, grande por cierto, y de sumo interés para el gobierno espiritual de las ovejas, que en el estado actual ni conocen al pastor, ni el pastor las conoce á ellas, experimentaba gravísimas dificultades que le habian frustrado en diferentes ocasiones en que

le habian intentado otros Prelados. Estaba reservada al señor Cañedo la gloria de vencerlas todas. ¡Qué tino y qué combinacion tan profunda en una materia tan delicada y de tan complicados intereses! «Ahora se conoce que es mayor la sabiduría que lo que cuenta la fama.» El plan que dejó formado, y que ya se hubiera elevado á la Real Cámara, si las dolencias que acabaron con su vida no se lo hubieran impedido, es un documento que atestiguará eternamente cuánto hemos perdido y cuánto debemos sentir la pérdida.

El carácter de la Religion es abrazarlo todo en sus instrucciones, como el sol lo abraza todo con su luz. Como los Apóstoles, este sucesor de ellos recorre las humildes aldeas, comunica el Espíritu Santo en los techos rústicos, y el pan de la divina palabra. ¡Qué hermosos son los pies de los que anuncian la paz sobre las montañas! (1) Las montañas pobres y desconsoladas son las primeras que, despues de cien años, reciben el pasto espiritual de sus manos, sus consuelos y sus socorros. Años enteros hubieran si-

(1) Isaï. LIII. 8.

do necesarios á otro celo menos activo para hacer la visita de ellas. El Prelado la hizo en dos veranos, con otra parte muy considerable del arzobispado, con una perseverancia increíble al que no la presenci6. La confirmacion duraba hasta las diez de la noche, y el trabajo empezaba á las cinco de la mañana. De este modo pudo confirmar mas de setenta mil almas, reconocer mas de cuatro mil libros, y refrendar mas de quinientas licencias.

¿Quiénes son estos hombres que vuelan como las nubes? (1) ¿Quiénes son los que van á destruir el fausto por la humildad, el lujo por la modestia, el amor de las riquezas por la pobreza, la delicadeza de la mesa por la sobriedad y la abstinencia, el amor de los placeres por la mortificacion, todos los vicios que reinan en el mundo por la huida y el desprecio del mundo? ¡Ah! son los misioneros que envia el Prelado para preparar á los pueblos á la grande indulgencia del Año Santo, que llevan en sus manos una pastoral patética y un edicto muy instructivo que para este mismo fin les ha entregado aquel. Nunca fué mas necesario el rocío de la

(1) Isai. IV. 8.

divina palabra que cuando los pueblos se hallaban secos y abrasados por el viento de la impiedad que habia corrido por ellos. Nunca nuestros misioneros tuvieron mas ciegos que alumbrar, mas gotosos que enderezar, mas leprosos que curar, mas paralíticos que hacer andar, mas muertos que resucitar, mas impíos que confundir, ni mas demonios que lanzar.

¡Oh dignos Obispos de España! yo os felicito porque de vosotros haya salido este apoyo del Trono y ornamento de la Religión.

¡Cristianos! el que no piensa en esta muerte, el que no se estremece con esta muerte, el que llegue á olvidarse de esta muerte, no conoce nada de los misterios de Dios; tiene ojos y no vé, oídos y no oye. Las virtudes del Prelado se levantarán en juicio contra nosotros, su caridad contra nuestra dureza, su actividad contra nuestra indolencia, su espíritu de paz contra nuestro espíritu de discordia, su amor al bien público contra nuestro insensible egoismo. *¿Super quò percutiam vos ultrà?* Bien presentia yo, no hace mucho tiempo, que aun nos restaban nuevos dolores; y ahora puedo pronosticar que nos restan dolores sin fin.

Y ¿es cierto que mis ojos no volverán á ver á este varon evangélico que nos habia enviado el cielo en su misericordia y por ventura nos ha arrebatado en su justicia? ¡Que! ¿mis oídos no volverán á oír sus palabras de paz, de caridad, de misericordia, aquellas palabras que contenían una energía misteriosa que traspasaba el alma, y dejaban traslucir el poder de la Religion dignamente representada por un Pontífice sin tacha? ¿Es cierto esto? Yo me estremezco al considerar que, si el pastor es tan bueno, las ovejas que no lo son, no pueden ser excusadas, y que sobre esto se nos hará un nuevo cargo en el juicio.

Partid ¡alma sublime! á la region de la paz, para no volver á ser objeto de persecuciones desapiadadas; partid acompañada de vuestras limosnas, de vuestra caridad, de vuestra misericordia, de vuestra generosidad, de vuestro celo, de vuestros trabajos, de vuestras tribulaciones, de vuestra pureza y de vuestro amor á la paz, á gozar en el seno de la paz eterna, de ja que habeis procurado á los hombres.

Escuchemos ¡hermanos míos! las lecciones que nos dá esta pompa fúnebre. El palacio de

los Obispos tiene algo de brillante; su aparato exterior, necesario para mantener su alta dignidad, oculta la fragilidad del que le habita; la muerte viene á disipar el prestigio y descubrir la nada de todo lo que es humano. Retirémonos penetrados de este único pensamiento: *que nada es grande sino Dios, nada permanente sino la inmortal virtud, necesaria para ver á Dios. AMEN.*



INDICE DEL TOMO SEGUNDO.

	Página.
<i>Sermon para el dia de la Visi- tacion.....</i>	3
<i>Otro para el dia de Sta. Casilda...</i>	23
<i>Otro para el dia de Nuestra Seño- ra del Rosario.....</i>	39
<i>Otro para la Fiesta de la Concep- cion de Nuestra Señora.....</i>	63
<i>Otro de Santa Mónica.....</i>	87
<i>Otro de San Agustin.....</i>	103
<i>Otro del mismo Santo.....</i>	127
<i>Otro para el dia de la Asuncion....</i>	145
<i>Otro para el mismo dia.....</i>	171
<i>Otro de San Isidro Labrador.....</i>	187

<i>Otro para el dia de San Pedro.....</i>	211
<i>Otro predicado en Palencia en la traslacion de las Reliquias de su Patrono San Antolin.....</i>	227
<i>Panegírico de la Virgen.....</i>	255
<i>Sermon sobre el Sacramento de la Eucaristía.....</i>	283
<i>Otro sobre las Comuniones sacrí- legas.....</i>	297
<i>Otro para la la Dominica primera de Adviento.....</i>	321
<i>Otro sobre el Purgatorio.....</i>	341
<i>Otro predicado en la Parroquia de San Pedro de esta capital el dia de su dedicacion.....</i>	359
<i>Otro para la Dominica de Septua- gésima sobre los escándalos....</i>	377
<i>Otro sobre la Beneficencia.....</i>	397
<i>Otro sobre lo mismo.....</i>	437
<i>Otro sobre la verdadera Felicidad del Hombre.....</i>	453

<i>Otro sobre la sagrada Comunión...</i>	483
<i>Otro sobre la perfección de la vida religiosa.....</i>	499
<i>Otro sobre la necesidad de la Revelación.....</i>	521
<i>Plática dirigida á los Seminaristas de Burgos sobre la Confesión.</i>	543
<i>Otra dirigida á los mismos sobre el mismo asunto.....</i>	555
<i>Sermon del Mandato.....</i>	565
<i>Otro para la Festividad de Nuestra Señora del Pilar.....</i>	577
<i>Oración fúnebre pronunciada en las exequias de la Reina Doña Josefina María Amalia.....</i>	599
<i>Otra pronunciada en las exequias del Excmo. é Illmo. Sr. Cañedo y Vigil, Arzobispo de esta Diócesis.....</i>	633

FE DE ERRATAS.

Pág.	Linea.	Dice.	éase .
23.	6.	<i>Mulier fortem</i>	<i>Mulierem fortem</i>
30.	46.	todas cosas	todas las cosas
48.	41.	intereses	interés
63.	4.	pesadumbre	multitud.
72.	44.	y sin	y su
80.	5.	, y al que	, al que
93.	22.	penitencias,	penitencias:
400.	5.	esvarios	desvarios
438.	24.	dulzara	dulzura
443.	42.	como él,	como él:
451.	4.	Geauseos	Gebuseos
487.	40.	espicar	esplicar
494.	25.	Sdguid	Seguid
495.	22.	vertura	ventura
207.	20.	nuestros	vuestros
211.	5.	El Padre	El poder
223.	4.	<i>Magna virus</i>	<i>Magna viris</i>
252.	43.	advenidera	venidera
275.	22.	primogenitores	progenitores
289.	42.	<i>Si hic est Christus.</i>	<i>Si; hic est Christus.</i>
id.	45.	<i>Si hic est Christus.</i>	<i>Si; hic est Christus.</i>
id.	20.	<i>Si hic est Christus.</i>	<i>Si; hic est Christus.</i>
[id.	23.	<i>Si hic est Christus.</i>	<i>Si; hic est Christus.</i>
291.	49.	iluminando el mundo el sol	iluminando el sol
303.	41.	Eliodo	Eliodoro
312.	40.	<i>caniebat cibis?</i>	<i>capiebat cibos?</i>
339.	43.	en la apariencia	en la realidad
340.	25.	uno	uno.
375.	4.	Magestad.	Magestad,
434.	26.	no só	no os
434.	48.	á fijarse	al fijarse
493.	8.	<i>adversus</i>	<i>adversus etc.</i>
513.	40.	Egigto	Egipto
544.	9.	volatil.	versatil.
529.	26.	ero VsoP	Pero Vos
544.	40.	fundó	fundo
544.	4.	en ermo	enfermo
id.	id.	an	tan
562.	8.	esta	estas
579.	6.	magnificos	magnificos dones
586.	7	ha	he
597.	16.	<i>sanctificabi</i>	<i>sanctificavi</i>
603.	3.	<i>omnibus</i> . No	<i>omnibus</i> , no
640.	5.	Sobervios	Soberbios

LISTA DE LOS S.^{res} SUSCRITORES.

- Don Domingo Pujana.
Don Anselmo Andrés.
Don Aniceto Castro.
Don Isaac Miguel.
Don Frutos Ruiz.
Don Eusebio Villarán.
Don Marcos Carrasco.
Don José Pujana, por 2 ejemplares.
Don Juan Garza.
Don Jorge Montoya.
Don Mateo Prieto.
Don Francisco Peralta.
Don Florentin Diaz Ubierna.
Doña Petra Montos, por 3 ejemplares.

- Don Erancisco Garcia Mantilla.
Don Francisco Barrio.
Don José Pampliega.
Don Vicente de Blas y Eterna.
Don Patricio Páramo.
Don Pedro Nenclares, por 3 ejemp.
Don Segundo Barrio.
Don Manuel Martinez.
Don Eladio Fernandez Valderrama.
Don Prudencio Sedano.
Don Manuel Argomaniz.
Don Ciriaco Olave.
Don José Mazon, por 2 ejemplares.
Don Gerónimo Robredo.
Don Benigno Busto.
Don Diego Iglesias.
Don Pedro Peraita.
Don Bernardino Garcia, por 4 ejemp.
Don José María Lopez.
Don Felix Herrera.
D. Anselmo Gutierrez de Torices, por 7 ej.
Don Fermin Rodriguez.
Don Julian Garcia.
Don Julian Sainz Reynosa.
Don Isidro Gutierrez.

Don Eusebio Gutierrez del Olmo
Don Bernardo Salces.
Don Santiago Ruiz.
Don Elias de los Rios.
Don Rafael Bustamante.
Don Vicente Garcia.
Don Marcos Puente.
Don Francisco Fernandez Vega.
Don Angel Rodriguez.
Don Lucas Diaz de Bedoya.
Don José Gutierrez del Olmo.
Don Ramon Rodriguez.
Don Hermenegildo Fernandez.
Don Celedonio Ruiz.
Don Domingo Seco.
Don Juan Gutierrez.
Don Juan Lopez.
Don Fermin Gutierrez.
Don Pedro Gonzalez.
Don Elías Alvarez.
Don José María Villalaz.
Don Justo Sorróndegui.
Don Mariano Collantes y Bustamante
Don Pascual Saenz de Miera.
Doña Jacinta Soñanes de Velasco.

Don Aniceto Gutierrez de Torices.

Don Benigno Alonso Villalobos.

Don Pedro Ruiz Cotorro.

Don Benito Nieto.

Don Feliz Martinez.

Don Ramon Gutierrez del Olmo.

Don Manuel Pino.

Don José María Lopez.

Don Pedro Gutierrez de Celis.

Don José Lopidana.

Don Pedro Martinez.

Don Miguel Ruiz.

Don Francisco Franco.

Don Felipe Carrido, por 2 ejemp.

Sra. Condesa de Torrerosa.

El primer maestro de Pradoluengo.

Don Paulo Franco.

Don Antonio Ruiz.

Don José Ruiz Ibeas, por 5 ejemp.

Don Francisco de los Moros.

Don Ignacio Barriuso.

Don Luis Argueso.

Don Ventura Martin.

Don Felipe Perez.

Don Juan Clavijo.

Don Juan Celestino Valle.
 Don Pedro Armiño.
 Illmo. Sr. Obispo de Leon.
 Don Anselmo Gonzalez.
 Don Valentin Lostau.
 Don Lorenzo de Aguiriano.
 Don Andres Bruyel.
 Don Victoriano Rico.
 Don Francisco Sainz de Miera.
 Don Vicente Lopez.
 Don Bernabé Pineda.
 Don Quintin Saiz.
 Don Fermin Estébanez.
 Don Felix Saenz Diez.
 Don Pedro Alba.
 Don Agapito Sancho.
 Don Segundo Valpuesta.
 Don Valentin Acedo.
 Don Esteban de la Varga.
 Don Santiago Manuel.
 Don Trifon Linares.
 Don Gregorio Meliton Martinez, 3 ej.
 Don Agapito Ruiz.
 Don Eugenio Ortuzar.
 Don Franciso Maria Carvajal.

- Don Juan Gonzalez.
 Don Epifanio Iglesias.
 Don Dionisio Idalgo.
 Don Enrique Perez.
 Don Benigno Acuña.
 Don N. Bazquez.
 Don Pedro Doncel.
 Don Ilarion Inza.
 Don Martin Aldea.
 Don Lino Gomez.
 Don Joaquin Lacámara.
 Don Francisco Sainz Vicuña.
 Don Isidro Sola.
 Don Pedro Cruz.
 Don Antonio Planellas.
 Don Francisco Ibarra.
 Don Mariano Fullá.
 Don Celedonio Maria Vazquez.
 Don Juan de Ralla.
 Don Santiago Dieguez.
 Don Manuel Llorente.
 Don Manuel Nicasio Hermoso.
 Don Zoilo Conoregado.
 Don José Valiente.
 Don José María Vermejo.

Don Angel de la Serna.
Don Tomas Rivero.
Don Santiago Arrimadas.
Don Pedro Mateo.
Don Blas Rodriguez.
Don Mateo Fonbellida.
Don Felipe Cano.
Don Toribio Gorgojo.
Don Aquilino Aragon.
Don Miguel Gimenez.
Don Niceto Gomez Martinez.

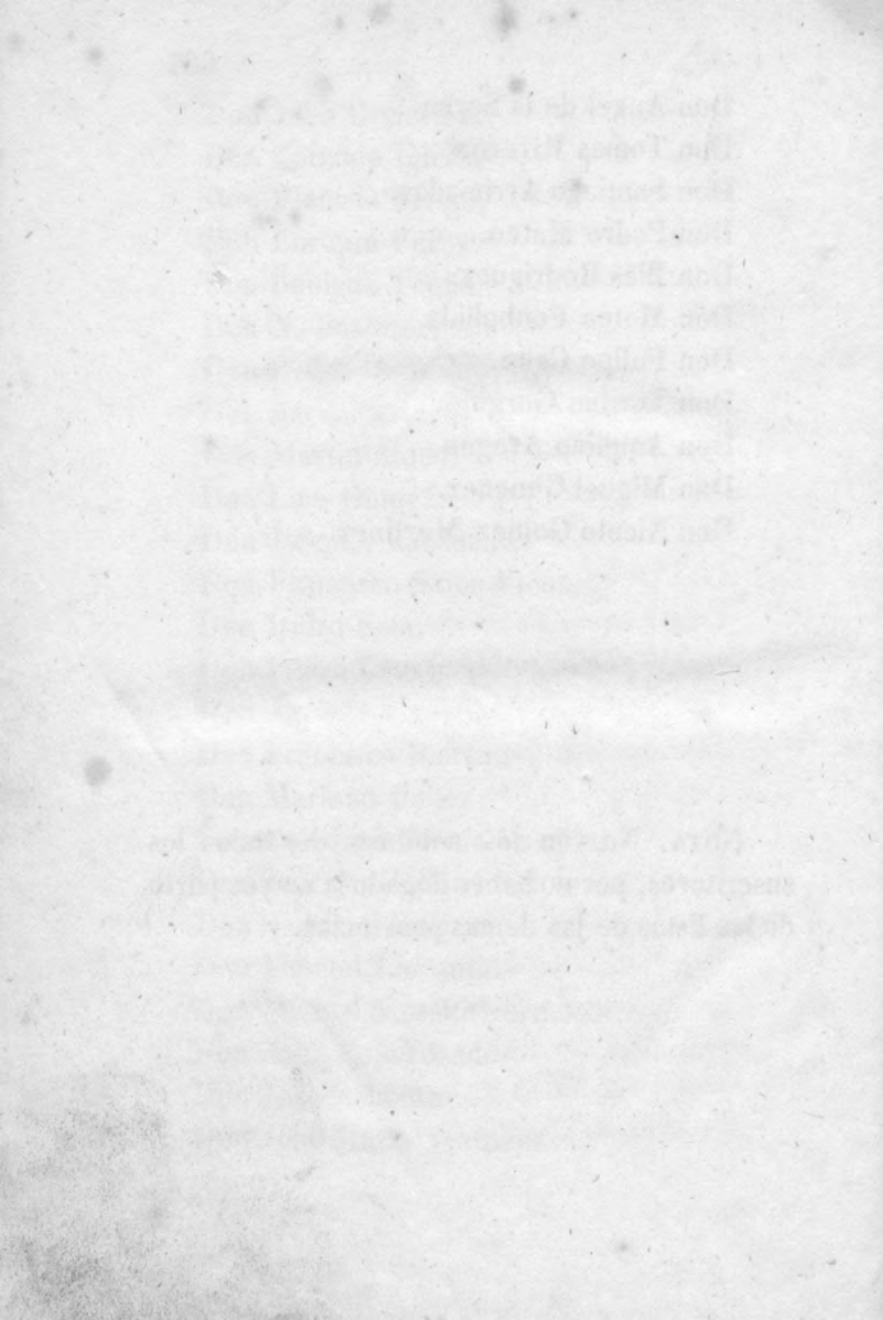
NOTA. No van los nombres de todos los suscritores, por no haber llegado la mayor parte de las listas de las demas provincias.

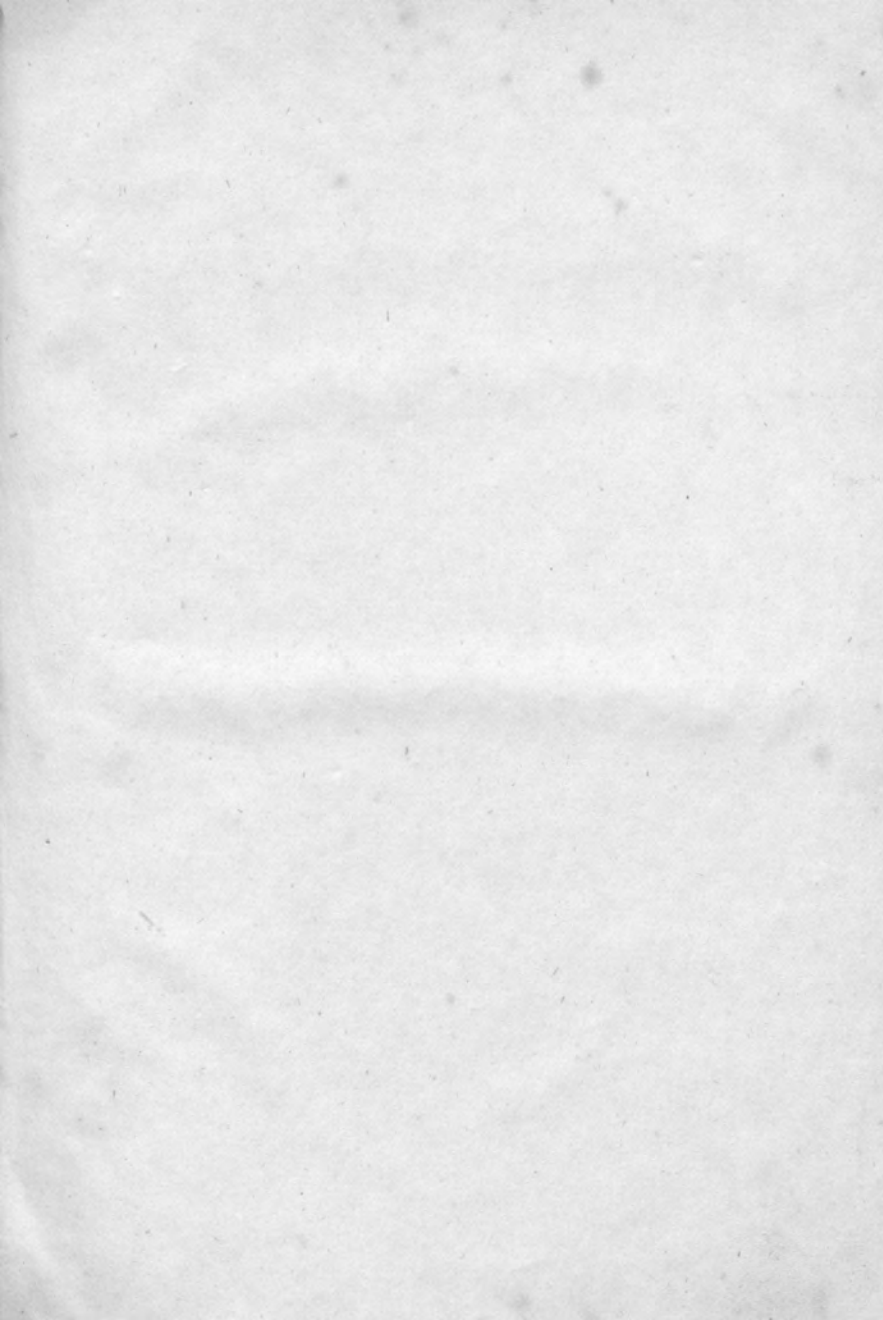
Don Angel de la Sierra
 Don Tomas Riquelme
 Don Santiago Arriaga
 Don Pedro Mateo
 Don Blas Rodriguez
 Don Mateo Fombellida
 Don Felipe Cano
 Don Toribio Gorgojo
 Don Apolino Aragon
 Don Miguel Gimenez
 Don Niceto Gomez Martinez
 Don Francisco Sainz Vieja
 Don Isidro Sola
 Don Pedro Cerezo
 Don Antonio Planellas
 Don Francisco Ibarra
 Don Mariano Pella

NOTA. No van los nombres de los suscritores, por no haber habido la mayor parte de las listas de las demas provincias.

Don Manuel Llorente
 Don Manuel Nicasio Hermoso
 Don Jose Conoregado
 Don Jose Valiente
 Don Jose Maria Vermejo







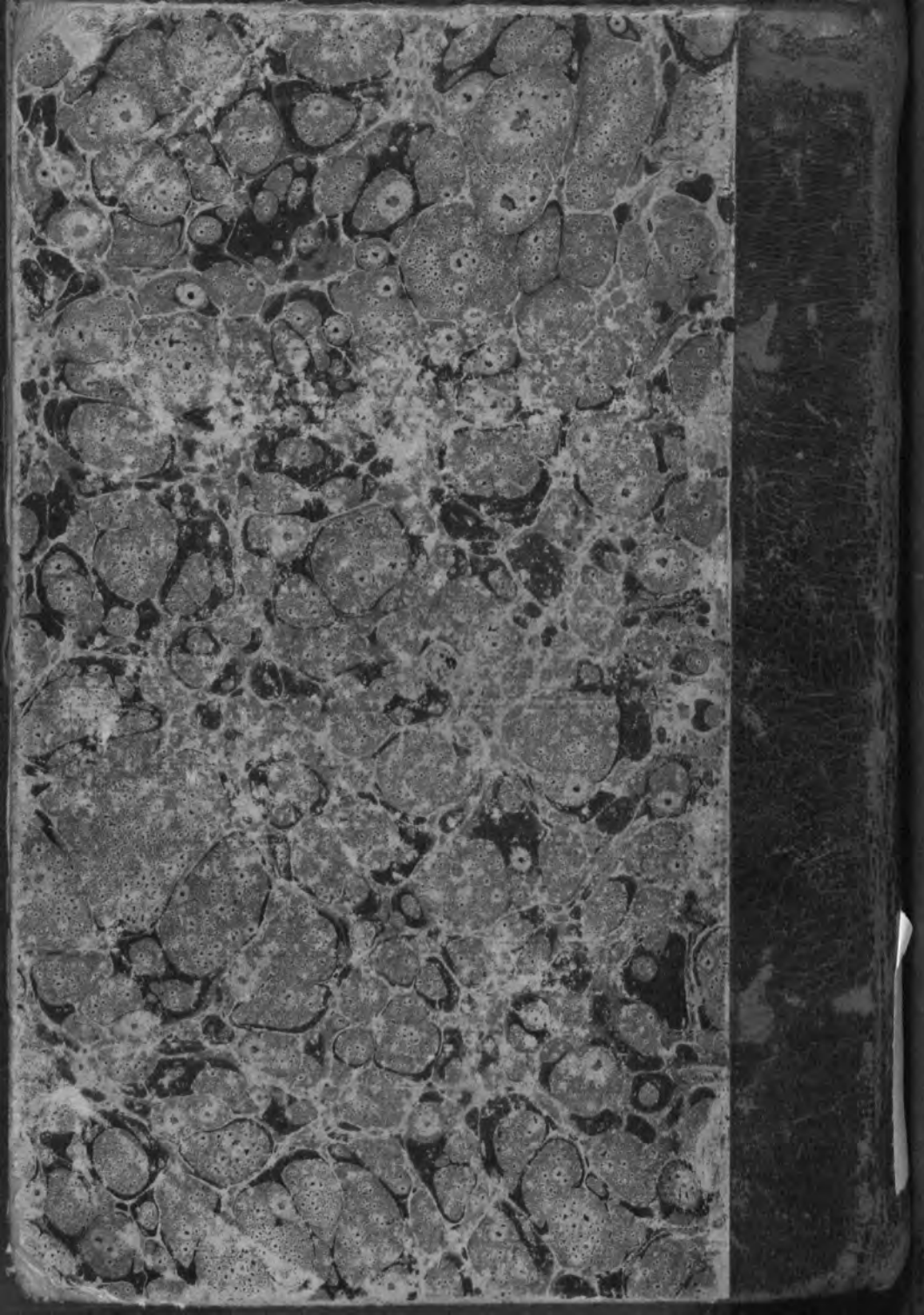


2 Trms

C37-

120 €

(goma laca y alcohol)



GUTIERREZ

SERMONES

TOM 2

G 37948